

La Guerra del Paraguay y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina (1864-1870)

Autor:

Baratta, María Victoria

Tutor:

Wasserman, Fabio

2013

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia

Posgrado

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras

Tesis de doctorado

La Guerra del Paraguay y el proceso de construcción de la
identidad nacional argentina (1864-1870)

Doctoranda: Prof. María Victoria Baratta
Director: Dr. Fabio Wasserman
Consejero de Estudios: Dr. Fabio Wasserman

2013

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	5
<i>Introducción</i>	10
<i>Primera parte: Bases y antecedentes</i>	19
Capítulo 1: Nación, guerra y élites letradas	20
1.1. Hacia una historia de la nación.....	20
1.2. El debate sobre la construcción de la identidad nacional en la historiografía argentina.....	25
1.3. La historiografía argentina y la Guerra del Paraguay.....	28
1.3.1. Todos los caminos conducen a López.....	28
1.3.2. El revisionismo como reacción.....	31
1.3.3. La guerra renovada.....	36
1.3.4. La guerra argentina olvidada.....	42
1.4. Metodología y fuentes: un mapa de las élites letradas.....	45
1.5. En resumen.....	54
Capítulo 2: La Guerra del Paraguay y su impacto en la Argentina	55
2.1. Antecedentes.....	56
2.2. Un conflicto regional con dominio imperial.....	59
2.3. La “cuestión oriental”.....	63
2.4. En tres meses en Asunción. La Argentina en guerra.....	67
2.4.1. La Triple Alianza.....	67
2.4.2. Corrientes, el escenario argentino.....	70
2.5. Una reacción de alcance nacional.....	72
2.5.1. Los apoyos.....	72
2.5.2. Reclutamiento y resistencias.....	74
2.6. Aliados y enemigos al mando de Mitre.....	76
2.7. La guerra civil.....	79
2.8. Hacia el fin.....	81
2.9. La destrucción del enemigo y de la alianza.....	83
2.10. A modo de resumen.....	85
<i>Segunda parte: Identidades en guerra</i>	87

Capítulo 3: Las representaciones del otro. La Banda Oriental, el Paraguay y el Imperio del Brasil en la construcción de la identidad nacional argentina..... 88

3.1. La Banda Oriental.....	89
3.1.1. Antes de la guerra.....	90
3.1.2. El debate sobre la neutralidad.....	92
3.1.3. El comienzo de la guerra: la invasión brasileña y Paysandú.....	97
3.1.4. La Banda Oriental y la Triple Alianza.....	101
3.2. Paraguay.....	104
3.2.1. El demonio paraguayo.....	106
3.2.2. Los traidores a la patria.....	116
3.2.3. El litoral “aparaguayado”.....	120
3.2.4. Crónica de un final anunciado.....	123
3.3. Brasil.....	129
3.3.1. Los orígenes.....	130
3.3.2. La alianza.....	135
3.3.3. El repudio. La identidad en disputa.....	139
3.3.4. El litoral anti-brasileño.....	149
3.3.5. El enemigo de Alberdi.....	153
3.3.6. Decadencia y fin de una alianza.....	156
3.4. La guerra más allá de la Cuenca del Plata.....	161
3.4.1. Gran Bretaña.....	161
3.4.2. La Madre Patria y el conflicto con Chile.....	165
3.5. A modo de síntesis.....	167

Capítulo 4: La disputa sobre la identidad nacional argentina I. El fervor de los primeros años de la contienda.....172

4.1. De la conciliación de Pavón a la guerra contra Paraguay.....	173
4.2. Argentina entra en guerra.....	183
4.2.1. Las formalidades.....	183
4.2.2. Todos somos argentinos.....	186
4.2.3. Corrientes y Entre Ríos. Escenarios de la guerra y primeras grandes Resistencias.....	192
4.2.3.1. La mirada porteña.....	193
4.2.3.2. La mirada propia.....	199
4.3. 1866. La resistencia intelectual y el debate sobre la identidad nacional argentina.....	201
4.3.1. <i>La América</i> y la publicación del Tratado Secreto de la Triple Alianza en Buenos Aires.....	202
4.3.2. La guerra de Alberdi.....	215
4.4. 1866 en las provincias.....	222
4.4.1. La guerra nacional continuaba, sus defensores.....	222
4.4.2. Las resistencias de pluma.....	227
4.5. Una gran derrota y el regreso.....	231
4.6. Balance.....	235

Capítulo 5: La disputa sobre la identidad nacional argentina II. La prolongación inesperada del conflicto.....	237
5.1. La guerra civil.....	238
5.1.1. Antecedentes y estallidos.....	238
5.1.2. La propagación de una Unión Americana de defensores y traidores a la Argentina.....	242
5.1.3. Decadencia de una rebelión.....	250
5.1.4. El exilio del líder, el comienzo del fin del federalismo.....	253
5.2. El frente externo.....	258
5.3. Elecciones presidenciales. La paz interna que se restablecía, la paz externa que no llegaba.....	264
5.3.1. La inquietud de la prensa.....	264
5.3.2. La reacción del Congreso.....	267
5.3.3. Las elecciones presidenciales, la vuelta al partido	273
5.4. El fin.....	276
5.4.1. 1869, las penas son de nosotros, la barbarie es ajena.....	277
5.4.2. La polémica entre Bartolomé Mitre y Juan Carlos Gómez.....	281
5.4.3. La muerte de López.....	286
5.4.4. El epílogo argentino.....	289
5.5. A modo de resumen.....	292
<i>Conclusiones</i>.....	294
<i>Anexo documental</i>.....	312
<i>Referencias bibliográficas y fuentes</i>.....	317

Agradecimientos

Las inquietudes que desembocaron en el comienzo de esta investigación surgieron mientras cursaba en 2008 el seminario anual de tesis de licenciatura “De la Revolución de Mayo a la última dictadura militar. Estudios recientes sobre historia política argentina” como alumna de grado en la Facultad de Filosofía y Letras. El profesor a cargo del seminario era Fabio Wasserman quien se convertiría en el director de esta tesis. Quiero agradecerle en primer lugar a Fabio por ser mi paciente maestro en estos años. Por aceptar dirigir mi propuesta de investigación, por corregir muy atenta y certeramente mis trabajos, por responder cada una de mis dudas y temores y por estimular el perfeccionamiento constante de mi tarea y la búsqueda de la excelencia con sus observaciones y con su carrera ejemplar.

Esta investigación solo se pudo llevar a cabo gracias al financiamiento que obtuve a través de las becas doctorales de CONICET. Mi agradecimiento a esta entidad prestigiosa, a las políticas de estado que en los últimos años le devolvieron el reconocimiento que merecía y a Dora Barrancos y todos quienes trabajan por las ciencias sociales allí. Además agradezco infinitamente a la Universidad Pública de la Argentina, en mi caso particular la Universidad de Buenos Aires y más específicamente también la Facultad de Filosofía y Letras por brindarme de manera gratuita un nivel educativo al que no podría haber accedido de otra forma. A mis compañeros de formación de grado, en especial a Estela Quiñones y Ana Inés Serrano Benítez.

Esta investigación está radicada en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr Emilio Ravignani”, instituto del que estoy orgullosa de pertenecer y en el que tuve la alegría de ser electa como representante de mis compañeros becarios en el Comité Académico. Quiero agradecerles a todos mis colegas y amigos tesistas del Instituto por

todos estos años de aprendizaje conjunto, en especial a Laura Mazzoni, Fernanda Molina, Sergio Angeli, Florencia Varela, Martín Wasserman, Mariano Aramburo, Lucas Rebagliati, Fernando Gómez, Tomás Guzmán, Ariel Morrone, Carolina Jurado, Virginia Macchi, Mariana Garzón Rogé y Mariana Lescano. No quisiera dejar de nombrar también a María Inés Schroeder y Fabiana Arbía, Nora Souto, Daniel Santilli, Julio Djenderedjian, Violeta Antinarelli, Abel Roth y todo el personal de la biblioteca y el instituto en general que me facilitaron mucho la tarea estos años. Y por supuesto al director Jorge Gelman y el ex director José Carlos Chiaramonte, muchas gracias a ambos por recibirme tan bien siempre.

A la directora del proyecto UBACyT sobre historia conceptual en el que participo, la Dra. Noemí Goldman, profesional siempre generosa con mi carrera y a quien agradezco todas las oportunidades que me brindó en este tiempo y sus atentas correcciones a mi trabajo de seminario. A todos mis compañeros del proyecto. A la Asociación Argentina de Investigadores en Historia y la noble tarea que lleva a cabo. También a Fátima Sá que muy cordialmente me recibió en su grupo de Iberconceptos.

A mis compañeros de la cátedra de Historia de los Sistemas Políticos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en especial a la Profesora Alejandra Pasino quien confió en mi capacidad de trabajo desde muy joven y todavía alumna y me brindó una posibilidad de crecimiento en mi formación docente universitaria invaluable.

A todos los destacados historiadores que me proporcionaron valiosos comentarios a mis trabajos en distintos encuentros, en especial a Alejandro Eujanián, Marcela Ternavasio, Beatriz Bragoni, Eduardo Míguez, Ana Laura Lanteri y Ana Frega. A mis distinguidos profesores de seminarios de doctorado, Hilda Sábato, Alfredo Ávila, Elías Palti y Emir Reitano por las instancias fundamentales de aprendizaje y debate que fueron esas clases.

Al personal del Museo Histórico Nacional, en especial Carolina Carman, Griselda Sotelo, Ezequiel Canavero, Guadalupe Laborde, Miguel Ruffo, Gabriel Di Meglio y su ex director José Antonio Pérez Gollán con quienes tuve el placer de formar parte de un proyecto para organizar una muestra sobre la Guerra del Paraguay.

A todo el personal de todos los archivos que visité para esta tesis, muy especialmente a la Biblioteca Nacional, la Academia Nacional de la Historia y el Archivo General de la Nación. Una mención destacada merece el dedicado y atento personal de la Hemeroteca de la Universidad Nacional de La Plata y su invaluable archivo. Gracias a María Marta Isla, Mabel Nievas, Federico García y muy especialmente a Mónica Ocaña y Mario Carnabali. Gracias a Nazareno Castro y a la colega Gabriela García Garino por facilitarme parte del material también de la UNLP.

La investigación sobre este tema me llevó a contactarme con profesionales afines a la temática fuera de Buenos Aires y a tener la posibilidad de conocer mejor Paraguay, Brasil y Uruguay. Agradezco en primer lugar a Liliana Brezzo, por su generosidad y por proporcionar un claro norte historiográfico sobre Paraguay, indispensable base de mi trabajo. A Mário Maestri por todas sus opiniones y convites, a Fabiano Barcellos Teixeira por los intercambios y traducciones y a la Universidad de Passo Fundo. A Thomas Whigham y Francisco Doratioto, también especialistas en la guerra, por sus invaluable opiniones sobre mi trabajo en el congreso sobre Paraguay en la Universidad de Montevideo en 2012. A Ricardo Salles por sus e mails y por regalarme uno de sus libros y enviarlo por correo desde Río de Janeiro. A Ignacio Telesca, otro reconocido especialista en historia del Paraguay que siempre fue muy generoso conmigo. A los colegas de Corrientes, María Gabriela Quiñonez y Dardo Ramírez Braschi y a toda la Universidad Nacional del Nordeste, muchas gracias por toda la información que intercambiamos, por sus trabajos y por recibirme. A León Pomer por brindarme dos enriquecedoras entrevistas. A Mauro César Silveira y Ariel de la Fuente por los mails intercambiados. A María Elisa de Sá Mader y Fernando Vale Castro por recibirme tan bien en el congreso de la Asociación Nacional de Historia 2011 en la Universidad de San Pablo y a Juan Manuel Casal por hacer lo mismo en Montevideo el año siguiente. A Aníbal Herib Caballero Campos, Ana Paula Squinelo, Carolina Rodríguez, Ana Barreto Valinotti y Ana Couchonnal por los intercambios en congresos y redes sociales. Un agradecimiento especial a la asociación cultural Manduará de Asunción, quienes fueron los primeros en aceptar mis escritos sobre la guerra en

Paraguay y quienes me acompañaron a recorrer los escenarios de la contienda. Gracias enormes a Fabián Chamorro, Natalia Antola, Carlos Von Horoch, Eduardo Nakayama, Enrique Cosp y Lule Almada Frutos, entre muchos otros.

Por último, esta tesis no hubiera sido posible sin el apoyo y el amor de mi familia. A mis amigos de siempre, gracias. A mi nueva familia de casada, Gus, Juan, Vivi, Luis, Camila, Laura y muy especialmente a Inés, la mejor suegra del mundo, quien me regaló las teclas en las que escribí esta tesis cuando necesité unas nuevas de emergencia. A mis tíos y su interés y discusiones políticas. A mi bisabuelo Francisco, quien fuera director de la lindísima Biblioteca de mi San Fernando natal, dato que me enteré mientras escribía esta tesis. A mis abuelos Alberto, Chela y Quico que aunque se fueron cuando era una niña, fueron también inspiradores de mi tarea intelectual. A mi padre por su orgullo lejano. A mis tres hermanas Ro, Luli y Oguis, mis debilidades, a quienes no podría adorar más; gracias por las reuniones con novios los domingos en la mesa familiar del conurbano norte, gracias a todos por ese descanso y combustible. Gracias profundas a mi mamá por ser tan amorosamente madre, tan solidaria, cariñosa y anfitriona. Gracias a mi abuela Livia que nos dejó hace casi un año cuando empezaba a escribir estas líneas. Esta tesis también es para ella, la persona que más acompañó, celebró y estimuló mi carrera académica en la familia. Pero por sobre todas las cosas, quisiera decir para finalizar que esta tesis no podría existir sin la paciencia, el apoyo incondicional, el crecimiento conjunto y el amor profundo que compartimos con Fede desde hace siete años, los años más felices. Gracias mi vida.

A Fede, por mucho más

Introducción

Cuando a los argentinos se los interroga por una guerra en la que haya participado su país, la amplia mayoría hace referencia a la Guerra de Malvinas. La cercanía temporal, el recuerdo de lo vivido, el marco de la última dictadura militar y la continuación del conflicto por vía diplomática, mantienen esta contienda viva en el inconsciente colectivo. La Segunda Guerra Mundial no aparece en esa historia, probablemente por la tardía y meramente simbólica o declarativa participación de nuestro país. Sin embargo, hubo otra guerra, mucho más larga y sangrienta, de la que sí participó el estado nacional argentino de manera activa. Una guerra que pocos asocian a nuestra historia, una guerra que no muchos conocen, una guerra impensada, difícil de imaginar hoy, ya que enfrentó a los primigenios miembros del actual Mercosur.

La Guerra del Paraguay (también conocida como Guerra de la Triple Alianza, Guerra contra la Triple Alianza, Guerra Grande o Guasú en Paraguay) fue la contienda más larga y sangrienta de toda la historia de América Latina. Enfrenta a la Triple Alianza integrada por Argentina, Brasil y Uruguay contra el Paraguay, duró más de 5 años (desde fines de 1864 hasta marzo de 1870) y se llevó consigo cientos de miles de muertos en batallas y epidemias, la mayoría de ellos, paraguayos. El país guaraní quedó devastado económica y demográficamente e intervenido políticamente por los aliados. La lejanía en el tiempo, la incomodidad, la corrección política y hasta la vergüenza lograron desdibujar a esta guerra del relato histórico nacional argentino.

Sin embargo, se trató de una guerra en la que el estado argentino tuvo activa participación en sus causas, desarrollo y consecuencias. Los inicios de la contienda involucraron al presidente de la República, Bartolomé Mitre, sus ministros y varios líderes políticos opositores. Argentina entró oficialmente en la guerra con la firma del tratado de la triple alianza con Brasil y Uruguay en contra de Paraguay el 11 de mayo de 1865. El general en jefe de esa alianza militar fue –hasta promediar la contienda– nada más y nada menos que el Presidente de la República, Bartolomé Mitre. El reclutamiento para la lucha – si bien muy resistido– se realizó en todo el país. Un fin temprano del conflicto quedó en las manos de Mitre y del presidente paraguayo Francisco Solano López en la conferencia que mantuvieron en Yataití Corá en septiembre de 1866. La presencia argentina en el frente fue muy significativa hasta 1868. La contienda despertó crecientes críticas en la opinión pública y resistencias armadas importantes en casi todo el territorio nacional. Los problemas internos forzaron al presidente a dejar su puesto de combate y regresar al país. Sin embargo, su sucesor, Domingo Faustino Sarmiento, tampoco cesó la participación argentina en el conflicto. Según las últimas estimaciones, en relación a su población del momento, la Argentina tuvo más porcentaje de bajas que sus aliados Brasil y Uruguay, aunque mucho menor al desastre demográfico de Paraguay. De todas maneras, probablemente fue el estado liberal nacional argentino, el gran vencedor de esta contienda. La guerra le proporcionó una oportunidad de acallar la disidencia interna y consolidar el estado nacional centralizado y sus representaciones de nacionalidad. Brasil ganó territorios en disputa con Paraguay, pero sus finanzas y el sistema monárquico-esclavista quedaron debilitados. Uruguay, por su parte, se benefició con el comercio y el abastecimiento de los ejércitos, pero no obtuvo beneficios territoriales.

Aunque la participación argentina fue determinante, la guerra es poco conocida en el país, representada en espacios acotados de los manuales escolares. Cuando se la conoce se la asocia a otro que resulta externo al nosotros del que enuncia: “Fue Mitre”, “Fueron los ingleses”, son las frases más repetidas. La historiografía argentina y las interesantes renovaciones que la atraviesan, no estuvieron ajenas a esta tendencia actual porque prácticamente (salvo excepciones que mencionaremos) no abordaron el tema en los últimos 40 años.

Esta investigación tiene como propósito primordial abrir un espacio que revierta esa tendencia en el ámbito académico. Otras líneas de investigación se están desarrollando actualmente y algunas de nuestras propias líneas esperamos que también puedan exceder ese ámbito profesional. Un documental de la tv pública denominado “Guerra Guasú” estrenado en 2012 y algunas alusiones a la contienda en el discurso presidencial actual dan cuenta de cierto movimiento de interés en la guerra, probablemente motorizado por los bríos de los últimos tiempos de entidades como Mercosur y Unasur.

Para esta tesis, elegimos entrecruzar la guerra con una temática clásica del estudio del siglo XIX rioplatense. Una temática que a su vez marca la intrínseca relación de la guerra con nuestro país. Nos proponemos evaluar desde una perspectiva histórica el impacto de la Guerra del Paraguay en el proceso de construcción de la identidad nacional argentina. En ese sentido, a nivel general, esta tesis busca constituirse como un aporte para la comprensión del proceso de formación de identidades político-comunitarias en el Río de la Plata y, a su vez, en una contribución a los estudios sobre la Guerra del Paraguay y su impacto en nuestro país.

Nos encontramos ante un amplio consenso historiográfico en el cual se destaca el carácter histórico y construido de las naciones. Dentro de la historiografía argentina se desarrollaron diversos debates en torno a las representaciones de la nación. Los análisis abarcaron hasta mediados del siglo XIX y volvieron a aparecer recién para centrarse en el período posterior a 1880. Persiste entonces un tramo entre mediados de siglo y la consolidación del Estado nacional que es problematizado por estos trabajos. Un acontecimiento decisivo ocurrido durante esos años fue precisamente la Guerra de la Triple Alianza. En el caso argentino la contienda apareció entrelazada con el proceso de formación del Estado nacional.

Según Bethell (1996) desde fines de la década de 1970 y a pesar de la renovación de la historia política, la guerra ha recibido poca atención por parte de los historiadores. Un conjunto de temas promisorios (la guerra y la ciudadanía, la guerra y la construcción del estado, la guerra y la prensa, la guerra y las mujeres, la guerra y la formación del

ejército, la guerra y los sectores populares, la guerra y la identidad nacional, entre otros) aguardan ser explorados: “La Guerra del Paraguay espera su historia moderna” (Bethell, 19:1996). Aunque existen estudios innovadores, los más influyentes pertenecen a la historiografía brasileña a los que se suman los producidos desde otros países no participantes de la contienda. Los recientes trabajos argentinos sobre la temática han sido escasos y no se detienen en la problemática de la nación.

El proceso de formación de la identidad nacional durante la guerra se ha tomado mayormente como un dato y no como un problema. En la perspectiva de algunos trabajos que han mostrado la conexión entre guerra, política y cultura (Rivarola, 1988; Brezzo, 2002, Thibaud, 2003, Mc Evoy, 2011), y en la de aquellos que postulan a la guerra como motor de la formación y transformación de los estados nacionales (Tilly, 1993) buscamos completar el hiato temporal y problemático sobre la cuestión nacional y asimismo producir un trabajo que comience a cubrir la relativa vacancia de estudios recientes sobre la Guerra del Paraguay en nuestro país. Elegimos como recorte temporal de estudio el período de duración de la guerra (1864-1870), aunque el problema planteado requiere que en ocasiones nos remontemos a los años anteriores o nos refiramos a los posteriores. Sin embargo debemos aclarar que este trabajo no busca abordar la memoria de la guerra y su relación con la identidad nacional sino el impacto exclusivamente durante el desarrollo de la contienda.

Examinamos entonces las representaciones de la nación en el discurso de las élites intelectuales argentinas durante la guerra con el objeto de establecer en qué medida incidieron en el proceso de formación de la identidad nacional argentina ya sea por aportar nuevos elementos o por resignificar otros preexistentes. También tenemos en cuenta las diferencias entre distintos grupos políticos y/o regionales y sus transformaciones durante el proceso bélico determinando su posible incidencia en el desarrollo de diversas representaciones de la nación, así como también en el de otro tipo de identidades político-comunitarias como las provinciales, regionales y americana. Analizamos además las representaciones sobre los otros países beligerantes (Uruguay, Brasil y Paraguay) a fin de poder establecer en qué medida estas relaciones de alianza y oposición contribuyeron a la conformación de identidades político-comunitarias en Argentina.

Reconocemos que la identidad nacional puede estudiarse a partir de otro tipo de fuentes relacionadas a los sectores populares. Sin embargo, ante la ausencia de investigaciones recientes sobre la contienda y a los fines de esta etapa de investigación, decidimos acotar el trabajo al estudio de las élites letradas. El corpus se constituye entonces fundamentalmente con una selección de diarios y periódicos aparecidos en toda la Argentina durante el conflicto. Tenemos también en especial consideración los aportes de otras fuentes no periodísticas como documentos oficiales, cartas, folletos, testimonios y relatos. Analizamos también los diarios de sesiones de la cámara de diputados y de la cámara de senadores durante la contienda.

La tesis está compuesta por una primera parte de dos capítulos breves, una segunda parte de tres extensos capítulos principales y finaliza con un capítulo conclusivo y bibliografía detallada. Para poder analizar el impacto de la guerra en el proceso de formación de la identidad nacional argentina, debemos empezar por definir qué entendemos por nación. Damos cuenta del debate teórico al respecto y exponemos las definiciones elegidas para el trabajo y sus fundamentos. Luego revisamos la historiografía de nuestro país que discute la problemática de la formación de la identidad nacional y señalamos el vacío de análisis para el período 1860-1880. La Guerra del Paraguay tuvo lugar en esos años, con lo cual hacemos referencia a ella y a los vínculos entre identidad, nación y guerra a nivel general. A partir de allí presentamos la discusión historiográfica sobre la guerra, haciendo hincapié en el caso argentino. Todos estos temas forman parte del primer capítulo de la introducción en tanto necesaria especificación del tema de estudio, recorte teórico-metodológico y cronológico, pertinencia y factibilidad del tema.

Una vez ubicados a los lectores en el campo metodológico e historiográfico pertinente, abordamos en un segundo capítulo el desarrollo cronológico de la guerra y su impacto en Argentina. Consideramos esta instancia necesaria para poder luego analizar las representaciones de la nación con soltura, sin detenernos a explicar detalladamente referencias de los acontecimientos. El capítulo está organizado a los efectos de establecer una sólida base para la parte principal de la tesis. Las referencias a distintas

coyunturas políticas, económicas o militares se encuentran en función de este objetivo. Comenzamos por un racconto de las tensiones regionales que se desenvuelven desde la época de la independencia. Luego la invasión e intervención del Imperio del Brasil y Argentina en la Banda Oriental, el posterior conflicto diplomático y el sitio de Paysandú. Hacemos alusión a la reacción del gobierno paraguayo y su paso por Corrientes. Desarrollamos la formación de la Triple Alianza, el papel de Mitre como general en jefe del ejército aliado y la movilización de tropas en el país. Describimos las batallas más resonantes con Curupaytí como bisagra del rol de Mitre. Aludimos al impacto de la publicación del Tratado de la Triple Alianza. Luego hacemos referencia a los levantamientos internos y a las elecciones presidenciales en el contexto de la guerra. Además procuramos demostrar que la guerra produjo un fuerte impacto en el país en diferentes niveles.

Como mencionamos, el desarrollo del análisis sobre el proceso de formación de la identidad nacional argentina durante la contienda lo dividimos en tres capítulos que conforman el corazón de la tesis y que se corresponden con las tres grandes áreas de lo que en su momento fue nuestro proyecto de tesis: representaciones de la nación argentina, la nación argentina en relación a otras identidades internas, nación argentina en relación a identidades de los otros países involucrados.

El primer capítulo de este nudo trata precisamente este último punto, la definición de la identidad nacional a partir de un otro externo a la nación. Con todas las resistencias y limitaciones fue la Argentina como país unificado post batalla de Pavón quien se alió a unos y enfrentó por primera vez a un otro en una contienda bélica de gran magnitud y duración. La novedad que impuso la Guerra del Paraguay es poner en escena a la República Argentina en una contienda que termina siendo internacional e incluso con características modernas. De esta manera, analizamos en qué medida las representaciones de los otros países involucrados en ella, repercutieron en el proceso de formación de la identidad nacional argentina. Elegimos esta estructura al comprobar que las representaciones de estos países están bien distinguidas ya sea por oposición o alianza o indiferencia o menosprecio o alabanza, de la identidad argentina en los discursos de todos los actores y periódicos, favorables o no a la guerra. Por más que el

regionalismo tenga aún mucho peso (y damos cuenta de ello en los siguientes capítulos) la guerra se plantea a grandes rasgos entre cuatro países.

El capítulo está dividido en torno a las representaciones de cada país y a su vez, dentro de ellas, buscamos respetar cierto desarrollo cronológico de la guerra. Hacemos referencia a las representaciones previas que de cada estado participante de la contienda se esgrimen en Argentina. Empezamos por Uruguay por ser el actor que apareció en primera plana en los inicios de la contienda aunque a su vez el menos nombrado una vez que la Triple Alianza se puso en marcha. Luego seguimos por las representaciones de Paraguay, magnificadas en cuanto éste invadió Corrientes. Por último, y fundamentalmente a partir de la firma del tratado, hacemos referencia a las representaciones sobre el Imperio de Brasil. En estos dos últimos casos, las alianzas y oposiciones delimitaron muy claramente los contenidos de la identidad nacional argentina. Hacemos referencia además a las representaciones de Gran Bretaña (denominado por parte de la historiografía revisionista como el cuarto aliado). Sin embargo no ocupa el rol de los primeros tres países porque las menciones a ella son escasas. Además aludimos a Chile por su conflicto bélico con España contemporáneo a la guerra que analizamos.

Los dos capítulos siguientes abarcan específicamente el análisis de las representaciones de la identidad nacional argentina durante la guerra. Si en el capítulo anterior tratamos la definición de la identidad a partir de otro, aquí será a partir de sí mismo, o mejor dicho, de la disputa por esa identidad nacional. Seguimos dentro de ellos un eje cronológico que es justamente el desarrollo de la guerra y su impacto en Argentina. No es posible separar el análisis de las representaciones de la dinámica que les imprime este tiempo de guerra sin que éstas pierdan su sentido, con lo cual seguimos el devenir de la misma para los análisis pertinentes. El primero de los capítulos comprende la primera etapa de la guerra, en la que Argentina tuvo un papel crucial con su presidente participando en el conflicto de la Banda Oriental y como General en Jefe del Ejército aliado. En este período el debate intelectual sobre el conflicto fue candente y estuvo explícitamente relacionado con la identidad nacional. La disputa por los contenidos de esa identidad imprimió nuevos bríos al concepto, resignificó aspectos pre-existentes y

aportó otros novedosos. Opositores y defensores a la guerra reforzaron en esta guerra de pluma la identidad nacional.

A partir de la derrota de Curupaytí en septiembre de 1866, Bartolomé Mitre perdió influencia en el ejército aliado y debió afrontar varias insurrecciones en el interior del país. Además se sumó la polémica por la publicación del tratado de la alianza. Desde entonces la presencia argentina en el frente se vio menguada y el debate público dejó más lugar a otras temáticas como los levantamientos internos y las elecciones presidenciales. De todas maneras nunca se ausentó completamente la temática de la guerra pero se presenta de una manera diferente, con menor popularidad, frecuencia y efervescencia. Los levantamientos internos pusieron en juego la relación de la identidad nacional con las regionales, provinciales y la identidad americana con más claridad. Las críticas a la alianza y la llegada de un nuevo gobierno también se abordan en esta instancia. Esta nueva relación de las élites letradas argentinas con la guerra hasta su fin comprende el último capítulo.

Terminamos nuestra tesis con una conclusión que sintetiza los puntos fundamentales de nuestro trabajo, manifiesta interrogantes y propuestas de investigación a futuro y reflexiona sobre las conexiones con el presente como contexto de producción de esta investigación.

Queda mucho por hacer con la guerra y su impacto en la Argentina. Este trabajo pretende comenzar a completar ese vacío y busca aplicar metodologías novedosas (y ya no tanto) al estudio de una contienda que las precisa también para mejorar su comprensión. Nuestra investigación no tiene pretensiones de neutralidad absoluta (en la que no creemos ya que son múltiples los factores que condicionan la tarea del investigador), ni tampoco hacemos un trabajo cuyo objetivo sea político. Buscamos analizar esta guerra tan dolorosa y polémica evitando las dicotomías, sin tomar con literalidad las fuentes, desterrando teorías conspirativas y sin glorificar ni diabolizar conductas humanas. No obstante, el fin de los juicios morales, no implica que no se pueda sentar una postura, como Pierre Vidal Naquet lo sostiene sobre la esclavitud por ejemplo (Vidal Naquet, 1982). La guerra del Paraguay es un triste evento que deja

miles de muertos y problemas económicos graves que no alabamos, ni queremos que vuelvan a repetirse. No pecamos de ingenuos y sabemos que la violencia y la política no eran incompatibles durante el siglo XIX, pero algunas prácticas de la guerra, su duración y crueldad fueron denunciadas en ese mismo momento. De todas maneras, esta tesis no se interroga como eje fundamental y excluyente sobre los orígenes, ni los responsables, ni las causas, ni culpables, ni los juicios morales, con el grado de obsesión y detalle que lo hacen las historiografías tradicionales y revisionistas. No es el tema central de nuestro trabajo discutir estas cuestiones. No obstante, en el segundo capítulo elegimos desarrollar cronológicamente la guerra y en esa construcción del relato están inevitablemente plasmadas nuestras visiones sobre algunos de estos tópicos.

Primera parte: Bases y antecedentes

Capítulo 1: Nación, guerra y élites letradas

El presente capítulo representa los cimientos sobre los cuáles se construye esta investigación. En primer lugar abordamos la discusión sobre el concepto de nación y fijamos nuestro marco teórico. En segundo lugar revisamos los antecedentes sobre la temática a trabajar. Analizamos los debates historiográficos sobre la construcción de la identidad nacional en la región y luego el papel de la Guerra del Paraguay en la historiografía argentina. Tenemos en cuenta otras historiografías en este racconto. Por último, hacemos referencia a la metodología y fuentes elegidas. Para ello, establecemos un mapa de las élites letradas argentinas de la época, cuyo espacio principal de debate es la prensa.

1.1 Hacia una historia de la nación

Desde mediados del siglo XIX la nación comenzó a ser concebida como una esencia con origen lejano y difuso. La perspectiva romántica supuso la coincidencia entre nación, cultura, territorio e identidad. Esta visión definió así a la nación con una comunidad que detentó una identidad común al compartir un origen étnico, una lengua, una religión. Esta postura enfatizó además la supuesta homogeneidad cultural de los miembros de la nación y, en su versión extrema, sostuvo la existencia de un ser nacional. También se postuló una consecuencia de alcance político al sostenerse que

dichas nacionalidades estaban destinadas a cobrar forma e institucionalizarse en un poder político-territorial que las debía representar: los estados nacionales. La visión romántica encontró sus límites en la refutación de gran parte de la investigación histórica profesional más reciente.

A diferencia de estos tradicionales enfoques románticos y esencialistas, los trabajos más recientes del ámbito académico han partido de plantear el carácter histórico y moderno de las naciones y las nacionalidades. Estos estudios han sido en gran medida deudores de la obra de Ernest Renan y su discurso *¿Qué es una nación?* del año 1882, una conferencia en la Sorbona el 11 de marzo de ese año:

“La nación moderna es, pues, un resultado histórico producido por una serie de hechos que convergen en igual sentido. (...) La verdad es que no hay una raza pura y que asentar la política en el análisis etnográfico es una quimera. (...) La lengua invita a reunirse, pero no fuerza a ello. (...) Hay en el hombre algo superior a la lengua: la voluntad. (...) La nación, como el individuo, es la desembocadura de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificios y de abnegaciones. El culto de los antepasados es el más legítimo de todos; los antepasados nos han hecho lo que somos. (...) Una nación es, pues, una gran solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y de los que aún se está dispuesto hacer. Supone un pasado, pero se resume, sin embargo, en el presente por un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de continuar la vida común.” (Renán, 1882: 4)

Aunque Renan criticó conceptos de pureza racial y situó al trabajo del historiador más allá de las lealtades nacionales, algunos autores remarcaron que estaban visibles en su discurso las consecuencias de la Guerra Franco-Prusiana y el peso del irracionalismo alemán con su énfasis en el olvido (Fernández Bravo, comp., 2000). Si bien reconocemos que el discurso de Renan se encontraba inscripto en una trama nacionalista compleja y alejada de los parámetros contemporáneos, la lectura de su obra dejó un importante legado para la visión constructivista de la nación. El acuerdo en esa postura pudo percibirse en el campo historiográfico a través de la generalización de estudios en los que se destacó el carácter artificial, construido e imaginado de las naciones (Anderson, 1993; Delanoi y Taguieff, 1993; Gellner, 1988; Hobsbawm 1995). Esta perspectiva, aunque hegemónica en el mundo académico, fue objeto de impugnaciones por parte de algunos autores cuyas críticas apuntaban al énfasis que se hace en los aspectos constructivos e imaginarios de las naciones (Smith, 1997; Hastings, 2000).

No obstante estas críticas, optamos en nuestra investigación, apoyarnos en el amplio consenso historiográfico mencionado. Entre los autores más importantes de esta renovación encontramos a Ernest Gellner y Eric Hobsbawm quienes compartieron el elemento de invención e ingeniería social que interviene en la construcción de las naciones. Eric Hobsbawm (1998) sostuvo que la aspiración a formar naciones-estado a partir de no-naciones-estado fue un producto de la Revolución Francesa. El criterio histórico de la categoría nación implicaba la importancia clave de las instituciones y la cultura de las clases gobernantes o minorías selectas preparadas. La nación no era un desarrollo espontáneo sino elaborado, es una fabricación. Así el nacionalismo fue un programa político bastante reciente en términos históricos que sostiene que los grupos definidos como naciones tienen derecho a formar estados territoriales. El principio de nacionalidad asumió a la nación como dada.

La nación fue por definición histórica, no espontánea. De allí la importancia de las instituciones capaces de imponer uniformidad nacional, sobre todo la educación estatal, los puestos de trabajo estatales y el servicio militar. Con relación a la importancia de la institución militar, nos basamos en la perspectiva que consideró a la guerra como motor de la formación y transformación de las comunidades políticas (Tilly, 1993). Los estados nacionales surgieron también relacionados a la formación de los ejércitos. En la medida en que lograron someter a sus rivales en el exterior o el interior del territorio, los que ejercieron la coerción se vieron obligados a administrar los bienes y tierras que adquirirían. Los esfuerzos para acceder a los recursos para la guerra crearon estructuras de estado que nadie había pensado formar y que requerían atención por sí mismas. De esta manera también cristalizaron los símbolos nacionales. La contienda se transformó en una experiencia homogeneizadora cuando los soldados representaron la vida de una nación en oposición a otra u otras naciones. En este sentido Tilly compartió con Hastings la idea de exacerbación de la nación ante un conflicto bélico. Ambos ubicaron la formación de las naciones en la época medieval, postura que no compartimos. Tendremos en cuenta como antecedentes los trabajos que relacionan la dinámica de la guerra con la formación de naciones en Hispanoamérica en particular los de Thibaud

sobre Colombia y Venezuela (2003) y los de Mc Evoy sobre Chile, Bolivia y Perú (2011).

Por su parte, Ernest Gellner sostuvo que aunque se había presentado la nación como un ente oculto, aletargado y antiguo, el nacionalismo no fue otra cosa que la consecuencia de una nueva forma de organización social, derivada de la industrialización y de la división del trabajo. Fundamentalmente, el nacionalismo se definía como un principio político que sostuvo la congruencia entre la unidad nacional y la política. La idea de fabricación de las naciones llevó a Gellner a atribuirles un carácter de ilegitimidad y falsedad. Estos atributos fueron cuestionados por Benedict Anderson (1983) en sus reflexiones sobre la vigencia del nacionalismo en la época contemporánea. Retomamos para nuestra tesis la definición que proporciona el mismo Anderson en su trabajo *Comunidades imaginadas* en cuanto a concebir a la nación como:

“una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (Anderson, 1983: 23)

Y agregaba Anderson en contraposición explícita con Gellner: “Las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas” (Anderson, 1983: 23, 24). Imaginación y creación no tienen entonces relación con la verdad y la falsedad. En palabras de Alejandro Grimson: “La imaginación de la pertenencia es constitutiva de todo proceso de identificación. Por ello, la imaginación de pertenencia no podría ser falsa, ya que es muy real, efectiva y poderosa.” (Grimson, 2007; 19). En su estudio sobre la formación de identidades que dieron forma a Brasil José Murilo de Carvalho también sostuvo su opinión en este sentido: “Símbolos, alegorías, mitos solo crean raíces cuando hay terreno social y cultural en el cual se alimenten. En la ausencia de esa base, la tentativa de crearlos, de manipularlos, de utilizarlos como electo de legitimación, cae en el vacío, cuando no en el ridículo” (Carvalho, 1990: 89).

Para Anderson, la nación se imaginaba limitada porque incluso la más extensa de ellas, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, ninguna nación se pensaba con las dimensiones de la humanidad. Y la nación era comunidad porque a pesar de las desigualdades abismales que pudieran atravesarla, siempre se concebía como un compañerismo profundo, horizontal que podía llevar a millones de personas a matar y morir en su nombre, por ejemplo, en una guerra. A los fines operativos de esta investigación consideramos la concepción de nación de Benedict Anderson, en el sentido de una comunidad de pertenencia no solamente política sino también cultural. En este enfoque las naciones eran entendidas como comunidades constituidas en el nivel del imaginario colectivo. Los imaginarios sociales según Bronislaw Baczko (1991) constituyen las representaciones colectivas, ideas-imágenes de la sociedad global y de todo lo que tiene que ver con ella. En ese sentido, estimamos de utilidad su perspectiva en tanto las sociedades se entregan a una invención permanente de sus propias representaciones globales a través de las cuales se dan identidad, perciben sus divisiones, legitiman su poder o elaboran modelos formadores para sus ciudadanos.

No obstante la definición de nación elegida, no debemos suponer la existencia de una única forma de identidad, ni tampoco una manifestación permanente y homogénea de la misma. En este sentido tenemos en cuenta las identidades de carácter faccioso o partidario, las provinciales y regionales. Aunque nuestra tesis no es un trabajo que siga la línea estricta de la historia conceptual asumimos que los términos utilizados en el debate no son unívocos ni se ubicaban en continuidad con el significado que hoy podemos atribuirle (Goldman, 2008). Abordamos a la nación como un concepto político fundamental que tuvo la virtud de condensar algunas de las cuestiones más significativas del período y de vincular la historia política con la historia cultural. Los conceptos traducen la diversidad de la experiencia histórica y a diferencia de las palabras no contienen una sola definición. Buscamos analizarlos en relación con los procesos que se desplegaron fuera y dentro del lenguaje. Tendremos en cuenta otros conceptos políticos fundamentales lindantes con el de nación, como libertad, partido, soberanía y fundamentalmente, patria. El concepto de patria fue progresivamente asociándose al principio de nacionalidad a partir de la segunda mitad del siglo XIX y así lo vemos plasmado en el desarrollo de la contienda que analizamos.

Por otra parte, recientes investigaciones han cuestionado el papel exclusivo que Benedict Anderson otorgó a la alfabetización y los materiales impresos en el proceso de formación de la nación, haciendo hincapié en la necesidad del estudio de la cultura popular. El revelador trabajo de Ariel de la Fuente en *Los Hijos de Facundo* constituyó un valioso ejemplo en este sentido. Tomamos un extracto en el que refiere a la percepción de la política por parte de los gauchos:

“Esta percepción nacional de la política fue resultado, en parte, del funcionamiento de la cultura oral que definió un espacio político nacional entre los gauchos. Esta comprobación saca al proceso de formación de la Nación del dominio exclusivo de las manifestaciones letradas e impresas de la alta cultura del siglo XIX, como novelas y periódicos, y lo coloca también en el terreno de la cultura popular y los analfabetos” (De la Fuente, 2007: 253)

Reconocemos que el estudio sobre la conformación de la identidad nacional también puede incluir análisis de la cultura popular. Sin embargo, a los fines operativos de esta investigación y ante la ausencia de trabajos sistemáticos sobre el tema durante este período, elegimos centrarnos en esta tesis, en el estudio del discurso de las élites letradas.

En suma, resulta ya imposible considerar a la nación como un ente natural en el ámbito historiográfico. Tomamos entonces como punto de partida y marco teórico, las acepciones que consideraron a la nación como una comunidad imaginada, históricamente construida. Una nación que también se retroalimentó de guerras para expandirse. Demostrar la dinámica de la construcción de esta identidad durante la guerra, interrogarnos por su éxito o fracaso y consecuencias, repensarla en torno a otras identidades políticas y a las concepciones previas de nación y en el contexto de otras naciones en lucha, es nuestro objetivo.

1.2 El debate sobre la construcción de la identidad nacional en la historiografía argentina

Las obras fundadoras de nuestra historiografía jugaron un papel central en la invención de la idea de una nación preexistente. Esta opinión fue compartida por Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre. Ambos sostenían que la idea de nación existió desde los tiempos coloniales y era anterior a los estados provinciales (Buchbinder, 1994). Tradiciones historiográficas posteriores mantuvieron este presupuesto sobre el surgimiento de la nación; la Nueva Escuela Histórica, el revisionismo y Tulio Halperín Donghi en su famosa obra *Revolución y Guerra* (1972) fueron ejemplos de esta continuidad.

Fueron los trabajos de José Carlos Chiaramonte los que establecieron la definitiva ruptura de este consenso. Durante el proceso de independencia y a lo largo de toda la primera mitad del siglo XIX no predominaban las identificaciones nacionales sino que prevalecían las identidades provinciales y la identidad americana (Chiaramonte, 1983, 1997). Los proyectos de organización nacional no se fundaron en sentimientos de identidad o por compartir determinados rasgos étnicos sino fundamentalmente en pautas contractuales. El principio de las nacionalidades tardó en cobrar importancia como fundamento de la nación. El estado nacional fue el artífice de la nacionalidad argentina y no su consecuencia. La idea predominante de nación fue básicamente política, se asoció al estado y al gobierno y tuvo raíz pactista. Por su parte, Pilar González Bernaldo (1997) sostuvo que las concepciones rivales de soberanía no anulaban toda identificación con la nación sino que nos conducían a pensarla de otro modo. En este sentido la autora vinculó la idea de nación a dos figuras del imaginario político: la sociabilidad y la civilidad. Por otra parte Jorge Myers (1999) reconoció la eficacia de los argumentos de Chiaramonte para refutar aquellos más dogmáticos de la historiografía tradicional. Sin embargo Myers puntualizó sobre algunas debilidades metodológicas: el descuido del orden de lo cultural y la utilización casi exclusiva de fuentes jurídicas. Además Myers coincidió con González Bernaldo al postular que era legítimo suponer una coexistencia de diversas identidades comunitarias pero que ello no nos excluía del problema de una identidad más abarcativa preexistente, sin por ello suscribir a la vieja hipótesis sobre la nación.

Durante el período rosista el concepto de nación fue objeto de arduas disputas. Los publicistas del gobierno de Rosas articularon una idea de nación que reunió motivos nativistas –a veces con tintes xenófobos– junto a otros referidos a la necesidad de defender la unidad política y la defensa territorial de la Confederación (Myers, 1995). También procuraron identificar a la nación con el propio régimen y con Rosas, mientras que calificaron a sus opositores como antinacionales. En una perspectiva que continuó los trabajos de Chiaramonte, Fabio Wasserman abordó el estudio de las identidades políticas y representaciones de la nación en la generación del 37. Su trabajo sostuvo que fue durante el exilio de esta generación cuando se generalizó la identidad nacional argentina en su discurso (Wasserman, 1997, 1998). El concepto de nación reforzó su proyección hacia el futuro pues les permitió atisbar un horizonte de esperanza:

“Sin embargo, sería un error suponer que la ruptura producida en y por el exilio significó el paso de la inexistencia de la identidad argentina a su existencia. Se trató, más de bien de un proceso de jerarquización en la que la misma se vigorizó, y se debilitaron, a su vez las identidades locales y americana. En ese sentido, parece evidente que la Joven Generación no produjo una categorización nueva, sino que profundizó una de las alternativas existentes en la realidad rioplatense...Es así que la postulación de un conjunto social entendido como pueblo-nación, reconocible por un gentilicio y habitando un territorio delimitado, puede considerarse como uno de los legados de la Generación del 37- legado que, de todas formas, debió esperar varias décadas para que pudiera institucionalizarse en el cuerpo de la sociedad argentina” (Wasserman, 1997: 33, 34)

En el contexto de la formación de nuevos poderes políticos vivificados por la difusión del romanticismo, se elaboraron historias nacionales dedicadas a buscar los rasgos distintivos de las naciones, las cuales adquirieron un carácter esencial y trascendente. La progresiva asociación del concepto étnico-romántico y político de nación pudo explicarse por dos procesos concurrentes: la experiencia compartida de décadas de vida independiente que fue sedimentando el concepto de nación ya sea a través de intereses compartidos, pero también a través de conflictos externos como la Guerra del Paraguay. Por otra parte el concepto de nación acompañó los intentos de institucionalizar el poder, dotándose de legitimidad con una idea de pasado común. Sin embargo hasta mediados del siglo XIX fue la visión pactista de nación la que predominó, cuya legitimidad radicaba en el libre consentimiento de sus miembros. Las concepciones que engarzaban los dos sentidos aludidos de nación recién terminaron de consolidarse con los estados nacionales.

Con la caída de Rosas se atenuaron las visiones pactistas sobre la nación y comenzaron a afianzarse las posturas étnicas. El concepto de patria fue asociándose al principio de nacionalidad (Goldman, 2008). Los estudios sobre la temática de la identidad nacional prácticamente no abarcaron el período entre la caída de Rosas y la consolidación del estado nacional. Oscar Oszlak (1997) proporcionó indicios para el estudio del tema de la nación en *La formación del estado en Argentina*, pero la identidad nacional aparecía allí como producto casi mecánico del proceso consolidación del estado central. De este modo los estudios sobre las representaciones de nación abarcaron hasta mediados de siglo XIX y dieron cuenta de una multiplicidad de identidades político-comunitarias. Los análisis sobre la temática volvieron a surgir recién para centrarse en el período posterior a 1880 tras la consolidación del aparato estatal y, fundamentalmente, como reacción frente al proceso de inmigración (Bertoni, 2001; Devoto, 2002). Persistía entonces un tramo entre la caída del rosismo y la consolidación del Estado nacional. Cabe señalar en ese sentido que por transición no entendemos un proceso teleológico sino una época inestable, de rupturas, permanencias y cambios, en las que el resultado final no estaba escrito de antemano. Nos apoyamos entonces fundamentalmente en la línea de investigación desarrollada por Chiaramonte y Wasserman. Tenemos en cuenta además la construcción del imaginario nacional argentino a partir de la definición del territorio y la determinación de los límites en la última mitad del siglo XIX (Cavaleri, 2004).

1.3 La historiografía argentina y la Guerra del Paraguay

En primer lugar repasamos los abordajes historiográficos sobre la contienda que se hicieron en nuestro país a partir de la finalización de la guerra, la mayoría, apuntando sobre la responsabilidad del presidente paraguayo. En segundo término analizamos la tradición revisionista, que revisa estos postulados. Por último hacemos referencia a los estudios más recientes sobre la contienda, tanto extranjeros como de producción nacional.

1.3.1 Todos los caminos conducen a López

Como apuntamos anteriormente, la literatura secundaria sobre la guerra en nuestro país no problematizó con detenimiento sobre el tema de la nación argentina. Los trabajos sobre la contienda se detuvieron principalmente en el examen de sus causas, consecuencias y responsables, en los aspectos diplomáticos y en la narración de los hechos militares. Un breve repaso por estos abordajes comienza con los escritos que vieron la luz durante la contienda o en los momentos inmediatamente posteriores. Empezamos nuestro análisis con la ya clásica *Historia de la guerra del Paraguay* del ingeniero inglés George Thompson, publicada en 1869 en Buenos Aires, quien estuvo en un principio del lado del frente paraguayo, en el cual construyó algunas importantes fortificaciones. Inmediatamente después apareció en nuestro país el relato de Jorge Federico Mastermann, farmacéutico de la sanidad militar paraguaya, *Siete años de aventuras en el Paraguay*. Ambas obras fueron utilizadas como fuentes primarias de nuestro trabajo. También se conoció el estudio del ministro norteamericano ante el gobierno de Francisco Solano López, Charles A. Washburn, quien escribió *Historia de Paraguay* en 1871 en Boston (Brezza, 2004).

Podríamos situar el comienzo de una historiografía argentina sobre la guerra hacia fines del siglo XIX con las obras de Vicente Fidel López (1896) y Mariano Pelliza (1897) quienes explicaron el desencadenamiento de la guerra como una respuesta a la agresión de un único responsable: Francisco Solano López. El fin del enfrentamiento significó la liberación del pueblo paraguayo de la barbarie impuesta por los gobiernos tiránicos que lo mantenían aislado de las naciones civilizadas. Esta postura fue difundida en un primer momento en los países vencedores y también en el Paraguay.

A comienzos del siglo XX el proyecto de Estanislao Zeballos de redactar una historia general sobre la contienda quedó trunco. En 1921 el Coronel Juan Beverina publicó una historia general de tinte militar sobre la guerra. Se trataba en primera instancia de un compendio preparado para un número extraordinario del periódico *La Nación* (sucesor del contemporáneo a la guerra *La Nación Argentina*), editado como conmemoración del primer centenario del nacimiento de Bartolomé Mitre, el 26 de junio de ese año. La

publicación en la que luego se convirtió no pude entonces comenzar de otra forma que con un homenaje enaltecedor de la figura de Bartolomé Mitre en su doble papel de presidente de la República y General en Jefe de los Ejércitos Aliados durante los primeros años de la guerra. De todas maneras, Beverina se esforzó por tratar de dejar en claro que su rol de historiador le exigía un neutral análisis, sin prejuicios ni apasionamientos. Creía que habían pasado los suficientes años como para elaborar un relato histórico imparcial sobre la contienda. Sin embargo, su obra, relato típicamente militar dividido en causas diplomáticas y luego en batallas y cartografía final, sostenía una visión clara de la guerra, que no difería sustancialmente de las de Pelliza y Vicente Fidel López. El desencadenante de la contienda había sido la agresión del presidente paraguayo al imperio brasileño y luego a la República Argentina y esta opinión se sustentaba con una descripción histórica del Paraguay post independencia. Esta mirada hacia el país guaraní contuvo además el calificativo a sus gobernantes como tiranos. Llama la atención, en disonancia con esta postura clásica, un reconocimiento de Beverina a cierta injerencia de la prensa porteña sobre la incorrecta decisión de Francisco Solano López que tomamos en cuenta para nuestra investigación. Pero de todas maneras hasta aquí no hubo más que el reconocimiento de una causa unilateral de la guerra y ella está en Paraguay. Esa fue básicamente la intención de la obra, reivindicar la figura de Bartolomé Mitre y acusar al Paraguay como principal responsable de la contienda.

Fuera de nuestro país por esos años apareció el ya clásico libro de Pelham Horton Box, que más tarde fue traducido al castellano (Box, 1958; otra obra clásica es también Kolisnki, 1965). Si bien el trabajo de Box fue un análisis diplomático sobre los orígenes de la guerra (los cuales se remontaban a la época de las independencias y son coronadas por el error y capricho de Francisco Solano López) deslizó una frase sugerente para nuestra tesis aunque no profundizó ni analizó la temática:

“Los orígenes de la Guerra del Paraguay arrancan del crecimiento y constitución de la Argentina y del Brasil, dos Estados que van ahora en una rápida ascensión hacia el nivel de las grandes Potencias. Puede considerarse dicha guerra como un episodio de la constitución de la nacionalidad argentina o puede considerársela como una fase del desenvolvimiento económico del Brasil, lo cierto es que se trata de un suceso inmensamente significativo en la historia de las tierras situadas al Este de los Andes y al Sur del Amazonas” (Box, 1958; 12)

Hacia finales de los años 30 el argentino Ramón Cárcano enfatizó los aspectos político-diplomáticos y el rol de Mitre. Cárcano enmarcó la contienda como una lucha facciosa, prolongación del proceso de consolidación del estado nacional (de Caseros a Pavón en su visión) y aún más ampliamente en una lógica de larga duración que abarcaba las disputas entre el imperio español y portugués hasta las independencias. Sostuvo que la concordia entre Brasil y Argentina fue un punto esencial para el desarrollo de América del Sur, aunque criticó las ansias de expansionismo del Imperio brasileño. Además consideró que a la actitud de Urquiza de no forjar alianza con el Paraguay como la culminación de su obra: la constitución y la consolidación definitiva de la República Argentina. Tomamos estas aseveraciones para analizar cómo se reconfiguraron las identidades políticas en este sentido (Cárcano, 1938; transitan esta línea también trabajos extranjeros como Fragoso, 1934 y Cardozo, 1945).

En suma, con sus diferencias y matices, la perspectiva del relato militar y/o diplomático, algunas veces dedicado a establecer causas y otras a edificar héroes que contribuyan a un relato nacional cuasi épico, que centra su mirada en responsabilizar casi exclusivamente a Francisco Solano López por la guerra, fue la dominante y casi excluyente en la historiografía argentina hasta la década de 1950. La identidad nacional no era vista como un tema a analizar sino como un dato que se remontaba a los tiempos de la independencia. Una postura militar diplomática similar se divulgó también en Brasil, pero algo muy diferente empezó a gestarse en Uruguay y Paraguay. Algo de ese movimiento, aunque sobre todo una lógica propia, estuvo presente en la fuerte reacción historiográfica que analizamos a continuación.

1.3.2 El revisionismo como reacción

Si bien en Paraguay y en Uruguay comenzó a difundirse una revisión de la historia sobre la guerra, fue recién durante la década de 1950 que empezaron a editarse de manera más persistente y con gran éxito, publicaciones de autores argentinos que

proponían una reacción ante la historia mitrista, diplomática y/o militar. En Uruguay durante las primeras décadas del siglo XX, las obras de Luis Alberto de Herrera configuraron los orígenes del relato revisionista en el país oriental. Laura Reali (2006) llamó también la atención sobre el intercambio de Herrera con Ernesto Quesada, intelectual argentino que publicó algunos escritos con tímidas críticas a la alianza a principios del siglo XX. De todas maneras su postura era para la época aún minoritaria en el campo intelectual argentino¹. A esta reacción minoritaria dentro de las posturas nacionalistas en nuestro país, se sumaban las obras de reivindicación de Juan Bautista Alberdi en la pluma de David Peña: “En defensa de Alberdi” de 1911 y “La traición de Alberdi” de 1919. En el país guaraní una contra-historia más difundida sobre la guerra empieza a desarrollarse muy tempranamente. Los trabajos de Liliana Brezzo constituyen una referencia ineludible en ese sentido:

“Comenzaron a publicarse en Asunción los periódicos *La Patria*, orientado por Enrique Solano López hacia la reivindicación de la memoria de su padre y *El Tiempo*, en los que escribían Ignacio Pane, Juan O’Leary y Manuel Domínguez, quienes irían articulando una lectura alternativa del pasado nacional, centrada en la exaltación de la figura del Mariscal López y que se alimentaba en la derrota sufrida en la Guerra Grande. Esta campaña revisionista contó con la adhesión de muchos afiliados al flamante Partido Colorado, como Juan Natalicio González, e incluso atrajo a intelectuales identificados con el Partido Liberal, como Justo Pastor Benítez, Pablo Max Ynsfrán, Facundo Recalde y Anselmo Javier Peralta, que se unirían para conformar lo que pasaría a denominarse *lopizmo*. Al comenzar la segunda década del siglo, la Guerra Grande y el mito guerrero que encarnaba Francisco Solano López -aun siendo reprimido en el ámbito académico y entre el público culto- demostraba haber sobrevivido en la memoria de buena parte de la sociedad paraguaya, sobre todo entre sus sectores populares.” (Brezzo, 2004)

En nuestro país, el desarrollo de los partidos de izquierda y del peronismo proporcionaron una oportunidad y los interrogantes para llevar adelante una contra-historia argentina y el episodio de la Guerra del Paraguay no quedó exenta de esa revisión. Enrique Rivera, militante de la izquierda nacional que apoyó al peronismo desde la distancia ideológica que lo separaba, publicó en 1954 *José Hernández y La Guerra del Paraguay* por Editorial Indoamérica. Rivera sostuvo allí que la Guerra de la Triple Alianza fue llevada adelante por el capitalismo británico y sus agentes, las oligarquías porteña y uruguaya y el imperio brasileño en contra del pueblo del Paraguay y también de la Argentina. El resultado fue la destrucción del modelo de país

¹ Ernesto Quesada, « La política argentina en el Paraguay », *Vida Moderna*, Montevideo, año II, febrero de 1901; y Ernesto Quesada, *La política argentino-paraguaya*, Buenos Aires, Bredahl, 1902.

desarrollado por los López y la reducción de nuestro país a la condición semi-colonial. Rivera afirmó también que la contienda fue el primer genocidio de la América Independiente. Si bien el título del libro se centró en la figura de José Hernández y su oposición a la guerra, el lugar que ocupó el tema en el mismo es reducido y se trató de un racconto que situaba el origen nacional antes de la revolución de Mayo y desarrollaba la historia hasta el mitrismo. Durante esa misma década de 1950, aunque publicado con posterioridad a su temprana muerte, el historiador trotskista Milcíades Peña comenzó a producir su inconclusa “Historia del pueblo argentino”. La misma tuvo un segmento dedicado a la era de Mitre que llevó el sugerente subtítulo “De Caseros a la Guerra de la Triple Infamia”, denominación que quedó plasmada como título alternativo de la contienda en ciertos discursos y representaciones que llegan hasta la actualidad. Para Peña la guerra fue un momento conclusivo de la imposición del capital burgués comercial porteño que configuró un estado nacional liberal unitario. Hay que destacar que él no abogaba por la tesis de un papel complotador de Gran Bretaña en el conflicto:

“De todo esto lo único que queda en pie es que la oligarquía porteña, contra la voluntad de toda la Nación Argentina, entró por derecho propio en la historia universal del impudor con una de las más épicas canalladas que registra la historia del mundo. Con semejante hazaña Mitre impuso el predominio indiscutido de la oligarquía porteña sobre el resto del país, incluso sobre los otrora rebeldes ganaderos entrerrianos, y destruyó también, en beneficio de la burguesía europea y de su servil intermediario cita en las orillas del Plata, el primero y único intento de evolución independiente hacia el capitalismo industrial que conoció América Latina hasta hoy.” (Peña, 1972; 106)

A partir de la década de 1960, estas visiones comenzaron a difundirse, multiplicarse e imponerse hasta el punto que continuaron hasta hoy erigiéndose como las dominantes en lo que respecta a los discursos históricos sobre la guerra. Estas posturas, aunque con sus diferencias de matices, se agruparon en torno a la denominación de revisionismo histórico, en su búsqueda de impugnación a la tradición liberal mitrista. A nivel general, la contienda fue entendida como una agresión imperialista británica, cuyos títeres eran el imperio del Brasil y Argentina, contra una nación autárquica y desarrollada (entre otros Chávez, 1961; Pomer, 1968; Rosa, 1965; Atilio García Mellid, 1964; R. Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, 1967). Fuera de la historiografía de nuestro país Chiavenatto (1979) con gran éxito en Brasil y Fornos Peñalba (1979)

abogaron por estas mismas ideas. Las hipótesis revisionistas postulaban que Gran Bretaña provocó la guerra para asegurarse en Paraguay un mercado rentable para sus exportaciones y destruir así la economía estatista paraguaya. También circuló la idea de que Gran Bretaña buscó en Paraguay el algodón que la guerra civil en Estados Unidos le estaba negando.

En nuestro país las dos visiones más difundidas de esta corriente fueron las de José María Rosa y León Pomer. El historiador brasileño Ricardo Salles las dividió en la versión de la unidad de América hispánica (ilustrada con José María Rosa y su obra *La Guerra del Paraguay y las Montoneras Argentinas*) y la versión de la intervención imperialista (las diferentes obras de León Pomer, reproducidas también por Chiavenatto en Brasil). En el caso de Rosa se puede reconocer el doble mérito de dar voz a los vencidos y además que éste también no equiparó los intereses del imperio brasileño con los del imperio británico, con relaciones diplomáticas cortadas al momento de la guerra. Sin embargo Rosa no matizó en el caso argentino porque consideraba a todos los gobiernos de Mitre en adelante como unos traidores que han entregado el país a los capitales extranjeros. La profusa documentación que Rosa utilizó es vista muy desde su presente, desde los movimientos antiimperialistas de los años 50 y 60. Era una simplificación al revés, a la inversa de las simplificaciones tradicionales, eran simétricamente opuestas. Este proyecto de unidad transnacional que el autor propuso carecía de bases sociales y económicas reales y obtura las particularidades sub-regionales. Analizamos la cuestión de la identidad americana durante la guerra en nuestro trabajo, llegando a conclusiones disímiles a las de Rosa:

“El *ocaso de la nacionalidad* podría llamarse, con reminiscencias wagnerianas, a esa tragedia de veinte años, que descuajó la América española y le quitó la posibilidad de integrarse en una nación; por lo menos durante un largo siglo que aún no hemos transcurrido. Fue la última tentativa de una gran causa empezada por Artigas en las horas iniciales de la Revolución, continuada por San Martín y Bolívar al cristalizarse la independencia, restaurada por la habilidad y férrea energía de Rosas en los años del sistema *americano*, y que tendría en Francisco Solano López su adalid postrero. Causa de la *Federación de los Pueblos Libres* contra la oligarquía directorial, de una masa nacionalista que busca su unidad, y su razón de ser frente a minorías extranjerizantes que ganaban con mantener a América débil y dividida; de la propia determinación oponiéndose a la injerencia foránea; de la patria contra la antipatria, en fin, que la historiografía colonial que padecemos deforma para que los pueblos hispanos no despierten del impuesto letargo. Causa tan vieja como América. Narrarla es escribir la historia de nuestra tierra, es separar a los grandes americanos de las pequeñas figuras de las antologías escolares.” (José María Rosa, 1965(1985): prólogo)

La versión de la intervención imperialista desarrollada por León Pomer en *La Guerra del Paraguay, Gran negocio* postuló un Paraguay con un camino de desarrollo original, autónomo, autosuficiente, nacionalista y anti-imperialista. Pomer denunció el rol de Gran Bretaña en el conflicto y sus vínculos con el mitrismo, el Imperio del Brasil y los colorados del Uruguay. Consideró que la guerra fue una afrenta ignominiosa y un genocidio de un pueblo hermano y heroico. Su trabajo buscaba poner de relieve los negociados encubiertos por la fachada moral y pretendidamente neutral de la historia mitrista. Para ello comenzaba el relato en la Gran Bretaña del siglo XVI y luego profundizaba en el modelo de un Paraguay “insólito” en el siglo XIX de la Cuenca del Plata, modelo incompatible con los intereses británicos y sus brazos armados en esta región. Salles utilizó los datos del propio Pomer y llegó a la conclusión de que la pauta de importaciones paraguayas no fue muy diferente de la de sus vecinos. Sostuvo además que el análisis de Pomer redujo las relaciones políticas a las relaciones económicas y además igualó los intereses del imperio británico con el brasileño, cuyas relaciones están en conflicto para esa época. En 1986 Pomer publicó *Cinco años de guerra civil*, libro que demostraba con abundante y contundente documentación la resistencia popular a la guerra en nuestro país. Si bien la documentación sobre levantamientos y rebeliones era profusa, se arribaban a conclusiones apresuradas como las de “una débil identidad nacional” que también discutimos en esta tesis. En 2008 llegó una tercera edición de la primera obra de Pomer.

Otras obras que reprodujeron estas mismas hipótesis fueron las de García Mellid, Ortega Peña y Duhalde, Fermín Chávez, y Pedro De Paoli y Marcelo Mercado (1974), éstos últimos puntualizando que las rebeliones internas como las de Felipe Varela no se hacían contra el Imperio Británico como lo afirmaron Ortega Peña y Duhalde (1967) . En 1962 fueron publicados por Ediciones de la Patria Grande algunos de los escritos de Juan Bautista Alberdi durante la contienda prologados con un compendio de estas mismas ideas revisionistas, algo diferentes a las del autor de las *Bases* como analizaremos más adelante también en nuestra tesis. Reconocemos el aporte de dar voz a los vencidos, comprender la contienda en un marco histórico y geográfico amplio, desterrar el mito de la neutralidad y poner luz sobre la actuación de los aliados. De

todas maneras y con sus matices, esta contra-historia propuso centrarse en las mismas temáticas que su antecesora, buscar orígenes, causas, responsables, héroes y culpables. Propuso dar vuelta la moneda y mostrar su otra cara. Allí radicó también su éxito y su limitación. Un éxito comprensible en un contexto de guerra fría, dictaduras militares que propiciaron el combate ideológico desde la izquierda y el peronismo y la analogía de una Cuba independiente y aislada con el proto-socialismo Paraguayo. Pero el éxito superó la época. Porque como veremos, hasta hoy perduran sus postulados más fuertes en nuestro país. En esta visión, la identidad nacional tampoco se problematizó. O no se mencionaba como temática o se mencionaba como habiendo sido traicionada por los intereses foráneos, o derrotada por una identidad americana o directamente era una identidad inexistente con la impopularidad de la guerra como prueba.

1.3.3 La guerra renovada

Las visiones renovadoras que pusieron en cuestión los postulados de la historia canónica y la revisionista también se ocuparon de abordar el tema de la guerra. En 1989 la Revista paraguaya de Sociología publicó un interesante artículo de Diego Abente Brun “La Guerra de la Triple Alianza: tres modelos explicativos” en el cual a partir de un análisis característico de las ciencias sociales, se refutaban principalmente la teoría de equilibrio de poder que fue argumento del mismo Solano López y la teoría imperialista, baluarte de la tradición revisionista. El artículo de Brun sentó un precedente insoslayable en la discusión sobre la guerra, pero su metodología (modelos, sociología, cuantitativo, etc) aleja su trabajo de nuestras inquietudes.

Como apuntamos en el prefacio, según Leslie Bethell, desde fines de la década de 1970 la guerra ha recibido muy poca atención por parte de los historiadores. Si bien existen trabajos recientes innovadores en la región -en los que se busca echar por tierra las ideas de revisionistas-, los más influyentes han correspondido, según Boris Fausto y Fernando Devoto (2008), a la historiografía brasileña.

El trabajo de Ricardo Salles marcó un punto de inflexión en la historiografía de los países involucrados. Salles sintió que debía saldar una deuda; la guerra fue un hecho

desconocido, olvidado, poco conocido para la mayoría de la población y descuidado en los últimos años por la historiografía. Si bien el objetivo del autor con este libro fue comprender la formación de un ejército nacional profesional y sus relaciones con la sociedad, consideró inevitable interrogarse respecto del origen del conflicto. Para ello le resultó imprescindible repasar las visiones historiográficas que lo han abordado: la que denomina tradicional y, sobre todo, la revisionista. Salles las distinguía para hacer su crítica, pero dejó en claro que algo las liga: las simplificaciones. La crítica principal era su reduccionismo ya que sobredimensionaban el papel de los ingleses y menospreciaban el papel de los actores platinos, aunque no se trataba de negar las vinculaciones. Salles postulaba que el reclutamiento para la guerra había sido exitoso y afectaba al conjunto de la sociedad. Estimaba que no más de un 10% de los soldados eran esclavos. La hipótesis principal del libro postulaba que la presencia del esclavo como Voluntario de la Patria y Héroe Nacional había contribuido a minar la estructura social esclavista, al ser una manifestación de la contradicción entre la estructura político-jurídica liberal del Imperio y su base esclavista. La participación de los esclavos en el ejército garantizó, al menos para la parte de la población servil involucrada, algún lugar de reconocimiento y un lugar de interlocución. Salles concluía entonces que la presencia de los esclavos en el ejército tuvo profundos efectos sobre la crisis y el derrumbe del Imperio. A partir de la lectura de fuentes literarias de la época, Salles sostuvo que la guerra no fue popular y probablemente la mayoría de los reclutados fueran a la fuerza. Pero significó un esfuerzo a nivel nacional, material, ideológico, humano y moral, que terminó de provocar un sentido de unidad nacional en la población.

Por otra parte la historiografía brasileña reciente también se dedicó a analizar representaciones de la prensa en la guerra, haciendo foco en las imágenes. André Toral (1995) analizó la prensa y la guerra de imágenes paralela a la guerra material que buscó destruir al enemigo y levantar la moral propia. Toral adscribió a la revisión de la historia de la guerra propuesta por Salles y Abente Brun y analizó fundamentalmente prensa brasileña (de la cual sostiene que es algo crítica con el gobierno imperial) y paraguaya (prácticamente adicta a Solano López). En *A Batalha de papel* Mauro César Silveria (2009) sostuvo que la prensa ilustrada brasilera se encargó de demonizar al

enemigo. Las apelaciones al pueblo paraguayo lo ligaron con una comunidad extraña, rara y servil. Sin embargo no fueron solamente las particularidades culturales las que motivaron la atención de los periódicos. Una tradición política comunera fue tomada como representativa del país guaraní. Silveira se cuidó en esta instancia de no adherir a la visión idealizada del Paraguay pre-guerra, característica de las posturas revisionistas ni tampoco de denostarlo. Aunque no se trataba de una potencia, el Paraguay de la primera mitad del siglo XIX se caracterizaba por una combinación de aislamiento político y cierto nivel de desarrollo social y económico. La figura de Solano López dominaba ampliamente las caricaturas de los periódicos satíricos de la Corte. Se intentó desde la prensa brasileña atribuirle a López la responsabilidad de la guerra y describirlo como un bárbaro, déspota, furioso, loco, enfermo y feroz. La encarnación del mal en Solano López fue la imagen necesaria para una sociedad eminentemente católica; el presidente paraguayo era el mismo diablo.

El trabajo de Silveira propuso además el interesante ejercicio de enunciar una postura crítica sobre la guerra, pero sin por ello renunciar a comprender su racionalidad ni adscribir a las tesis revisionistas. Además por su formación en comunicación, Silveira rastreó la permanencia de algunos estereotipos sobre los paraguayos en la prensa brasileña del presente. De todas maneras, ninguno de los trabajos escapó a una tendencia “brasileñocéntrica” que describía la contienda como una lucha militar entre Paraguay y Brasil. Argentina aparecía apenas como co-aliada y Uruguay tenía un papel simbólico. Era cierto que en los últimos años de la guerra la presencia argentina había sido menor. Pero no así en lo que refiere a los desencadenantes y los primeros años de la contienda. Se conjugaban aquí cierto ensimismamiento de los historiadores brasileños con la historia de su nación y quizás la falta de estudios novedosos en nuestra historiografía con los cuales dialogar.

Silveria también dedicó unas páginas a otra tarea casi obligada del historiador actual de la guerra, como también lo hacen Salles y Toral: poner en cuestión el papel de Gran Bretaña en la misma y dar por tierra la posibilidad de que haya sido la responsable. La publicación del tratado de la triple alianza por parte de la diplomacia inglesa, sus conflictos con el Brasil, la debilidad de las hipótesis del mercado del algodón y los

mismos conflictos regionales ya habían dado sobrada muestra de que aún cuando hubiera sido una beneficiada indiscutida de los resultados no había pruebas sólidas de su responsabilidad como desencadenante del conflicto. Silveira reivindicaba la postura de Milcíades Peña.

El libro de un autor brasileño que provocó gran revuelo e influencia en la historiografía académica y también en la opinión pública fue *Maldita Guerra* de Francisco Doratioto, obra de más de 600 páginas que llevó como subtítulo *Nueva Historia de la Guerra del Paraguay*. El éxito fue tal que el libro se editó en español en Buenos Aires por Emecé en 2004. Se trató de un ambicioso trabajo de investigación que estuvo marcado por una visión diplomática liberal brasileña. La guerra fue entendida en su óptica como resultado de las contradicciones platinas y teniendo como objetivo último la consolidación de los estados nacionales de la región. Sin embargo la guerra no fue la única salida necesaria a los conflictos que se originaron en la Banda Oriental y si tuvo lugar finalmente fue porque interesaba a todos los involucrados que así sea. Todos prevenían un conflicto rápido que finalmente no se produjo de esa manera:

“Aquí no existen “buenos” y “malos” como quiere el revisionismo infantil, sino intereses. La guerra era vista desde diferentes ópticas: para Solano López, era la oportunidad de ubicar a su país como potencia regional y de tener acceso al mar por el puerto de Montevideo gracias a una alianza con los blancos uruguayos y los federales argentinos representados por Urquiza; para Bartolomé Mitre era la forma de consolidar el Estado centralizado argentino, eliminando los apoyos externos que recibían los federales de parte de los blancos y de Solano López; para los blancos, el apoyo militar paraguayo contra los argentinos y los brasileños lograría impedir que sus dos vecinos continuasen interviniendo en el Uruguay; para el Imperio, aunque la guerra contra el Paraguay no era esperada ni deseada, en sus comienzos se pensó que la victoria brasileña sería rápida, que pondría fin al litigio fronterizo entre los dos países y a las amenazas a la libre navegación, y que permitiría deponer a Solano López. De todos los errores de análisis de los hombres de Estado implicados en esos acontecimientos, el que tuvo las peores consecuencias fue el de Solano López, pues al finalizar la guerra su país quedó materialmente arrasado. Y debe recordarse que él fue el agresor, que comenzó la guerra primero con el Brasil y siguió con la Argentina” (Doratioto, 2004; 87)

La detallada investigación de Doratioto proporcionó así explicaciones al inicio de la contienda que pretendieron en principio alejarse de las visiones dicotómicas. El caudal de información y el detalle de las fuentes hicieron de este libro un aporte insoslayable. Sin embargo, y aunque el mismo Doratioto dijo realizar un trabajo sin ideología, de alguna manera su análisis exaltó la figura de militares brasileños y como la

historiografía tradicional, volcó todas las culpas sobre Solano López. En ese sentido el historiador marxista Mário Maestri sostuvo que la obra de Doratioto constituyó una suerte de restauración historiográfica y que como aquellos primeros estudiosos de la guerra, esgrimió una pretendida neutralidad que no existe (Maestri, 2013).

Por otra parte, la historiografía paraguaya, a pesar del trabajo de Abente Brun, no escapó en su mayoría a la lógica lopismo-antilopismo, con las excepciones de los trabajos de Guido Rodríguez Alcalá (2007) y Ana Barreto Valinotti (2011). La historiografía uruguaya actual sobre la cuestión ha sido también escasa, quizás motivada por la participación casi simbólica que terminó teniendo la Banda Oriental aunque algo inexplicable porque el origen de la guerra fue allí. Se encuentran algunos relatos heroicos sobre Paysandú, libros de fotografías relativos a la presencia allí de Bate & Cia y no mucho más material.

Fuera de la historiografía de los países involucrados, no podemos eludir los recientes trabajos de Thomas Whigham (2005, 2010, 2011, 2012) y Luc Capdevila (2010) quienes se especializaron fundamentalmente en el caso paraguayo. Capdevila partió de la correcta convicción de que es imposible comprender el Paraguay actual sin tomar en cuenta esta penosa contienda que terminó hace más de 140 años. Por ello se propuso realizar un ensayo que conectara el desarrollo de la guerra y la memoria construida a partir de su finalización. Como el mismo autor asumió “Este libro es diferente a otros. Se trata del acontecimiento a través de la disonancia de sus ecos hasta el día de hoy” (Capdevila, 2010; 13). Lo que la obra logró analizar con detalle y precisión fue cómo el espacio de lo cotidiano en el Paraguay está inundado de memoria sobre la contienda. Esta guerra fue una bisagra en tanto puede considerarse el cierre de los conflictos de independencia y a su vez apertura y consolidación de los estados nacionales y sus fronteras. También se buscó enmarcarla en un proceso de totalización de las guerras internacionales de la era industrial. Sin embargo se sostuvo que se trató de una guerra americana, es decir de un conflicto regional.

En el Paraguay actual, calles, avenidas, la moneda, los billetes, el nombre de las compañías de ómnibus, todo remite a la gran guerra. El mito del país de las mujeres que

Paraguay detentaba, lejos está de asemejarse al paraíso de Mahoma sino más a un país que vivió un Holocausto masculino y que debió resurgir de sus cenizas como el Ave Fénix. Sin embargo la historia posterior a la guerra fue una historia de hombres; políticos, militares, intelectuales y propietarios. La disputa por la memoria se centró también en la figura del mariscal: como mencionamos, el encono de lopistas y antilopistas sigue vigente al día de hoy y continúa dominando la visión del pasado en el vecino país². La retórica periodística reproduce esta lógica maniquea. Los trabajos mencionados de Barreto Valinotti y Rodríguez Alcalá sumados a los de Ignacio Telesca, Liliana Brezzo, Bárbara Pottash y Milda Rivarola desde la Academia Paraguaya de la Historia constituyen excepciones valiosas que buscan huir de esa dicotomía y aunque no siempre centrados en la guerra, serán de guía para nuestro trabajo. El fin de la dictadura en el país guaraní propició nuevas investigaciones y metodologías.

Asimismo, como apuntamos, se tornan ineludibles los trabajos del historiador estadounidense Thomas Whigham, tanto la compilación *I Die with my Country* como la monumental historia total de la guerra *La Guerra de la Triple Alianza* en 3 volúmenes. El autor ubicó la contienda como punto culminante de las tensiones que se acentuaron después de la independencia de España y Portugal, cuyo desencadenante fue la disolución del Virreinato del Río de la Plata y la formación y la consolidación del Imperio del Brasil. Whigham hizo una analogía de la contienda con la contemporánea guerra civil americana en tanto ambas terminaron en la consolidación de las incipientes

² Las élites políticas de la inmediata post-guerra, funcionales a los aliados, ponen en primera plana el antilopismo. Adoptaron resoluciones como el establecimiento del 25 de mayo como feriado nacional en alusión al 1810 rioplatense y ubicando el origen de todos los males en el gobierno de Francia. El guaraní fue prohibido. Se produjo una negación del sacrificio y patriotismo de los soldados que sobreviven. Hacia 1890 comenzó a aparecer un movimiento intelectual de reconstrucción identitaria que buscó reforzar el imaginario nacional y sus glorias militares. Este movimiento favoreció el lopismo y el surgimiento del revisionismo paraguayo, cuya expresión más conocida fue la polémica entre Cecilio Báez y Juan O Leary y que fue detalladamente analizada por la historiadora argentina Liliana Brezzo. La convergencia lopista sin fisuras se dio después de la Guerra del Chaco con la figura de Juan Natalicio González, sobre una base más identitaria que programática. La Guerra del Chaco ayudó a la formación de una identidad política al interior de las fuerzas armadas en relación a encarnar el ideal de la nación e incluso ser los más aptos para gobernarla. Este fue el clima que preparó el terreno para el gobierno de Alfredo Stroessner, calificado por Capdevila como un lopismo de estado. La visión política de la historia del dictador paraguayo se diseminó en los espacios de la memoria. Se estableció una línea sucesoria desde Francia hasta el presente del régimen dictatorial, pasando por los López. Los principales sitios de la contienda fueron convertidos en lugares históricos, como Humaitá, Vapor Cué, Minas Cué y Cerro Corá. Cuarteles generales se convierten en museos y se creó además el museo militar en Asunción. Stroessner modeló así a Paraguay como país de la memoria.

naciones de nuestra región. Analizó la guerra y sus consecuencias en los cuatro países involucrados, con énfasis en Paraguay, buscando desterrar también los mitos revisionistas que responsabilizaron a Gran Bretaña, intentando comprenderla dentro de un marco regional y atendiendo a la lógica de sus actores. En cuanto a las identidades nacionales, Whigman afirmó que la única nación es Paraguay. Ni Uruguay, ni Argentina, ni Brasil detentaban esa característica. Sin embargo nuestra tesis buscó problematizar el tema en relación a la Argentina y encontró un panorama no tan tajante. No fue el tema principal del análisis de Whigham y no se analizó más a fondo ni se tomó en cuenta la discusión historiográfica argentina sobre la construcción de la identidad nacional, pero aseveró terminante:

“Para que los provincianos aceptaran una Argentina unida bajo reglas porteñas, necesitaban concebirse a sí mismos como argentinos antes que como riojanos, entrerrianos o salteños. No tenían preparación histórica para esta perspectiva y les resultaba difícil adoptarla, así como los venecianos o los bávaros encontraban difícil pensarse a sí mismos como italianos o alemanes. A diferencia de la gente del Paraguay, los argentinos necesitaban que la identidad nacional fuera creada para ellos. Esto era un proceso desigual, puesto que si las provincias rechazaban algún aspecto del libreto, los porteños estaban listos para imponérselo por la fuerza” (Whigham, 2010; 16 y 17)

La frase denota un cierto romanticismo hacia Paraguay (todas las naciones son construidas y todas son a su vez, consensuadas). La fuerza ya había hecho lo suyo con el resultado de Pavón. Que la guerra fuera muy impopular no significa que los riojanos no se sintieran argentinos y de eso se trata también esta tesis. En todo caso veremos cómo más allá de los sentimientos de los habitantes, la cultura popular que no es objeto de nuestro análisis, el debate sobre la guerra entre las élites se dio mucho más sobre otras coordenadas.

1.3.4. La guerra argentina olvidada

Historiadores influyentes han deslizado en sus trabajos la idea de una íntima relación entre la guerra y la identidad nacional argentina. José Luis Romero escribió en *Las ideas políticas en Argentina*:

“También contribuyó eficazmente a asentar el principio de la unidad nacional la Guerra del Paraguay, desencadenada en 1865. Un esfuerzo ciclópeo realizó entonces todo el país para afrontar el conflicto, y al cabo de cinco años había surgido, sobre las cenizas del sacrificio común, una idea más viva de la comunidad argentina” (Romero, 1956: 160,161).

Sin embargo Romero no estaba estudiando la guerra por lo que no fundamentaba ni analizaba más a fondo su hipótesis. Por otra parte, en un trabajo que sí habla sobre la guerra, Leslie Bethell sentenció:

“En el balance, la guerra había contribuido positivamente a la consolidación nacional: Entre Ríos y Corrientes no rompieron filas; las rebeliones montoneras en varias provincias fueron suprimidas; Buenos Aires fue aceptada como capital indiscutida de una república unificada, y la identidad nacional quedó considerablemente fortalecida” (Bethell, 1996: 16).

No obstante Bethell no analizó el caso argentino, sino la guerra en general y sobre todo el papel de Gran Bretaña. Por esta razón nuevamente tenemos una afirmación que carece de una investigación minuciosa que la sustente. En el caso de Brasil, José Murilo de Carvalho consideró que la Guerra del Paraguay fue un período privilegiado para revelar las representaciones de su patria. Más aún sostuvo:

“A pesar de las dificultades en formar una imagen de nación que incorporase la realidad de la población, el Imperio vivió una experiencia colectiva que fue el factor más importante de la creación de la identidad nacional desde la independencia hasta 1930. Se trata de la Guerra del Paraguay.”(Murilo de Carvalho, 1994: 410).

En cuanto a la historiografía reciente en nuestro país sobre el tema, fue sintomático que en el volumen de la *Nueva Historia Argentina* correspondiente al período 1852-1880, la Guerra del Paraguay apareciera solo escasamente mencionada y en artículos que no la tienen en el centro de su análisis (Bonaudo dir, 1999). Asimismo Alberto Lettieri abordó en su libro *La República de las Instituciones* (2000) el período comprendido

entre 1852 y 1880, pero la guerra fue poco analizada ya que su interés fundamental radicó en el estudio de la década de 1870. Afortunadamente contamos con dos nuevas historias generales del período que analizan la contienda retomando los avances generales que mencionamos en el apartado anterior, aunque entre una lista de otros temas (Garavaglia y Fradkin, 2010; Sábato, 2012). Desde una tradición historiográfica diferente a la de la *Nueva Historia Argentina*, León Pomer escribió en el prólogo a la reciente reedición de su obra:

“No puedo ocultar lo que me parece significativo: la poca o ninguna importancia que los historiadores universitarios le dan a la guerra como objeto de investigación, siendo que fue un momento capital de la constitución del Estado argentino y dio un cuantioso aporte a la casi eliminación de un pueblo hermano” (Pomer, 2008: 9)

La afirmación de Bethell fue entonces más que pertinente para el caso argentino, participante decisivo en el desarrollo de la guerra. Los recientes trabajos específicos sobre la temática en nuestro país entonces han sido escasos y no se detuvieron en la problemática de la identidad nacional desde las élites argentinas y apenas abordaron las representaciones en general. Dardo Ramírez Braschi (2000) estudió el impacto de la guerra en la provincia de Corrientes a través del análisis de la prensa. Es un trabajo que despertó gran interés por tratarse del escenario argentino de la contienda y que demostró el incómodo lugar que los correntinos mantuvieron durante la contienda, desde los aliados al mitrismo, hasta los cómplices con el Paraguay y quienes fueron acusados formalmente de traidores. María Gabriela Quiñónez también trabajó un tema caro a la provincia y la contienda, el caso de las cautivas correntinas (2012). Por otra parte encontramos el libro de Miguel Angel de Marco (2003) quien estudió la vida cotidiana en el frente. También se editó el trabajo de Leonardo Castagnino (2011) en el que se repitieron los postulados de la historiografía revisionista en un relato más de tinte de divulgación. Si bien Liliana Brezzo analizó en un breve trabajo las representaciones de los argentinos, lo hizo solo desde la mirada de los manuales paraguayos (y no desde las mismas élites argentinas), buscando centrarse fundamentalmente en la historia del vecino país y sus relaciones de integración con Argentina (Brezzo, 2002). Además el período estudiado no se focalizó exclusivamente en la guerra, sino que partía de los efectos posteriores a la misma: la destrucción y

reconstrucción de la memoria nacional paraguaya y las relaciones bilaterales principalmente durante el siglo XX.

Hacia fines de 2008 El Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín organizó su quinto encuentro anual. Esta vez el tema elegido fue “La Guerra del Paraguay: historiografías, representaciones y contextos”. Se presentaron allí algunos avances, pero que no abordaban nuestra temática específica o lo hacen de una manera tangencial. Los trabajos de las jornadas están publicados *on line* en la Revista *Nuevos Mundos*³. La mayoría de los trabajos argentinos correspondieron a académicos que no se dedican a la guerra y presentaron temas que integran historiografía y memoria. Hacemos referencia a algunos de ellos en nuestra tesis.

1.4 Metodología y fuentes: un mapa de las élites letradas

La investigación sobre el proceso de construcción de la identidad nacional argentina durante la Guerra del Paraguay propone desarrollar un cruce entre la historia política y la historia cultural. Para ello hacemos hincapié en las interacciones entre sujetos, prácticas, discursos y representaciones. Tenemos en cuenta las diversas posiciones políticas e ideológicas, así como también la región y filiación partidaria desde la que escriben los autores.

Dada la importancia que tuvo la prensa como soporte en la circulación de discursos públicos (Alonso, 2004), muchos de ellos de carácter polémico, y por su capacidad de moldear representaciones, privilegiamos su análisis en la investigación. Los periódicos proveyeron los medios necesarios para la representación del tipo de comunidad imaginada que es la nación (Anderson, 1993). En la década de 1860, la prensa experimentó un interesante desarrollo en todo el país con centro en Buenos Aires.

³ V Encuentro Anual del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín “La Guerra del Paraguay: historiografías, representaciones y contextos”, en Coloquios 2009 *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, <http://nuevomundo.revues.org/44072#la-guerra-del-paraguay-historiografias-representaciones-contextos>

Según Miguel Ángel de Marco (2006), nuevas tecnologías y estilos europeos imprimieron nuevos bríos a la prensa posterior a la batalla de Pavón. En la visión de Ramos (1989), no es hasta entrada la década de 1870 que la prensa de la región latinoamericana se convirtió en una prensa moderna, por su magnitud, tecnología y también por cambios en un discurso que intentó captar la noticia y la primicia. Sin embargo, observamos que la guerra del Paraguay le impuso a la prensa de todo el país, aunque fundamentalmente la porteña y la de las provincias del litoral, esa aparición de la primicia, la noticia desde el teatro de los acontecimientos. La propia dinámica de la Guerra de la Triple Alianza le imprimió a la prensa argentina un tinte modernizador al obligarla a dar cuenta de las últimas noticias del frente. La red telegráfica se amplió en el país y un cable submarino conecta Buenos Aires con Montevideo. Los corresponsales en el teatro de la guerra fueron los mismos combatientes, por ejemplo Domingo Fidel Sarmiento y Lucio V Mansilla que usó sinónimos como Falstaff.

La Nación Argentina (1862-1870) fue el periódico que defendió la postura mitrista y que al final de la guerra se transformó en el actual *La Nación* (1870). José María Gutiérrez, secretario militar durante la campaña de Pavón y con una vasta formación literaria y política, fue erigido como redactor en jefe de *La Nación Argentina*. No conocemos los pormenores de la elección del nombre del periódico, pero es sugestivo para nuestra investigación ya que marca una intención de englobar, unir. Durante su existencia no fue el periódico más vendido (éste fue *la Tribuna* de los hermanos Héctor, Mariano, Florencio y Luis Varela que impulsarían luego la candidatura de Sarmiento) pero estuvo entre los más importantes. Los propósitos del diario, en clara consonancia con el nombre del mismo, aparecieron en el primer número:

“robustecer el vínculo de la nacionalidad argentina propendiendo a que no se malogren los sacrificios de medio siglo, ni la oportunidad suprema de afianzar las instituciones, la paz y la prosperidad de la República; defender contra toda tendencia disolvente las verdaderas conveniencias de la Nación, que no pueden ser contrarias a las de las provincias; abogar por sus intereses morales y materiales, que lejos de ser antagonistas entre sí, están coaligados de una manera indisoluble” (Citado en De Marco, 2006: 252)

Como apuntamos, el periódico más difundido del país no fue el diario mitrista sino *La Tribuna* de los hermanos Varela, de tendencia autonomista, que también comenzó a editarse en Buenos Aires, pero en la década de 1850 y fue el órgano que encabezó la

campana presidencial de Sarmiento. Otro periódico resonante de Buenos Aires fue *El Nacional*, propiedad sin embargo de quien era el ministro de hacienda mitrista, Vélez Sarfield. Estos tres periódicos eran los más importantes del país al momento de la guerra, mantuvieron sus ediciones durante prácticamente todo el trascurso de la misma y sus editoriales eran retomados por la prensa de todas las provincias. El periódico mitrista fue el más persistente defensor de la alianza en la gran guerra, pero ni *La Tribuna* ni *El Nacional* tuvieron un discurso crítico sobre el inicio de la misma y solo con el devenir del tiempo presentaron sus reparos con respecto a la alianza aunque no con respecto al gobierno paraguayo.

El periódico opositor más fuerte fue *La América* que vio la luz en febrero de 1866 y fue cerrado en julio de ese mismo año por el gobierno de Bartolomé Mitre. Muchos de sus redactores fueron encarcelados. El estado de sitio vigente en todo el país facilitó el cierre de periódicos opositores. El editor del periódico opositor era Agustín De Vedia, periodista nacido en 1843 en Montevideo, sobrino político de Mitre. *La América* contó además entre otros con la redacción de Víctor Olegario Andrade, periodista y poeta, nacido en Río Grande do Sul, debido al exilio de su padre, opositor a Urquiza; Miguel Navarro Viola, político y periodista porteño que se manifestó a favor de Chacho Peñaloza y en contra de la invasión de Venancio Flores a la Banda Oriental y Carlos Guido Spano, también poeta argentino, hijo del General Tomás Guido. En algunas oportunidades el diario tomó el nombre y publicó escritos de Juan Bautista Alberdi, exiliado en París, y muchos de los artículos le fueron dedicados. *La América* salía todos los días excepto los lunes y dedicaba la mayor parte de sus cuatro páginas a cuestiones relacionadas con la guerra. El periódico estaba dividido en editoriales, exterior, prensa americana y hechos diversos. Para esa época la contienda comenzaba a vislumbrarse más extensa de lo pensado y las voces opositoras empezaban a hacerse oír. Las disputas con el diario oficialista *La Nación Argentina* eran frecuentes y de tono elevado. Estos fueron los periódicos que estructuraban el debate nacional durante la guerra, sus disputas y editoriales son reproducidos a lo largo de todo el país. Agregamos algunos opositores a la guerra como *La Unión Americana* (1866) y *La República* (1866) de Manuel Bilbao, periodista chileno, que apoya a Alsina y luego a Sarmiento. El caso de *El Pueblo* de Buenos Aires (1864-1867) fundado por Juan Chassaing y llevado adelante

por su hermano Esteban, luego de la muerte del primero, fue el de un periódico que acompañó tímidamente la contienda aunque deslizó críticas desde sus albores. *El Pueblo* contó con la administración y participación de Nicolás Avellaneda, Juan María Gutiérrez, Carlos Paz y Manuel Argerich, entre otros. *El Mosquito*, el famoso periódico satírico de Enrique Mayer no terminó de sostener una postura crítica profunda a la guerra porque denostó también con frecuencia al Paraguay desde sus litografías. Otros periódicos de Buenos Aires de menor circulación fueron *El Grillo* (1865), *El Estudiante* (1866-1867) y el *Correo del Domingo* (1865-1870), éste último parte de las revistas culturales como *Revista Argentina* (1868-1870) y *La Revista de Buenos Aires* (1864-1870) que no abordaron temas de actualidad sino que reprodujeron artículos de historia y cultura en general. *El Correo del Domingo* de José María Cantilo, afín al partido liberal, publicó algunas litografías de la guerra. En 1869 apareció el famoso *La Prensa* de José C Paz. La mayoría de estos intelectuales de Buenos Aires había formado entre 1864 y 1866 el Círculo Literario. Se trataba de un espacio de conciliación de intereses que habían llevado adelante Lucio V. Mansilla y José María Estrada y que albergaba entre otros a Mitre, Sarmiento, Navarro Viola y Pastor Obligado. Sin embargo los debates que abrió la Guerra de la Triple Alianza pusieron en evidencia los límites de este tipo de proyectos con espíritu de tolerancia y apuntados a separarse de la dinámica política (Bruno, 2012). El espacio privilegiado para el debate de las élites letradas durante la guerra fue la prensa.

De Corrientes, escenario argentino de la guerra, contamos con el análisis de periódicos como *El Progreso* (1864-1865) editado por Damaceno Fernández, de orientación liberal, afín al mitrismo. *El Independiente* (1864-1865) en cambio, fue un periódico correntino acusado de “paraguayismo”, acusación en cierto punto acertada ya que se trató de un diario opositor al gobernador Manuel Lagraña y de clara afinidad con la causa paraguaya. Su primer editor fue Federico Z. Boetti, más adelante este rol lo ocupó el paraguayo Pedro C. Falcón y entre sus redactores encontramos a Víctor Silvero, triunfiro correntino durante la ocupación. *La Esperanza* (1864-1865) fue otro de los periódicos correntinos que estudiamos, periódico que ante la invasión paraguaya tuvo su imprenta en Esquina, cercana al refugio del gobernador Lagraña durante la invasión. Llamativo fue el caso de *El Eco* de Corrientes (1866-1868) periódico de historia difusa,

que salía dos veces por semana. Su redactor más destacado y probable dueño fue nada más ni nada menos que José Hernández, quien desde allí mantuvo una postura bastante favorable a la causa aliada durante los primeros años de la guerra, postura que cambió cuando en 1869 Hernández se puso al frente de *El Río de la Plata* en Buenos Aires. Otros periódicos correntinos que revisamos son *El Liberal* (1868), *El Nacionalista* (1866) periódico político, literario y comercial defensor de la contienda, *El Imparcial* (1868) y *La Voz de la Patria* (1868-1870). En cuanto a Entre Ríos analizamos *El Republicano* (1865) diario del periodista uruguayo Eduardo Guillermo Gordon, que quiso refrendar la realidad de resistencia en la provincia, *El Eco* (1866) periódico del periodista y legislador Floriano Zapata, que atacó la política mitrista, *El Gualeguay* (1866-1868) periódico que se constituyó como punto de partida para la prensa de la ciudad homónima, *El Paraná* (1864-1867) órgano de Urquiza y opositor a la guerra, editado por Jorge Alzugaray, *El Progreso* (1866-1867) y el posterior *El Comercio* (1867-1870) editado también por Jorge Alzugaray. También se opusieron al gobierno nacional *El Pueblo Entrerriano* que es clausurado y reemplazado por *El País* en 1867.

De la provincia de Santa Fe tomamos *El Tiempo* (1865-1867) editado en imprenta del Estado, favorable a la guerra, *El Pueblo* (1868-1869), ferviente opositor, *La Capital* (1867-1870) y *La Paz* (1868). En Córdoba, *La discusión* (1865) fundado por Manuel Pizarro y Mariano Echenique, *El Eco* (1866) periódico muy estable editado por Eugenio Roldán, favorable a la guerra, *El Patriota* (1867-1868), *El Progreso* (1867) dirigido por Ramón G. Navarro, *Las Provincias* (1866) con Carlos Bouquet como redactor, opositor a la contienda y *Las Provincias Unidas* (1868). De la zona de Cuyo abordamos por La Rioja, *La Regeneración* (1865-1867) de Ramón Bravo, *La Reforma* (1869) y *La Rioja* (1868), por Mendoza el liberal *El Constitucional* (1862-1870) y *La Opinión* (1870), por San Juan, *La Reforma* (1866), *La Voz de Cuyo* de José M. Del Carril y Pedro Calderón que sostiene la candidatura de Sarmiento (1867-1870) y *El Zonda* (1864-1870) y por la provincia de San Luis *El Porvenir* (1864-1868). En la zona del norte del país encontramos para Santiago del Estero *El Pueblo* (1863) y *El Norte* (1864-1870), liberal, favorable a la guerra; en Salta *La actualidad* (1864-1869), *El Aguijón* (1865), *El Correo del Norte* (1866) y *El Porvenir* (1868) que defiende la candidatura de Sarmiento. De Jujuy, *El Orden* periódico liberal (1863-1870), *La Verdad* (1869) y *La Época* (1868-

1870), de Catamarca *La Libertad* (1864) a cargo de Carlos Wright y Tesandro de Santa Ana que fue reemplazada por *El Pueblo* (1866) y luego *La Unión, El centinela del norte* (1867) órgano explícito del partido liberal y *La Unión* (1867) y de Tucumán *El Liberal* (1864-1867) y *La Juventud* (1869). Todos ellos tuvieron una posición muy crítica respecto de las montoneras. También existieron en el país periódicos de las comunidades extranjeras como *The Standard* que tenemos en cuenta, pero no nos detenemos en consideración principal simplemente porque estaban escritos en otros idiomas y dirigidos al público foráneo, por lo que son privilegiados para el análisis de otras representaciones. Retomamos las posibles menciones a ellos en el debate en español. Otros de muy escasa vida son *The River Plate Magazine, Corriere Italiano* y *Le Progress*.

Tenemos en cuenta el insoslayable aporte de Juan Bautista Alberdi con sus escritos desde el exilio en París que fueron difundidos en Buenos Aires. “Las disensiones de las repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil” (1865), “Los intereses argentinos en la guerra del Paraguay con el Brasil” (1865), “Crisis permanente de las repúblicas del Plata” (1866), “La crisis de 1866 y los efectos de la guerra de los aliados en el orden económico y político de las repúblicas del Plata” (1866), “Tratado de la Alianza contra el Paraguay” (1866), “Las dos guerras del Plata y su filiación” (1867), “El imperio del Brasil y la democracia en América” (1869) y *El crimen de la guerra* (1870). También analizamos su correspondencia con el diplomático paraguayo Gregorio Benites. El escrito de Carlos Guido y Spano *El gobierno y la alianza. Consideraciones políticas* fue bastante difundido durante la guerra. Olegario Víctor Andrade también era de la partida con *Las dos políticas. Consideraciones de actualidad* de 1866 y otros escritos menos conocidos. Miguel Navarro Viola con su *Atrás el Imperio* de 1865 también forma parte del corpus.

Entre las obras publicadas en el país durante la contienda que defendieron la causa aliada y/o denostaron al gobierno paraguayo, encontramos la obra de José Manuel Estrada publicada en 1865 en Buenos Aires *Ensayo histórico sobre la revolución de los comuneros del Paraguay en el siglo XVIII seguido de un apéndice de la decadencia de Paraguay y la guerra de 1865*. En 1869 el gobierno nacional decidió publicar los

Papeles del tirano del Paraguay tomados por los aliados en el asalto del 28 de diciembre de 1868. Ese mismo año se editó el relato del ingeniero inglés George Thompson que participó en la contienda en el frente paraguayo y un año después el relato del boticario del ejército de López, George Masterman. La mayoría de estos escritos, favorables o no a la contienda, fueron reproducidos en parte en la prensa de varias provincias.

Otra fuente de importantes discursos de las élites de la época son los diarios de sesiones de la Cámara de Diputados y Senadores de la República Argentina, a los que citamos en sus intervenciones haciendo alusión a su filiación partidaria. Además relevamos una importante cantidad de correspondencia de los archivos de Bartolomé Mitre, Marcos Paz, Rufino de Elizalde, Urquiza, Domingo Sarmiento y la polémica epistolar entre Mitre y Juan Carlos Gómez sobre la alianza que también fue publicada en los periódicos.

Los levantamientos internos no contaron prácticamente con prensa que los justificara y defendiera. Quienes podían solventar periódicos eran precisamente los poderes constituidos a los cuales no les beneficiaban las montoneras. Nos acercamos a estos movimientos a través de las famosas proclamas de Felipe Varela y sus aliados, así como correspondencia entre los líderes. También complementamos con cantares populares del libro de Olga Fernández Latour, *Cantares históricos de la tradición argentina*, una reconstrucción de estas tradiciones a partir de relatos orales.

Hacia la década de 1860 se organizó una comunidad intelectual entre las nuevas generaciones que se fueron estableciendo y las ya establecidas a la sombra de las cuales se desplegaron los demás (Bruno, 2011). Por otra parte, las representaciones también pueden analizarse a partir de imágenes. La fotografía jugó un papel destacado en esta guerra fundamentalmente por el accionar de los fotógrafos radicados en Montevideo Bate & cia que retrataron la vida cotidiana en el frente. Estas imágenes no fueron difundidas en los periódicos argentinos durante la contienda. Las litografías, algunas basadas en esas fotografías y otras de tipo jocoso, sí fueron publicadas en la prensa de la época. Existieron también representaciones artísticas como las muy reconocidas de

Cándido López, pero fueron pintadas con posterioridad a la guerra. Las pinturas posteriores y la mayor parte de la fotografía no forman parte del corpus de estudio porque o no existían o no fueron difundidas durante la contienda o porque muchas de ellas representaban fundamentalmente la vida en el campamento. Si las consideramos como muy útiles para un estudio de la memoria. Las imágenes que tomamos en cuenta con mayor énfasis son las del periódico satírico burlesco de Buenos Aires, *El Mosquito*, que representó los avatares de la guerra durante el desarrollo de la misma a través de caricaturas. También encontramos algunas litografías ilustrativas de *El Correo del Domingo*, basadas en fotografías de manera muy esporádica. *El Correo* fue un periódico literario que no abordó casi temas de actualidad de José María Cantilo. Publicaron en enero de 1865 una litografía de la iglesia de Paysandú destruida, probablemente copia de una foto. Más adelante aparecieron en una edición una imagen de la conferencia de Yataity Corá y retratos de los héroes y litografías de los obituarios de Francisco Paz hijo de Marcos y Dominguito Sarmiento, además del retrato del Marqués de Caxias. Publicar esos obituarios tuvo como fin tocar la fibra sensible del lector con la muerte de dos jóvenes promesas, hasta los hijos de los ilustres daban la vida por la patria. Sin embargo se volvió algo tardío e inoportuno porque después de Curupaity la influencia, el efecto, la resonancia de la guerra fue en declive. El 8 de marzo de 1867 publicaron la litografía del regreso de Mitre al país y su abandono del puesto de general en jefe del ejército aliado. *El Correo del Domingo* mantuvo su fidelidad de vocación literaria y de prescindencia política solo exceptuada por algunas líneas y litografías junto con la *Revista de Buenos Aires* de Vicente Quesada y Miguel Navarro Viola. El resto de los periódicos, documentos oficiales, correspondencia y escritos no contienen imágenes, sino muy esporádicamente mapas de batallas. Los relatos de imágenes se editaron posteriormente por ejemplo en el *Album de la Guerra del Paraguay*.

Las fotografías de Bate llegaron a Buenos Aires luego del desastre Curupayti, cuando el interés público por la guerra comenzó a declinar y la opinión empezó a tornarse más desfavorable. No fueron publicadas en los periódicos durante la contienda excepto en *The Standard*, periódico para los residentes ingleses en el país. Miguel Ángel Cuarterolo (2000) sugirió que como muchos porteños habían muerto, las imágenes podían provocar un shock en el público de Buenos Aires si se difundían demasiado. Sin embargo algunas

de ellas fueron exhibidas al público, por ejemplo en funciones en el salón de Recreo de la Plaza de Mayo. El 14 de noviembre de 1866 *La Tribuna* informó que diez fotografías se exhibían en la Librería Inglesa de Loedel frente a la Bolsa de Comercio y que allí se vendían. De todas maneras formaban un corpus más apropiado para analizar la vida en el frente que las representaciones nacionales.

Las fotografías que llegaron a Buenos Aires dieron cuenta de la precariedad del frente de batalla, la penosa vida de los soldados. Desnudaban un realismo que poco pudo haber entusiasmado a un reclutamiento o contribuido a una identificación nacional durante un conflicto que se volvió más largo de lo esperado. La pintura posterior a la contienda fue la encargada de esa tarea al igual que la recopilación de fotografías en el *Álbum de la guerra* y la construcción de monumentos. No hay registros en la prensa local de un gran debate sobre las fotografías. Cuarterolo además insistió en que los periódicos no contaban con la tecnología o los fondos suficientes para publicarlas. Se ocupaban mucho más de reproducir litografías de planos de batalla y escudos nacionales que invitaban a ver la guerra en su dimensión estratégica y épica.

Encontramos además alusiones a la pintura de Adolf Methfessel en *la Tribuna* 1869. Cándido López quedó manco después de Curupayti y sus cuadros sobre sus bocetos vieron la luz pública después de la finalización de la contienda. José Ignacio Garmendia militar y pintor que actuó como corresponsal para *La Tribuna* durante la guerra tomó algunos bocetos en el frente, pero desarrolló su obra con posterioridad a la contienda. Cierta negación o indiferencia a esas imágenes rodeó el debate público durante la contienda. Quienes conocieron el horror de la guerra no necesitaban verlas para resistirse. Quienes no y tenían también acceso a las publicaciones periódicas, quizás tampoco era conveniente que las tuvieran muy presentes. Y probablemente los medios físicos no alcanzaban para publicarlas. El grueso de las imágenes alusivas, de las fotografías y fundamentalmente de la pintura son representaciones privilegiadas para el estudio de la construcción de la memoria en relación a la identidad nacional y son recopiladas y analizadas en otros libros actuales (Salles, 2003). Tenemos en cuenta en esta tesis las imágenes del frente y sus protagonistas que circulan durante la contienda,

pero advertimos que aportan mucho más al debate de la vida en el campamento y la historia militar que a las representaciones de la nación durante la guerra.

1.5 En resumen

La nación, entendida como una nacionalidad, es una construcción histórica estrechamente relacionada a la consolidación de los estados. En América Latina este proceso se desarrolló durante parte del siglo XIX y la guerra fue parte definitoria del mismo. La contienda que analizamos fue la más larga y sangrienta de la historia de la región. Participaron cuatro países en los cuales se abrió también una lucha discursiva entre identidades. La guerra fue moldeando imaginarios de nación que se fueron cimentando durante todo el siglo. En las primeras décadas del mismo prevalecieron las identidades regionales y provinciales, pero el romanticismo y la definición de los estados dieron forma más nítida a las identidades nacionales.

La relación entre la identidad nacional y la Guerra del Paraguay no fue abordada en profundidad en la historiografía de nuestro país. La contienda en sí fue poco analizada en los últimos años. Esta tendencia se fue revirtiendo a la luz de varios estudios novedosos de historiadores de diferentes partes del mundo y de las nuevas preguntas que se realizaron sobre el siglo XIX rioplatense. Para analizar el impacto de la guerra en la formación de la identidad nacional decidimos focalizarnos en esta instancia en el discurso de las élites. El soporte de expresión del debate político por excelencia de la época fue la prensa y sobre ella nos centramos principalmente. También hacemos hincapié en el círculo intelectual que medió entre la generación del 37 y la generación del 90, antiguos y nuevos participantes, sus obras, sus cartas, sus debates. Y las polémicas en el gobierno y el congreso.

Capítulo 2: La Guerra del Paraguay y su impacto en la Argentina

La Guerra del Paraguay fue un acontecimiento clave para la consolidación del estado nacional argentino. Sin embargo hemos repasado cómo en los últimos años el tema fue analizado muy poco en la historiografía argentina. Asimismo, los estudios sobre la construcción de la identidad nacional argentina abarcaron hasta el final del período rosista y fueron retomados a partir de 1880. Para poder luego analizar las representaciones de la nación con soltura, sin detenernos a explicar detalladamente referencias del devenir histórico, consideramos fundamental explicar el desarrollo de la guerra con eje en su impacto en la República Argentina. Buscamos desarrollar un relato a los efectos de establecer una sólida base para nuestros capítulos principales. Las referencias a distintas coyunturas políticas, económicas o militares se mencionan en función de este objetivo general y en particular, de poder articular un relato coherente sobre el inicio, desarrollo y fin de la guerra desde la participación argentina.

Comenzamos por un análisis de la época inmediatamente posterior a las independencias y la disputa de límites entre los estados en formación. Luego pasamos a revisar la invasión e intervención del Imperio del Brasil y Argentina en la Banda Oriental, el posterior conflicto diplomático y el sitio de Paysandú. Inmediatamente hacemos alusión

a la reacción del gobierno paraguayo y su paso por Corrientes. Hacemos hincapié en la formación de la Triple Alianza, el papel de Mitre como general en jefe del ejército aliado y la movilización de tropas en el país. Describimos las batallas más resonantes con Curupaytí como bisagra del rol de Bartolomé Mitre en el frente. Hacemos referencia también a los levantamientos internos y a las elecciones presidenciales en el contexto de la guerra. Analizamos el fin de la contienda y sus consecuencias inmediatas. Procuramos demostrar que la guerra produce un fuerte impacto en el país en diferentes niveles.

2.1 La Cuenca del Plata y las consecuencias de la Independencia

La Guerra del Paraguay expresó unas de las últimas tensiones del proceso de definición político de los estados herederos de España y Portugal en la cuenca del Plata. La contienda que comenzó en 1864 fue el punto cúlmine de las disputas territoriales, políticas y económicas de cuatro naciones en construcción. En 1776 la Corona Española creó el Virreinato del Río de la Plata, espacio que fue a su vez un gran desprendimiento del Virreinato del Perú. El mismo comprendía los territorios que actualmente pertenecen a la Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, parte del sur de Brasil, del norte de Chile y del sur de Perú. Hacia fines del siglo XVIII, España y Portugal firmaron el tratado de San Ildefonso que delimitaba las fronteras comunes entre los territorios de ambos en el Nuevo Mundo. El tratado concedía gran extensión de territorio en las Misiones orientales a España.

Con la Revolución de Mayo, el Virreinato del Río de la Plata se desmembró mientras que el Brasil transitó un devenir diferente que lo fue convirtiendo en un gran imperio unificado. El año 1808 constituyó un punto de partida fundamental para importantes cambios en la configuración política de ambas unidades territoriales y políticas. En el caso del Río de la Plata, debido a la captura y abdicación del Rey Fernando VII de España en manos del ejército napoleónico. Fernando VII y su familia no abandonaron Europa, pero las abdicaciones de Bayona plantearon importantes disyuntivas sobre la

problemática de un ente político que ejerció su soberanía en nombre de un rey ahora depuesto. En el caso portugués, en cambio, el príncipe Joao VI, futuro rey, escapó con la familia real a Brasil y se constituyó el Reino de Portugal, Brasil y Algarve con capital en Río de Janeiro. La independencia llegó recién en 1822 con la proclamación de Pedro I como rey y emperador del Brasil y la declaración de romper lazos con la metrópoli portuguesa. Aunque no se trató de un movimiento totalmente pacífico, no existió un proceso análogo al revolucionario del Río de la Plata. La abrupta abdicación de Pedro I por una crisis política dejó a su primogénito Pedro II de tan solo cinco años como regente en 1831. La junta de regencia hasta su mayoría de edad gobernó no exenta de conflictos por lo que se adelantó la proclamación de Pedro II como emperador del Brasil y su juramento a la Constitución en 1841, o sea, a sus 15 años.

La historiografía argentina presentó numerosos avances sobre el estudio de la Revolución de Mayo y la década de la Independencia. Tulio Halperín Donghi (1972) señaló el factor determinante de los sucesos externos en el desencadenamiento de la revolución, a su vez que analizó la formación de una élite dirigente criolla y el importante rol de las milicias en el proceso. Por su parte, como apuntamos anteriormente, José Carlos Chiaramonte demostró que no se trataba de una revolución en nombre de la nación argentina, ya que no podía considerarse que ésta era preexistente. Las identidades provinciales, regionales y la identidad americana jugaron con más peso específico en la época revolucionaria.

La revolución desarticuló un virreinato de enormes dimensiones y características heterogéneas. Quien consiguió rápidamente su separación de la Junta de Buenos Aires fue precisamente el teatro de nuestra guerra futura: Paraguay. El gobernador Bernardo de Velasco, envió a Buenos Aires una nota comunicando la separación de la Intendencia de Asunción del Paraguay del Virreinato del Río de la Plata. El 24 de junio de 1810, Velasco y sus seguidores formaron una Junta General y reiteraron su apoyo al Consejo de Regencia. La negativa del gobierno paraguayo a acatar las órdenes de la Junta motivó una expedición del General Manuel Belgrano, misión que terminó fracasando. Sin embargo, si bien la sumisión al gobierno de Buenos Aires no tuvo éxito, sí lo tuvo la idea revolucionaria que llevó en 1811 al Paraguay a declarar la

independencia de la metrópoli española. En la noche del 14 al 15 de mayo de 1811, estalló una revolución dirigida por Pedro Juan Caballero y Fulgencio Yegros, que conformó un gobierno provisorio. La Junta de Buenos Aires no tuvo más remedio que aceptar esta situación. En 1814 un congreso nombró al Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia como dictador de la República paraguaya.

La independencia de Paraguay dejó en evidencia algunos problemas limítrofes con lo que hoy es la República Argentina. Paraguay se consideraba legítimo heredero del Gran Chaco y de las misiones jesuíticas que comprendían el nordeste de la provincia de Corrientes y la actual Misiones en Argentina. En cambio la Junta de Buenos Aires opinaba que los límites naturales de Paraguay eran al sur y este del Alto Paraná y al oeste por el río Paraguay. El 17 de mayo de 1803 el rey de España había constituido un gobierno separado, con todo el territorio de las antiguas misiones a cargo del gobernador Velazco. Este territorio de las misiones guaraníes estaba dividido en treinta pueblos. Hasta ese momento solo trece habían estado bajo jurisdicción paraguaya y a partir de este momento lo iban a estar en su totalidad. Por un tratado del 12 de octubre de 1811 la Junta de Buenos Aires reconocía la independencia paraguaya y su dominio sobre Misiones. Ésta es fue de las áreas en litigio junto con el gran Chaco durante el siglo XIX y cuyo punto cúlmine fue la guerra. El gobierno paraguayo, en manos de Francia, fue tentado por el Imperio del Brasil (con quien mantenía mejores relaciones que con Argentina) para que invadiera Corrientes en reclamo de la zona que creía de dominio paraguayo, pero Francia se negó.

El gobierno de Francia se caracterizó por un relevante cierre de la economía al mercado externo, reformas agrarias y educativas y la formación de un ejército fuerte, entre otras cuestiones. Francia falleció el 20 de septiembre de 1840. En medio de sucesivos gobiernos efímeros, el 25 de noviembre de 1842 se proclamó la independencia nacional paraguaya de manera formal ya que en 1811 no se había firmado ningún acta al respecto. En 1844 Carlos Antonio López fue elegido presidente de la República.

Por otra parte, durante los años posteriores a 1810, la Banda Oriental se mantuvo entre las presiones de los gobiernos que la rodeaban. En un primer momento buscó aliarse a las provincias del litoral en su lucha contra Buenos Aires. En 1817 fue invadida por los

brasileños y luego de la derrota de Tacuarembó éstos tomaron posesión de todo el territorio. El líder José Gervasio Artigas se refugió en Paraguay donde murió décadas después. El 18 de julio de 1821 se proclamó la anexión de la Banda Oriental al Brasil con el nombre de Provincia Cisplatina. En 1825, el coronel Juan Antonio Lavalleja con un grupo de 33 orientales refugiados en Buenos Aires, puso sitio a Montevideo y proclamó la independencia el 25 de agosto. Se desató una guerra contra el Brasil por la posesión de los territorios que comprendían la Banda Oriental y parte de Río Grande do Sul. El 20 de febrero de 1827 argentinos y orientales al mando del general Alvear vencieron a las tropas brasileñas en Ituzaingó. El 27 de agosto de 1828 se firmó en Montevideo el Tratado de Paz por el cual Brasil y Argentina renunciaban a sus pretensiones sobre la Banda Oriental. Años más tarde, aparecieron los partidos políticos uruguayos fundacionales (Pimenta, 2011). El partido colorado dirigido por Fructuoso Rivera y el blanco o nacional con el general Manuel Oribe como líder. A pesar de haber logrado su independencia, la zona uruguaya fronteriza con Río Grande do Sul experimentó la presencia cada vez más influyente de estancieros brasileños.

2.2 Un conflicto regional con dominio imperial

En 1841 la provincia de Corrientes (en situación de insurrección respecto del gobierno de Juan Manuel de Rosas) y el Paraguay firmaron un tratado. El mismo establecía una frontera provisoria que indicaba la voluntad del Paraguay de volver a la partición de los treinta pueblos guaraníes y a suscribirse solo a los trece que había administrado hasta 1803. Además, se le solicitaba a Rosas que reconociera formalmente la independencia paraguaya, pedido al cual se negó aduciendo que las circunstancias por las que atravesaba la Confederación se lo impedían. Rosas no buscaba un choque brusco con el gobierno paraguayo, pero tampoco reconocía la independencia de quien pactaba con los insurrectos de Corrientes en condiciones para él hostiles a la Confederación. Como mencionamos, el 14 de mayo de 1844 fue electo presidente Carlos Antonio López y Rosas volvió a declarar que no reconocía la independencia del vecino país, pero que aceptaba la libre navegación del río Paraná para los paraguayos. Pero un nuevo tratado

comercial de Paraguay con Corrientes terminó por complicar la relación con “el restaurador de las leyes” quien en 1845 proclamó la prohibición de navegación de buques paraguayos en ríos de la Confederación y más tarde trabó otras salidas comerciales. Además Rosas protestó por el reconocimiento del Brasil a la independencia paraguaya mientras que el Imperio vecino buscó enemistar definitivamente al Paraguay contra él atendiendo sus propios intereses. Y así lo consiguió:

“El 4 de diciembre de 1845, López lanzó su declaración de guerra al tirano Rosas, y a principios de 1846, una fuerza paraguaya de cinco mil hombres, bajo el comando del hijo del Presidente, Coronel Francisco Solano López, de diecinueve años de edad, cruzaba el Paraná y entraba en Corrientes. El Presidente se cuidaba de expresar con claridad que se trataba de una guerra personal contra Rosas y no contra el pueblo argentino. El Gobierno del General Mitre devolvió este cumplido en 1865, al declarar formalmente que la Argentina no hacía la guerra al pueblo paraguayo sino al tirano Francisco Solano López” (Box, 1958: 25)

Francisco Solano López tuvo que retirarse sin haber entrado en combate. Paraguay intentó luego una política de acercamiento a la Confederación sin resultados. Por otra parte, y aunque firmó un tratado en 1844 con el Imperio Brasileño que ratificaba una posición favorable al Paraguay en las Misiones y la región entre los ríos Blanco y Apa, Paraguay tuvo que hacerle frente a las ocupaciones clandestinas que el Imperio hacía sobre su territorio. En 1850, en consonancia con los intereses y temores imperiales, firmaron un tratado de alianza que obligaba a ambos países a prestarse apoyo mutuo en caso de agresión de la Confederación Argentina. El tratado entró en vigencia el 26 de abril de 1851. Cinco días después el caudillo entrerriano Justo José de Urquiza se pronunció contra Rosas y solicitó ayuda al Paraguay, la cual le fue denegada. La alianza antirrosista que se venía conformado con Entre Ríos, Corrientes, Montevideo y el Imperio Brasileño logró sus objetivos en Caseros (Ternavasio, 2009). De esta manera Brasil alcanzó sus objetivos estratégicos: impedir la reconstrucción del Virreinato y obtener la libertad de navegación del Río de la Plata que le denegaba Rosas, además de lograr que la Confederación Argentina reconociera la independencia paraguaya. Tiempo después el gobierno paraguayo buscó volver a discutir límites con los diplomáticos del Imperio Brasileño, quienes ya logrados sus objetivos en la región, mostraron desinterés en el planteo de López y continuaron con su política de

ocupaciones clandestinas. Esta actitud llevó al presidente paraguayo a comenzar a prepararse para una eventual guerra, contratando ingenieros europeos, fundamentalmente ingleses.

El mismo Urquiza fue el presidente de una Confederación Argentina separada de Buenos Aires, electo en base a la Constitución de 1853. En 1854 se creó el Estado de Buenos Aires, desligado de la Confederación, con representación diplomática propia. Las fricciones entre ambos entes fueron frecuentes y giraron alrededor de la soberanía, el comercio y la aduana entre otros temas. El reconocimiento formal de la independencia paraguaya del General Urquiza conllevó también un nuevo acuerdo sobre los límites por el cual se establecía que el Río Paraná era el límite entre el Paraguay y la Confederación Argentina y se abandonaba así la pretensión paraguaya sobre Misiones. Se concedía a Paraguay la libre navegación del río Paraná y sus afluentes, pero no así la ruta del Río Uruguay y su consiguiente acceso al Río de la Plata.

En cuanto al Imperio Brasileño, su cuestión limítrofe de importancia vital era obtener la libre navegación del Río Paraguay para poder conectar su aislada provincia del Mato Grosso. La expedición naval del Imperio brasileño al país guaraní de 1854 fue vista como una forma de intimidación para que éste permitiera la libre navegación del río Paraguay y sentara un antecedente relevante para la guerra de la Triple Alianza (Barcellos Teixeira, 2012). En 1855 Paraguay y Brasil firmaron un tratado de amistad, comercio y navegación. El Paraguay ofrecía las bondades de la navegación del río hacia y desde Mato Grosso para el imperio a cambio de una frontera que contentara sus aspiraciones. Río de Janeiro se indignó rápidamente a lo que consideró un fracaso de su comisionado Ferreira de Oliveira. El emperador se negó a ratificar el tratado. El 6 de abril de 1856 se firmó otro tratado de amistad, navegación y comercio que garantizaba a ambas partes la libre navegación del Paraguay y Paraná y postergaba la cuestión limítrofe de ese momento a 6 años, aunque las invasiones territoriales aún se sucedían. Sin embargo, López interpuso algunas complicaciones para los buques brasileños y provocó la reacción. El plenipotenciario José María da Silva Paranhos firmó con representantes de la Confederación Argentina y la Banda Oriental una convención que

declaraba libres de navegación los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay. Brasil podía ir a la guerra como contra Rosas para conseguir sus objetivos respecto del Paraguay. Paraguay lo presintió y comenzó a armarse.

En cuanto a las relaciones entre Brasil y Argentina, el contexto de la década de 1850 presentó un gran crecimiento económico y demográfico de la región y un consiguiente aumento de las expectativas de las élites locales de aprovechar ese crecimiento. Se incrementó el intercambio del sur correntino de ganado de pie a Rio Grande do Sul. La frontera brasileña fue progresivamente militarizada, había gran interés en la navegación del río Uruguay para exportar la yerba. La prensa de la época registró varios asaltos brasileños a territorio correntino en busca de esclavos fugitivos. Se denunciaron también la detención arbitraria de comerciantes correntinos en Brasil, el contrabando permanente y el enrolamiento forzoso de argentinos en el ejército riograndense. Se comentó además que el gobierno brasileño en su afán de atraer inmigrantes europeos, estaba buscando para ellos territorios menos cálidos. Y esos podrían ser justamente los de la Banda Oriental o los de Corrientes (Buchbinder, 2004).

En mayo de 1860 Bartolomé Mitre fue electo gobernador de Buenos Aires. El pacto de San José de Flores incorporaba Buenos Aires a la Confederación y sellaba la unión de la República con la mediación de Francisco Solano López, hijo del presidente paraguayo en ese entonces. Sin embargo las luchas políticas internas no cesaron y desembocaron en la batalla de Pavón el 17 de septiembre de 1861. Urquiza abandonó el campo de batalla sin ser vencido por Mitre (Sábato, 2012)⁴. Meses después Santiago Derqui, presidente en ese entonces de la confederación, renunció y Mitre asumió el poder ejecutivo nacional. Mientras tanto, el 10 de septiembre de 1862 fallecía Carlos Antonio López y dejaba como sucesor a su hijo Francisco Solano López, quien había sido durante mucho tiempo comandante en Jefe y Ministro de Guerra y Marina del Paraguay. Se abría la década de 1860 con un dominio regional claro del Imperio del Brasil, sus pretensiones expansionistas y sus temores ante una reunificación del

⁴ En la visión de Scobie, Urquiza “se deja ganar” en Pavón porque consideraba con lógica, imposible un devenir histórico exitoso en Buenos Aires (la experiencia se lo había demostrado) y desconfiaba de “la cáscara vacía del mando presidencial” por lo que había considerado mejor preservar sus fuerzas para poner a salvo los intereses políticos y económicos de Entre Ríos. (Sábato, 2012)

virreinato. Sin embargo las fricciones entre el Imperio, la Confederación Argentina y el Paraguay iban y venían en diferentes direcciones y no parecían tener un resultado obvio o determinado.

2.3 La “cuestión oriental”

Como apuntamos, la guerra con Brasil que finalizó a principios de 1827 tuvo como resultado la independencia de la Banda Oriental. A partir de allí se constituyó como un estado tapón que contenía las ansias expansionistas de los entes políticos más poderosos de la región. Durante el régimen rosista, Montevideo se había convertido en uno de los lugares de refugio para los exiliados políticos argentinos y en un espacio propicio también para desarrollar un discurso sobre la identidad nacional (Wasserman, 1997). A partir de ese momento, las divisiones partidarias al interior de la Confederación se entrelazaron con las existentes en la Banda Oriental. Los federales de Rosas apoyaron a los blancos de Oribe, quien derrotado en la Banda Oriental, volvió a la campaña en 1843 para establecer un sitio a Montevideo que se prolongó hasta 1851. Dentro de la ciudad sitiada se encontraron los rivales políticos de los blancos, los colorados del presidente Rivera y los argentinos exiliados. Como marcamos anteriormente, en mayo de 1851 los representantes de Urquiza, el Imperio del Brasil y los colorados firmaron un tratado contra Rosas que culminó en su derrota en la batalla de Caseros.

Venancio Flores, ministro de guerra colorado y ex presidente oriental mantenía una amistad con Bartolomé Mitre en su exilio en Buenos Aires desde la década de 1850. En 1860 fue electo presidente del Uruguay Bernardo Berro del partido blanco. Berro reparó en la importancia de desligarse de los conflictos de la Argentina y en atender el peligro que representaba el Imperio del Brasil desde la frontera norte. Allí el comercio en base a transferencias de ganado provocaba constantes conflictos además de discusiones limítrofes entre Uruguay y el estado de Río Grande do Sul. Muchos

estancieros brasileños se encontraban establecidos en territorio uruguayo junto con sus esclavos. Algunas medidas de Berro los perjudicaron económicamente.

Mitre celebró la neutralidad oriental en los asuntos internos de Argentina y afirmó que no tenía ningún compromiso con los emigrados colorados. Pero sin embargo se estaba preparando una invasión encabezada por Flores, con el apoyo mitrista y probablemente gestada en la casa de Lezama, actual Museo Histórico Nacional. El 19 de abril de 1863 Flores desembarcó en suelo oriental y desató un conflicto civil con la ayuda de buques porteños que portaron armas y provisiones. La prensa porteña apoyó la invasión y se obsesionó con demostrar la neutralidad del gobierno de Mitre. También se evidenció que un acuerdo argentino-brasileño no era un destino obvio hasta ese momento:

“Por lo demás ¿qué caso va a hacer el Gobierno del Brasil en materia de reclamaciones sobre violación de la neutralidad a los mismos que le acusan de prestar auxilio eficaz al general Flores? Pero la violación de neutralidad, aun cuando fuera evidente, no daría motivo a reclamo alguno por parte del Brasil. El tratado solo obliga a la República Argentina a respetar la independencia de la Banda Oriental. He aquí el secreto del pretendido propósito de anexión que la prensa oriental atribuye a la República Argentina. El lleva por objeto no solo levantar en nuestra contra, como lo hemos sido, el sentimiento nacional, sino hacer creer al Brasil que se trata de violar el artículo 3 del convenio de 1828.” (*La Nación Argentina*, 25 de agosto de 1863)

Los plenipotenciarios argentino y uruguayo, Rufino de Elizalde y Andrés Lamas mantuvieron una polémica al respecto de la neutralidad. Representantes de Portugal, Italia, Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña solicitaron una política de neutralidad estricta de Argentina para no incrementar el nivel de guerra civil que podía afectar a compatriotas radicados allí. Pero Mitre insistió en las sombras, quizás porque sentía que le debía ayuda a su amigo Flores, quizás para vengar la muerte de colorados fusilados en la década anterior, muy probablemente para afianzar su poder a través de aliados regionales que equilibraran la fuerza de Urquiza en el litoral. Ordenó el desplazamiento de sus mejores tropas hacia el litoral, además de construir modernos fortines en la Isla Martín García. Probablemente comenzó hacia noviembre de 1863 sus negociaciones con el Imperio del Brasil.

Pero no solamente Argentina intervino en los asuntos orientales. Como apuntamos en los departamentos septentrionales del Uruguay estaban radicados miles de brasileños que comenzaron a tener importantes fricciones con el gobierno blanco por diferencias comerciales y políticas de exportación. Brasil además no parecía rendirse ante su otro objetivo en la región: la ilusión de controlar el Río Uruguay y de allí tener acceso al Río de la Plata y a Montevideo. La invasión de los colorados motivó la ayuda de sectores brasileños de la frontera a la rebelión, pero desplegó un discurso inicial de neutralidad y crítica desde el gobierno central ante el conflicto. Sin embargo varios legisladores comenzaron a subir la apuesta, a denunciar lo que los compatriotas estancieros sufrían en la frontera y así encaminaron a José Antonio Saraiva como plenipotenciario a Montevideo. Saraiva llevó instrucciones que para el Uruguay significaban la humillación o la ruptura de relaciones con el Imperio: altas indemnizaciones compensatorias, la eximición del servicio militar para los riograndenses residentes en Uruguay y la destitución de funcionarios. En marzo de 1864 Atanasio Aguirre, un líder del partido blanco algo más radical en su postura que Berro y enemistado con el mitrismo y el Brasil, asumió la presidencia del Uruguay. En mayo llegó a la Banda Oriental una escuadra brasileña a cargo del Barón de Tamandaré. Ante la alianza colorada, mitrista e imperial, el gobierno blanco se vio tentado a forjar alianza con el Paraguay. Este acuerdo fue un ofrecimiento del presidente Francisco Solano López en su búsqueda de mantener lo que él consideraba “el equilibrio del Plata” (Cárcano, 1939).

Las relaciones entre el partido blanco uruguayo y el gobierno paraguayo de los López eran cercanas. Hacia 1863 y 1864 sus diplomáticos intercambiaron el parecer de que la cooperación entre Argentina y Brasil demostraba intención de repartirse Uruguay, peligro que también podía recaer sobre Paraguay. La estrategia era aliarse con las provincias del litoral para derrotar a Buenos Aires. En 1863 López mantuvo correspondencia con Urquiza con el objeto de convencer al caudillo entrerriano que abandonara su política de neutralidad con respecto al conflicto en la Banda Oriental. Mientras tanto, en Buenos Aires corrían rumores de que el presidente paraguayo quería proclamarse emperador. La prensa porteña comenzó a publicar editoriales en contra del

gobierno paraguayo y más adelante desarrolló sus críticas al concepto de “equilibrio del Plata”:

“el equilibrio del Plata que es una farsa para los diarios porteños, es una idea fundamental de la existencia independiente de las nacionalidades del Sud. El Gobierno Paraguayo la evoca, evoca con sobrada razón y trascendencia la conservación de ese equilibrio, porque eso importa a que los diversos estados se mantengan dentro de su límite territorial, que esos estados se respeten su recíproco derecho, que esos estados se garantan moralmente su respectiva independencia y es por ese medio y en el interés de ese equilibrio, que se adaptarán a las formas regladas del derecho internacional de estas nacionalidades.” (*La Nación Argentina*, 12 de octubre de 1864)

Mitre trató de frustrar sin éxito la potencial alianza entre Montevideo y Asunción. El gobierno uruguayo solicitó al brasileño que los riograndenses de la frontera bajo el mando del general Netto, cesaran su apoyo a la rebelión de Flores. El 18 de junio de 1864 Saraiva plenipotenciario brasileño, Thorton diplomático británico y Elizalde ministro argentino, se reunieron para firmar un acuerdo en Puntas del Rosario que fue descrito por el mismo Thorton años después como la inauguración de la Triple Alianza. De todas maneras no hay registros de lo que se dijo exactamente en ese encuentro y lo que se propuso en principio fue más la paz que la guerra. Se impulsó una paz negociada entre Aguirre y Flores a condición de un cambio ministerial por parte del gobierno blanco. Sin embargo este requerimiento no fue aceptado por Aguirre y la mediación fracasa (Box, 1958).

El 4 de agosto de 1864 Saraiva presentó al ministro oriental Herrera un ultimátum. Sino se cumplían las condiciones solicitadas para los riograndenses, el ejército brasileño tendría que intervenir. El 14 de septiembre la invasión fue un hecho y el sentimiento anti-brasileño y anti-imperial corrió como reguero de pólvora por tierras orientales. La guerra comenzaba de la mano de la invasión del Imperio. Luego, la política expansionista del imperio se cruzó con la mal calculada intervención del presidente paraguayo. El 12 de noviembre Francisco Solano López ordenó tomar un buque brasileño que navegaba por Paraguay, el Marqués de Olinda, buque que llevaba a bordo al gobernador del Mato Grosso. Las relaciones diplomáticas se rompieron entre ambos países y comenzó a prepararse la invasión a territorio brasileño. A principios de diciembre, Flores y las fuerzas brasileñas atacaron Paysandú, desencadenando el

famoso y trágico sitio, defendido por Leandro Gómez durante un mes hasta su rendición y posterior fusilamiento. Si bien en Entre Ríos la indignación fue grande con respecto a los brasileños, Urquiza no acudió en ayuda militar.

2.4 En tres meses en Asunción. La Argentina en guerra

2.4.1 La Triple Alianza

En diciembre de 1864 llegó a Buenos Aires el plenipotenciario brasileño José María da Silva Paranhos con el objetivo de establecer una alianza con el gobierno argentino para derribar definitivamente a los blancos en Montevideo y evitar su acuerdo con el Paraguay. Sin embargo, y a pesar del antecedente de Puntas del Rosario, no logró tentar a Mitre en primera instancia, ni tampoco lo consiguieron otros diplomáticos europeos que pidieron su mediación ante una posible repetición de los sangrientos hechos de Paysandú en Montevideo. Solo Thornton, diplomático británico, pudo lograr un tibio ofrecimiento de mediación de parte del presidente argentino. Para febrero de 1865 el almirante brasileño Tamandaré comenzó el bloqueo de Montevideo.

Para Mitre, la neutralidad en lo que refería a Brasil y el Paraguay era probablemente la política adecuada. El presidente argentino sabía que un acuerdo con el Brasil podía ser impopular. Sin embargo sentía que era difícil de sostener la neutralidad ante el conflicto cercano en la Banda Oriental, las presiones de la diplomacia brasileña y las difíciles relaciones con el Paraguay. Las noticias sobre la toma del Marqués de Olinda proporcionaron más presión sobre la situación. Existía la posibilidad certera que el ejército paraguayo con el objetivo de obligar a las fuerzas brasileñas a abandonar territorio oriental, pudiera tomar camino por territorio argentino. En diciembre de 1864 Mitre le escribía a Urquiza al respecto:

“Pero si desgraciadamente nuestra neutralidad no fuese respetada por los vecinos, si nuestro territorio fuese violado por cualquiera de los litigantes, si se pretendiese promover el desorden

dentro de nuestro propio país, entonces los sucesos me impondrían el imprescindible deber de garantizar ante todo el honor y la seguridad de la nación argentina y una vez colocado en este caso, no retrocedería ante tan sagrado deber” (Bartolomé Mitre, 23 de diciembre de 1864, Correspondencia Mitre-Urquiza)

La diplomacia inglesa también advirtió a Mitre sobre la amenaza a las fronteras argentinas. El revisionismo interpretó esta acción como manipulación. Creemos, sin embargo, que las propias ideas políticas que Mitre esgrimió son suficientes para explicar su conducta. Urquiza respondió al presidente que ante una intervención extranjera en la nación, podía Mitre contar con Entre Ríos. Los cálculos de Solano López, de los blancos uruguayos y de los federales de la Confederación Argentina fueron errados con respecto a Urquiza. Y a la luz del resultado de Pavón fueron lógicamente errados. La Argentina gobernante se impuso así sobre las divisiones partidarias en el comienzo de la guerra. Mitre intentó persuadir a Urquiza en caso de concretarse una posible alianza con el Brasil. Le advirtió que era una nación poderosa que podía tomar alguna represalia contra Argentina. La decisión de forjar una alianza con Brasil era compleja. La revolución separatista de los farrapos en Río Grande do Sul entre 1835 y 1845 había contado con la ayuda de los caudillos del litoral. Urquiza derrotó a Rosas con la ayuda del Imperio. Pero la década siguiente las fricciones estuvieron a la orden del día; saqueos, robo de ganado, problemas fronterizos fueron parte del panorama cotidiano. Como mencionamos, las ansias de expansión y de control de los ríos del imperio se hicieron sentir en Corrientes. Ante un imperio consolidado los temores y recelos comenzaron. Por todas estas razones era necesaria la persuasión de Mitre a Urquiza sobre la necesidad de alianza con el Imperio. Pero solo fue activada una vez que la soberanía argentina se vio puesta en peligro, antes hubiera sido contraproducente para cautivar al caudillo entrerriano.

El 14 de enero de 1865 Paraguay pidió permiso a la Argentina para que sus tropas pasaran por Corrientes aduciendo que habían tenido una actitud similar en 1855 a la expedición naval brasileña contra Paraguay. Pero el gobierno argentino, probablemente preocupado por una posible represalia del Brasil, se negó alegando que en aquella época el clima era de paz y no de hostilidad. Hacia fines de marzo y principios de abril comenzaron a circular rumores en Buenos Aires de la declaración de guerra paraguaya.

El 13 de abril de 1865 un grupo de buques paraguayos atacó a dos vapores argentinos en la ciudad de Corrientes. Parte de la población local se trasladó a San Roque junto con el gobernador Manuel Lagraña. El 16 de abril llegó el oficio de Lagraña con la noticia a Buenos Aires dirigido al Ministro de Guerra y Marina, Juan Andrés Gelly y Obes. La noticia se hizo eco pronto en toda la prensa y en los rincones de opinión pública. Fue entonces cuando Mitre pronunció su famosa sentencia fallida:

“La hora ha llegado. Basta de palabras y vamos a los hechos. Que esas exclamaciones que pueblan el aire, no sean un vano ruido que se lleva el viento. Que ellas sean el toque de alarma, la llamada popular que convoque a todos los ciudadanos en 24 horas en los cuarteles, en quince días en campaña, en tres meses en Asunción.”

El gobierno decretó estado de sitio, movilización de la Guardia Nacional (Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, Jujuy, Santiago del Estero, Tucumán, Catamarca, Salta, La Rioja, San Luis, San Juan y Mendoza) y declaró a la ciudad de Buenos Aires en asamblea, o sea a disposición del gobierno. La guerra fue presentada por el gobierno argentino como una necesidad histórica, de liberar al pueblo paraguayo de un régimen bárbaro, inspirada en la dicotomía civilización y barbarie.

El 1 ro de mayo de 1865 se firmó en Buenos Aires en la casa particular de Bartolomé Mitre el Tratado secreto de la Triple Alianza con la presencia de los ministros argentinos, los plenipotenciarios de la región, Thorton, Urquiza, Flores, el almirante brasileño Tamandaré, el general Osorio y algunos miembros del Congreso (Cárcano, 1939). Pelham Horton Box (1958) citó correspondencia de Thorton que informaba sobre el tratamiento del Tratado en el Congreso argentino el 9 de mayo y su ratificación por unanimidad el 24. José María Rosa (1985) también sostuvo que el 24 de mayo el Congreso lo ratificó a libro cerrado y en sesión reservada. No hay registro de ello en los diarios de sesiones. Según Box, el Congreso argentino pidió publicar el tratado y dirigió un pedido al gobierno brasileño para que diera su consentimiento, pedido que evidentemente fue denegado. Los términos del tratado procuraron resguardarse del conocimiento público hasta que se cumplieran sus objetivos. Esta intención se vio frustrada cuando en 1866 parte de la diplomacia inglesa hizo público el tratado y se difundió en la prensa de todo el mundo.

El tratado establecía que se hacía imposible la paz, la seguridad y el bienestar de los tres aliados mientras existiera el actual gobierno del Paraguay. Por esa razón, en su artículo VI, se declaró que no se depondrían las armas hasta que se derrotara a Francisco Solano López. Esta cláusula, entre otros factores, explicó la prolongación de la guerra por más de 5 años. En el tratado se anunciaba también que la guerra no era “contra el pueblo del Paraguay, sino contra su gobierno” y que los aliados se comprometen a “respetar la independencia, soberanía e integridad territorial de la República del Paraguay”. Sin embargo, varios de los puntos y los resultados de la contienda contradecían estas afirmaciones. El tratado exigía una rendición incondicional y no respetaba la integridad territorial paraguaya ya que los límites se fijaban favoreciendo a los aliados. La Argentina se aseguraba en caso de victoria el territorio de Misiones y el Chaco en su margen derecha del Río Paraguay. Por protocolo adicional, la alianza estipulaba la demolición de Humaitá y el desarme completo del Paraguay. Mitre impuso que si no le proporcionaban el mando supremo del ejército aliado, la alianza no se concretaría. Esta disposición se estableció en el tratado aunque de todas formas la escuadra estuvo a cargo del imperio. Reproducimos la totalidad del tratado en un anexo al final de la tesis.

2.4.2 Corrientes, el escenario argentino

La mayor parte de la guerra se peleó en territorio paraguayo. Sin embargo, los escenarios que abrieron la contienda se repartían entre los otros países involucrados; la Banda Oriental, Río Grande do Sul, el Mato Grosso y en Argentina, la provincia de Corrientes. El mapa político de la provincia argentina en ese entonces podía dividirse en tres grupos. El más importante de filiación liberal mitrista estaba liderado por el gobernador Manuel Lagraña, aunque presentaban algunas divisiones internas. Por otro lado encontramos un grupo de aliados y ex aliados de Urquiza, cuyo modelo de país era la confederación argentina anterior a Pavón. La visión de una autonomía total de la provincia, la tercera postura, era muy minoritaria y contaba con algunos viejos aliados de la política rosista. Los paraguayos fundaban sus esperanzas en este último grupo

(Ramírez Braschi, 2000). Por otra parte, Mitre, en carta al gobernador Lagraña, todavía creía posible que Francisco Solano López se arrepintiera. Urquiza ya estaba decidido a apoyar la política mitrista aunque los paraguayos mantenían la ilusión de que se les uniera.

Como mencionamos, el 13 de abril de 1865 el ejército paraguayo al mando del general Robles se apoderó de los vapores de guerra que estaban anclados en el puerto de Corrientes. El 17 de abril, días antes de firmar el tratado de la triple alianza, el gobierno argentino ordenó a las provincias de Corrientes y Entre Ríos que movilizaron 5000 hombres cada una, al mando de los generales Nicanor Cáceres y Justo José de Urquiza. El 18 de abril, Mitre resolvió enviar al General Paunero con fuerzas de línea a la provincia de Corrientes y lo nombró jefe de la primera división del Ejército Nacional con el inicial objetivo de contener el avance paraguayo y organizar las tropas.

Robles dispuso que la población con permanencia en la capital eligiera un gobierno provisional que finalmente recayó en un triunviro de correntinos. Los elegidos fueron Víctor Silveiro, Teodoro Gauna y Teodoro Cáceres quienes actuaron en conformidad con el plenipotenciario paraguayo José Berges que se trasladó hasta allí. Robles intentó legitimar la junta gubernativa convocando a elecciones el 19 de abril de 1865 a todos los vecinos. La Junta declaró a Mitre, traidor a la patria y reasumió su soberanía aunque se declaró parte integrante de la nación argentina. Solano López se cuidó de tratar como un aliado al territorio y no como un país conquistado. El tribuno correntino Silvero afirmaba “que el pueblo argentino nada debía temer, pues la guerra no era contra el pueblo sino contra sus usurpadores” (Rosa, 1985: 188).

Sin embargo no todo eran simpatías paraguayistas. El general paraguayo Robles exigió a los correntinos que utilizaran el papel moneda paraguayo, cuestión que provocó resistencia. Los saqueos y expropiaciones a algunos comerciantes comenzaron a ser vistos por recelo. Con la posterior derrota y retiro de los paraguayos hacia octubre de 1865 las simpatías que pudo haber despertado el paraguayismo se fueron acallando por conveniencia o temor. Los más comprometidos cruzaron al Paraguay pero la mayoría permaneció en la Argentina, algunos sometidos a procesos judiciales y otros no. “No

habiendo el gobierno paraguayo encontrado el apoyo que esperaba de la población de la provincia, había resuelto hacer regresar al Paraguay todas las fuerzas” expresó Francisco Solano López (Beverina, 1923: 132).

2.5 Una reacción de alcance nacional

2.5.1 Los apoyos

Mitre se dedicó a intentar construir un consenso sobre la guerra con discursos públicos emotivos, presiones en el congreso, promesas y amenazas a los líderes provinciales con las que consiguió su respaldo político y financiero. Delegó la tarea del reclutamiento en las provincias en líderes locales. También propició el reclutamiento de extranjeros como el inglés Ignacio Fotheringham, el polaco Roberto Chodasiewicz y el italiano Giambattista Charlone para la batalla. Las fuerzas militares de la República Argentina se conformaron por el Ejército Nacional permanente (unos 6000 hombres) y la Guardia Nacional la cual contaba para 1865 con alrededor de 180.000 hombres (cifra más nominal que efectiva) a los cuales se sumaron los indígenas “amigos” y una escasa escuadra. La cifra oficial del mismo año para el Brasil sumaba 440.000 hombres y una escuadra y artillería más poderosa. El ejército uruguayo apenas comprendía cuatro unidades de línea, dos batallones de infantería, un escuadrón de caballería y un regimiento de artillería. El ejército permanente paraguayo contó con 18.000 hombres y una reserva de 45.000. Para abril de 1865 el ejército aliado estaba compuesto de unos 60.000 hombres, de los cuales 30.000 son brasileños, 24.000 argentinos y 3000 uruguayos, como apuntamos, todas cifras nominales (De Marco, 2003).

En Buenos Aires bandas de música acompañaron el anuncio de la guerra, jóvenes levantaron banderas celestes y blancas, autonomistas y nacionalistas marcharon en acuerdo, la prensa local y extranjera alienta la contienda. En la Universidad, en el Colegio Nacional y en los cafés era el tema de conversación predominante y se hablaba de lo fácil que se ganaría la guerra. La mayor parte de la juventud porteña mostraba entusiasmo. Los que se alistaron entre otros personajes ilustres fueron: Carlos Pellegrini, Amancio Alcorta, Aristóbulo del Valle, Francisco Paz –hijo del vicepresidente-, Dominguito Sarmiento, Leandro Alem y Pedro Argerich. Lucio V. Mansilla envió a Mitre sus buenos augurios, hacendados hicieron importantes donaciones y algunas viudas pusieron a sus hijos de disposición del ejército de la patria.

En la provincia de Santa Fe también se sintió apoyo. Un grupo de ciudadanos se movilizó hasta el consulado de Paraguay en protesta contra Solano López y dando vivas a la patria. Se fusilaron retratos del presidente paraguayo. Aunque también se hicieron oír algunas protestas. Los caciques Coliqueo y Raninqueo jefes indígenas amigos del gobierno argentino ofrecieron también su ayuda al ejército, aunque no fue aceptada, pero sí la de los mocovíes en la provincia de Santa Fe. Coliqueo escribió a Mitre y denotó la pertenencia común a una misma tierra:

“El que firma tiene el honor de saludar al Exco. Señor, y por consiguiente manifestarle que siendo impuesto de la guerra con el Paraguay que intenta quitar el suelo donde somos nacidos, y tener conocimiento a mi vez me honro altamente en ayudarle al señor presidente mi persona con seiscientas lanzas de pelea en favor de nuestra causa sagrada. Con tal motivo puede ser su Excmo. Señor disponer de mi y de las fuerzas que estoy pronto a su disposición, ahora y hasta siempre, dando esta prueba de amistad que tengo el honor de imponer al señor presidente, quedarán reconocidos todos los vivientes de esta República, la generosa y noble comportamiento del que firma” (De Marco, 2003, 76 y 78)

En tanto Andrés Raninqueo “segundo jefe de la frontera, teniente coronel y cacique de las tribus amigas” escribió:

“Que siendo impuesto de la guerra que está en planta con el Paraguay, que con la mayor injusticia quieren ser dueños de nuestros territorios, está en mi deber decirle a S.E., con todo mi corazón, que ahora y hasta siempre estoy pronto a sus órdenes, yo y mi fuerza, que son ochocientos indios de pelea, en favor de la Santa Causa y sostener a todo trance al Excmo. Señor presidente de la República” (De Marco, 2003: 95 y 96)

Se destacaron entre los distintos batallones la presencia de los jóvenes que se ofrecieron a alistarse entusiasmados, tomando la guerra casi como un juego. El abanderado de Batallón 1 ro de Santa Fe por caso tenía 16 años. Las dos divisiones porteñas en su mayoría carecían de experiencia militar, los de mayor edad evocaban a Caseros. Se diseminó un fervor bélico entre los jóvenes oficiales que se reflejó en la tarea a la que se abocaron las mujeres de sus familias que confeccionaron banderas y escudos. El Batallón de San Nicolás respondió con entusiasmo con desfiles que aplaudía además la población. Dos regimientos de caballería de Buenos Aires también se sumaron. El batallón 1 ro de Santa Fe recibió muestras de entusiasmo y aprovisionamiento de la población al que se sumó el Escuadrón de Artillería. Ambos tuvieron el beneplácito de Mitre por su formación y calidad. Poco tiempo después se sumó el Regimiento Blandengues de Belgrano con participación de los indios mocovíes.

2.5.2 Reclutamiento y resistencias

Sin embargo y a pesar de cierto entusiasmo inicial la contienda fue muy impopular en Argentina y la inesperada prolongación de la guerra solo profundizó ese sentimiento. En Buenos Aires muchos comerciantes se resistían, estaban cansados de la guerra y se mostraban renuentes a abandonar su sitio por uno tan lejano. Los habitantes rurales sentían el mismo hartazgo sumado a la decisión de Mitre de privilegiar a las guardias urbanas por sobre las milicias rurales. Si bien en un primer momento la prensa porteña apoyó la causa, las críticas no tardaron en aparecer en periódicos como *El Pueblo* y *La Tribuna*, aunque las más fuertes llegaron en 1866 con el periódico *La América* y las participaciones de Juan Bautista Alberdi, Olegario Andrade y Carlos Guido y Spano entre otros intelectuales.

En la provincia de Córdoba en dos meses no se pudo reunir ni la mitad de los 500 hombres solicitados. El encono con Buenos Aires se acrecentó después de Pavón con la

presencia de funcionarios porteños. En Entre Ríos como mencionamos, su caudillo se acopló a la causa mitrista. Sin embargo Urquiza se encontró con unas de las resistencias más resonantes. El desbande de Basualdo se produjo en un momento difícil para los aliados que si bien lograron controlar el Río Paraná, tenían amenazado el Río Uruguay. En julio de 1865 en el campamento de Basualdo los milicianos repetían “Compañeros: el capitán general se ha ido a su casa y es necesario que nosotros también nos vayamos. No sean tontos; no se dejen engañar”. Se oían gritos “Viva Urquiza, muera Mitre”. Cerca de 3000 hombres dejaron el campamento. Urquiza ordenó fusilamientos y anunció que “la patria exige ir a esa guerra” (Rosa, 1985: 195). El suceso respondió a la aversión a luchar en territorios lejanos, la falta de pago de sueldos y el escaso racionamiento entre otras cuestiones. A Urquiza le costó varios meses poder conducir los batallones, luego de este desbande.

Por su parte, las milicias correntinas demoraron un año en poder organizarse debido a su falta de armamento, a la ocupación paraguaya y al apoyo a la causa del Paraguay. El batallón sanjuanino era pequeño, pero descrito como humilde y disciplinado y admirado por los otros batallones por su propia fama, presente hasta en las cartas de Dominguito Sarmiento a su madre, quien distinguía su valentía. Mendoza envió también refuerzos. En San Luis el reclutamiento no fue sencillo, se produjeron algunos intentos de motines que fueron neutralizados. El batallón de Santiago del Estero se rebeló en La Viuda quizás animado por los sucesos de Córdoba. Aunque los cabecillas de la rebelión fueron fusilados, este batallón nunca llegó al frente. En La Rioja, en cambio, a pesar de la revuelta que comanda Aurelio Zalazar, la mayor parte del batallón llegó a Corrientes. Otro batallón reducido llegó desde Tucumán a Corrientes, luego de las quejas de su gobernador por la falta de recursos. En Catamarca algunas sublevaciones retrasaron el contingente que finalmente viajó meses después junto con el de Salta. La participación salteña se concretó, no así la jujeña que adujo falta de recursos y resistencia y el gobierno nacional decidió no insistir. Al estallar el conflicto y el desbande en Toledo en Entre Ríos en noviembre de 1865, Rufino de Elizalde, ministro del Interior, no pudo ser más explícito hacia Mitre: “Vamos a pasar un tiempo de expectativa terrible. La opinión es que si usted triunfa vence a un tiempo a los enemigos externos e internos” (Pomer, 1985:106). A lo que Mitre agregó: “Adónde se

ha ido la dignidad de los argentinos, cuando hasta el Paraguay tiene partidarios entre ellos, donde hay hijos de esta tierra que celebran sus triunfos, y hombres que están en relación con el que les ha dado un bofetón” (Pomer, 1985: 111).

De esta manera, entre los meses de junio y septiembre llegaron a Concordia, base de operaciones y campamento argentino, unos 9000 hombres provenientes de Mendoza, San Juan, Córdoba y San Luis y empezaron a diseñar el plan a cargo del Comandante en jefe del ejército aliado, Bartolomé Mitre. La reunión de la Guardia Nacional de toda la República en la escena de operaciones demoró casi diez meses. En el frente las deserciones no fueron masivas, sino que las más importantes se produjeron al momento del reclutamiento. En el campo de batalla la mayoría de los desertores fueron extranjeros.

2.6 Aliados y enemigos al mando de Mitre

Una vez en el frente Mitre tuvo la tarea de organizar y formar el grupo de hombres que se reclutaron a lo largo del país y que distaron de detentar características de un ejército profesional. En ocasiones el ejército a su mando estuvo compuesto en un 80% de brasileños lo que trajo varios problemas con comandantes que, aunque no abiertamente, se rehusaron por lo bajo a seguir sus órdenes o propusieron diferentes tácticas.

El 12 de junio los paraguayos cruzaron el Río Uruguay hacia Río Grande do Sul y se apoderaron de Sao Borja al mando del general Estigarribia, para luego avanzar hacia Uruguayana y Paso de los Libres. Mitre envió a Flores a contener ese avance. La Batalla de Yatay el 17 de agosto proporcionó a los aliados una victoria fundamental para su cohesión, autoestima y organización.

El almirante Tamandaré instó a Bartolomé Mitre a trasladarse a Uruguayana, acción que tuvo lugar en septiembre. Los paraguayos se rindieron y en octubre procedieron a

retirarse de la provincia de Corrientes. Luego del triunfo en Uruguayana se produjo el primer conflicto importante entre brasileños y argentinos. Mitre quiso pasar el Río Uruguay y el almirante Tamandaré avisó que si lo hacía, lo detenía a cañonazos. Pedro II lo resolvió a favor de Mitre con “Eu mando, você fará”.

El sitio de Uruguayana vio llegar también al emperador Pedro II al campamento aliado y bromear junto con Mitre. Además, a través de la presencia de Thorton, se restablecieron las relaciones entre Gran Bretaña y el Imperio luego de la cuestión Christie, el conflicto diplomático iniciado en 1862 entre ambos por la trata de esclavos. En el ejército se hicieron visibles las divisiones nacionales. El capitán Francisco Seeber escribió en mayo de 1866:

“En nuestras filas no hay una armonía perfecta; parece que se han formado dos bandos, uno por los jefes y oficiales orientales que en tanto en tanto tiene nuestro ejército, y otro por el de los jefes y oficiales argentinos, que los resisten, por celos de las influencias que aquéllos ejercen. No encuentro justificadas estas divisiones, y espero que han de desaparecer” (De Marco, año, 2003: 64).

A los argentinos no les agradaba ver tantos mestizos que hablaban portugués, dando vueltas por Corrientes, temían por una invasión. En el ejército aliado se volvió muy difícil coordinar tácticas más allá de lineamientos muy generales. Las fricciones entre Mitre y Tamandaré fueron frecuentes. Además era preciso acordar con el comandante brasileño Osório y con Flores. En Buenos Aires se llegó a rumorear que Tamandaré preparaba un ataque a la Argentina. En el frente las diferencias nacionales se hacían sentir aún en las cuestiones más sensibles. La sanidad argentina era muy precaria. El ejército brasileño en cambio contaba con una sanidad aceptable pero sus integrantes en general se mostraban renuentes a atender a los soldados argentinos. A los brasileños, por su parte, no les gustaba dejarse mandar por un argentino, ven esa disposición del tratado como un anzuelo para que se decidieran a integrar la alianza y pudieran controlar a Flores.

El 3 de noviembre se instaló nuevamente Manuel Lagraña como gobernador en la capital correntina. Pero el tratado de la alianza afirmaba que no terminaría la guerra hasta derribar al gobernante paraguayo. Había que avanzar sobre territorio enemigo.

Desde Mercedes los separaban 300 kilómetros de caminos complejos, terrenos desconocidos, clima lluvioso. La ciudad de Corrientes y sus alrededores fueron establecidos como base de operaciones del ejército aliado. En abril de 1866 invadieron territorio paraguayo al mando de los generales Flores y Osorio aunque sin saber que faltaba mucho para que la guerra llegara a su fin. El 18 de abril concluyó el pase de los aliados por el Río Paraná hacia las ruinas de Itapirú con Tamandaré y Mitre al frente. López abandonó la zona y se estableció al norte de Estero Bellaco. La batalla del mismo nombre la ganaron los aliados y avanzaron hasta Tuyutí donde tuvo lugar el 24 de mayo de 1866 la batalla más sangrienta de la guerra y para muchos de toda la historia de América Latina. Las pérdidas paraguayas fueron de 7000 hombres y 7000 heridos, más de la mitad de sus fuerzas, los aliados perdieron 4000 hombres lo que representaba la octava parte de sus fuerzas. En cinco horas de combate murieron en Tuyutí entre 13.000 y 15.000 soldados. “La guerra estaba ganada, pero se tardarían cuatro años en acabarla” (Rosa, 1985: 207).

La siguiente batalla fue Yatayty Corá en julio, a la que siguió los combates del Boquerón o del Sauce. El 11 de septiembre de 1866 un emisario paraguayo se presentó en el campamento aliado con un mensaje de Francisco Solano López a Bartolomé Mitre en la cual le solicitó una entrevista. Se fijó para el día siguiente por la mañana en Yatayty Corá. Francisco Solano López le propuso a Mitre terminar con la guerra en una salida negociada considerando que la sangre derramada había sido suficiente. Mitre pidió consultarlo con sus aliados y su respuesta fue que solo accedería a la paz si López dejaba el gobierno paraguayo, exigencia que fue rechazada. El 22 de septiembre se produjo la batalla de Curupaytí, la mayor derrota aliada en la guerra. La batalla puso en entredicho a Mitre como general en jefe del ejército aliado. Aproximadamente la mitad de los muertos y heridos del bando aliado eran argentinos. El presidente argentino fue blanco de la mayor parte de las críticas. En Buenos Aires la mayoría pedía paz negociada, otros retirada y solo el círculo cercano a Mitre continuó apoyando. Los autonomistas perdieron interés en la guerra, querían un papel subsidiario de la Argentina con respecto al Brasil y concentrarse en las ganancias económicas del conflicto. Dejar que los brasileños vengaran su ofensa mientras pagaban por los servicios a los comerciantes argentinos era su idea. A este fracaso Mitre sumaba los

conflictos internos en el país, con epicentro en la zona de Cuyo donde estallaron importantes rebeliones en noviembre de ese año.

La guerra entró en un período de inacción hasta julio de 1867. Finalmente el 9 de febrero de 1867 Mitre abandonó el campamento de Tuyuty y dejó el mando de general en jefe al marqués de Caxías y al general Gelly y Obes con las tropas argentinas. En julio de 1867 Mitre regresó al frente de batalla como general en jefe de un ejército que se activó después de una maniobra exitosa en Tuyú Cué. Se preparó entonces el sitio a Humaitá. La permanencia de Mitre no pudo ser del tiempo necesario para ver concretado su plan. El fallecimiento de Marcos Paz, su vicepresidente obligó a su regreso ahora ya definitivo en enero de 1868. El Marqués de Caxias quedó nuevamente al mando. Humaitá cayó en manos aliadas en agosto de ese año. La suerte de la guerra estaba decidida aunque su fin no era tan cercano; restaba ir a la caza de Solano López.

En 1902 se publicaron las cartas del marqués de Caxías al conmemorarse el centenario de su nacimiento. Allí invocó su relevo “Mais eu que fico fazendo aqui as ordens de um homem que todo poderá ser menos general? (...) Cada vez estou mais persuadido de que o Mitre não quer acabar a guerra...creio que ele todo poderá ser menos general”. Mitre, aún vivo en 1902, contestó indignado desde *La Nación*: “quien jamás tuvo la iniciativa ni siquiera la idea de ningún plan de operaciones nunca hubiera imaginado que falsificara la historia...si alguno le cuadra la acusación es a él mismo negando los títulos de general a quien daba lecciones militares” (Rosa, 1985: 205)

2.7 La guerra civil

Los problemas internos en Argentina obligaron a disponer parte de las tropas en el frente externo para el conflicto interno. Luego de Curupayti, Mitre eligió mantener el perfil bajo y el mando pasó de hecho al Marqués de Caxias. En noviembre de 1866 Mitre separó 1000 hombres para el conflicto interno. 4000 quedaron en el frente paraguayo bajo el mando de Gelly y Obes, pero a su vez bajo la orden superior de

Caxias. Los motines se sucedieron en todo el país. Esta situación creó también nuevas fricciones con los aliados brasileños como lo expresó su diplomacia:

“El gobierno imperial no desconoce que el estado político de Corrientes y Entre Ríos llamaba la atención del gobierno argentino, y podría reclamar todas sus fuerzas en operaciones del Paraguay o parte de ellas. No era la primera vez que se daba el hecho. Pero las otras veces el retiro de las fuerzas argentinas no se hizo en la víspera de operaciones decisivas y se realizó con aviso y acuerdo previo” (José María de Silva Paranhos, 2 de octubre de 1868, citado en Pomer, 1985: 33)

Ninguno de estos movimientos sediciosos buscó dividir territorialmente la nación argentina, con excepción de las advertencias a Manuel Taboada del presidente boliviano Melgrarejo que insinuó prepararse para invadir Salta y anexarla a Bolivia. Sin embargo esta amenaza nunca se concretó. El levantamiento más exitoso fue el protagonizado por el caudillo Felipe Varela. Tuvo inicio en Mendoza en noviembre de 1866 con algunas revueltas dentro de los destinados a la guerra que devino en un virtual control de la provincia por parte de los insurrectos. Para enero de 1867 la situación se extendió a San Juan y San Luis y luego La Rioja y Santiago del Estero en menor medida y sin éxito en Salta. Las conexiones con Chile fueron evidentes, pero aún los autores revisionistas reconocieron la imposibilidad de un apoyo formal en contra de los aliados por la Guerra del Pacífico que ya los tenía ocupados. Las denuncias en este sentido corrieron más como un gesto para impresionar al Brasil y pedir ayuda. En abril de 1867 las derrotas de Varela eran evidentes y a pesar de algunas posteriores victorias su suerte estaba echada y en noviembre de ese año huyó a Bolivia. Ariel de la Fuente (2007) explicó la fuerte oposición que el reclutamiento a la guerra encontró en las provincias como una continuidad del conflicto entre unitarios y federales que se venía acarreado desde 1820. Probablemente la Guerra del Paraguay puso este conflicto en primer plano también, pero a la vez mostró su decadencia y final.

Muchos de los oficiales a cargo del reclutamiento eran unitarios que habían reprimido a los montoneros federales, lo que dificultó la legitimidad de la leva. Además la escala del reclutamiento fue sin precedentes, acorde a las necesidades de una guerra moderna

e internacional, inédita hasta el momento. Las provincias pobres, diezmadas, escasamente pobladas no estaban listas para proveer esa cantidad de soldados. El reclutamiento fue vivido como un ataque a la economía doméstica de los gauchos, muchos de ellos muertos en enfrentamientos anteriores en 1862 y 1863. La leva se hizo con altos niveles de violencia. Muchos gauchos fueron llevados como prisioneros hasta el campo de batalla, desnudos. Muchos de ellos huyeron y algunos de ellos fueron recapturados y fusilados. Otros se unieron a las montoneras de Aurelio Salazar y Felipe Varela probablemente con la motivación de deponer al gobernador Campos e instalar al federal Manuel Vicente Bustos, más no segregarse del gobierno nacional, ya que Bustos era visto favorablemente por el gobierno nacional y se trataba de una administración que podían tolerar. El general Paunero escribió: “la idea de ir al Paraguay es un fantasma que tiene aterradas a estas gentes” (De La Fuente, 2007: 228)

2.8 Hacia el fin

La prolongación de la guerra despertaba cada vez más críticas internas. En 1868 la Argentina se abocó a las elecciones presidenciales. Los editoriales de los periódicos hablaron mucho menos de la patria, la soberanía y la nación y mucho más de los partidos. Sin embargo como afirmó Hilda Sabato esto no debía confundirnos ya que “aunque la perspectiva partidaria nunca dejó de estar presente, la guerra se convirtió en una cuestión nacional” (Sabato, 2012: 171). El proceso que llevó a Domingo Faustino Sarmiento a la presidencia no estuvo exento de conflictos entrelazados con la dinámica de la guerra. El ocaso del federalismo, las divisiones dentro del liberalismo y la pérdida de influencia de Mitre propiciaron la candidatura del sanjuanino. Justo José de Urquiza era el único candidato del ámbito federal mientras que los liberales presentaban a Sarmiento, a Rufino de Elizalde y a Adolfo Alsina, gobernador de Buenos Aires, jefe del autonomismo. La prensa jugó un rol fundamental en la danza de las candidaturas. El papel de los jefes militares fundamentalmente los que habían luchado en el frente paraguayo fue definitorio para tejer las redes políticas locales. En el frente paraguayo se volvió cada vez más popular la idea de Sarmiento presidente con el respaldo de jefes

como Arredondo, Lucio V. Mansilla y Emilio Mitre. Alsina terminó presentándose como vice de Sarmiento y la fórmula se impuso para gobernar hasta 1874. Con fuerte voluntad centralizadora, el gobierno nacional continuó su participación en una guerra ya casi olvidada por la opinión pública argentina. En el frente se festejó la victoria de la fórmula con el himno nacional y una serie de cañonazos.

Mientras tanto en el campamento la presencia argentina era casi simbólica. Además luego de Sauce y Boquerón, las tropas uruguayas prácticamente estuvieron ausentes. La última fase de la guerra, probablemente la más cruenta, le tocó llevarla al ejército imperial. Las deserciones pasaron por un tribunal de justicia y muchas veces terminaron en ejecuciones. La viruela y el sarampión hicieron estragos, pero fue el cólera la enfermedad que más muertes produjo. La deficiente higiene del campo de batalla y la cercanía de los hombres propició el contagio. En abril de 1867 hubo 13.000 brasileños afectados por diferentes enfermedades e incapacitados. Los ciudadanos de Corrientes amenazaron con quemar el hospital brasileño. El cólera también castigó el lado paraguayo.

Después de las batallas de Lomas Valentinas el ejército aliado avanzó sobre el Paraguay y el 5 de enero de 1869 tomó Asunción. La bandera brasileña se levantó en el palacio presidencial de Asunción y las fuerzas argentinas acamparon en Trinidad y no participaron del saqueo de la ciudad. Sin embargo López se negó a rendirse. La guerra se extendió un año más. Caxías dejó su puesto aduciendo problemas de salud y tomó el mando el Conde D'Eu, Gastón de Orleans. Emilio Mitre fue quien quedó al mando de las fuerzas argentinas. En enero de 1869 se preparó la vuelta de la Guardia Nacional. El regreso de los soldados se hizo entre la apatía de la población y el estado deplorable de los soldados.

La guerra llegó a su fin con los escenarios más penosos. Francisco Solano López fue corriendo su posición hacia el nordeste, del otro lado de la cordillera. El 16 de agosto de 1869 tuvo lugar la batalla de Acosta Ñu que enfrentó 20.000 soldados aliados contra 6000 paraguayos, en su mayoría niños y adolescentes que se usaron barbas postizas. 2000 de ellos murieron. Cada 16 de agosto se recuerda el día del niño en Paraguay en

conmemoración a esta batalla cuyo objetivo fue demorar al ejército brasileño para facilitar la huida de Francisco Solano López.

El 1 ro de marzo de 1870, un soldado brasileño terminó con la vida de Francisco Solano López en Cerro Corá y puso fin a la guerra. Unos días más tarde llegó a Buenos Aires la noticia y Sarmiento mandó a la banda de música oficial a tocar serenatas a la puerta de la vivienda de Mitre. El presidente además escribió a su amiga y docente Mrs Mary Mann “No crea que soy cruel. Es providencial que un tirano haya hecho morir a todo ese pueblo guaraní. Era preciso purgar la tierra de toda esa excrecencia humana”.

2.9 La destrucción del enemigo y de la alianza

La guerra no supuso un plan de destrucción sistemática del enemigo. Ésta fue la penosa consecuencia resultante de una serie de factores entre los que destacamos en primer lugar de importancia la política expansionista del Imperio y la insistencia de Pedro II en la destitución de Solano López y luego el apoyo estratégico argentino y los errores de cálculo, la persistencia suicida y la política de fusilamientos de Solano López. Paraguay perdió un 40% de su territorio y entre un 60 y 69% de su población. La Argentina tuvo unas 18.000 bajas de sus 30.000 hombres entre muertos y heridos. Si Paraguay pudo mantenerse como una república independiente solo fue gracias a los desentendimientos entre la Argentina y el Imperio del Brasil (Capdevila, 2010). Los bienes de la familia López fueron confiscados y a nivel simbólico se decretaron importantes cambios. Se prohibieron las fechas conmemorativas relacionadas con esos gobiernos como el 24 de junio aniversario del nacimiento de Francisco Solano López. Se llegó a proclamar el 25 de mayo como feriado nacional paraguayo para marcar la fraternidad de los pueblos rioplatenses y criticar el aislamiento del Dr. Francia. Además se prohibió el uso del idioma guaraní considerándolo un resabio del atraso cultural.

La guerra estimuló gran parte de la economía argentina. Los precios de los cueros subieron de 12, 7 pesos en 1865 a más de 17 pesos en 1870. Uno de los mayores beneficiarios fue Urquiza con el comercio de sus 600 mil cabezas de ganado, 500 mil ovejas, 20 mil caballos y más de dos millones de acres de tierra. La guerra incentivó además la producción de maíz y trigo en Santa Fe y Entre Ríos. Los comerciantes de Buenos Aires se enriquecieron con el oro brasileño que pagó provisiones para el ejército imperial y reforzó el valor de la moneda local (Pomer, 2008; Rosa, 1985; Sábato, 2012).

Entre 1869 y 1874 el Paraguay fue prácticamente un protectorado del Imperio. En 1870 Carlos Tejedor como ministro de Sarmiento comenzó a reclamar la posesión de los territorios que le habían sido adjudicados a la Argentina en el tratado de la Triple Alianza. Sin embargo el imperio rompió con el tratado y firma una paz por separado con Paraguay a través del barón de Cotegipe. En Argentina este acuerdo fue muy criticado y considerado como una alianza del vencedor con el vencido, una política páfida y desleal. Sarmiento no dispuso de medios militares para revertir la situación por esta vía, en la que se redujo a Paraguay a un protectorado brasileño. Se buscó entonces una solución diplomática en junio de 1872 por la cual Brasil se comprometía a apoyar las posiciones argentinas en los reclamos al Paraguay. En mayo de 1875, Tejedor y el representante paraguayo Sosa acordaron en Río de Janeiro dividirse los territorios del Chaco al norte del Pilcomayo y que a cambio de la deuda de Paraguay con Buenos Aires, la Argentina se quedara además con Villa Occidental, estratégica localidad ubicada frente a Asunción. Pero este acuerdo no fue ratificado por el gobierno paraguayo. Finalmente el 3 de febrero de 1876 se firmaron los tratados de paz, límites, amistad y de comercio y navegación. El Río Paraguay era el límite entre nuestro país y el Paraguay. El Chaco se dividió en dos partes y la Argentina renunció a Bahía Negra y el río Verde. Villa Occidental fue sometida al arbitraje del presidente de Estados Unidos que falló a favor de Paraguay. El 13 de mayo de 1876 las tropas brasileñas comenzaron el abandono del Paraguay.

2.10 A modo de resumen

La Guerra del Paraguay cerró la etapa posterior a las revoluciones de independencia con la consolidación territorial de los estados nacionales de la región. Comenzó con un conflicto en la Banda Oriental, territorio otrora disputado por Argentina y Brasil, la nueva intervención de estos dos países y la del Paraguay. La invasión brasileña a la Banda Oriental dio origen al conflicto armado y motivó la respuesta de Francisco Solano López. La Argentina ingresó a la contienda a partir de la toma de Corrientes por parte del ejército paraguayo y lo hizo firmando un polémico tratado de alianza con Brasil y Uruguay en el que se decía respetar la soberanía guaraní, pero a su vez se informaba cómo sería el reparto territorial cuando se lo hubiera vencido. El general en jefe del ejército aliado fue el presidente argentino Bartolomé Mitre. Su principal rival político interno, Justo José de Urquiza, cerró filas con la causa mitrista. La guerra implicó una leva en todo el país, una dinamización de la economía y los periódicos se involucraron en el debate que suscita.

A las resistencias a la leva se sumó la oposición intelectual que apareció en primera plana en 1866, fundamentalmente a partir de la publicación del tratado de la triple alianza, hasta ese entonces secreto, lo que generó una gran polémica por los términos del acuerdo. La resistencia a la guerra no cesó, Bartolomé Mitre y Francisco Solano López tuvieron un encuentro que fracasó en buscar una paz prematura. Inmediatamente después Mitre sufrió una derrota estrepitosa en el frente. En noviembre de 1866 comenzó la rebelión más grande que desembocó en una guerra civil y motivó el regreso del presidente. Paraguay ya no estaba en territorio argentino, pero sin embargo el país siguió participando de la contienda. Un año después de su inicio la revuelta interna fue sofocada, pero la guerra del Paraguay fue cada vez más criticada. La mayoría de la prensa pidió una paz pronta y algunas voces del congreso también. La duración de la contienda se volvió mucho más larga de lo esperado. En 1868 se produjeron las elecciones a presidente, fue electo Domingo Faustino Sarmiento, quien continuó con la participación argentina en la guerra. Durante 1869 las polémicas giraron en torno a la alianza con Brasil y las disputas territoriales sobre Paraguay. La contienda terminó con la muerte del presidente paraguayo el 1 ro de marzo de 1870 y abrió una disputa

diplomática entre los aliados por los derechos que creían que la victoria les había otorgado.

Segunda parte: Identidades en guerra

Capítulo 3: Las representaciones del otro. La Banda Oriental, el Paraguay y el Imperio del Brasil en la construcción de la identidad nacional argentina.

Más allá de todas las resistencias internas, la República Argentina como país unificado después de la batalla Pavón, fue quien protagonizó la guerra de la Triple Alianza. En el frente se alió a otros dos países y enfrentó por primera vez a un otro en una contienda bélica de gran magnitud y duración. En este capítulo analizamos en qué medida las representaciones de los otros países involucrados en la contienda repercutieron en el proceso de formación de la identidad nacional argentina. Toda identidad es construida también en relación a otras, no se construye a sí misma en el vacío. A lo largo de estos años de investigación comprobamos que las representaciones de estos países estuvieron bien distinguidas de la representaciones de la argentina ya sea por oposición, alianza, indiferencia, menosprecio o alabanza en los discursos de todos los actores. Aunque las identidades regionales internas tenían aún mucho peso (y damos cuenta de ello en el debate sobre la identidad argentina en los siguientes capítulos) la guerra se planteó fundamentalmente en el debate intelectual entre cuatro países que aparecieron diferenciados.

El presente capítulo está estructurado en torno a las representaciones de cada país y a su vez, dentro de ellas, buscamos respetar cierto desarrollo cronológico de la guerra. La abrumadora mayoría de las representaciones esgrimidas se desarrollaron desde Buenos Aires y fueron reproducidas en los medios del interior, y algunas de ellas resignificadas localmente. Por esta razón en este capítulo, nos concentramos fundamentalmente en Buenos Aires y hacemos varias referencias al litoral, aunque damos cuenta de algunas

intervenciones de otras provincias también. Sin embargo, en el caso de Paraguay y Brasil hacemos alusión específica a la dinámica del debate que se produjo en Entre Ríos y Corrientes, teatro cercano o propiamente dicho de la guerra. La dinámica que involucró de manera más profunda a todas las provincias en el debate la desarrollamos en los capítulos siguientes a partir de la específica discusión sobre la identidad argentina.

En este capítulo, comenzamos por la Banda Oriental porque el presidente argentino ingresó al conflicto a partir del apoyo a la intervención de Flores en 1863. Luego seguimos por las representaciones del Paraguay en cuanto éste hacia 1864 tuvo algunas fricciones con el gobierno mitrista y terminó luego por invadir Corrientes. Por último, y fundamentalmente a partir de las presiones diplomáticas y la firma del tratado de la triple alianza, hacemos referencia a las representaciones sobre el Imperio de Brasil. En estos dos últimos casos, el de Paraguay y el de Brasil, las alianzas y oposiciones delimitaron muy claramente los contenidos de la identidad nacional argentina. Por último analizamos las representaciones de otros países que no participaron de la alianza, pero que tuvieron alguna presencia en las representaciones durante la contienda. El peso específico de este apartado en las problemáticas centrales de esta tesis es mucho menor que los precedentes y de ello da cuenta también el título de este capítulo. En primer lugar abordamos el caso de Gran Bretaña (denominado por parte de la historiografía revisionista como el cuarto aliado). Asimismo aludimos a Chile y a España por su conflicto bélico contemporáneo a la guerra que analizamos. Estados Unidos y Europa también aparecen mencionados. La cuestión del americanismo que puso en primer plano esta contienda y sus relaciones con las montoneras federales son analizadas en el capítulo 5.

3.1 La Banda Oriental

Comenzamos en este apartado con la alusión a discusiones sobre representaciones nacionales previas a la guerra. Luego nos focalizamos en el debate sobre la neutralidad

del gobierno argentino respecto del conflicto al otro lado del río y sus implicancias en la identidad nacional. Finalizamos con lo relativo a la triple alianza.

3.1.1 Antes de la guerra

Corría el año 1863 y aunque los conflictos en la cuenca del Plata estaban a la orden del día, la guerra del Paraguay estaba lejos de vislumbrarse como tal. Enseguida haremos algunas acotaciones a lo relativo a la neutralidad del gobierno argentino con respecto al conflicto entre blancos y colorados en la Banda Oriental, pero antes no podemos pasar por alto el breve, pero elocuente debate conceptual al que el periódico mitrista *La Nación Argentina* aludió ese año. La polémica surgió por la situación del General Wenceslao Paunero, quien luego participaría con destacado protagonismo en el ejército aliado. Paunero, electo para integrar una Convención Constituyente, fue considerado ciudadano argentino por haber nacido en la Banda Oriental antes de que ésta se separase de la República:

“Se ha suscitado la duda de si los nacidos en un territorio que formaba nación con otro territorio antes que ambos se separaran siguen la nacionalidad del primero o del segundo. En otros términos: si el nacido en Montevideo, cuando el Estado Oriental formaba parte de las provincias Unidas, debe ser considerado como ciudadano nativo del Estado Oriental o de la República Argentina.”
(*La Nación Argentina*, 26 de agosto de 1863)

La nación era entonces un territorio compuesto de ciudadanos sujetos a un gobierno común. La discusión no fue reproducida en muchas otras ediciones, pero fue lo bastante contundente como para tomarla en consideración. Hasta aquí la clásica definición política de nación prevaleciente durante gran parte del siglo XIX. El debate reveló además otras continuidades. Aparecía también la polémica con respecto a la nación, ciudadanía y la soberanía a partir del proceso revolucionario de la década de 1810: “De aquí se podría deducir que los nacidos en la colonia española, antes de la independencia, eran españoles sino optaban por la ciudadanía argentina expresamente” (*La Nación Argentina*, 26 de agosto de 1863). La postura de *La Nación Argentina* con respecto a la cuestión Paunero era muy nítida:

“Por nuestra parte, y sin que esto ataque la resolución adoptada por la Convención de Buenos Aires respecto al General Paunero, creemos que los nacidos en un territorio, siguen perpetuamente su suerte, mientras saliendo de él no cambien su ciudadanía adoptiva. La razón es muy clara, cuando una nacionalidad se cambia, el cambio no podría concebirse jamás si no afectara á los hombres que nacen en el territorio, porque cuando se trata de una nación, no solo se trata de su territorio sino también de sus ciudadanos. Aún cuando la nación que se separa de otra, al reivindicar la independencia de su territorio reivindica también a sus ciudadanos, esto no impide que cada una de las fracciones acuerde a los ciudadanos de la otra, nacidos antes de la división, los privilegios que acuerda a los propios. Esto es lo que ha sucedido con el general Paunero. Por lo demás, es claro que queda siempre a salvo el derecho que tiene cada uno de naturalizarse en otro país, si se lo permiten sus leyes, con tal que se halle fuera del territorio del país de su nacimiento” (*La Nación Argentina*, 26 de agosto de 1863)

La guerra del Paraguay aún no comenzaba como tal y todavía pervivían los viejos debates sobre soberanía y nación pos-revolucionarios y la idea política de nación se definía no solamente pensando en territorios sino también en ciudadanía. Si se sostenía que el General Paunero había nacido en la Banda Oriental antes de que ésta se independizara de la Argentina, entonces se acordaba en la existencia previa de un ente “Banda Oriental” definido por ciertas características políticas. El General Paunero podía o no ser considerado oriental y argentino según el gobierno que tenía jurisdicción sobre un territorio.

La referencia casi excluyente a Uruguay como Banda Oriental daba cuenta de la imposibilidad de representarlo con su autonomía propia. El nombre seguía denotando aquello que estaba al oriente, en este caso del río. De todas maneras, la prensa porteña insistía en la independencia de esta Banda Oriental. Este doble juego se correspondió con la política mitrista obsesionada con invocar la neutralidad, pero apoyando materialmente a la invasión de Venancio Flores. Las referencias remanidas a la independencia y neutralidad no fueron sino un signo de políticas que muchas veces se contraponían con ellas, pero que ya para la década de 1860 no era conveniente explicitarlas. Uruguay era representado desde la Argentina como la Banda Oriental de su territorio, un espacio que aunque independiente formalmente desde la resolución del conflicto con el Brasil, nunca se le otorgaba ese status en la práctica por completo. Un espacio al otro lado del río en donde se proyectaban las disputas políticas, se intervenía y que recibía a sus exiliados y sus planes de intervención. Una continuidad de esta

política es lo que se puso en juego al inicio de la Guerra de la Triple Alianza. Un límite y un final de estas prácticas intervencionistas serían impuestas por el devenir y el final de la contienda. La Guerra del Paraguay hizo definitivamente más Uruguay y menos Banda Oriental al país al otro lado del río. En esta tesis utilizamos de manera más frecuente esta denominación de “Banda Oriental” porque es así como se referían al Uruguay casi todos los actores de la época.

3.1.2 El debate sobre la neutralidad

Durante 1863 algunos pocos periódicos de Buenos Aires, pero principalmente los de Montevideo acusaron, fundadamente, al General Mitre y su gobierno de violar las políticas de neutralidad por dar asilo y ayuda económica y militar al general Venancio Flores en su intento de derrocar al gobierno blanco. El caso se intrincaba con el tratado de neutralidad firmado por el Imperio del Brasil y Argentina en relación a la independencia de la Banda Oriental después de la guerra que libraron durante la segunda mitad de la década de 1820. *La Nación Argentina* publicó numerosos artículos defendiendo de manera casi obsesiva la neutralidad del gobierno argentino. En las argumentaciones se aludía a la cuestión del sentimiento nacional:

“Por lo demás ¿qué caso va a hacer el Gobierno del Brasil en materia de reclamaciones sobre violación de la neutralidad a los mismos que le acusan de prestar auxilio eficaz al general Flores? Pero la violación de neutralidad, aun cuando fuera evidente, no daría motivo a reclamo alguno por parte del Brasil. El tratado solo obliga a la República Argentina a respetar la independencia de la Banda Oriental. He aquí el secreto del pretendido propósito de anexión que la prensa oriental atribuye a la República Argentina. El lleva por objeto no solo levantar en nuestra contra, como lo hemos sido, el sentimiento nacional, sino hacer creer al Brasil que se trata de violar el artículo 3 del convenio de 1828.”(*La Nación Argentina*, 25 de agosto de 1863)

Aunque no específicamente definido, cuando se hablaba de sentimiento nacional tenemos derecho a pensar que se aludía a algo más que territorio, ciudadanía, soberanía, gobierno. Pero aunque no tenemos certeza sobre el contenido del sentimiento al menos conocemos el pivote sobre el que se sustentaba:

“La victoria de Pavón, que es la base en que se apoya la actualidad de la República, ha dado propiamente la nacionalidad argentina. Sin ella habríamos tenido o la disolución nacional o el sometimiento por la fuerza de una de las facciones en lucha, sometimiento que nunca hubiera sido definitivo y que tendría sus miradas fijadas constantemente en el acero que debía cortar un vínculo oprobio. La victoria de Pavón ha dado la reorganización nacional, bajo la base de la moral de la libertad y de la ley. (...) Ha dado la unión de la patria argentina y la situación a cuya sombra puede ampararse toda aspiración legítima, toda ambición noble, toda justicia y todo derecho.” (*La Nación Argentina*, 17 de septiembre de 1863)

El sentimiento nacional fue cimentado por la victoria de Pavón, se definió por la libertad y la ley y el fin de la discordia entre los partidos que aquella batalla vino a otorgar, en la visión mitrista. Pavón otorgó nacionalidad. El concepto de patria aparecía homologado al de nación. El conflicto oriental y la prensa del partido blanco, susceptible y difícil de contentar, buscó corroer esta reciente unidad. Las disputas partidarias parecieron prevalecer en el discurso de la prensa uruguaya y ese fue el rasgo más condenable y peligroso para la unidad argentina. Hasta este momento Paraguay no existía como enemigo en el discurso, era el gobierno oriental encarnado en el partido blanco (y no la totalidad de la nación oriental), la que podía aliarse con Entre Ríos y destruir la unidad nacional de Pavón. Incluso en septiembre de 1863 se llegó a especular con que la Banda Oriental podía declarar la guerra contra Argentina en alianza con Paraguay o Brasil lo cual constituiría para el periódico mitrista “una compleja burla”. La política de alianzas y enemistades no se mostró con claridad, sino hasta poco antes del comienzo de la guerra, echando por la borda las teorías conspirativas de largo alcance otrora difundidas en nuestra historiografía. El conflicto primigenio apareció principalmente como una lucha de partidos que trascendió las fronteras entre estados.

El debate sobre la neutralidad ante la Banda Oriental se desarrolló casi con exclusividad en Buenos Aires aunque los órganos de prensa de las provincias retomaron algunas de esas editoriales. Para la primera mitad de 1864 los argumentos en la prensa porteña más difundida cambiaron y la defensa de la neutralidad vislumbró ya sus límites a la luz de los acontecimientos que se precipitaron que fueron encontrando en Flores un aliado para los brasileños. En primer lugar se justificaba la intervención del Imperio en defensa del honor, vida y propiedad de los brasileños en territorio oriental. Además a partir del

conflicto por la Isla Martín García *La Nación Argentina* defendió el derecho del gobierno a invadir la Banda Oriental. Las naciones eran claramente sinónimos de estados mostrando continuidad con los significados prevalecientes en la primera mitad del siglo XIX:

“Esas revelaciones arrojan sobre el Gobierno Oriental la gravísima acusación de haber querido usurpar una isla argentina, por medio de manejos traidores, de haber solicitado alianzas de guerra contra la República y de haber intentado sublevar una provincia argentina contra la Nación. Esto habilitaría a Argentina a declarar la guerra al gobierno oriental.” (*La Nación Argentina*, septiembre de 1864)

Muy cerca del comienzo de la guerra, recién en los albores de la segunda mitad de 1864, apareció Paraguay como potencial enemigo en el discurso, probablemente como efecto de la conferencia de Puntas del Rosario en la cual los ministros argentino y brasileño entablaron un acuerdo con Flores. Por su parte, el gobierno paraguayo desconfió de Argentina y Brasil porque pensaba que las potencias manejaban un plan para repartirse la Banda Oriental y luego el Paraguay. La existencia soberana del Estado Oriental mantuvo un equilibrio en opinión del gobierno paraguayo, equilibrio que fue visto por el mitrismo como una farsa. Llamamos aquí la atención sobre el término nacionalidades que se tomó como sinónimo de nación en cuanto a su sentido político y también se homologó con el nuevamente con el concepto de estado:

“El equilibrio del Plata que es una farsa para los diarios porteños, es una idea fundamental de la existencia independiente de las nacionalidades del Sud. El Gobierno Paraguayo la evoca, evoca con sobrada razón y trascendencia la conservación de ese equilibrio, porque eso importa a que los diversos estados se mantengan dentro de su límite territorial, que esos estados se respeten su recíproco derecho, que esos estados se garantan moralmente su respectiva independencia y es por ese medio y en el interés de ese equilibrio, que se adaptarán a las formas regladas del derecho internacional de estas nacionalidades.” (*La Nación Argentina*, 12 de octubre de 1864)

La guerra todavía no comenzaba, aún no se vislumbraba en toda su magnitud y es este sentido político de nación el que primaba al igual que en el debate sobre el General Paunero. Apenas tímidamente asomaba un diseminado contenido cultural ligado a la historia con eje culminante en Pavón y a un sentimiento difuso. En cuanto a las representaciones del país vecino se utilizó un recurso que fue retomado a la largo de la guerra: la condena al espíritu partidario y su contraposición a la nacionalidad. Para los

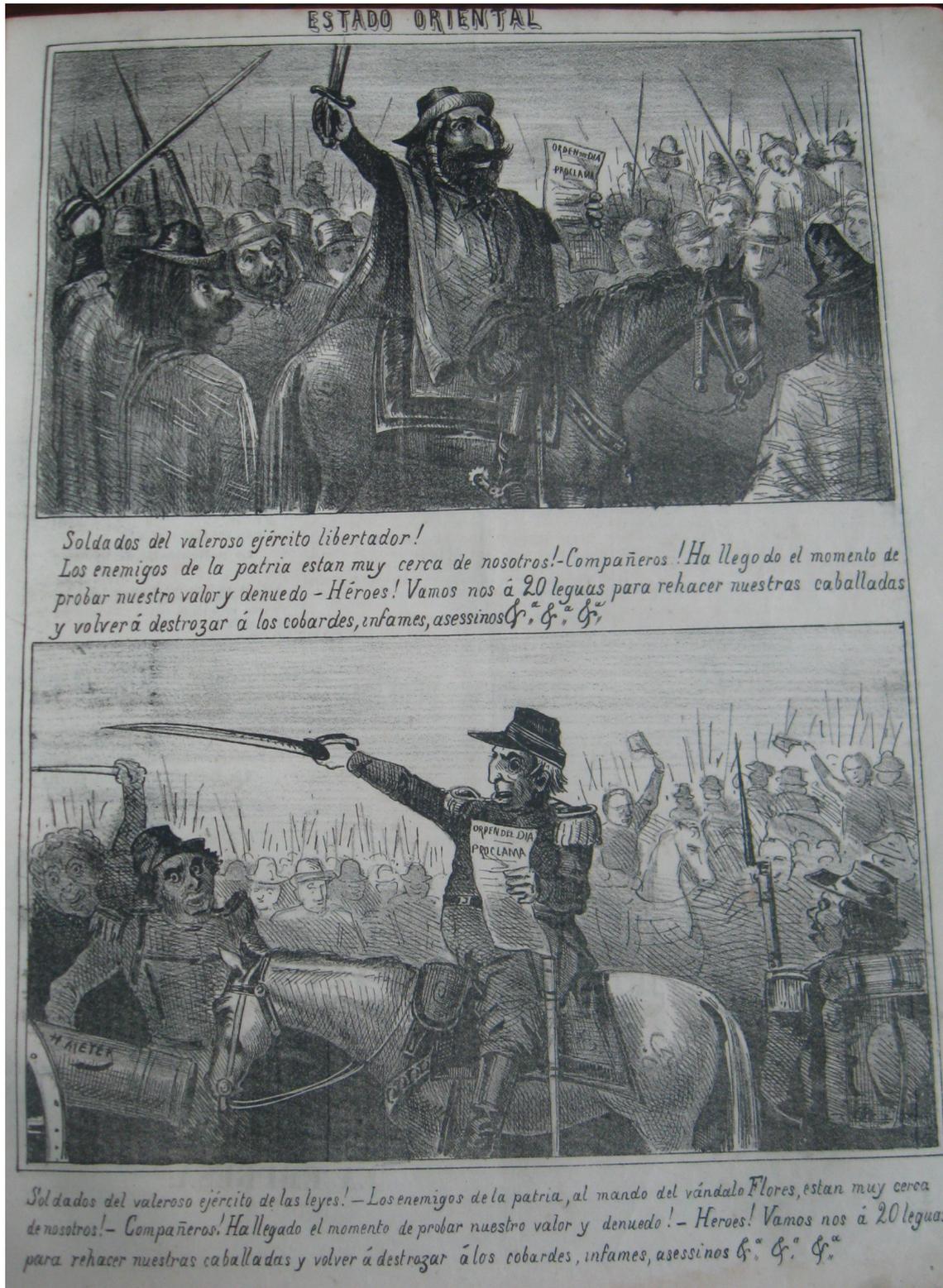
periódicos de mayor difusión en Buenos Aires, el culpable de los disensos del otro lado del río, no fue sino el partido blanco a quien se lo caracterizaba como bárbaro, salvaje e intransigente y se lo equiparaba al partido federal, aunque con un poder institucionalizado que lo volvía más peligroso. *La Tribuna* coincidía con *La Nación Argentina* en este sentido:

“La fusión de los partidos en el Río de la Plata, ha dado siempre funestos resultados. El partido federal aquí, como el blanco en Montevideo, no entienden de fusiones. Lo que quieren, es dominar solos. El medio de conseguir el poder les importa poco. (...) Para desgracia del pueblo Oriental, allí no sucede lo mismo con el partido blanco. Ese partido, aunque sin ninguna forma legal, existe en el poder. Sus desmanes. Sus arbitrariedades. Sus crímenes. Su falta de fe al cumplimiento de todas sus promesas, provocaron la revolución a cuyo frente se halla el General Flores (...) El General Flores, llamado con instancia por un pueblo mártir, que ya no podía soportar el yugo de sus opresores, levantó el estandarte de una cruzada libertadora”. (*La Tribuna*, 13 de julio de 1864)

Hacia 1864 entonces la cruzada libertadora presentada por la mayoritaria opinión pública porteña era específicamente contra el partido blanco de la Banda Oriental. Carlos Guido y Spano, opositor a la guerra, describió más tarde en su trabajo “El gobierno y la alianza” de 1866 esta ligazón entre el partido blanco y el federalismo argentino como razón de la condena al partido blanco por parte de la opinión pública liberal porteña⁵. La guerra comenzó como un conflicto eminentemente partidario, coincidieron opositores y defensores, pero su duración y consecuencias rebalsaron la característica de sus inicios. El periódico satírico *El Mosquito* dio cuenta también de la visión que representó al Uruguay como espacio de lucha partidaria. En agosto de 1864 publicó la siguiente caricatura:

⁵ “Pero la administración Berro tenía sobre sí la mancha de un pecado indeleble; traía su origen del partido blanco. Esto solo equivalía a una condenación. No había contacto posible con esa raza espuria. Preponderante el partido unitario en Buenos Aires ¿cómo se había de consentir que los blancos gobernasen Montevideo? Sería un amago constante contra el orden establecido en esta margen del Plata. Montevideo se convertiría en un antro donde “los enemigos de la actualidad”, a estar al lenguaje de la época, acudirían en tropel a refugiarse. Aquello se volvería un foco de rebelión constante que era necesario extinguir: mientras que el partido colorado, una vez en el poder, ofrecería a estos países la más sólida garantía de una fraternidad perdurable, unificando su acción para que ningún mazorquero pudiera nunca levantar la cabeza.” (Guido y Spano, 1866: 17)

Figura 1.



Fuente: El mosquito, agosto 1864

La Banda Oriental era una nación dividida en dos partes casi iguales. Un líder que se arrogaba la legitimidad y sus partidarios. Una contienda que parecía estéril ya que los discursos eran casi calcados. La diferencia era que allí donde Flores invocaba la libertad, el partido blanco invocaba la ley. Las disensiones partidarias fueron percibidas en forma negativa por la prensa porteña que más allá de sus diferencias políticas pretendía mantener un orden y temía por las proyecciones de los sucesos orientales de este lado del río.

3.1.3 El comienzo de la guerra: la invasión brasileña y Paysandú

El conflicto entre el Imperio del Brasil y el gobierno uruguayo por los habitantes riograndenses en el país oriental no encontró su cauce por la vía diplomática. Para el partido blanco y sus aliados, porque los pedidos del Imperio eran imposibles de cumplir sin ceder soberanía. En cambio, para la opinión pública porteña más difundida en el momento, la ruptura de la negociación oriental era responsabilidad del espíritu de partido que había dominado a los blancos y su falta de unión nacional:

“Como todo el público sabe la paz en la República Oriental ha naufragado en el escollo de la mala fe del Gobierno blanco. Las bases de arreglo y todo lo relativo a la efectividad de la paz había sido aceptado por las partes interesadas... Toda la responsabilidad de una guerra fratricida, la ruina espantosa en que se está hundiendo la República vecina con el séquito consiguiente de pobreza, de mal estar y de miseria, pesa sobre los hombros del Gobierno Oriental y del partido ultra blanco a cuyas exigencias se dice que ha cedido” (*El Nacional*, 11 de julio de 1864)

El 4 de agosto el plenipotenciario Saraiva presentó el ultimátum que exigía en un plazo de seis días, la amplia reparación de todos los daños infringidos a los súbditos brasileños en territorio oriental, caso contrario fuerzas navales y militares procederían a tomar represalias. En el mes de junio tuvo lugar la conferencia de Puntas del Rosario. Bartolomé Mitre y varios miembros de su gabinete no estaban convencidos de prestar más que apoyo moral a la causa brasileña, por causas económicas y porque muchos aventuran que no era una medida con gran apoyo popular. Incluso el historiador

Thomas Whigham demostró que Bartolomé Mitre permitió en un momento el paso de armas al Paraguay (Whigham, 2010). No fue el periódico de la voz mitrista quien abogó con más fuerza por la alianza en un primer momento sino los otros dos diarios más importantes y difundidos del país, *La Tribuna* y *El Nacional*:

“A nuestro juicio es sumamente peligroso para nuestro porvenir dejar la influencia del Brasil sin contrapeso en la República vecina” (*El Nacional*, 18 de agosto de 1864)

“La Nación cree que la política que mejor nos conviene es la de la inercia. Nosotros opinamos de muy distinto modo, sosteniendo que esa política puede conducirnos a una situación fatal, y que en vez de ella debemos adoptar una política previsora política que no nos haga esperar los sucesos con los brazos cruzados.” (*La Tribuna*, 31 de diciembre de 1864)

Por otro lado, cuando la invasión brasileña al Uruguay se consumó, sus detractores en Buenos Aires comenzaron a analizar el conflicto más sobre el pivote de la identidad nacional oriental amenazada y menos sobre las representaciones partidarias. Una identidad ahora mucho más simbolizada en una bandera, su historia y tradiciones que en una determinación estatal. Los orientales eran hermanos, parte de nuestra familia, liberales y civilizados. Sin embargo se reconoció que esa identidad estaba en construcción y disputa, había grupos que la defendían y grupos que la disgregaban, que la traicionaban. La oposición al mitrismo enmarcó la situación de manera crítica como absorción y conquista de estados. Miguel Navarro Viola denunció la situación en su trabajo de principios de 1865 *Atrás el Imperio*. Con la invasión brasileña, los opositores argentinos a la guerra, vieron pasar a segundo plano la cuestión partidaria y pusieron de relieve la independencia nacional oriental que había sido ultrajada. Era preciso defender esa bandera oriental deshonrada ante la intromisión extranjera disolvente de una nación hermana:

“Apoyar a los Orientales contra los Brasileños, es apoyar a los propios contra los extraños, a los demócratas contra los imperialistas, a los liberales contra los esclavócratas, a los dueños de casa y de una casa vecina y de nuestra propia familia, contra los salteadores, y los asesinos y los incendiarios de Paisandú” (Navarro Viola, 1865: 104)

Ya no preocuparon tanto los partidos para los detractores del mitrismo, sino que ante la invasión consumada era preciso defender la nacionalidad. El clímax de esta defensa de

la dignidad nacional oriental lo representó para Guido Spano y los opositores al mitrismo, la heroica resistencia a la toma de Paysandú a fines de 1864 que contaba con participación argentina y su héroe, Leandro Gómez: “Allí el patriotismo oriental hace una magnífica explosión, alumbrando hasta el fondo el abismo de iniquidad en que se precipita a la República. Ella ha confiado en el trance supremo la guarda de su honor a un puñado de sus mejores hijos, en quienes fermenta la savia robusta de los héroes.” (Guido y Spano, 1866:63)

Los héroes de la nacionalidad oriental ya no eran para este grupo Flores y los colorados sino Leandro Gómez y la resistencia blanca en Paysandú. El razonamiento era análogo, traidores y defensores a la patria, héroes y villanos que intercambiaban sus nombres. El espíritu de partidos corroía la nacionalidad, blancos y colorados eran dominados por el odio. En este sentido los mitristas y aliados y sus opositores compartieron también la condena a la división partidaria que fragmentaba la unidad nacional, aunque ubicaban la responsabilidad en partidos diferentes. Y en el caso de los críticos del mitrismo se divisó también un enemigo claro: “Los brasileros solo tratan de apoderarse del Estado Oriental, al favor de la guerra civil que ha encendido en aquel país un caudillo ambicioso. Los Brasileros en nada piensan menos, que en blancos ni colorados, lo que ellos quieren es absorberse la República Oriental” (*El Pueblo*, enero de 1865) El periódico porteño *El Pueblo* de los hermanos Chassaing, vino así a anticipar lo que quizá había demorado a Mitre a concretar los planes de su vecino poderoso entre otras cuestiones: la impopularidad en el país de una alianza argentino-brasileña. Brasil aparecía como un poderoso imperio expansionista.

Pero para los periódicos porteños más vendidos la opinión sobre la toma de Paysandú era diferente. El hecho se consideró como un acto de barbarie pero de parte del partido blanco, al que buscó demonizarse detallando supuestos actos salvajes que habían cometido. Esta estigmatización dejó de desarrollarse en el discurso de estos periódicos una vez sellada la triple alianza y pasó con mucha más virulencia y recurrencia a recaer ya no sobre un partido, sino sobre la nación paraguaya y fundamentalmente sobre su gobernante:

“El hecho que acaba de tener lugar en Paysandú, lo demuestra de una manera evidente. Los prisioneros de guerra, sagrados en todas partes del mundo, han sido y son todavía para los blancos, víctimas que inmolan atrozmente, en venganza de su despecho, de su impotencia (...) Un soldado brasileiro de los que avanzaron a la bayoneta hasta un cantón de la plaza, cae igualmente en poder de los sitiados. Lo que hicieron con ese infeliz subleva la sangre del menos indiferente. Para quitarle la vida, le condenaron a un martirio lento, atroz, digno de esa escuela funesta. Primero, le sacaron los ojos. Después, le cortaron la lengua y cuando sintieron que la vida empezaba a faltarle le quemaron vivo, en medio de una algazara pampa.” (*La Tribuna*, 16 de diciembre de 1864)

Quienes simpatizaban con el accionar del Imperio defendieron una nación ligada a la libertad, la independencia, la justicia y la razón. En esta visión, quienes se opusieron a estos ideales, no fueron dignos representantes del pueblo. La Banda Oriental pasó a representar un espejo para mirar la situación de la Argentina. Los colorados representaron a quienes habían luchado en Cepeda y Pavón y quienes se habían opuesto al tirano Rosas. Además de bárbara, se consideró a la resistencia como algo inútil, producto de la irracionalidad, de la mezquindad del partido blanco. Paysandú produjo muertes evitables y fue significado como un ejemplo aleccionador de lo que no debe suceder en Argentina. Sin embargo anticipó de alguna manera lo que, en la interpretación de muchos, pasaría con Paraguay. Una resistencia denodada pero inútil que sólo podía causar más muertes. Fue también una advertencia de lo que podía pasar si el partido blanco extendía sus conexiones más allá de tierras orientales:

“...Las leyes de la guerra condenan esa resistencia que no puede llamarse heroica, sino feroz. Nada disculpa ese inútil derramamiento de sangre, después que los defensores de la ciudad atacada han adquirido el convencimiento, que no pueden esperar auxilio de parte alguna. Paysandú resistiendo unas semanas solo quiere decir un millar de víctimas sacrificadas al furor de pasiones desbordadas” (*El Nacional*, 2 de enero de 1865)

De esta manera, los periódicos liberales coincidieron con sus opositores en reconocer el poder del Imperio del Brasil. Cuestión que también tuvo en cuenta Bartolomé Mitre a la hora de decidir concretar la alianza. No se vio salida ante el accionar imperial, fue preciso ceder ante él. El conflicto en la Banda Oriental comenzó representado fundamentalmente como partidario, pero cuando la invasión brasileña se concretó, los opositores al mitrismo pusieron de relieve la soberanía oriental violada. Y el mitrismo y sus aliados respondieron ubicando la verdadera nacionalidad en el bando colorado y su apoyo imperial. Ambos bandos invocaron valores como la libertad y la independencia y

ubicaron conductas bárbaras en su oponente. Los opositores al mitrismo agregaron un componente cultural a su defensa de la soberanía oriental por historia y tradición en contraposición a la experiencia brasileña.

3.1.4 La Banda Oriental y la Triple Alianza.

Con el partido blanco derrotado y la triple alianza como desenlace inminente, el discurso de los periódicos porteños liberales sobre la República Oriental ya no se mostraba enfocado principalmente hacia los partidos uruguayos sino a su pueblo entero. El mitrismo y sus partidarios comenzaron justificando la contienda naciente con la bandera de la independencia y libertad uruguaya y la paz en la región. Es elocuente mencionar que esa parte del argumento fue prácticamente idéntico al que esgrimió Francisco Solano López para entrar en el conflicto:

“La República oriental va a contribuir con el esfuerzo de sus hijos a la guerra contra el déspota del Paraguay. Nadie puede creer lo contrario después que los sucesos han combinado la marcha de las tres naciones del Plata. No hay razón alguna de dignidad para ese Estado... La República Oriental, además es la causa de esta guerra –su independencia y su libertad serán el premio de la sangre que se derrame en los campos de batalla...El pueblo Oriental ha comprendido estas razones, y los hombres que dirigen sus destinos van a venir a arreglar la parte que la República del Uruguay va a tomar en la redención del pueblo paraguayo, y la paz de los pueblos del Plata” (*El Nacional*, 27 de abril de 1865)

Los gobiernos de Argentina y del Paraguay pusieron en sus discursos justificatorios la necesidad de la guerra para garantizar la independencia uruguaya y la paz en la región, aunque difirieron en atribuir una situación de equilibrio, característica defendida por Francisco Solano López. Como paradoja, la Banda Oriental había sido formalmente independiente desde la guerra entre Brasil y Argentina y si acaso ello se había visto violado, lo fue precisamente en principio por el accionar de estos estados. Uruguay apareció como extensión de los conflictos políticos internos de los dos gigantes que lo rodeaban y la tentación de controlarlo era enorme. Una vez que se logró, pero que entró en juego un nuevo actor como el Paraguay, la atención del mitrismo y sus aliados se

desvió bastante de la Banda Oriental, quien tuvo un papel poco más que simbólico en la contienda que paradójicamente vio nacer. Su representación menguó considerablemente en el discurso y siempre apareció como un otro cercano, aliado, fraterno como lo mostró la obra de José Manuel Estrada de 1865 sobre el Paraguay:

“La intervención de la República Oriental de la triple alianza, está del mismo modo rodeada de una aureola de indisputable simpatía. La fraternidad de los pueblos cultos del Río de la Plata es una verdad, y entra en la historia bajo los auspicios de una obra generosa y de los copiosos laureles con que orlarán su frente” (Estrada, 1865: 350)

En 1866 y por solo seis meses, apareció la oposición más dura y difundida a la guerra en el periódico *La América*. Su preocupación principal, como la del mitrismo, no fue ya la Banda Oriental, pero hicieron una referencia a los exiliados que tenían que abandonar su patria por su oposición a la guerra y reclamaron al Imperio del Brasil que reconociera la legitimidad de su existencia como nación. Aquí se entremezclaron el sentido político en la que se igualó a estado o gobierno y cultural de la misma: “El Imperio busca llevar al descrédito a la República Oriental, a fin de que los gobiernos extranjeros repitan que es una nacionalidad imposible y facilitar de ese modo la conquista.” (*La América*, 24 de febrero de 1866). Los orientales no querían ser argentinos ni brasileros, querían que se los reconociera, eran una nación que existía. Por otra parte se deslindó el sentido político de nación en la insistencia de que fueron los gobiernos quienes hicieron la guerra y no sus pueblos. Había una verdadera nación que no quería la lucha:

“Los que están animados de verdaderos sentimientos de patriotismo tienen un derecho incuestionable a rechazar la guerra y la alianza.
No es una alianza de los pueblos, es una alianza de los gobiernos (...) Era necesario que una tremenda lección viniese a poner en peligro la independencia de la patria para que la fibra nacional se sintiese herida y el espíritu patrio se exaltara al heroísmo”. (*La América*, 4 de marzo de 1866)

El sentimiento nacional se reforzó, se delimitó con nitidez y se exaltó cuando había otro que lo atacaba. Y ese sentimiento se entendió en una clave esencial, estuvo allí dormido, fue natural y la guerra lo despertó para defenderse de ella. En los escritos de Juan Bautista Alberdi en su exilio, el opositor más férreo a la guerra, Montevideo tuvo el doble pecado de resultar necesario para la integridad de la Argentina y del Brasil. Las

más bellas provincias de estos dos países limitaban con el Estado Oriental. Esta lucha, en la visión de Alberdi, fue el legado de las eternas disputas entre Portugal y España. La civilización necesitó que Montevideo fuera libre e independiente y sus adalides fueran Francia e Inglaterra. Lo que ya no pudo ser ocupación, ahora era influencia, intervenir y conspirar con el fin de instalar gobiernos afines. Con respecto a Buenos Aires, Montevideo fue el refugio fácil de los descontentos políticos. Además la costa oriental fue necesaria para el comercio exterior.

En la referencia de Alberdi a la Banda Oriental aparecieron de manera más fuerte los matices culturales de la nación (Alberdi, 1862). A través de la contienda se desarrolló una disputa que reforzó los significados de cada nación y nacionalidad. Brasil peleó por la Banda Oriental por el hecho de existir, no desaparecer, no perder el imperio, no cambiar el idioma, las costumbres y su ser. Montevideo también defendió su nacionalidad de origen hispanoamericano. La nacionalidad se definió por una historia compartida, parecía nacer en la colonia. Unos vinieron de España, otros de Portugal. Luego se dividieron, pero nunca podrán mezclarse. Y no por cuestiones políticas en este caso. Montevideo no tuvo razón alguna de aversión a la monarquía. No era la forma de gobierno la que defendió sino el modo de ser de su familia, las costumbres y sus usos nacionales. Lo bueno de Brasil para Alberdi era su forma de gobierno, pero no su sociedad. Montevideo era deseada por Brasil porque tenía la puerta de los tres ríos brasileños Paraná, Paraguay y Uruguay, era un “estrobo involuntario” que impedía al Brasil tener el límite natural del Imperio, el Río de la Plata.

Para sintetizar sobre la representación oriental, observamos que con el desarrollo de la contienda, la presencia simbólica del Uruguay en el frente se vio reflejada en el discurso de las élites. Aparecieron apenas algunas referencias al General Venancio Flores, al conflicto interno y a su asesinato en 1868, pero que ya estaban muy lejos de mostrarse con el interés que suscitara lo que ocurrió en 1863. La Argentina ya transitaba una guerra y una guerra cada vez más costosa e impopular, el federalismo estaba prácticamente derrotado y la Banda Oriental y sus entramados políticos dejaba de significar algún tipo de peligro. Las representaciones sobre la nación oriental no eran objeto de disputas, ni las preferidas a la hora de hablar de la Argentina. Eran otros, su

independencia ya era clara (y no peligrosa ahora) y eran hermanos en historia, cultura y tradición. La guerra cerraba una historia de intervenciones militares y paradójicamente a través de ellas abría el camino para la independencia real definitiva.

Las referencias a la Banda Oriental en un primer momento dieron cuenta del conflicto partidario y refirieron a la nacionalidad como puesta en peligro por estos disensos. En la concepción de nación se entremezclaron sus características más políticas con algunas culturales difusas, ligadas a la historia y algunos valores. Con la invasión brasileña y la resistencia del partido blanco, los opositores al mitrismo comenzaron a poner en primer plano la soberanía de la nación uruguaya y a vislumbrar al Imperio del Brasil como el gran enemigo. El mitrismo esgrimió el discurso opuesto. Cuando el partido blanco fue derrotado y Uruguay pasó a ser el tercer aliado en la guerra que comenzaba, apareció su referencia como pueblo hermano, espejo tanto para detractores como para los defensores de la contienda. El transcurso de la guerra desdibujó la presencia y la representación de los orientales en el debate público argentino.

3.2 Paraguay

Una vez que entró en la escena del conflicto en la Banda Oriental, el Paraguay apareció mayoritariamente estigmatizado en las representaciones de las élites argentinas durante todo el desarrollo de la contienda. La caracterización negativa recayó fundamentalmente sobre su presidente Francisco Solano López. Estas representaciones encontraron terreno fértil para reproducirse. La imagen de un Paraguay atrasado y primitivo a causa del accionar de sus gobernantes no era nueva.

Durante el rosismo el periódico porteño *La Gaceta Mercantil* desarrolló una agresiva campaña contra el gobierno de Francia. El mismo Dr Francia aparecía como “el más

bárbaro de los tiranos” en la *Historia de Belgrano* del propio Bartolomé Mitre. Paraguay estuvo también referido en el *Facundo* de Sarmiento como una “China recóndita” con treinta años de atraso gracias al gobierno del Dr Francia al que Rosas parecía querer reivindicar. En 1858 se editó en Buenos Aires el semanario *El Grito Paraguayo* que contó entre sus redactores a Francisco Bilbao, Manuel Pedro de la Peña y Gregorio Machaín entre otros. Se trató de una publicación “de la Libertad para despertar a Paraguay de su letargo”. El semanario era crítico de los gobiernos de Francia y también del contemporáneo Carlos López al que sindicaba como un dictador. Si bien estas visiones focalizaron la crítica sobre los gobernantes, dejaron traslucir una visión peyorativa sobre el pueblo paraguayo. Estas visiones culturales negativas fueron predominantes. De todas maneras, convivieron con otras más esporádicas y pragmáticas de la coyuntura como las de Florencio Varela desde *El Comercio del Plata* (fundado en 1845) y Manuel Derqui desde *La revolución* de Corrientes que defendieron la independencia paraguaya ante la postura rosista. Este argumento también estuvo presente en escritos del mismo Sarmiento y otros exiliados durante el rosismo. Durante la década de 1850 el discurso del periódico *La Tribuna* fue ocasionalmente favorable al gobierno de Carlos López en relación a las disputas que éste último mantuvo con el Imperio brasileño. La postura de este periódico durante la contienda con Paraguay fue bastante diferente, probablemente a causa del nuevo escenario político interno que abrió Pavón y según algunas denuncias, a la influencia creciente de la diplomacia imperial en Buenos Aires. En 1866 la *Revista de Buenos Aires* publica a pedido de Angel Carranza los escritos del paraguayo Mariano Antonio Molas, una de las figuras destacadas de su independencia, “Descripción histórica de la antigua provincia del Paraguay”. La carta de Carranza a los editores enfatiza sobre el carácter bárbaro y malvado del gobierno de Francia.

Durante la Guerra de la Triple Alianza, la opinión de los mitristas y aliados se cuidó de resaltar que la contienda era contra el tirano y no contra su pueblo. Sin embargo se dejaron traslucir varias consideraciones sobre la nación paraguaya que explicaban para esta visión la existencia de un gobernante como López. Fueron excepcionales los casos en los que se defendió explícitamente al Paraguay y a su presidente durante la contienda en Argentina. Aún las voces que comenzaron a manifestarse en contra de la

prolongación de la guerra, no lo hicieron principalmente defendiendo al Paraguay – sobre el cual mantuvieron su postura crítica- sino haciendo foco en los problemas internos y en la alianza con el Brasil. A diferencia de lo ocurrido con respecto a la Banda Oriental, el discurso sobre Paraguay excedió los límites de Buenos Aires y se replicó en las diferentes provincias como una manera de convocar y legitimar una guerra contra ese enemigo que precisaba de toda la nación. Hacemos un repaso por las características de este extendido discurso. Luego abordamos la reacción al mismo, de naturaleza excepcional en el marco del debate público general de las élites. Referimos a la peculiar situación vivida en Entre Ríos y fundamentalmente en Corrientes, ante una contienda que los enfrentaba oficialmente a un otro con el que muchos tenían vínculos más cercanos que con el aliado de turno. Cerramos el apartado con un análisis de las representaciones hacia el fin de la contienda.

3.2.1 El demonio paraguayo

Cuando apareció en escena el gobierno paraguayo en el conflicto de la Banda Oriental, la opinión pública liberal advirtió sobre las posibles vinculaciones partidarias que unían a la supuesta alianza blanca-federal con el país guaraní. El conflicto nació como una lucha de partidos de diferentes estados que se proyectaba sobre el conflicto en Uruguay. Sin embargo se reconocía que esta hipótesis era más esgrimida desde el frente contrario al mitrismo y que era vista entonces más como una esperanza que como una realidad plausible:

“Dos esperanzas quedaban al gobierno de Montevideo para hacer frente a la revolución. La protección que podía darles el Paraguay, por una parte. La que contaban obtener del general Urquiza, por la otra. Esta afirmación no es nuestra.” (*La Tribuna*, 17 de septiembre de 1864)

“La prensa blanca no sabe que hacerse con el Paraguay, con su Gobierno, con su pueblo y con todo lo que contiene. Se apodera de la esperanza que les ha dado el Presidente López con la misma desesperación con que un náufrago se apodera de una tabla en medio del océano.” (*El Nacional*, 9 de diciembre de 1864)

La protección que al gobierno blanco podía darle el gobierno del Paraguay era explícita. No así la del caudillo federal Justo José de Urquiza, del cual los adeptos al federalismo parecían esperar más de lo que podía dar. Se trataba de un líder que había sufrido el fracaso de la confederación y lo plasmaba en su actitud en la resolución de la batalla de Pavón. Un líder que aunque mantuvo cordial correspondencia con el gobierno paraguayo a principios de la década de 1860, había combatido en contra de los paraguayos para defender a Rosas y luego junto con los brasileños para derrocarlo. Más adelante analizamos también su correspondencia con Bartolomé Mitre en este sentido. La opinión liberal entonces, quizás conciente de esta postura urquicista y como forma de persuadirlo ante cualquier duda, pasó rápidamente a ocuparse del Paraguay, su gobierno y su idea de defender el equilibrio del Plata, sin detenerse tanto en las vinculaciones partidarias con Urquiza:

“El Gobierno del Paraguay, el único en el mundo por sombrío y personal, está empeñado en conquistar la fama de desleal y torpe en sus relaciones internacionales. La política interna de un gobierno puede ser tan sombría, tan despótica y arbitraria, como lo permita el pueblo desgraciado que tenga que sufrirla. El único peligro que corren los déspotas opresores es que el pueblo reviente sus cadenas y se vengue de sus carceleros (...) El Paraguay desde que ha empezado a temer por el equilibrio del Plata, desde que quiere parangonar su bárbaro despotismo en nombre de la República, con el sistema monárquico pero liberal del Brasil, ha perdido completamente la cabeza, y marcha al abismo con la precipitación del mareo.” (*El Nacional*, 6 de diciembre de 1864)

La guerra entre Paraguay y Brasil estaba declarada. La amenaza de invasión paraguaya al territorio argentino estaba latente en el horizonte. Las presiones del imperio para que Argentina se sumara como aliado a la orden del día. Pero se sabía que esa alianza no era de lo más popular. Y que aunque con discursos peyorativos sobre el país guaraní ya presentes, se necesitaba una justificación fuerte para llevar a una eventual guerra a habitantes de todo el país. La apelación al peligro para la región que representaba ese gobierno también fue invocada necesariamente con recurrencia. Comenzó la persistente caracterización negativa del Paraguay -que en algunos casos llegó a una demonización-, al que se le reconocía un origen común a la Argentina, pero con un camino muy diferente. Y como en el discurso clásico de Sarmiento, el atraso, el despotismo, la barbarie dieron forma al país guaraní: “Paraguay como sociedad enteramente asiática en medio de las tierras descubiertas por Colón. Abyecto y sepulcral despotismo que tan

atrás ha dejado a la España de Felipe II y que solo pudiera encontrar analogías en los pueblos más salvajes de oriente.” (*La Nación Argentina*, 4 de febrero de 1865)

No obstante, de alguna forma, a similar origen colonial, existió en el discurso un factor que convertía a una nación en civilizada y a la otra en bárbara. Un discurso que delimitó los contornos imaginados de cada nación. Y ese factor, fue, en primer término, la forma de gobierno. Argentina fue república desde su nacimiento, el Paraguay, un compendio de las tiranías más despiadadas cuya coronación era el gobierno de Francisco Solano López. Como vimos, los gobiernos de Francia y de Carlos López ya habían sido descritos negativamente años atrás por otros intelectuales. Su pueblo, parecía ser más víctima que responsable. No aparecían aquí detalles institucionales de las diferencias que se marcaban:

“Los paraguayos son los andaluces de la América. El día que tengan un buen gobierno serán el pueblo más amable del mundo.” (*La Nación Argentina*, 8 de diciembre de 1864)

“La semilla que sembraron los jesuitas en esta tierra desgraciada ha sido cultivada por Francia y López” (*La Nación Argentina*, 24 de agosto de 1865)

La noticia de la invasión paraguaya a Corrientes llegó a Buenos Aires. Y no solo el periódico mitrista llamó a las armas, sino prácticamente todos los periódicos de corte liberal porteños y sus aliados en todo el país. *La Tribuna* competía en tenacidad con el diario mitrista. Ambos esgrimían un discurso de indignación en relación a la ofensa a la soberanía inflingida por el tirano. Se apresuró el periódico de los hermanos Varela en describir en detalle la sangrienta toma de los buques correntinos. Los paraguayos aparecían casi como animales sedientos de carne humana, sin piedad alguna, bárbaros, salvajes, violentos, villanos. Eran un rebaño del tirano mayor que los conducía. El aislamiento del país, su falta de desarrollo económico, sus costumbres atrasadas lo convertían en un lugar más que peyorativo para la gran parte de la opinión pública argentina, no solo la liberal. Francisco Solano López era el jefe asesino de estos cuasi animales, asimilable en el discurso liberal a la figura de Juan Manuel de Rosas (el mismo que le había denegado el reconocimiento de la independencia al Paraguay), era un “degollador”. Apelar a la figura de Rosas era un recurso pertinente en dos sentidos:

en primer lugar buscaba recordar la alianza con Brasil para Caseros para empatizar con la actual y en segundo lugar, buscaba un consenso con varios opositores al mitrismo, que también se declaraban antirrosistas.

Además de su malicia, para el mitrismo y sus aliados, el presidente paraguayo fue torpe, se equivocó en su lectura de la situación regional al describirla como un equilibrio y buscar su restitución. El Paraguay era un “enano” al lado de Brasil y Argentina y ahora era preciso demostrárselo por la fuerza a este déspota americano. Por oposición implícita o explícita al país vecino, la Argentina aparecía como un país civilizado, de ley, libertad y justicia. En relación a la toma de los buques correntinos escribían:

“El negro crimen y la infamia atroz del degollador López, se presenta hoy con toda la deformidad que lo caracteriza. La sangre se subleva en presencia de acción tan villana. Aunque se pretenda, es imposible guardar calma, ni moderación. Lo que acaba de hacer el degollador López, no tiene ejemplo. Es un hecho único en su género. En los pueblos más barbarizados, allí donde se vive la vida primitiva, donde la luz de la civilización no penetró jamás, no se cometió nunca un acto semejante, un hecho tan bárbaro, un asesinato tan aleve. (...) Oh! Si alguna vez debe amarse un pueblo con la espada de la venganza, esa vez es esta, en que la Nación Argentina tiene que derramar hasta su última gota de sangre por vengar el ultraje que acaba de hacernos el más bárbaro de los tiranos” (*La Tribuna*, 22 de abril de 1865)

El discurso que buscó demonizar al presidente paraguayo, presentar su avance como un peligro para la nación y estigmatizar a su población fue una estrategia política discursiva destinada a dotar de legitimidad a la guerra y a la necesidad de la alianza con el Brasil. El arraigo de una caracterización peyorativa pudo ser efectivo en tanto otras representaciones del Paraguay previas esgrimieron estos calificativos. Las resignificaciones que aludían a la sangre, el degüello y los asesinatos echaron mano de una virulencia necesaria para la construcción de la imagen de un enemigo. El presidente paraguayo se creía el Napoleón de la América y su causa no era otra que la de la barbarie y la del oscurantismo. De alguna manera las características opuestas a la civilización que describían a Solano López le fueron endilgadas, aunque de manera más sutil y esporádica, al pueblo paraguayo. Si bien durante el transcurso de la guerra se insistió con que la misma era que contra la tiranía de López y no contra su pueblo, lo cierto es que se encontraron algunas características negativas atribuidas a los

paraguayos como el fanatismo y la obediencia ciega por el terror. Una de las citas, por ejemplo, correspondía a un historiador inglés, tomado como autoridad de los parámetros de nivel de civilización:

“Un profundo historiador inglés, Guillermo Robertson, ha indicado con exactitud el signo en que se conocen los pueblos civilizados, distinguiéndolos de los bárbaros “Los pueblos civilizados, dice, -hacen la guerra, desnuda de la mitad de sus horrores. Pero los bárbaros no conocen este refinamiento: la principian con violencia, y la prosiguen con ferocidad. Ese es, efectivamente, un síntoma que diferencia la sociedad de la tribu” (*La Nación Argentina*, 29 de septiembre de 1865)

El discurso de *El Mosquito* contribuyó a esta caracterización negativa de Solano López aunque desde un punto de vista menos dramático y sanguinario y mucho más burlesco. No parecía ser un demonio el presidente paraguayo sino más bien un déspota inútil:

Figura 2.



Fuente: El mosquito, 15/10/1864

Para el periódico de Mayer, el presidente paraguayo era una suerte de demente que se arrogaba la capacidad de definir el equilibrio de poder en la Cuenca del Plata y fallaba en su ridícula pretensión a la vista de los otros mandatarios. La guerra no era puesta en duda, pero la imagen de Francisco Solano López era menos la de un demonio y más la de un iluso que se estaba equivocando. En cierta medida fue este matiz más peyorativo que demonizador el más efectivo porque recayó en concepciones ya arraigadas y porque efectivamente, fue difícil convencer que Paraguay podía ser un peligro tan devastador para la República Argentina. Pero ese matiz peyorativo no era suficiente para la movilización. Las imágenes sanguinarias recobraron fuerzas hacia el final de la contienda a la luz de las noticias de los fusilamientos promovidos por el presidente paraguayo dentro de su propio ejército. Pero no solo López fue objeto de los ataques de la prensa, también lo fue su pueblo.

Figura 3.



Fuente: El mosquito, 25/3/1865

El Mosquito representó a López como un déspota, un gobernante loco y caprichoso y a su pueblo como animalitos serviles domesticados que a todo asentían. Si bien el discurso legitimador de la guerra centró su accionar sobre el presidente, las

representaciones sobre el Paraguay en Argentina no fueron del todo excluyentes con su figura y recurrieron a estigmatizar a su pueblo. Probablemente se volvió insuficiente para el reclutamiento buscar demonizar exclusivamente a un déspota que era visto como inútil.

En 1865 se editó en Buenos Aires la obra del intelectual católico José Manuel Estrada *Ensayo histórico sobre la revolución de los comuneros del Paraguay en el siglo XVIII seguido de un apéndice sobre la decadencia del Paraguay y la Guerra de 1865* que ya citamos muy parcialmente en el apartado de la Banda Oriental. El escrito de Estrada celebró el comienzo de la guerra en el momento mismo de los acontecimientos, como la mayor parte de la opinión pública, y se constituyó como un gran preámbulo del discurso estigmatizante sobre el Paraguay y demonizante sobre López que no cesó de repetirse durante prácticamente toda la contienda, casi sin fisuras. La responsabilidad de la contienda recayó exclusivamente sobre el accionar del presidente paraguayo y esta actitud definió por oposición todo lo que los valores argentinos no eran:

“Al inaugurarse la guerra alevosamente provocada por el Presidente del Paraguay contra mi país, en la cual al vengar éste las afrentas inferidas a nuestra gloriosa bandera, va a llevar con las armas aliadas la crisis de la libertad y la iniciación revolucionaria del siglo XIX y de los principios de Mayo al seno del pueblo atónito, que aquel despotiza, me ha parecido, que no carecería de interés el estudio de las perturbaciones del siglo pasado, en que se revela el nervio de la sociedad paraguaya, enervada hoy por la acción perseverante de los tiranos. (...) Naturalmente mi estudio se detiene en la víspera de la victoria (...) Este trabajo sintetiza los fundamentos de mi entusiasmo por la guerra del Paraguay.” (Estrada, 1865: prólogo VIII y IX)

El ensayo de Estrada proporcionó una interesante oportunidad de profundizar en lo que la prensa se animaba a decir de manera no tan frecuente y clara. Estigmatizar no solo a Francisco Solano López sino a su pueblo como causa de su existencia. Realizar un minucioso estudio histórico que sirviera para explicar el presente de ese pueblo. Un pueblo servil, atrasado, dócil era el caldo de cultivo perfecto para que se construyera el poder de un tirano. Y no era un fenómeno atribuible solo a la época de Francisco, sino que llevó casi cincuenta años desde la independencia y gobierno del Gaspar Rodríguez de Francia. El Paraguay era un caso anómalo en la América del siglo XIX, defensora de la libertad. La sociabilidad, la civilización no habían podido desarrollarse. Todo estaba

en manos de un estado que lo controlaba. La grandeza primigenia estaba en los jesuitas y el estado tiránico post-independentista no había hecho más que perseguir la religiosidad. Paraguay era una sociedad narcotizada:

“El pueblo paraguayo es una masa sin vida, es una existencia atrofiada, una víctima que se resigna a todos los refinamientos de crueldad, con que el verdugo se complace en hacer sentir su mano. No se levanta una voz, no brota un pensamiento, no se escucha una palabra. El General López anuncia que tal día vino al mundo para la honra del despotismo, y las matronas y las doncellas de la Asunción danzan bajo la acción de un sol abrasador a la puerta de su Palacio, celebrando tan fausto acontecimiento.(...) Hace cincuenta años que el pueblo paraguayo gime bajo los gobiernos personales. Ellos han muerto el nervio de la opinión pública, y su situación actual acongoja el alma. El comercio de la República está extinguido. Todas las producciones naturales del suelo, la madera, el tabaco, la yerba, están monopolizadas por el Gobierno. (...)El ruido del hacha de la civilización que engrandece las ciudades de sus vecinos y anula sus soledades, no tiene eco en el Paraguay” (Estrada, 1865: 216)

El Paraguay aparecía como el opuesto simétrico de la nacionalidad argentina, su antinomia política y social, el enfrentamiento en la visión de Estrada era inevitable, producto de un ferviente rencor que llevaba décadas. La nación era un tipo de gobierno, de preferencia democrático y era también su pueblo, en un caso servil, en otro libre. La definición de la nación paraguaya ayudó a definir la nación argentina. La Argentina y el Paraguay formaron “la más cabal antinomia social y política”. José Manuel Estrada murió en el año 1894 en Asunción del Paraguay como Ministro Plenipotenciario de la Argentina.

No solamente en Buenos Aires se diseminó el discurso negativo sobre el Paraguay. Los periódicos del interior, excepto la lógica del litoral que abordamos enseguida de manera apartada, replicaron las editoriales de Buenos Aires y fundamentalmente retomaron los partes de guerra en donde se referían a Francisco Solano López como “el tirano” aunque no con tanta persistencia como en Buenos Aires, quizás sí con más indiferencia. En Córdoba es donde más abordaron la cuestión en periódicos como *El Progreso* o *Provincias Unidas*. Periódicos de Jujuy, Santiago del Estero, Salta o Mendoza afines al mitrismo se hicieron eco de las noticias contra “el déspota”.

Y no solo las voces favorables a la guerra fueron condenatorias hacia el Paraguay y su régimen. Quienes critican fuertemente la triple alianza y al mitrismo, tampoco se preocuparon o se animaron demasiado a defender explícitamente al Paraguay. Compartieron de una manera mesurada las concepciones sobre el país guaraní, no dudaron de caracterizar a López como un tirano y replicaron noticias del teatro de la guerra. Aunque de todas maneras, tuvieron una esperanza de cambio sobre el Paraguay, lo vieron como un mal menor al lado del malvado Brasil:

“El Paraguay es un niño cándido ignorante y dispuesto a educarse siempre que su maestro, la república, abra un libro ante sus ojos espantados: El Brasil es un viejo decrepito, vicioso, minado por los intereses encontrados que hacen nacer las ideas del siglo y por las ruinas morales que se propone sostener en pro de un tronco. Los esclavos del Brasil son mercancía. Los esclavos del Paraguay son hombres. En el Paraguay los hombres, los heroicos, que carecen de la libertad política que disfrutaban los pueblos de la democracia. En el Brasil los hombres son cosas, que carecen de la libertad civil que no puede existir para ellos en aquella tierra de comercio de carne humana. La esclavatura de López no es la esclavatura de Pedro II. (...) La regeneración poderosa sacaría al Paraguay de su abyección para mostrarse al mundo como una esperanza joven, robusta, viril y luminosa. La regeneración del Brasil es imposible” (*El Pueblo*, 18 de septiembre de 1865)

El gran problema del Paraguay era su sistema político. Las caracterizaciones más resonantes oscilaron entre la demonización absoluta del Paraguay en todos sus aspectos, las críticas más centradas en la forma de gobierno y algunas costumbres y un paternalismo que escondía una mirada peyorativa muy propio de los adversarios al mitrismo. *El Pueblo*, de los hermanos Chassaing, también consideraba que en Paraguay la sociedad vivía bajo un tipo de esclavitud e ignorancia infantil que era necesario cambiar. Aún las posturas críticas a la alianza con Brasil, deslizaban una postura peyorativa sobre Paraguay. Identificaban allí un atraso que es necesario remediar aunque sea través de esta guerra, fundamentalmente un cambio en el tipo de gobierno. El editorial mostraba un grado de otredad diferente hacia Paraguay y Brasil desde Argentina.

En suma, para convocar a la guerra se diseminaron representaciones negativas de Paraguay, entre demonizantes, amenazantes y peyorativas de su presidente y de manera más solapada, peyorativas sobre el pueblo. Se buscó demostrar que Paraguay ponía en riesgo todo lo que la Argentina había conseguido: república, libertad, civilización.

Asimismo se deslizaban algunas diferencias en cuanto al origen y las costumbres. La opinión pública no tan afín al mitrismo tampoco presentó diferencias con su concepción respecto del Paraguay y la justeza de la guerra.

3.2.2 Los traidores a la patria

La defensa explícita y no tan explícita del Paraguay se construyó sobre un número reducido de intelectuales que fueron acusados durante toda la contienda, incluso por los periódicos que criticaron la guerra, como traidores a la patria y “aparaguayados”. Juan Bautista Alberdi desde el exilio y Carlos Guido y Spano, Agustín de Vedia, Miguel Navarro Viola y Olegario Víctor Andrade en Argentina, entre otros. Esos intelectuales se manifestaron a través de la edición de diversos escritos y muchos de ellos en la prensa porteña fundamentalmente con el periódico *La América* y también *La Unión Americana*. En el interior del país, exceptuando las provincias de Entre Ríos y Corrientes que vemos enseguida, esta oposición la llevó adelante el periódico *El Pueblo* de Santa Fe. Las proclamas ligadas a la rebelión de Felipe Varela también constituyeron uno de los repudios discursivos más claros.

La hipótesis sobre la cual los aliados justificaron el conflicto y lo plasmaron así en el tratado del 1 ro de mayo de 1865 era la de llevar la libertad y la civilización a un Paraguay tiranizado y barbarizado por su presidente Solano López. Para Juan Bautista Alberdi, quien más se animó a defender la causa del Paraguay probablemente ayudado por el exilio, la resistencia del pueblo paraguayo probaba la falacia del razonamiento aliado. El pueblo paraguayo demostraba al Brasil que su obediencia no era la del esclavo sino la de la libertad. Paraguay efectivamente defendía su libertad interior al pelear por su independencia. Un dato elocuente para las miradas revisionistas es que los Estados Unidos de América reconocieron la causa paraguaya y a su presidente, actitud que le hizo a Alberdi admirar más a lo que consideraba una gran república. En su opinión se resistieron a la instalación de una monarquía y por ende, de Europa en

América. Defensores y opositores a la guerra llevaron el estandarte de los mismos valores, pero los ubicaron en diferentes países.

En “Las disensiones de las Repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil” de 1865, Alberdi sostuvo que el país presidido por Solano López así como la Banda Oriental tenían como adversarios a Brasil y Argentina por cuestiones geográficas. En cuanto a Brasil, Paraguay poseía las llaves de los grandes ríos interiores de Brasil, el Paraná y el Paraguay. El simple hecho de la existencia de un Paraguay independiente había sido una revolución contra el orden colonial. En el corazón de la América, predispuso a la independencia del Matto-Grosso y de Río Grande a través de los afluentes del Plata que ligaban a las provincias meridionales del Brasil con el litoral argentino. En contrapunto exacto con el discurso mitrista y de sus aliados, Alberdi identificaba a Paraguay con la civilización y lo oponía fuertemente a Brasil:

“El Paraguay representa la civilización, pues pelea por la libertad de los ríos contra las tradiciones de su monopolio colonial; por la emancipación de los países mediterráneos; por el noble principio de las nacionalidades; por el equilibrio, no sólo del Plata, sino de toda la América del Sud, pues siendo todas sus repúblicas, excepto Chile, países limítrofes del Brasil, cada victoria del Paraguay es victoria de todas ellas, cada triunfo del Brasil es pérdida que ellas hacen en la balanza del poder americano” (Alberdi, 1865: 105)

Alberdi destacó también que el Paraguay no tenía deuda pública y elogió a su ejército. La idealización de este país se encuentra en cierta consonancia con las lecturas revisionistas. Aunque lejos de rescatar a una nación socialista como aquellos, subrayaba al Paraguay como lugar de civilización, paz, libertad y república, destacando sus valores liberales en última instancia. Alberdi valoró los mismos conceptos que ponderaron los mitristas, aunque éstos últimos no se los adjudicaran al Paraguay. La diferencia radicaba en las cuestiones económicas centradas en la libre navegación de los ríos y en que Paraguay definía su existencia en primer lugar en oposición al imperialismo tardío brasilero y luego al de Buenos Aires.

En ese sentido, en la visión de Alberdi, Buenos Aires reconocía la independencia del Paraguay y actuaba entonces como España con América. Las continuidades con el pasado colonial aparecían nuevamente en la escena. Paraguay no podía existir como

estado soberano sin la libertad de navegación de los afluentes del Plata. Fue Buenos Aires el que le impidió relacionarse con el extranjero y seguir avanzando hacia el progreso. Alberdi justificó además la postura del Paraguay ante la contienda. La actitud de guerra contra el Brasil fue en esencia defensiva y conservadora, no agresiva o expansionista. Ocupado Montevideo por la invasión brasilera, Paraguay se vio cercado por las potencias.

Las verdaderas causas de la guerra se mantenían ocultas. En opinión de Alberdi, Brasil no buscó solamente la reocupación del Matto Grosso como confesaba sino la ocupación indirecta de la Banda Oriental y de la parte fluvial de la República Argentina. Para Argentina su fin no era Paraguay sino dominar las provincias interiores a manos de Buenos Aires. Era imperiosa la defensa de la Banda Oriental y del Paraguay porque ellos eran los dos puntos de apoyo que servían a la civilización del Plata para su victoria definitiva. Amigos y enemigos de la guerra se valían del concepto de civilización.

Durante la contienda, Alberdi mantuvo correspondencia con Ignacia Gómez de Cáneva, una mujer viuda que había conocido en Europa en la casa de Manuelita Rosas (Arnoux, 2009). Cáneva estuvo en Buenos Aires durante la guerra, hablaba de “los valientes paraguayos”, comparaba su heroísmo con el de los rusos (“han peleado como Hermes”) en contraposición a la “infame camarilla” que era la alianza y se definía a sí misma como “muy paraguaya”. Sin embargo, en el debate público, el ataque a la política aliada no se fundamentó en una defensa tan explícita del Paraguay. Quien más se animó a hacerlo en esos términos fue el propio Alberdi y desde el exilio. La postura de defensa explícita al Paraguay y su gobierno fue minoritaria. El discurso que se asumió abiertamente como paraguayo al estilo de Gómez de Cáneva fue casi inexistente públicamente.

Las ideas de Alberdi y también de Guido Spano y Andrade entre otros, fueron difundidas principalmente en el periódico *La América*, el cual fue acusado por la mayoría de los periódicos del país de ser un órgano defensor de los intereses paraguayos y de ser por ende desleal a su patria y a su historia. Sin embargo no fueron tan explícitos en la defensa específica de Paraguay como los escritos de Alberdi desde

el exilio. El periódico le reconocía a Paraguay su heroica resistencia y un camino común en la lucha por la independencia (no se mencionaba el dato del tardío reconocimiento de la independencia del Paraguay por parte de la Argentina y la campaña de Belgrano). Ante las acusaciones de estar apoyando a la tiranía y barbarie de López, se defendían en clave americana y republicana, en términos morales y políticos: “Somos defensores de la verdad, de la justicia, De las republicas de Sud América” (*La América*, 7 de abril de 1866).

La América empezó proclamándose entonces defensor de los intereses americanos, como lo era evidente en su nombre. Sin embargo le fue imposible sostener esta afirmación cuando se obsesionó con un enemigo que también habitaba el continente, el Imperio del Brasil. Para ello recurrió entonces a apelar con fuerza a la identidad argentina y a disputarle su titularidad a los defensores de la guerra que también la utilizaron para sus fines. Por otro lado, para acercarse a Paraguay resultó más cómodo volver a la identidad americana aunque agregando el componente republicano que le permitió quitar del medio al Imperio. La Banda Oriental quedó como un pequeño entre el fuego cruzado que vio también despertar su fuego nacional para defenderse. La publicación del tratado de la alianza, hasta entonces secreto, por parte de *La América* en mayo de 1866 produjo una indignación que fue generalizándose. Con respecto a Paraguay se denunciaba que era un tratado para repartirse gran parte del país guaraní entre Argentina y Brasil. Lo que también demostraba que la guerra no era solo contra el tirano. *La América* fue cerrada en julio de 1866. Así la defensa paraguaya pública en territorio argentino, mayoritariamente implícita y solapada, quedó reducida a un grupo pequeño aunque resonante durante los momentos más álgidos de la guerra en Argentina. El periódico *El Pueblo* de Santa Fe escribió varios años después, con la guerra ya bastante deslegitimada, en consonancia con estas ideas:

“Poco a poco van quedando en transparencia las groseras mentiras que algunos diarios de Buenos Aires han dado en la flor de publicar con el propósito de desprestigiar ante el extranjero la causa que con heroico denuedo sostiene el Presidente del Paraguay. (...) ¿Qué no han dicho los diarios de Buenos Aires respecto de las bárbaras matanzas cometidas por López? ¿Con qué colores no han pintado la sangrienta ferocidad de ese Cacique cuyo principal crimen consiste en saber defender la integridad y soberanía de su Patria, amenazada de muerte por la agresión vandálica de tres naciones coaligadas que han ido arrastradas allí por maldad y desmedida ambición de sus gobiernos?” (*El Pueblo*, 20 de enero de 1869)

En el caso de la rebelión interna más importante ocurrida durante la guerra, la comandada por el caudillo Felipe Varela, la mención a Paraguay en su famosa proclama de 1866 fue bastante acotada y se redujo a la siguiente frase: “Nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay y la unión con las demás Repúblicas Americanas” (Citado en Galasso, 2012: 40). De la proclama de Felipe Varela que analizamos con más detalle en el capítulo 5, se desprendía la concepción americanista en tanto solidaridad entre repúblicas, o sea, excluyendo al Brasil. Asimismo el trabajo de Ariel de la Fuente mostró que las resistencias de los sectores populares a la guerra que seguían a los caudillos obedecían a una multiplicidad de causas, pero no a una encendida defensa del Paraguay como matriz principal. En todo caso Varela tuvo más contactos e interés en la cuestión chilena y en ella pensaba fundamentalmente cuando hablaba de americanismo.

En suma, la oposición discursiva a la guerra fue encabezada por Alberdi desde el exilio. La defensa explícita del Paraguay fue patrimonio casi exclusivo del escritor de las Bases. Los intelectuales que escribieron desde Buenos Aires no se animaron a llegar a tanto, la acusación de paraguayismo pesaba y revelaba que la argentinidad era un sentimiento y una legitimidad compartida por todos. Esta oposición local fue silenciada. Tiempo después, llegó la rebelión de Varela aunque sus menciones a Paraguay no fueron centrales. Hacia el final de la guerra un periódico santafesino se convirtió en un solitario defensor de la causa paraguaya.

3.2.3 El litoral ¿aparaguayado?

La guerra contra Paraguay provocó una peculiar situación en Entre Ríos y Corrientes. La contienda planteó una especie de mundo del revés para muchos correntinos que entablaron fuertes vínculos comerciales y políticos con el país guaraní y que por el contrario tuvieron fricciones con el Imperio Brasileño durante la década de 1850. Esta situación se vio reflejada en una ruptura dentro de las élites dirigentes entre quienes

apoyaron la alianza, quienes se mantuvieron neutrales o quienes colaboraron con Paraguay (Buchbinder, 2004; Ramírez Braschi, 2004). Más que reproducir las representaciones del Paraguay de la prensa porteña como muchos de los diarios del interior, los periódicos de Entre Ríos y Corrientes dieron cuenta de este específico escenario en el que vivían. Recordemos además que luego de la invasión paraguaya se produjo el establecimiento de un gobierno paralelo al del gobernador Manuel Lagraña que se replegó en San Roque hasta octubre de 1865. La obsesión de la prensa con el tema del paraguayismo denotaba que la situación era real y extendida de manera significativa o al menos preocupante para los que defendían la guerra. Dardo Ramirez Braschi reprodujo con certeza y lucidez la disputa de los periódicos correntinos al respecto:

“El señor redactor de “El Progreso”... y el “Independiente” son lobos de una misma carnada, son defensores de la “causa” de la “justicia” que el Paraguay se levanta a defender” (*La Esperanza*, 4 de diciembre de 1864, citado en Ramírez Braschi, 2004; 64)

“Y si el Independiente es tan liberal como se jacta –porque no ha apreciado los actos de vandalismos cometidas por partidas paraguayas? Y si es representante sincero de los intereses locales, por qué no tiene jamás una Palabra para ese pueblo que dice darle vida? Es incomprensible verdaderamente. Al que lea “Independiente” creará ver un periódico publicado en el Paraguay” (*El Progreso*, 15 de enero de 1865, citado en Ramirez Braschi, 2004; 66)

La Esperanza (que ante la invasión paraguaya estableció su imprenta en Esquina, lugar donde se refugió el gobernador Lagraña) acusó a *El Independiente* y a *El Progreso* de apoyar la causa paraguaya. En el caso de *El Independiente*, efectivamente la acusación estaba en lo cierto ya que se trataba de un periódico opositor al gobernador Manuel Lagraña y de clara afinidad con la causa paraguaya, cuyo primer editor es Federico Z. Boetti, más adelante este rol lo ocupa el paraguayo Pedro C. Falcón y entre sus redactores encontramos a Víctor Silvero, triunviro correntino durante la ocupación paraguaya. En cambio la acusación a *El Progreso* denotaba el clima de paranoia local ya que se trataba de un periódico de orientación liberal, afín al mitrismo, de hecho ellos mismos acusaban también de “paraguayistas” a *El Independiente*. La situación develó sospechas mutuas, pensamientos persecutorios lógicos en una sociedad con más cercanía social y cotidiana a Paraguay que a Brasil. Sin embargo esta misma insistencia

en la acusación de “aparaguayados” o “paraguayos” o vendidos al oro paraguayo, también presente en los diarios mitristas porteños hacia por ejemplo los escritos de Alberdi, delimitó, definió el contorno de un ser nacional argentino. Paraguay fue un otro en esta guerra, para diferenciar al enemigo otra vez se apelaron a identificaciones nacionales, esta vez de lo que no se era. Paraguay representaba para estas posturas el atraso, la barbarie, el salvajismo, la esclavitud, una historia no compartida, un gobierno despótico; otra nación en definitiva. La caracterización del Paraguay era casi una caracterización de todo lo que la Argentina no constituía, no representaba. Mauro César Silveria se preguntó en su trabajo sobre las caricaturas en la prensa brasileña durante la guerra hasta qué punto estas representaciones no devinieron en perjuicios sobre el Paraguay que continúan aún hoy en el imaginario social (Silveira, 2009). Hay valores políticos presentes en el Paraguay que imaginaron los mitristas y sus aliados, incompatibles con el republicanismo: falta de libertades, despotismo y egoísmo del gobernante. Como apuntamos, encontramos en este discurso también características culturales de un pueblo salvaje, atrasado, esclavizado, fanatizado en su resistencia a lo inevitable. La nación paraguaya estigmatizada representó la antítesis perfecta de la imagen de nación argentina que los defensores de la guerra quisieron construir. Y muchas veces fue usado como justificativo para la guerra. Los argumentos llegaron incluso a hablar sobre raza cuando Sarmiento era presidente y sus promesas de paz se vieron incumplidas: “López no es jefe hereditario de las tribus indianas guaraníes sino el opresor bárbaro de un pueblo de raza tan pura y varonil como las mejores de América y Europa” (*El Liberal*, Corrientes, 1868). Era un deber libertarlos y abrirles el camino a la civilización. Los detractores de la causa paraguaya apelaron a encontrar paraguayos que comulgaran con sus ideas. Y cuando lo hicieron lo exhibieron como trofeo, como con el paraguayo liberal:

“Con el mayor placer publicamos enérgicas palabras de uno de los paraguayos más liberales, que protestan indignados contra la injuria que el déspota de Su Patria arroja al rostro a ese grupo de nobles paraguayos que han querido formar a la vanguardia de los que pisarán el paraguay el día de su redención. (hablan del Sr Iturburu, de la legión paraguaya que está en Corrientes) De nuevo repetimos a los ciudadanos paraguayos que quieran hacer uso de la prensa para comunicar sus ideas libres del país mas esclavizado de la tierra que “El Nacionalista” se honrará con sus producciones y mientras que falte allí aire para su alma libre, sobraré aquí espacio para desahogar su dolor” (*El Nacionalista*, Corrientes 10 de enero de 1866)

Este mismo marco conceptual fue utilizado por los opositores a la guerra, pero atribuido al Imperio Brasileño. El acusado de paraguayismo por los periódicos mencionados respondió. Y fue con un ataque como mejor defensa. Y un ataque a otra nacionalidad, a otro país, que en la visión de *El Independiente* no compartía los mismos intereses que la Argentina: el Brasil, tema de nuestro siguiente apartado. *El Independiente* no se reconocía abiertamente como paraguayo sino que advertía que el Paraguay tenía más en común con Argentina que con el Brasil. Y que ambos salían perjudicados de este mapa de situación. Otra vez la identidad argentina se imponía, se invocaba, se disputaba, pero dotándose de objetivos opuestos a los propulsores de la alianza: “O se creará acaso que destruida la República Oriental, el gobierno del Brasil que lleva por norte el principio de debilitar para reinar, habrá mejorado su conducta en las Repúblicas Argentina y Paraguay, haciéndose menos pérfido, menos bárbaro y más consecuente y justiciero! Insensato error” (*El Independiente*, 16 de febrero de 1864)

Las posturas antiparaguayas más férreas pudieron haber logrado instalar una estigmatización del Paraguay en Argentina y en Brasil como apuntó Silveira. Pero casi como predestinación un periódico de Entre Ríos de 1867 remarcaba mucho antes de que la guerra terminase, uno de sus grandes resultados que perdura hoy en día y que fue el inverso quizás al esperado por los liberales: “La Guerra del Paraguay solo ha servido para engrandecer a López, para convertirlo en gran figura histórica, por la gloria de una indomable resistencia que hubiera sido imposible sin la alianza” (*El Comercio Entre Ríos*, 3 de abril de 1867).

3.2.4 Crónica de un final anunciado

Hacia el final de la guerra el discurso mitrista, cuyo líder se encontraba ya fuera de la presidencia y de la jefatura del ejército aliado, adoptó un tono casi pedagógico que convivió con los peyorativos y demonizantes ya descriptos. Se les pedía a los paraguayos que dejaran de luchar y resistir, que lo mejor para ellos era la paz y el

trabajo. Su líder, el Aníbal o el Alejandro del Plata era un asesino salvaje que los estaba conduciendo a la ruina. López despreciaba las formas constitucionales propias de la Argentina y el congreso era meramente una farsa. La corrupción en su gobierno lo llevaba a conquistar una fortuna personal, pero dejaba al estado quebrado y a su país aislado comercialmente del mundo. De esta forma, la nación argentina además de ser civilización, historia compartida y valores también quedaba delimitada por lo que no debería ser: tiránica, bárbara y atrasada.

Las anécdotas sobre el salvajismo de López se multiplicaron. Aunque muchas de ellas exageradas, se denunciaron también los fusilamientos que realizaba dentro de su propio ejército, fusilamientos que efectivamente eran ciertos.

Por otra parte, en la famosa polémica epistolar que mantuvo con Bartolomé Mitre en 1869, también reproducida por la prensa, Juan Carlos Gómez, periodista uruguayo, no defendió al Paraguay ni a sus costumbres, sino que se enfrentó a Mitre criticándole su estrategia de guerra que convirtió a Francisco Solano López en un héroe que no era, desnudando así la inutilidad de las características de la alianza. Gómez que llamaba “tiranuelo” a López, concluyó lo que a todas luces era evidente, que la contienda no había sido contra un gobernante sino también contra todo su pueblo, como mostraban los resultados materiales y los discursos que analizamos del transcurso de la guerra:

“Un historiador como usted no podía dejar de ver sin ceguera, sin immeditación, sin una inconsciencia e improvisación supinas, no podía dejar de ver en Francisco Solano López lo que habían sido en nuestros pueblos Artigas, Güemes, Quiroga, su expectable Urquiza y, en más alta escala Rosas. (...) Entonces la guerra hubiera sido al tirano y no al pueblo; entonces el pueblo se habría asociado a sus redentores; entonces la guerra hubiera sido fácil, y en tres meses nos habrían recibido en la Asunción bajo arcos triunfantes y lluvias de flores.
(...) La política de usted dio a López posición nacional, carácter popular, significación política. Su política hizo de López, tiranuelo obscuro, vulgaridad personal, un personaje histórico, por más que me duela y me pese tanto o más que a usted divisar en las galerías de la posteridad a los que hemos visto de cerca repugnantes figuras.” (Juan Carlos Gómez, 16 de diciembre de 1869)

Gómez remarcaba que la identificación de López con Rosas, que se hizo desde los periódicos afines al mitrismo, resultaba en un perjuicio para volver popular la guerra. Al definir a López en esos términos, la guerra se dirigía también contra su pueblo,

perdía apoyos por esta causa y se volvía dificultosa. Esta objeción de Gómez remarcaba la dificultad de las élites letradas de incorporar elementos populares a su discurso sobre la nación.

Hacia el fin de la contienda se editaron en Buenos Aires libros de dos británicos que trabajaron, vivieron en el Paraguay durante años y que estuvieron junto al ejército de López. En primer lugar, en 1869 apareció *La Guerra del Paraguay* del ingeniero George Thompson y en 1870 se editó *Siete años de aventuras en el Paraguay* de Frederick Mastermann, boticario del ejército paraguayo. Ambos propusieron una visión similar que sintetizó muy bien los discursos dominantes sobre el Paraguay durante la guerra. Estos dos personajes históricos estaban desencantados por el Mariscal y la mayor parte de sus críticas iban hacia él. El trabajo de Thompson más centrado en una historia militar y el de Masterman a una descripción más “antropológica”. Thompson consideraba a López “un monstruo sin paralelo” y era más condescendiente con el pueblo paraguayo que Masterman:

“Los paraguayos son muy hospitalarios. Recibían a todo el que llegaba a sus puertas, conocido o desconocido con la mayor cordialidad, ofreciéndole cuanto tenían, proporcionándole su mejor hamaca y la mejor habitación de la casa, generalmente, obsequiaban a sus huéspedes con su baile por la tarde. Nunca esperaban recompensa, y las clases superiores se habrían creído insultadas si se les hubiera ofrecido” (Thompson, 1869: 25)

Este pueblo que Thompson describió con benevolencia sufrió la ferocidad de su líder que hacia los últimos años de la guerra llevó adelante una política de juicios y fusilamientos a los sospechosos de traición. En el libro citó una carta Washburn, ministro de los Estados Unidos en Paraguay, al ministro inglés en la Argentina, Stuart, en la que describía una enorme brutalidad. Deguellos, mujeres y niños que huían atemorizados: “Pero en los peores días de Francia el gobierno fue paternal y suave comparado con lo que ha sido bajo este joven López (...) es un deber de cada uno constituirse en espía de todo los demás y desgraciado de aquel cuyos oídos no recogiesen cada palabra emitida en presencia” (Thompson, 1869: 277)

La visión de Masterman sobre López era similar a la de Thompson. Sin embargo como apuntamos, fue mucho más duro con respecto al pueblo al que estigmatizaba y responsabilizaba de su gobierno. Masterman se horrorizaba hasta de la manera de comer de los hombres y sus modales en general a los que consideraba muy primitivos. Las elecciones y el sistema político eran una farsa. López había emprendido con “el ardor febril y el entusiasmo de una criatura”, toda clase de proyectos ambiciosos que no llegaba a concretar, como un palacio, una iglesia nueva, un ferrocarril, un nuevo arsenal, una nueva aduana o un plan para una hermosa casa de gobierno. López era un tirano que encontraba en hombres serviles su poder:

“En cuanto a su patriotismo, la guerra misma prueba suficientemente que no conoce siquiera este sentimiento. Un tirano jamás encontraría una policía más dócil que los mismos hombres que han peleado por él con tanta abnegación. La inhumana crueldad con que ejecutaban sus órdenes, puede ser atribuida en parte a la ferocidad natural y en parte al placer que hombres tratados con inusitada severidad, sienten en pisotear a los que les son superiores en nacimiento o fortuna” (Masterman, 1870: 5)

Thompson y Masterman fueron seductores para los editores y periódicos porteños porque sintetizaron, legitimaron y ofrecieron una prueba en primera persona de las representaciones del Paraguay que se desplegaron aquí durante toda la guerra. Sin embargo Masterman cometió un pecado imperdonable para sus editores argentinos (quienes plagaron de notas la edición que en general complementaban sus visiones), pero que en el siguiente caso mostraron una elocuente disconformidad ante la siguiente afirmación del boticario:

“Había lo que se llamaba la Biblioteca pública; pero siendo teológicos casi todos los libros, nunca supe que hubiese quien los leyera. López, sin embargo, los utilizó con su buen tino de costumbre. Hizo cortar los inmensos tomos para convertirlos en cohetes y fuegos artificiales. Vi practicar un día esta operación sobre una biblia hebrea y latina-modo muy sud-americano de difundir los conocimientos útiles.” (Masterman, 1870: 22)

Los argentinos no éramos todo aquello que se decía de los paraguayos en la visión de los editores de Buenos Aires y así lo dejaron plasmado en los comentarios a la edición de la obra de Masterman. Esta nota de los editores sintetizaba la dinámica de las representaciones del Paraguay durante la contienda. Que la Argentina era bien diferente

de Paraguay fue algo que los intelectuales de nuestro país se encargaron de dejar en claro durante el transcurso de la guerra y no pudieron dejar de corregirlo en el libro que mostraba una mirada para ellos algo miope de un extranjero. Masterman reconoció que no existía un odio de los argentinos a los paraguayos y que eso lo había demostrado la contienda. Su visión resumió la postura mayoritaria en la Argentina durante la guerra. No hubo muestras de odio, rivalidad o resentimiento hacia el pueblo paraguayo. Sí, fundamentalmente, una visión despectiva, estigmatizante, peyorativa, de inferioridad política y cultural hacia ellos y una demonización absoluta de su gobernante. A través de esta imagen se construyó una idea de lo que no debía ser la Argentina. Aún muchos periódicos e intelectuales críticos de la guerra o de la duración de la guerra, sostuvieron una postura negativa hacia el gobierno paraguayo. Lo que no se logró sostener y difundir mayoritariamente era la imagen del Paraguay como amenaza real y eso dificultó también la justificación de la contienda. La postura de defensa abierta al Paraguay fue esgrimida por una minoría acusada de traición a la patria (tanto en Buenos Aires como en el litoral) y que defendió al país guaraní o de manera solapada o en contadas ocasiones, atribuyéndole los mismos conceptos positivos del mitrismo y desviando lo negativo hacia otro de los contrincantes. La guerra fue una guerra de civilización contra la barbarie tanto para el mitrismo como para sus opositores. Hacia el final de la misma, una postura condescendiente, de lástima ante el desastre poblacional consumado, asomó. El siguiente fragmento de Masterman lo resumió a la perfección y contribuyó al discurso que buscó justificar la empresa aliada ante las críticas crecientes:

“Incapaces de pensar y de raciocinar, vivían contentos en la ignorancia y la barbarie y marchaban un siglo a retaguardia de sus vecinos, se doblegaban tímida y servilmente ante cualquier tirano que se les impusiera, ante cualquier déspota bastante desalmado para robarles y eran incapaces de levantar un dedo para protestar contra cualquier carga, que se les impusiera por pesada y estúpida que ella fuera. No puedo todavía, ni culparlos del todo, ni compadecerles. Su alegría, su urbanidad, la espontánea bondad y la claridad de los unos para con los otros, cuando ni la sombra de la sombra del gobierno pasaba sobre ellos; su obediencia a sus superiores, tan extraordinariamente probada en las crueldades que sufrieron y que inflingieron su amor al hogar y a la patria, su coraje y su paciencia, les hacen merecedores de uno u otro sentimiento” (Masterman, 1870: 312)

Durante 1869 se publicó además en Buenos Aires por orden del Gobierno Nacional “Papeles del tirano del Paraguay tomados por los aliados en el asalto de 27 de diciembre de 1868”, en el cual se repetían algunos de estos postulados peyorativos,

escrito sobre el que volvemos en el capítulo 5. Además ese mismo año se publicó la memoria del Ministro de Guerra Martín de Gainza al Congreso Nacional en el que se desplegaban las concepciones desplegadas durante toda la guerra sobre el gobierno paraguayo y se celebraba el accionar de la Legión Paraguaya. La Legión estuvo formada por un grupo de exiliados de los gobiernos de los López en Argentina y fue invocada, aunque no frecuentemente, como demostración de que la guerra era contra el gobierno y no contra el pueblo. La memoria del Ministro contenía además una carta de generales aliados “al pueblo paraguayo” en la que se les prometía la libertad como nación y se describía las acciones como “guerra al despótico gobierno del Paraguay, compasión al pueblo que gime bajo su férreo yugo”, frase que se remarcaba con la tipografía.

Las obras de Thompson y Masterman, junto con la publicación de los documentos públicos, encontraron rápida acogida en las editoriales porteñas que buscaron difundir una idea legitimadora de una guerra ya muy impopular. Se trató de un refuerzo algo más efectivo de las estigmatizaciones que ya predominaban porque se basaban en relatos que provenían desde el mismo escenario de la guerra y en la pluma de ciudadanos de la civilización europea. El libro de Thompson fue reproducido en parte en varios periódicos del país, por ejemplo en 1869 en el periódico *La Opinión* de Mendoza.

El discurso estigmatizante sobre el Paraguay fue dominante durante toda la guerra, y aunque tuvo más virulencia en sus inicios, siempre se mantuvo. Las defensas explícitas fueron las excepciones. El discurso negativo se cuidó de no caer demasiado sobre el pueblo, pero muchas veces no logró evitarlo. En 1871 se publicaron en Buenos Aires otros “Papeles de López. El tirano pintado sobre sí mismo” con líneas que reforzaban todas estas representaciones; eran documentos que hablaban sobre la falta de libertad de prensa, la falta de garantías en los procesos judiciales, los caprichos del tirano, etc. Años después aparecerían también algunas líneas de Sarmiento que desnudaron las visiones sobre el pueblo paraguayo que era mejor moderar para hacer legítima la contienda. Una de esas frases da cierre al último capítulo de esta tesis. Por otra parte, algunas voces se animaron hacia el final de la guerra a defender su soberanía territorial,

pero casi nadie a López. La polémica por el tratado de la alianza puso en primera plana a otro de los países involucrados.

3.3 Brasil

Aunque en un primer momento, se saludó la independencia brasileña de 1822 con simpatía desde las élites porteñas, no tardó en esgrimirse la imagen de un Imperio del Brasil como un gigante desconocido y como el enemigo natural de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de la América republicana (Lescano, 2012). Ese mismo Brasil, quien al poco tiempo se convirtió en el rival efectivo de la Argentina en la guerra por la disputa de la Banda Oriental. La monarquía, la esclavitud, el imperio, el despotismo fueron características brasileñas, muy diferentes a las que detentó el Río de la Plata. Ese mismo Brasil, sin embargo, luego se convirtió en un aliado necesario para algunos argentinos cuando se buscó derrotar a Rosas. Brasileños que se habían visto simpáticos en las provincias del litoral cuando se referían a los revolucionarios separatistas farroupilhos de Río Grande do Sul entre 1835 y 1845. Brasileños que resultaron antipáticos en cambio cuando durante la década de 1850, con la rebelión sofocada y el imperio en su esplendor, mantuvieron fuertes disputas por recursos y territorio en la frontera con Corrientes. Brasil como Imperio que mantuvo un gobierno relativamente estable y relativamente centralizado desde 1850 aproximadamente se erigía como una amenaza cercana.

A partir de un viaje a Río de Janeiro que realizó en 1841, Florencio Varela describía a la ciudad como un gran centro de civilización y comercio y la calificaba en este sentido como “la primera de Sudamérica” (Sáenz Quesada, 2009). También podemos encontrar reflexiones de Juan María Gutiérrez que se instaló en Río Grande hacia 1844. Gutiérrez escribió por entonces: “No falta una buena sociedad y sus tertulias pero no se hallan hombres de nuestros gustos, ni de nuestros estudios”. Consideró que el país conservaba las riquezas más importantes de América Latina. Por otra parte, José Mármol residió

entre 1843 y 1846 en Río de Janeiro y también se maravilló por sus acueductos, jardines y palacios, discurso que se vio edulcorado por su amorío con una brasileña. Estas visiones se contrapusieron a la de Juan Bautista Alberdi quien ya desde mediados de la década de 1840 presentó reparos respecto del Imperio por su sistema de gobierno y ambiciones ocultas, le endilgó la transmisión de enfermedades al Río de la Plata y descalificó al Código Civil de Vélez Sarfield por inspirarse en la obra política del Brasil (Alberdi, 1868). En el caso de Sarmiento, sus primeras opiniones se mostraron parcialmente negativas en cuanto al grado de desarrollo, civilización y la raza que había poblado Brasil, pero a partir del papel que jugó el Imperio en la derrota de Rosas y luego por su recibimiento en la corte cuando fue presidente argentino y el gobierno brasileño era su aliado en la guerra, esta visión se volvió más favorable.

En este apartado comenzamos por analizar los prolegómenos del acuerdo entre los dos grandes países de la región. Luego hacemos foco en la concreción del tratado de la triple alianza y el discurso que buscó justificarlo. A partir de allí nos centramos en la reacción que provocó la misma entre varios detractores del mitrismo, fundamentalmente a partir de que el tratado fue publicado.

3.3.1 Los orígenes

A comienzos de la década de 1860, Argentina y Brasil volvieron como en los viejos tiempos a intervenir en los asuntos de la Banda Oriental. Bartolomé Mitre proporcionó apoyo moral y material al intento finalmente exitoso de Venancio Flores de derrocar al partido blanco del gobierno. El imperio brasileño reclamó por la integridad física, jurídica y patrimonial de los súbditos que residían en la Banda Oriental y en 1864 invadió con el apoyo de las tropas de Flores. Las antipatías hacia el partido blanco convergieron en los gobiernos de los dos grandes países sudamericanos. Paraguay entró en el juego al considerar amenazado el equilibrio de poder en la región y aglutinó en su contra a las dos potencias. Sin embargo, resulta complejo explicarse cómo ello devino en una alianza militar entre históricos rivales como Brasil y Argentina y

fundamentalmente en una alianza con objetivos tan contundentes. Analizamos cómo se intentó justificar ese tratado y lo que produjo en el debate intelectual.

Hacia septiembre de 1864 *La Tribuna* daba cuenta de los conflictos entre Brasil e Inglaterra por la cuestión de la esclavitud y detallaba el gran poder militar del Imperio de Pedro II ante su incipiente enfrentamiento con el Paraguay. Prácticamente todos los periódicos de Buenos Aires, salvo alguna excepción como *El Pueblo*, comenzaron con su intento de persuadir al presidente Bartolomé Mitre para que concretara la alianza que el Brasil le solicitaba, incluso siendo más vehementes que el diario mitrista *La Nación Argentina*. Sin embargo la prensa en la Banda Oriental atacó esta postura de los diarios afines a los liberales por donde más les dolía: el sistema político y social brasileño. Para ese momento las críticas más fuertes venían desde allí y no desde la prensa en Argentina. Los acusaban entre otros epítetos de infames, traidores a la democracia americana y siervos del emperador del Brasil. Así se defendía de estas acusaciones *La Tribuna* por ejemplo:

“Cosa singular! Los Júpiter que desde su nuevo Olimpo lanzan rayos contra la pérvida política del Brasil, anunciando que viene a conquistar la Banda Oriental, dicen que lo hacen a nombre de la democracia!!! De la democracia de los blancos, no queremos hablar. Ya lo hicimos antes. Esa democracia es la del deguello y la matanza. (...)La forma de gobierno del Brasil nada tiene que ver en esta cuestión. Imperio, Monarquía, Confederación o República, todos tienen el derecho de hacerse respetar, de pedir justicia, de no dejarse ajar. (...)La condición de ser el Brasil un Imperio ¿será pues una razón para que no pueda exigir justicia del Estado Oriental, tan solo porque este es una República?” (*La Tribuna*, 4 de octubre de 1864)

La invasión a la Banda Oriental se justificó desde la mayoría de las voces en Buenos Aires como la liberación de una tiranía, argumento que luego se extendió a la guerra contra el Paraguay. El carácter expansionista del imperio y los intereses particulares de la Argentina que fueron esgrimidos desde la prensa del partido blanco se minimizaron y ridiculizaron. Las formas parecían no importar, lo que convocaba eran principios morales de liberación:

“Buscar miras de conquista en el Brasil, es lanzarse al campo de lo hipotético, dejarse arrastrar por la fantasía de las ideas hasta el más ridículo de los absurdos. La guerra oriental comenzó por la aspiración de un hombre a libertar la patria de la tiranía que sobre ella pesaba, y que lanzándose a

su campaña fue reuniendo partidarios de uno en uno hasta llegar al poder que hoy tiene. Entonces el Brasil proclamó la política de la abstención. Entonces el gobierno blanco buscó la alianza brasilera, como buscó la paraguaya.” (*El Nacional*, 26 de diciembre de 1864)

El periódico que resistió en Buenos Aires la lógica de este discurso dominante fue *El Pueblo* quien ya en agosto de 1864 sostenía que las exigencias del plenipotenciario brasileño Saraiva al gobierno oriental eran imposibles de cumplir, lo que no dejaba margen para el accionar blanco y precipitaba la invasión. Además denunciaban las ligazones comerciales de los orientales colorados con el Banco de Mauá que terminaron por convertirla en una colonia brasileña, objetivo último y secreto del Imperio:

“Doscientos cincuenta mil duros que indudablemente componen el primer sumando de los empréstitos forzosos acordados por el Banco de Pedro II (empréstitos que muy pronto ascenderán a una respetable decena de millones) servirán desde hoy en adelante, para contra balancear el poder conquistado sobre la tumba de Paysandú. Esto corresponde al patriotismo del gobierno de Montevideo” (*El Pueblo*, 13 de enero de 1865)

Además, y en exacta coincidencia con los conceptos esgrimidos en *La Tribuna*, *El Nacional* y *La Nación Argentina* sobre el partido blanco, *El Pueblo* indicaba que esos mismos atributos eran detentados por los soldados brasileños a quienes directamente describían como animales: “No hace mucho que apellidamos cuervos a los soldados del Imperio. Era justo llamarlos así antes las imágenes de Paysandú anegado en sangre y de los bárbaros que brincaban por sobre cadáveres de Orientales, graznando vivas al Emperador Pedro II.” (*El Pueblo*, 22 de febrero de 1865). Mientras tanto, *La Tribuna*, instaba a las tropas de Pedro II a reaccionar, avanzar, proseguir con la invasión, se asustaba ante su aparente inacción. Se repetían los editoriales con el tema. La ansiedad estaba a la orden del día de este lado del Río de la Plata y las críticas a la “inacción” de las fuerzas brasileñas eran figura repetida:

“¿Qué hace el Brasil? ¿Dónde están sus fuerzas? ¿Cuál es la causa de que ya no se sienta su acción, en el Estado Oriental? (...) El día 17 de septiembre, las fuerzas brasileras que se hallaban sobre la frontera del Río Grande recibieron orden de avanzar. Hoy, hace más de un mes que el hecho tuvo lugar, y sin embargo, nada sabemos hasta este momento de positivo, que nos indique si

en efecto ha pasado esas tropas, que hacen ni donde están. ¿Qué explicación tiene, o puede tener esta demora?” (*La Tribuna*, 21 de octubre de 1864)

Una vez que el Brasil y los colorados triunfaron, los diplomáticos brasileños desfilaron por Buenos Aires en busca del pacto que precisaban para asegurarse un triunfo y una mejor logística contra el Paraguay. La mayor parte de la prensa porteña presionó en este sentido. En diciembre de 1864 Bartolomé Mitre dudó de la propuesta; tenía el acuerdo de Puntas del Rosario como antecedente y luego el creciente rumor de la invasión paraguaya a Corrientes. Sin embargo recibió el consejo de su principal rival político interno que le advirtió en su correspondencia:

“He calificado la alianza con el Brasil de odiosa porque así lo es para el país, porque tal es el sentimiento general que V.E. tiene ocasión de apreciar también. Sino lo fue el año 51, en otra situación y con un grande fin, lo es hoy indudablemente. (...)Yo no quiero ni imaginar siquiera, que pudiera existir la fatal emergencia de que con una Provincia sola marchase V.E. Yo quiero ver al Gobierno de V.E. rodeado del pueblo todo de la Nación, marchando hacia su prosperidad y mostrándose tranquila en su poder y respetada en su prudencia.” (Justo José de Urquiza a Bartolomé Mitre, 8 de febrero de 1865)

La correspondencia entre Mitre y Urquiza se intensificó en esos días. Mitre precisaba asegurarse que el caudillo entrerriano lo apoyaría ante una eventual hipótesis de conflicto con el Paraguay. Ese no parece haber sido el problema que se desprendía de sus misivas. Urquiza afirmaba que defendería la integridad nacional ante una eventual invasión paraguaya, pero no creía conveniente hacerlo en alianza con el Imperio del Brasil. Mientras tanto, la prensa porteña siguió presionando para que se concretara la alianza como consecuencia natural de los sucesos en la Banda Oriental. Nuevamente el argumento que pedía en la unión se cimentaba en la moral:

“El Brasil ha acompañado a la Revolución Oriental, hasta dejarla triunfante en toda la República, y es esa actitud del Brasil la que le ha traído la declaración de la guerra por parte del Paraguay. Entonces, pues, es justo que si el Paraguay se alió al gobierno de Montevideo para hacer la guerra al Brasil, el gobierno de la República Oriental, que representa hoy los principios de la Revolución, se alíe al Brasil para hacer la guerra al bárbaro que despotiza al Paraguay. Y aparte de la justicia que en sí envuelve esta alianza, es honroso para la República Oriental el tomar parte en una cruzada que tiene por objeto el dar libertad a un pueblo que gime bajo el peso de una tiranía bárbara y brutal. Ojalá la República Argentina prestará cuando menos, su concurso moral a los que van a emprender tan noble tarea!” (*La Tribuna*, 2 de marzo de 1865)

Pero aunque el discurso que presionaba por la alianza fuera insistente y efectivo, se desarrollaba sobre bases no tan sólidas. Las presiones de La Tribuna fueron ridiculizadas por el periódico satírico *El Mosquito* el 21 de enero de 1865:

Figura 4.



Señores! El primer derecho del hombre libre es ser libre de opiniones, la libre América nos da el ejemplo de libertad, libertando á sus esclavos de las odiosas cadenas que impiden ser libres á los negros que Dios ha hecho libres por su libre voluntad y . . . los libres . . . la libertad . . . por lo demas . . . ¡ Vivan los abolicionistas del Norte!

Señores! En todos tiempos la libertad ha tenido sus limites! La licencia no es la libertad! Ejemplo: el Brasil. Este Estado, apesar de sus principios liberales reconocidos, conserva sus esclavos. . . Por qué? Porque libertándolos esa libertad se tornaria en licencia. Ya no cultivarian mas la caña de azúcar y el café. . . Y ¿ á donde irian á parar los aficionados al café con leche? . . . Por tanto griten todos conmigo: ¡Vivan los esclavócratas Brasileños!

Fuente: El mosquito, 21/1/1865

Meyer marcó con su litografía la contradicción de la defensa de la libertad como valor y la alianza con un imperio esclavócrata. Esta contradicción fue una de las razones fundamentales del fracaso discursivo de la defensa de la alianza. Con una ironía de género que hoy resultaría más que cuestionable, apareció en la caricatura el periódico *La Tribuna* defendiendo a un imperio esclavista en nombre de la libertad. El imperio no podía defender la libertad porque de esa manera perdía los altos rendimientos económicos que le proporcionaba su sistema actual. Una vez más la postura de Meyer era burlesca y ponía el acento en la duplicidad, fundamentalmente en lo que respecta al Brasil y la Banda Oriental, pero no con respecto al Paraguay. Estas críticas de tono picaresco a los argumentos esgrimidos en la prensa para pactar con el Imperio no pudieron frenarlo; las presiones y los pedidos fueron mucho más resonantes y repetidos.

3.3.2 La alianza

La invasión paraguaya a Corrientes era un hecho. Bartolomé Mitre instó a los ciudadanos a la guerra y el 1 ro de mayo de 1865 los ministros plenipotenciarios de la Banda Oriental, Argentina y Brasil firmaron el tratado de la triple alianza contra el Paraguay. En el tratado se dejaba claro que la guerra había sido provocada por López. Mitre sería el general en jefe y el Almirante brasileño Visconde de Tamandaré estaría a cargo de la escuadra. Las armas no se depondrían hasta derrocar al gobierno paraguayo y no estaban permitidos los tratados de paz sin la conformidad de todos los miembros. Aunque en el artículo nro. 9 se manifestaba el respeto por la soberanía territorial paraguaya, en el artículo nro. 16 Brasil y Argentina establecían cómo se repartirían el territorio del país guaraní cuando fuera vencido.

El tratado permanecería secreto, aunque no por el tiempo que los aliados hubieran querido. Sin embargo, era pública la concreción de la alianza y fue a *La Nación Argentina*, como portavoz del gobierno, a quien le tocó la difícil tarea de justificar la alianza con el Brasil, tradicional enemigo, pacto pedido con vehemencia por casi toda la prensa porteña, pero advertida como poco feliz por el líder federal Urquiza. Para sus defensores, esta alianza se fundaba en una idea liberal y civilizadora cuyo opuesto complementario era el presidente paraguayo Solano López presentado como un feroz déspota, bárbaro e incivilizado, inmoral, taciturno y sombrío. La clásica dicotomía del pensamiento occidental otrora trabajada por Sarmiento se retomó para este caso. Brasil y Argentina, con diferentes tipos de gobierno, se unían por su nivel de civilización e independencia. El americanismo no servía como idea sino se tenía en cuenta al Brasil, líder regional, y todo el espacio estaba amenazado por el gobierno paraguayo:

“Nosotros hemos dicho ya, que en la cuestión presente no se trata de un antagonismo militante entre la idea monárquica y la republicana. La amenaza no ha sido hecha a la República sino a la independencia de la América, amenaza que, llevada a efecto, heriría al Brasil mismo tarde o temprano. Tampoco se trata de una cruzada beligerante contra la España. Rechazar al Brasil de la unión americana, sería en nuestro concepto, la más insigne de las locuras. El Brasil es hoy el más fuerte de los Estados de América, por su población, por su civilización y por los elementos militares con que cuenta. La sola escuadra brasilera sería en la liga americana un contingente considerable. Ningún sentimiento de hostilidad existe contra Brasil.” (*La Nación Argentina*, 8 de noviembre de 1864)

Para hacer más simple la alianza con el tradicional enemigo el periódico mitrista recurría a valores políticos y morales y a la apelación de la identidad americana, bastante difundida y fuerte desde los tiempos revolucionarios (Chiaramonte, 1997). De esta forma, se evitaba argumentar con sentimientos nacionales, historias disímiles, fundamentalmente en lo que respecta al período revolucionario que podían entrar en conflicto. De todas maneras quedaba con una resolución difusa por el interrogante sobre qué lugar ocupaba entonces Paraguay en esta América al igual que los detractores americanistas de la alianza que excluían al Brasil de su región y sabían que hacerlo era un problema. En el discurso mitrista, se establecía un corte también en lo que concernía a la Madre Patria, la discusión ya no pasaba fundamentalmente por allí, síntoma de que esta guerra había despertado nuevos debates. Brasil se presentaba como el líder

regional, con un poderío militar importante. Esta imagen tan poderosa pudo volverse más amenazante que la que se pretendía construir de Paraguay para justificar la guerra.

Por otro lado, la alianza era necesaria para libertar al pueblo paraguayo de su tiranía. Mucho se ha escrito y exagerado sobre el nivel de desarrollo del Paraguay previo a la guerra. Lo cierto es que se trataba de un país más rico de lo que sería después de la contienda y que su forma de gobierno y su estructura social difería de la de sus vecinos más próximos. Entre las defensas de esta idea de una guerra libertadora se citó a un cronista que se identificaba como “el paraguayo” para proporcionar más legitimidad a la hipótesis: “Compatriotas: preparémonos desde ya para bendecir la antorcha de libertad que llevarán triunfantemente la Asunción los ejércitos libertadores entre los pliegues de sus banderas victoriosas. El paraguayo. Federico Alonso.” (*La Nación Argentina*, 14 de marzo de 1865). En algunas publicaciones periódicas y en la memoria del Ministro de Guerra de 1869 también se citaba a la Legión Paraguaya como justificativo de los argumentos aliados.

El concepto de libertad en el discurso mitrista se utilizó como en las luchas civiles de antaño. El diario instaba a la alianza con el Brasil porque eran los gobiernos de aspiraciones más ilustradas y más sinceramente liberales de la América del Sud, una fraternidad de los pueblos cultos y morales de Sudamérica. La intervención brasileña en la Banda Oriental se juzgaba moderada. Esta visión era contrapuesta con la del gobierno blanco para la cual López era la civilización y la república y Brasil, el gigante monárquico y esclavista, la barbarie. Para *La Nación Argentina* en cambio, Montevideo “pone en riesgo la patria para salvar las ambiciones de un partido”. Colocar las identificaciones partidarias por sobre las nacionales era pernicioso para el periódico fundamentalmente durante los años más álgidos de la guerra. Los conceptos de partido y nación aparecían como antagónicos, casi opuestos complementarios; lo que uno separaba, el otro unía, lo que el primero disgregaba el otro reunía. Por otra parte la alianza con el Imperio Brasileño también era justificada como respuesta a la agresión paraguaya por su paso por Corrientes sin autorización. La misma dinámica de la historia la había impuesto, no se trataba de un plan estratégicamente planeado con antelación:

“Esa alianza, pues, no es el resultado de una combinación calculada, sino producida por la fuerza de los acontecimientos que la hacen necesaria hoy como entonces, porque ella no surge del interés particular de ninguno, sino de una idea noble que de tiempo atrás viene en lucha abierta y permanente contra el abuso, hijo de la ignorancia, del error y de la ausencia del instinto de la razón en los pueblos envilecidos.”(*La Nación Argentina*, 26 de abril de 1865)

Si bien la entrada en guerra se justificó desde la humillación a la soberanía nacional por la invasión y en términos de identificaciones nacionales como vemos enseguida, en el momento de argumentar a favor de alianza con el Brasil no se hablaba de nacionalidades sino de principios como civilización, libertad y progreso con un tinte más moral y político y de un ideal americano que los contenía. De esta manera se evitaba tener que conjugar en amistad a dos países tradicionalmente enemigos. La alianza con el Brasil se hizo por una cuestión de principios de civilidad y no de naciones. Además se lo presentaba como un imperio poderoso con el que era conveniente aliarse.

El imperio brasileño había sido representado como un enemigo tradicional por una historia de rivalidades y diferencias difíciles de saldar. El conflicto por la Banda Oriental, las diferencias por el idioma, la historia no compartida de lucha y resistencia, la revolución de mayo inexistente en el gigante vecino separaban a su devenir del de la Argentina. Pero fue también la forma de gobierno del Brasil la que despertó encendidas críticas. Se trataba de un sistema monárquico, desconocido en estas tierras e identificado por muchos con el atraso. Y además, la contraposición se hacía más evidente al comparar las estructuras sociales: la existencia de una gran cantidad de esclavos dio lugar a que muchos opositores al gobierno tildasen de bárbaro ya no al Paraguay sino al Imperio Brasileño. Ante las críticas por esta unión que surgieron desde *El Pueblo*, *La Nación Argentina* salió a defender la postura del gobierno. Los esclavos no eran los brasileños sino los paraguayos: “Lo único que tienen de imperio es el monarca y esclavos son los paraguayos.” (*La Nación Argentina*, 29 de abril de 1865). Los periódicos porteños en su mayoría apoyaron y defendieron la alianza. Los periódicos del interior en su mayoría replicaron sus editoriales. *La Tribuna* se arrogó el triunfo:

“Lo que habíamos vaticinado como una obra que necesariamente debía producir el encadenamiento de los sucesos, se ha realizado y la alianza con el Brasil es un hecho consumado ya! Esa alianza que podía haber sido mirada con desconfianza si por desgracia hubiese triunfado la propaganda insensata de los que combatían al Brasil, ha sido aceptada con general aplauso por la opinión pública, por el pueblo, por la nación toda, que hoy comprende que el pueblo que en Caseros nos dio su sangre y sus tesoros para derrocar la tiranía de Rosas, no puede infundirnos la menor desconfianza. La alianza con el Brasil que en breve será fecundada en el campo de batalla, debe también serlo en una época de paz, ligando más y más a las dos naciones.” (*La Tribuna*, 10 de mayo de 1865)

La alianza también fue apoyada en el escrito de José Manuel Estrada que saludó con fervor la guerra. Se reconocían las rivalidades, pero como algo antiguo que había sido superado y que era solo una muestra de fanatismo. Consideraba al igual que *La Tribuna* que la alianza era muy popular y celebrada⁶.

Aunque para entrar en la guerra se había apelado a la identidad nacional argentina, para justificar la alianza con Brasil fue preciso dejar de lado las particularidades nacionales e invocar algunos principios, que aunque también formaban parte de la definición de nación, por sí solos eran muy difusos. Así se pusieron en primera plana la libertad y la civilización como ejes de unión para sellar el pacto y se evitó conjugar historias disímiles. Se apeló también a la identidad americana aunque de manera menos central porque implicaba dejar de lado a Paraguay. Algunas críticas a la alianza se hicieron oír pero no fueron muy fuertes durante 1865. La presencia de Uruguay en la alianza no parecía tener que justificarse, era un hermano menor, como hemos analizado.

3.3.3 El repudio. La identidad en disputa

⁶ “La alianza con el Brasil es un gran progreso, porque es síntoma de que en nuestras costumbres están desarraigadas las preocupaciones y los celos, que como una pasión tradicional dominaba en tiempos menos felices la opinión popular. (...) En vano los órganos de un fanatismo atornasolado, que refleja distintos colores en distinta luz y encubre con la sombra incierta de una preocupación, relámpagos de afinidades sospechosas, han esforzado su lógica sin filo para cortar los lazos instintivos, que nos acercaban hoy a la alianza con un Imperio, en el cual predomina la libertad política en las leyes y en las costumbres. La alianza está hecha y prestigiada por el aplauso unánime del pueblo; porque ve con claridad, que intereses idénticos y aspiraciones de justicia y de decoro, enlazan con igual propósito las naciones civilizadas” (Estrada, 1865: 348)

A pesar de los primeros festejos, la alianza con el Imperio del Brasil explicó la impopularidad de la guerra en nuestro país. Brasil era visto como un tradicional enemigo y esta situación probablemente denotaba por qué Bartolomé Mitre se mostró algo dubitativo frente a la concreción efectiva del pacto con la potencia vecina. Pastor Obligado, ministro del gobierno mitrista, consideró de importancia publicar en la *Revista de Buenos Aires* de 1864 un artículo titulado “De como 22 argentinos rindieron a 500 brasileros” y redactado como un recuerdo de “una época de gloria”. Si bien Obligado estaba recordando la batalla de Carmen de Patagones que había enfrentado a la Argentina y Brasil por la Banda Oriental algunas décadas atrás, el título era sugerente de la rivalidad existente, aún reconocida y sentida hasta por los propios mitristas. Cuando la alianza se vislumbró en el horizonte y más aún cuando fue concretada, se tuvieron que recurrir a diversos argumentos para justificarla. El artículo de Obligado se encontraba en la sección Historia Americana y la revista llevaba el elocuente subtítulo de “Periódico destinado a la República Argentina, la Oriental del Uruguay y la del Paraguay”.

Los opositores al mitrismo y a la guerra, en cambio, no tuvieron esa difícil tarea de justificar el tratado con un tradicional enemigo, sino que por el contrario, consideraron unánimemente al Imperio del Brasil como el gran responsable de la contienda y quien manejó los hilos de la misma en unas sombras que era preciso develar. Miguel Navarro Viola escribió en los albores de 1865 su trabajo *Atrás el Imperio*, publicado en Buenos Aires ese mismo año, en el que a través de un estudio de la conformación histórica del Brasil intentaba demostrar sus ansias expansionistas y denunciaba además la complicidad del gobierno argentino y la mayoría de la prensa porteña en la invasión a la Banda Oriental como una “vergüenza” en la que había que “dejar de callar y retomar Ituzaingó” contra “los piratas brasileños”:

“Las águilas del Imperio con sus alas chamuscadas en Paisandú, han venido a tomar aliento posándose sobre el Capitolio de la República. Tardíos y profundos chirridos interrumpen sus coloquios con nuestro Ministro de Relaciones Exteriores a quien aletean y acarician como palomas. El país calla contemplando la nocturna escena. La prensa, con raras excepciones, convertida en heraldo de las águilas imperiales, va siempre delante de ellas propalando sus glorias y hasta pesarosa de su falta de bríos para desgarrar su presa. La inacción del Brasil era la letanía de los republicanos de ayer. Los documentos que fundan las represalias del Imperio, son la letanía de los republicanos de hoy” (Navarro Viola, 1865: 5)

Navarro Viola realizó un detallado racconto histórico de la historia del vecino país que comenzaba con la conquista. A partir de allí opuso al imperio de Portugal contra el Español y señaló además a los indígenas del Brasil como “los más bárbaros y estúpidos”. Luego repasó la vida independiente de ambos países para establecer las diferencias sociales y de gobierno que reflejaban positivamente a la Argentina. Con un registro poético daba cuenta de la rivalidad a la que también aludía Pastor Obligado:

“¿De cuándo acá los gorriones, interesados por el labrador en sus siembras, ellos que siempre han vivido de sus granos? ¿De cuándo acá los lobos, desinteresados amigos del cordero a quien siempre esquilmaron? ¿De cuándo acá la voz de las Sirenas, ingenua y candorosa cual la voz del ruiseñor enamorado?” (Navarro Viola, 1865: 5)

La alianza se consumó en mayo de 1865, pero las críticas más resonantes y persistentes no llegaron sino hasta el año siguiente. Durante el primer año de la guerra la polémica contra quienes apoyaban la guerra giró en torno a la opinión negativa del periódico de Buenos Aires *El Pueblo* y motivó calificativos acusatorios de “abrasilerados” y “aparaguayados”. Las críticas de *El Pueblo* versaron fundamentalmente sobre la hipocresía de un Imperio esclavista llevando adelante una guerra por la libertad. Esta característica fue el principal impedimento para forjar un tratado. De todas maneras estas observaciones se superpusieron a partes del teatro de la guerra oficiales, caracterizaciones negativas de Francisco Solano López y críticas a la inacción de la escuadra del gran país aliado, las mismas que profesaron los periódicos afines al mitrismo:

“El Brasil libertador es una amarga ironía, que empieza a ruborizar hasta los propios escritores del vecino Imperio. (...) Si hay libertades constitucionales en el Brasil, esas son de tal naturaleza que no se pueden transplantar. Esas libertades no son obras de los soberanos, sino derecho primitivo de los pueblos y si el Gobierno Imperial quiere ser el restaurador ya que no el autor de un derecho en sus manos está la emancipación de algunos millones de hombres, que gimen a las sombras de su trono. Entonces, solo entonces, el Brasil será el verdadero aliado de las Repúblicas, en la santa cruzada de la redención del Paraguay” (*El Pueblo*, 29 de agosto de 1865).

Más que una crítica estructurada y persistente, *El Pueblo* emitía advertencias al gobierno de Mitre sobre las posibles ocultas intenciones del Imperio:

“(…) Justificar al Brasil, es pretender la realización de lo imposible. Discutir su conducta en el Río de la Plata, es contribuir a formarle el largo proceso de sus abominables atentados contra el progreso y la tranquilidad de estos pueblos. Es proverbial esta tendencia de absorción. Una parte de la Provincia de Matto Grosso, es Paraguaya; la misma fortaleza de Coimbrá, reconquistada, con vergüenza del Imperio por las fuerzas de López fue construida en territorio del Paraguay para defender el resto de la tierra cobardemente usurpada.” (*El Pueblo*, 5 de diciembre de 1865)

Durante el verano de 1866 apareció el periódico *La América* en Buenos Aires y con él, la más dura oposición intelectual a la guerra desde Argentina durante toda la contienda. Fue la alianza con el Brasil la que despertó las críticas más furibundas en estos opositores a la guerra (y también en muchos de quienes estuvieron de acuerdo en hacer la guerra contra Paraguay), que veían en el imperio vecino al enemigo natural y a Paraguay como el pueblo hermano al que se atacaba injustamente. El poder del Brasil radicaba principalmente en la división argentina y no tanto en la derrota de Francisco Solano López. De todas maneras, el reconocimiento de esta división argentina, implicaba la existencia de una unidad previa que era necesario recuperar incluso para los más férreos opositores a la contienda. Esa búsqueda estaba repleta de obstáculos y el más fuerte según Juan Bautista Alberdi era la alianza de Buenos Aires con Brasil. En este sentido, Carlos Guido y Spano en su “El Gobierno y la alianza”, texto también publicado en *La América*, realizó un exhaustivo estudio sobre la responsabilidad del gobierno argentino en la alianza. Para refutar este acuerdo se acudió desde el diario al conocido derecho de gentes:

“La alianza actual con el Imperio del Brasil y la Confederación Argentina es nula constitucionalmente, y es nula ante el derecho de gentes, porque ha sido contratada por quien no tiene la representación nacional y porque es impuesta por otra de las partes contratantes, faltando aún la apariencia del consentimiento nacional”. (*La América*, 4 de marzo de 1866)

La representación nacional no la tenía entonces el gobierno. Los opositores a la guerra estaban disputando así la titularidad de la identidad nacional. Utilizaron a menudo

conceptos como independencia, civilización, libertad e igualdad civil para definirla. Conceptos políticos íntimamente interconectados que representaban lo que para ellos Brasil no era y sí Argentina, en exacta oposición al discurso mitrista que ubicaba estas mismas cualidades del lado de Brasil. Todos se arrogaban así el derecho de hacer esta guerra por la independencia y la libertad, por la verdadera nación. Todos compartieron un mismo universo conceptual. Todos coincidían en el poder que tenía el Imperio en la región, los opositores aún con más vehemencia. El tratado de la alianza era visto desde los opositores como una imposición del Imperio; el gobierno argentino aparecía como títere de Pedro II. La línea editorial reforzó así el contenido de la identidad nacional argentina al oponerla a la del Brasil y acercarla a la historia del Paraguay:

“Hay quien calumnia al pueblo argentino, es decir, al pueblo de Mayo, tan ilustrado como valiente por su indiferencia que atribuye al abatimiento y a la postración del espíritu nacional
Hay que hacerle la guerra al Brasil
Si! Guerra al usurpador de nuestras tierras, guerra al enemigo natural de las Repúblicas y al opresor de la humanidad –ese es el grito que desean oír los pueblos americanos- en vez de ir a pelear contra sus hermanos de causa, contra sus defensores naturales.
El Paraguay no puede ser considerado como enemigo, cuando el Imperio del Brasil está de por medio”. (*La América*, 17 de marzo de 1866)

Argentina y Paraguay eran parte de la patria americana que se fundaba en la historia de las independencias compartidas a partir de compartir también la ex metrópoli. El pueblo argentino, específicamente, tenía como acta de nacimiento el 25 de mayo de 1810 al igual que en el discurso mitrista. Paraguay también había tenido su evento de independencia, aunque se soslayaba en el discurso de *La América* el conflicto entre ambos movimientos, se buscaba unirlos. Allí hubo lucha, revolución, resistencia. Ni Argentina ni Paraguay habían sido imperios expansionistas que buscaban destruir repúblicas. Una misma causa los unía, aunque se dejaba en claro que eran diferentes “El Paraguay no puede ser considerado enemigo *cuando Brasil está de por medio*”. El elemento disruptivo era el Imperio. Se deslizaba difusamente una idea de nación ya no meramente política como en la primera mitad del siglo XIX sino esencialista al postular a las naciones como entes naturales. La nación era además cultural en tanto historia compartida. La guerra estaba hecha entonces en la dirección equivocada:

“El americano no puede hacerse jamás tales cuestiones. El sabe que entre esos pueblos y los demás de la América Latina hay la comunidad de esfuerzos y de sacrificios que les costó su independencia; la comunidad del triunfo y de la gloria que aquellos le produjeron; la comunidad de venganza en que los hundiría su perpetuo enemigo, la ex metrópoli”. (*La América*, 18 de marzo de 1866)

En la cita aparece el concepto “América Latina”, novedoso para la época aunque diferente de la noción que nos es contemporánea. Diferente porque se planteaba el problema del lugar que ocupaba Brasil en América como continente para el periódico que analizamos. Parecía estar fuera de ella o dentro pero traicionándola. No compartía su historia de sacrificio ya que no había pasado por una revolución de independencia. No compartía la forma de gobierno republicana, ni detentaba una sociedad de habitantes libres. Para *La América*, Brasil no era un pueblo libre, no existía ningún tipo de libertad civil, de asociación, de prensa, de nada. Era de alguna manera un representante de las ambiciones de las viejas metrópolis europeas. Pero un enemigo más fuerte que las potencias europeas porque acechaba desde la cercanía y atacaba con su potencial militar, admirado en muchos periódicos de Buenos Aires:

“Combatiremos al Brasil con más fuego que a los monarcas desautorizados de la España y de la Francia, porque se necesita más ardor y más vigor para rechazar al enemigo que pisa los dinteles e invade el santuario de nuestras poblaciones, haciendo de ellas el centro de su poder y el cuartel de sus ejércitos, que al enemigo aislado, cuyas tendencias no menos odiosas basta para repeler el esfuerzo espontáneo y natural del patriotismo”. (*La América*, 1ro de febrero de 1866)

Nuevamente aparecía aquí la idea de natural asociado a patria, concepto que a su vez se ubicaba como sinónimo de nación. El problema del lugar del Brasil en el continente se encontraba plasmado en contradicciones que no llegaron a resolverse. Era un extraño en su propia casa por momentos y por otros era un intruso al que se le daba hospedaje y que le hacía la guerra a sus anfitriones. La oposición se generó desde los redactores de *la América* que se sentían republicanos de corazón. Sin embargo el rechazo no fue solamente al nivel del sistema político. *La América* se encargó en ediciones sucesivas de criticar punto por punto al Imperio como sistema político, económico y social, fundamentalmente por su base esclavista, enemiga de la civilización que enarbolaba

para hacer la guerra al Paraguay. Se trataba de un imperio esclavócrata en oposición a los gobiernos democráticos:

“El corazón y el brazo del pueblo argentino no es ni nunca será amigo del Imperio negrero” (*La América*, 11 de febrero de 1866)

“El pueblo argentino ha formado su historia con sus sacrificios por la independencia, la libertad y la república; que no la manche derramando su sangre y sus tesoros por la conquista, la esclavitud y el imperio”. (*La América*, 16 de febrero de 1866)

Las alusiones a Brasil eran en algunos casos despectivas. La identidad nacional argentina se definía fuertemente en oposición a esas estigmatizaciones como “negrero” y a conceptos políticos que se enfrentaban a la conquista, el imperio y la esclavitud. Se fundamentaba en una historia de sacrificios y se definía en el cuerpo. La alusión al corazón agregaba un componente pasional. Y no era solamente en cuanto a la identidad brasileña en tanto sus elementos culturales, sino a su vez para definir los contornos de la Argentina:

“La esclavitud subsiste y subsistirá en el Brasil no solo porque es una necesidad de su riqueza, sino porque tiene un fuerte apoyo en el sentimiento y en los hábitos de la nación. Allí está la riqueza, el lujo, el orgullo exaltado de la raza portuguesa llevado a la locura, allí el despotismo unido a la avaricia, la ambición reforzada por el desprecio de todo lo que no es brasilero”. (*La América*, 16 de febrero de 1866)

Nuevamente había un elemento esencialista, no biologicista pero sí primigenio en la definición de la identidad. La apelación a la raza lo demostraba. Brasil no era solo el gran país vecino sino que es también su historia, sus costumbres, su esencia y características culturales. Llama la atención nuevamente que las características endilgadas al Imperio eran exactamente las mismas que los mitristas le atribuían a Paraguay. Defensores y opositores a la guerra compartieron un mismo universo conceptual y de valores. Despotismo, esclavitud y ambición fueron conceptos denigrados por ambos, pero atribuidos a distintos contrincantes de la guerra. Valores compartidos que definían a la Argentina por lo que no era o no debía ser que marcaban los límites de una comunidad imaginada. Y no solo con respecto a los límites territoriales sino también a la forma de gobierno y a cuestiones culturales. La guerra

puso en primer plano el debate sobre la identidad nacional a través de las representaciones de los otros países. Argentina era república y libertad para todos ellos. Así como Paraguay para los mitristas, el Imperio también era rechazado por *La América* por sus ambiciones desmedidas, su crueldad y pretensiones de expansión, haciendo una analogía con las potencias del Viejo Mundo:

“El Brasil en el Estado Oriental, reduciendo a cenizas a Paysandú, fusilando a los magnánimos héroes de su defensa, en represalia de sus derrotas, señaladas en Sarandí, Rincón, Ituzaingó y en cuanto pedazo de tierra republicana holló ataca solo al Estado Oriental?
No! El Brasil se arroja sobre ese cadáver para arrancar a sus despojos humeantes la llave de la navegación interior de los ríos y hacer a las principales repúblicas del Sud América tributarias de su raquítico imperio”. (*La América*, 1 ro de febrero de 1866)

Aquí comenzaban a vislumbrarse las fisuras de la unidad americana, o a mantenerse siempre y cuando que se excluyera al Brasil de América, tarea imposible. Además aparecía una historia compartida por el pueblo argentino, muy distinta a la historia del pueblo brasileño. Por un lado observamos entonces una fuerte presencia de la concepción identitaria de nación. Y por otra parte, esta concepción de nación argentina era reforzada en la marcada oposición al Imperio, a su historia y sus características sociales y culturales. El periódico *El Pueblo* en ese sentido decía que el Imperio era un pueblo de “inmorales costumbres, sus flaquezas de corazón, su miseria humillante y despreciable potencia”. Esta consideración tan fuerte de Brasil como el enemigo hacía tambalear el ideal americano esgrimido por el periódico desde sus comienzos y desde su mismo nombre. Los liberales marcaban lo que ya en esa época era visto por muchos como una contradicción en el discurso americanista. Solo podía ser sostenido en tanto repúblicas americanas y el Imperio como un intruso.

La publicación del tratado de la triple alianza en mayo de 1866 en *La América*, tratado que hasta ese momento había tenido carácter secreto, extendió las críticas a la guerra a otros periódicos y reforzó el discurso de *La América*, que a su vez debió cambiar algunos matices de su interpretación sobre la contienda ante la noticia. Los aliados se habían preocupado por mantener oculto el tratado de la alianza hasta que diplomáticos ingleses (Williams Letton y Lord Russel luego) lo sacaron a la luz en marzo de 1866, disgustados con Brasil por el tráfico de esclavos. El papel que jugó Gran Bretaña

publicando el tratado en el libro azul (una colección de escritos diplomáticos) hace al menos tambalear las hipótesis revisionistas: “Su majestad, la reina Victoria, se ha dignado hacer conocer a las Repúblicas Argentina y Oriental el tratado de la alianza” (*El Pueblo*, 5 de mayo de 1866)

El 5 de mayo apareció en *La América* publicado el tratado y a partir de allí se generó un escándalo en la prensa de gran parte del país que no pudo escapar de dar un debate sobre el mismo. La publicación del tratado secreto de la triple alianza generalizó las críticas a la misma y generó revuelo también en la prensa internacional. El periódico de De Vedia dedicó prácticamente el resto de su existencia a comentar el tratado: “Queda pues, roto el velo que ocultaba esa pieza oficial y a cuyo cumplimiento se arrastra ignomiosamente el pueblo argentino, sin darle siquiera el derecho de analizarlo y de juzgarlo, a pesar de las instituciones libres que lo rigen” (*La América*, 5 de mayo de 1866). Inmediatamente después de citar el tratado *La América* sacó un editorial titulado “La Patria” en la que anunciaba el cambio de estrategia y lectura de la realidad de la guerra que le imponían los hechos. La visión americanista con un Brasil exógeno no era suficiente. El acento debía ponerse en el propio gobierno mitrista que estaba traicionando a su nación.

La América se dio cuenta de las rivalidades nacionales que él mismo estaba desplegando en su oposición férrea a un país americano como Brasil y renunció por el momento al ideal de la patria americana. La guerra pasó a ser interpretada menos como una continuación de la dominación europea a través del agente brasileño y se vio mucho más como una traición al pueblo argentino de parte de su gobierno. La obsesión fue analizar los términos del tratado de la triple alianza; cómo había podido firmarse eso en secreto en contra de otras repúblicas. El cimbronazo que provocó la publicación del tratado fue tan fuerte que *La Tribuna* cambia moderadamente su opinión y condenó ahora el acuerdo que antes se había enorgullecido de haber fomentado: “Los gobiernos democráticos no deben hacer tratados secretos...siquiera la condenación con que ha sido recibido el tratado de la triple alianza y lo que ha ocurrido al publicarse aleccione a los gobiernos presentes y futuros del Río de La Plata” (Citado en *La América*, 16 de

mayo de 1866). Como vimos, las críticas al Brasil eclipsaban las posibles defensas al Paraguay que eran escasas, solapadas, difusas o no asumidas:

“La América no ataca al Brasil por el gusto de hacer oposición a la política de la alianza, ni con el interés de defender al partido nacionalista de la República Oriental y mucho menos la individualidad del Gobierno Paraguayo. La América ataca al Brasil porque descubre en su pérftida y dolosa política, la ruina, desmembración y aniquilamiento de la República del Plata; ataca al Brasil porque ve en él; un peligro casa día más serio para nuestras instituciones y nuestra independencia: ataca al Brasil porque es el único que nos arrebatara la paz, nos anarquiza, nos divide y nos arruina para apropiarse nuestros despojos: ataca al Brasil porque especula con nuestra sangre y explota nuestras miserias y pasiones: ataca al Brasil porque nos corrompe y contamina, infiltrándonos sus vicios y sus inmoralidades: ataca al Brasil porque quiere destruir nuestro sistema democrático, para llevarnos humillados a la monarquía y por último ataca la alianza inmoral e inicua porque es la obra corruptora del Brasil” (*La América*, 18 de mayo de 1866)

La América admitió que si defendía al Paraguay era solo en los términos en los que defendería cualquier otra república sudamericana. La guerra era de la democracia contra la monarquía. A mediados de 1866 el gobierno argentino clausuró *La América* y encarceló a sus editores. El diario solo reabrió en 1869 bajo el gobierno de Domingo Faustino Sarmiento cuando la suerte de la guerra estaba echada. Por otra parte en su editorial del 8 de octubre de 1866, *El Pueblo* acusó a *La Nación Argentina* de estar subvencionada por el gobierno brasileño.

Las duras críticas a la alianza traspasaron las fronteras de Buenos Aires animadas por la corriente que despertó *La América*. Córdoba y Santa Fé fueron provincias que hicieron sentir también su oposición a través de algunos de sus periódicos y se burlaron de quienes habían defendido la alianza en un primer momento. Por caso el diario *Provincias Unidas* de Córdoba citó al New York Herald en 1868 para decir que el imperio del Brasil no pertenecía a la América sino que era una rémora de la antigua Europa. *El Tiempo* de Santa Fé remarcó la insistencia destructora del Brasil con la guerra. Tomamos el editorial en un periódico cordobés que demostraba el cambio en muchas opiniones:

“Los que desde el principio de la guerra venimos combatiendo el inicuo tratado, que puso la sangre argentina al servicio del Brasil, los que hemos combatido con tesón y energía la política funesta del General Mitre y de su partido experimentados una viva satisfacción al ver aparecer el día de la justicia y de nuestro triunfo moral. Los que ayer proclamaban la santidad de la alianza; los que la pedían como una necesidad; los que quemaban incienso a los ídolos brasileiros; los que titulaban de traidores a los que rechazábamos ese pacto inicuo; todos esos hoy son los más enérgicos en

condenarla, renegando de su pasado pretendiendo borrar con un rasgo de pluma sus errores de ayer” (cita de *La Tribuna* en *Las Provincias* de Córdoba, 20 de octubre de 1866)

Las Provincias de Córdoba retomaba así de manera completa una editorial de *La Tribuna*, bastante condenatoria de la alianza aunque algo desmemoriada con su propio discurso al inicio de la contienda, principal impulsor de la alianza en el debate público.

En suma, el enemigo de la oposición a la guerra del Paraguay en Argentina no fue el Imperio Británico sino el Imperio Brasileño. Estos opositores se encargaron de diseminar un discurso negativo del gobierno brasileño que incluía prácticamente los mismos conceptos que los esgrimidos por el mitrismo para Paraguay: despotismo y barbarie y a los que se agregaron con más fuerza los de esclavitud y la idea de monarquía. Todos estos conceptos reforzaron la identidad nacional argentina al proponerse como otro, los límites, lo que esa comunidad imaginada no era. Los opositores a la guerra se defendieron como argentinos principalmente con la estrategia de atacar y diferenciarse de Brasil. La impopularidad de la guerra radicó principalmente en esa alianza. Si bien fue esgrimido en un principio, el ideal americano se volvió difícil de sostener con un discurso tan fuerte contra Brasil.

3.3.4 El litoral antibrasileño

Si bien Brasil había sido un factor de gran ayuda para Urquiza en su objetivo de lograr la caída de Rosas, durante la década de 1850 fueron frecuentes las fricciones con el Imperio, fundamentalmente en Corrientes. Como mencionamos, las amenazas expansionistas y de control de navegación de los ríos por parte del Imperio, se hicieron sentir en la provincia argentina limítrofe que fue escenario de la contienda y en la vecina Entre Ríos, paso obligado de los ejércitos. Estos antecedentes, y quizás la suma de otros que hicieron de ese aliado un extraño o a veces enemigo durante el siglo XIX, generaron una particular situación que se dio en la prensa de Entre Ríos y fundamentalmente de Corrientes. Aún cuando algunos diarios estuvieron a favor de la guerra y demonizaron a Paraguay, muchos de ellos presentaron grandes reparos con

respecto a la alianza de Argentina con Brasil, mucho menos por cuestiones ideológicas que por el temor efectivo a una invasión. *El Independiente* de Corrientes compartió esa postura y la resignificó en su contexto geográfico: “Fijémonos en nuestro pasado que aún vive en lo que somos hoy, y pasemos la vista al porvenir que nos espera, y convendremos sin vacilar que el gobierno del Brasil es nuestro enemigo en común y debemos unirnos, para defendernos de él, o combatir y exterminarlo si fuese necesario” (*El Independiente*, Corrientes, 7 de febrero de 1865, citado en Ramírez Braschi, 2004; 70). *El Independiente* construía una identidad nacional a partir de la oposición a los intereses brasileños y a la guerra. Al igual que quienes estaban en contra de la guerra en Buenos Aires, en el litoral defendían la identidad y soberanía argentina detentando los mismos conceptos positivos que los mitristas fundamentalmente la libertad. La opresión en lugar de verla en Paraguay, la veían en la alianza de Mitre con el Brasil. Para los opositores a la guerra de Entre Ríos, al igual que los de Corrientes y Buenos Aires, también la alianza era un crimen, era verdugos de la libertad:

“es el Brasil y tan solo el Brasil, el que recogerá todos los beneficios de la victoria (...) Quiere decir, pues, que el Imperio Brasileiro representa por su población y riqueza, un poder bastante para asegurar su independencia aun contra la alianza del Paraguay, República Argentina y Estado Oriental; lo que no sucede en ninguno de estos Estados respecto del Brasil que, en lucha con cualquier de ellos, les impondría su dominio en virtud de la fuerza de sus armas” (*El Eco de Entre Ríos*, 23 de noviembre de 1866)

Sin embargo aparecieron en la región periódicos favorables a la guerra contra Paraguay que comenzaron a manifestar sus reparos con la alianza con Brasil. Este sentimiento anti-imperio tan extendido y fuerte aún dentro de los periódicos que apoyaban la contienda y tenían una visión negativa sobre Paraguay, fue una característica recurrente de durante la guerra:

“El Ejército Brasileiro que hace dos años que comparten con el argentino los azares y los peligros de una lucha sangrienta, que se encuentra en el territorio enemigo lidiando sin descanso, que lucha con la persuasión y seguridad de que a sus espaldas deja pueblos amigos y aliados que tiene en esta ciudad sus depósitos sus parques, sus establecimientos pirotécnicos, sus hospitales, sus proveedurías, sus tesoros y cuanto constituye su material de guerra de repuesto, debía sentirse seriamente alarmado por ese rápido e inesperado movimiento de tropas y buques con destino a esta capital (...) Esos hechos abrían un vasto campo a las conjeturas y en el vivac (sic) del soldado siempre ávido de novedades, la lealtad de la Provincia de Corrientes ha debido ser puesta en duda: olvidando quizá lo que la historia de la presente guerra consigna en sus páginas en honor de ella- y en testimonio del valor y patriotismo de sus hijos.(...)Corrientes que tan heroicos como cruentos sacrificios ha hecho en la lucha a que hemos sido provocados, no abriga en su seno otros sentimientos que el que inspira la dignidad nacional ofendida, no alaga (sic) otra aspiración que la

de concurrir lo más eficazmente que pueda a vengar aquel ultraje, no siente otros impulsos que los del patriotismo herido, ni pueden seguir otra senda que *la que le traen su honor, el honor de la Patria y la gloria del Ejército Aliado*” (*El Eco* de Corrientes, 30 de abril de 1867)

El extracto anterior se titula “Ante la gravedad de los hechos conocidos, sobre la ocupación de calles y plazas de la ciudad por parte de los brasileños”. *El Eco* de Corrientes, donde escribió José Hernández, pudo defender la guerra y la alianza en un primer momento, pero a la hora de notar la presencia de militares brasileños en territorio argentino, se alarmó, se presentó un límite; sentía que la lealtad de Corrientes estaba siendo puesta en duda ante esta situación y teme ser invadida. La guerra cada vez contaba con menos presencia argentina y esta debilidad podía verse como causa de una posible ambición expansionista del imperio. Y los territorios fronterizos como Corrientes se sentían amenazados. Se comentaba además que el gobierno brasileño en su afán de atraer inmigrantes europeos, estaba buscando para ellos territorios menos cálidos. Y esos podrían ser justamente los de la Banda Oriental o los de Corrientes (Buchbinder, 2004). La dignidad nacional entonces se volvía a ofender aunque el intruso fuera un supuesto aliado y no el bárbaro Paraguay. En Entre Ríos, *El Republicano* del periodista uruguayo Eduardo Gordon (que defendía el reclutamiento de la guerra como apuntamos anteriormente) abogaba en la misma dirección. Posteriormente, *El Republicano* iba a ser clausurado por el gobierno de Entre Ríos:

(Se refiere a *La Democracia*, diario de Gualaguaychú como órgano del Imperio que grita) “con toda la fuerza de sus pulmones brasileiros...*La Democracia*, órgano brasi-esclavócrata, no puede sostener una causa que esté más en armonía con su título (...) La prensa siga cantando ossana al Imperio, en buena hora, nosotros continuaremos arrancándole pedazo por pedazo la careta que cubre su hipocresía y de cada jirón de su vestido, haremos una bandera de alerta para todos los pueblos democráticos del Plata. El Brasil ha arrastrado a la República Argentina a una guerra impopular, pero de la que el Brasil sacará la mejor parte.” (*El Republicano*, Concordia, 17 de diciembre de 1865)

Con el devenir de la contienda, las desventajas que ella trajo a la Argentina fueron notorias y evidentes. Las revueltas internas se sucedieron, los problemas políticos se multiplicaron y Mitre dejó de ser el general en jefe de los aliados. La presencia argentina en el frente fue mermando con el devenir de los meses. Los periódicos que

apoyaron la misma toman nota de la situación. Y el principal problema y enemigo era en su visión, con quien se dormía, otra vez el Imperio Brasileño. La impopularidad de la guerra les dio un cachetazo a los periódicos que la apoyaron. Y les reveló ante sus ojos un enemigo más poderoso que el Paraguay, el Brasil. En tanto su dominación imperial, su pretensión de expansionismo, obstinación en continuar la guerra e intromisión en asuntos nacionales. Pero también por el Brasil extraño, la nacionalidad brasileña, esclavócrata, con otro idioma, otras costumbres, otra historia muy diferente a la Argentina. *El Comercio de Entre Ríos*, -periódico editado por Jorge Alzugaray, el mismo editor de *El Paraná*, opositor al mitrismo- republicaba palabras de *La Tribuna* y al Paraguay como un país bárbaro al que había que libertar y civilizar, pero no a costa de aliarse con Brasil. El gigante gobernado por Pedro II era acusado de imperialista, expansionista. Sus intereses eran opuestos a los de la Argentina. Y así como hicieron peligrar la nacionalidad oriental en tanto querer avanzar sobre su cultura, también podían hacerlo con la nuestra:

“No pocas veces nos hemos ocupado de la urgente necesidad de contrarrestar la influencia brasilera que avanza al Norte del Río Negro, a los Departamentos fronterizos arrebatándonos millares de orientales con la partida de bautismo que constituye la fe de la nacionalidad y haciendo desaparecer nuestras costumbres y nuestro idioma” (*El Comercio*, 22 de marzo de 1867)⁷

La identidad nacional esta vez se imaginaba en oposición al aliado de turno, el Brasil. Y con el mismo campo conceptual que cuando se la oponía a la paraguaya. Los ribetes identitarios, la historia, las costumbres, el idioma, estaban presentes y eran los amenazados. Además aparecían los lineamientos sociales y políticos ya aludidos como el carácter esclavócrata, monárquico, imperial, expansionista, ajenos al gobierno y a los intereses argentinos del pueblo. Aunque apoyando la guerra contra el Paraguay había una fuerte advertencia sobre las características negativas del aliado y su potencial disolvente de la argentinidad en tanto identidad cultural además de política. Esta peculiaridad del discurso de los periódicos litoraleños se revelaba de gran importancia

⁷ “La República ha sido un sarcasmo. La guerra era impopular, porque pocos fueron los que no vieron en ella un negocio de partido: la revolución en el Estado Oriental y la palanca del Brasil, dando impulso a la máquina para consumir su obra, con la diferencia que si el Paraguay no se anticipa primero habrían ido a otra parte las fuerzas aliadas... Los intereses de la Confederación y del Brasil son completamente opuestos y si para la República Argentina habría bastado una satisfacción en desagravio de su ofensa, no es así para el Imperio que reclama territorios y aspira a quién sabe que mas.” *El Comercio*, 6 de septiembre de 1867

para la definición de las identidades. Argentina era soberana cuando soldados brasileros se paseaban por las calles correntinas. Opositores y defensores de la guerra en el litoral vieron entonces tarde o temprano al aliado brasileño como el verdadero enemigo o por lo menos, el más peligroso. Este hecho peculiar y remanido de la prensa de la región dio la pauta de un componente antibrasileño muy fuerte que nutrió el proceso de construcción de la identidad nacional argentina, previa a su definición por oposición a lo que iba a ser el proceso inmigratorio masivo años más tarde. Un componente antibrasileño remarcado en la región del litoral debido probablemente a la amenaza a su territorio. Y que a pesar de los resultados y duración de la guerra (no esperados por sus opositores), la sobrevivió.

3.3.5 El enemigo de Alberdi

Como partícipe del periódico *La América*, pero también editando algunos escritos por fuera y desde el exilio, el opositor intelectual a la guerra más destacado fue sin dudas Juan Bautista Alberdi. Y el Imperio del Brasil, su obsesión. Fue sindicado como el gran traidor a la patria durante la contienda por mitristas y por muchos no mitristas. Sus palabras se reprodujeron en la prensa de todo el país. En la visión de Alberdi, Mitre no tuvo el poder de Rosas y aceptó el oro y los soldados de Brasil, tradicional enemigo, para servir sus fines comunes. Brasil se alió porque le servía a su propósito más deseado; la disolución de la República Argentina:

“En esas dos cosas el Brasil fue más lejos de lo que exigía su interés. Erigiendo al Paraguay en Estado, creó el mayor peligro para su propia integridad y dio a la integridad argentina, en vez de un rival, un aliado para lo futuro. La integridad argentina no depende de la conquista del Paraguay por Buenos Aires, sino de la conquista de Buenos Aires por las provincias argentinas, como la conquista del Sud por el norte ha salvado la integridad de la Unión Americana. Ayudando a las provincias argentinas a derribar el obstáculo que les impedía abrir los ríos al libre tráfico universal, el Brasil acabó de abrir el camino de la desmembración de su propio imperio ¿Qué quiere hoy día? Deshacer lo hecho a su pesar. “(“Crisis permanente...” en *Historia de la Guerra del Paraguay*, 1962: 198)

Las condiciones de reconstrucción del imperio no fueron otras que la supresión de las repúblicas de Sud América y la reaparición de los Borbones. Alberdi lo definió como conquista y contrarrevolución. El poder del Brasil radicaba en la división argentina y no en la derrota de Solano López, que le debilitaba el poder esencial de la república hasta quitarle la posibilidad de resistir. Las naciones se definían también en relación a otro. No obstante, nuevamente el reconocimiento de esta división argentina, implicaba la existencia de una unidad previa que había que recuperar. Esta unión nacional tenía obstáculos y el más fuerte según Alberdi era Buenos Aires con esta alianza con Brasil. El acuerdo nos convertía en un feudo del Imperio e iba a contramano del movimiento mundial que transformaba a las confederaciones en naciones. La oposición a la guerra se hizo también en defensa de la identidad nacional.

La formación de naciones fue un proceso histórico mundial contemporáneo a Alberdi. La guerra impedía a Buenos Aires seguir por esa línea de progreso y dar forma a la República Argentina. Brasil estaba intentando hacer lo que otrora había realizado Portugal. La guerra era una rémora tardía y deformada del pasado colonial. Un intento por revivir el pasado. Sin embargo al igual que con la empresa lusitana, Alberdi advertía las interminables distancias que separaban a Brasil de resto de los países a conquistar se pagan con las ruinas de sus finanzas. La principal defensa del Paraguay era la distancia que la separa de Río de Janeiro. Y con la historia ya conocida, más que su defensa hoy podemos decir que era una de las causas de que la guerra demorara tanto en finalizar. Alberdi actúo como una suerte de visionario respecto del Brasil cuando sentenció que las guerras a distancias tan lejanas costaban la ruina de las finanzas de quien las llevaba a cabo y el cambio de su constitución, una revolución en sus palabras. La guerra del Paraguay además logró que la diplomacia brasilera perdiera su prestigio, predicción esta vez fallida, pero elocuentemente a contramano de las visiones dominantes. Prácticamente todos los opositores y defensores acordaban en la excelencia de la diplomacia brasilera.

En “Las disensiones de la República del Plata y las maquinaciones del Brasil” (1865) Alberdi sostenía que el Imperio buscaba en el Río de la Plata terrenos más aptos para ser habitados que los tórridos e inaccesibles que ocupaban. Necesitaba poblarse de razas

blancas europeas, precisaba tierras aptas para el cultivo y asegurarse la parte inferior de los ríos afluentes del Plata, el Paraná, el Paraguay y el Uruguay. Brasil era un país relativamente desierto cuyo suelo valía muy poco, Alberdi lo comparaba con el África. El tráfico de esclavos estaba condenado a desaparecer por decisión de Inglaterra, cuestión que entraba en conflicto con el sistema social económico del Brasil.

“He aquí lo que busca el Brasil en el Sud: carne, pan, aire para sus pulmones, vigor para sus fibras. Su gobierno halla más cómodo conquistar los países vecinos para producir artículos necesarios a la alimentación de su pueblo, que obligar a sus grandes propietarios a dejar la cultura que los enriquece, por otras más ventajosas para el pueblo, como se hizo en los Estados del Sud, en Norte América, para remediar un mal semejante” (“Las disensiones...” en *Historia de la Guerra del Paraguay*: 73).

Población, subsistencia y seguridad era las claves por las cuales Brasil necesitaba expandirse. Para Alberdi los más peligrosos enemigos del Brasil no estaban fuera sino dentro de sus fronteras y eran sus propias instituciones de repugnante desigualdad, se reproducía lo peor del sistema feudal: “La libertad de esos ríos empuja fatalmente a las provincias brasileras situadas en sus márgenes, a la adquisición de su independencia por la simple acción de su comercio directo por el mundo” (“Las disensiones...” en *Historia de la Guerra del Paraguay*, 1962: 75). Su legitimidad para encarar esta guerra era nula de toda nulidad: “Si la civilización es la igualdad civil ¿es el Brasil con sus cuatro millones de esclavos, el llamado al llevarla al Paraguay” (“Crisis permanente...” en *Historia de la Guerra del Paraguay*, 1962: 172)

Libertad, civilización, igualdad civil. Conceptos políticos íntimamente interconectados que representaban lo que Brasil no era, en oposición al discurso mitrista que ubicaba estas cualidades del lado de los aliados. Todos se arrogaban el derecho de hacer esta guerra por la libertad y la independencia, por la verdadera nación. La contienda además revivía un pasado, era una resistencia al progreso inevitable. La guerra probaba también que el antagonismo existente entre las dos secciones argentinas era más fuerte que el que existía entre Buenos Aires y Brasil. La disputa de los contenidos de la identidad nacional compartió conceptos en ambas facciones, pero difería en el papel otorgado por cada una a Buenos Aires en esa construcción de la identidad. A diferencia de la postura revisionista, Alberdi sostenía que Paraguay estaba buscando la independencia de la

Banda Oriental para garantizar la libertad interior de comercio y navegación. Lo hacía para conservar su propia independencia y para comerciar directamente con Europa. Río de Janeiro buscaba la guerra para conseguir más territorios y población y Buenos Aires la dominación definitiva por sobre las provincias. Sin embargo no se trataba de meros territorios lo que Brasil intentaba conquistar sino razas, nacionalidades, idiomas, historias comunes, familias. Y la situación se volvía entonces más complicada. El matriz étnico de la nación era más fuerte:

“Es más fácil que Río Grande y Matto Grosso dejen de ser brasileros para ser independientes, que Montevideo deje de ser independiente, para ser portugués de sangre y de idioma. La paz exige dejar a cada clima su raza histórica y normal...los verdaderos límites de las naciones no son los ríos ni las montañas, sino los climas y las latitudes, que deciden no solamente las leyes de las naciones como dijo Montesquieu, sino de las naciones mismas. La geografía no es un simple hecho de orden físico; por su influencia sobre el hombre, es también un hecho de orden histórico y moral” (“La disensiones...” en *Historia de la Guerra del Paraguay*, 1962: 126 y 127)

El clima prefiguraba temperamentos, la geografía condiciona las historias. Los idiomas eran barreras, la sangre separaba. La nación, aunque geográficamente determinada, ya no era meramente un territorio o un gobierno conquistable a través de la guerra. Era una comunidad de rasgos compartidos difícilmente asimilables a otra de características muy diferentes. La guerra no sería nunca exitosa porque había revelado estas particularidades nacionales. La oposición a otro, en este caso al tradicional enemigo brasiler, reforzaba la propia identidad. Sin embargo no se abandonaba la definición política de la nación. En su tratado condenatorio a la guerra publicado en 1870, Alberdi sentenciaba que uno de los pretextos de moda para hacer la guerra era el de completarse territorialmente como una necesidad, especialmente de los estados más fuertes. América del Sud no era la excepción e iba a la guerra en su ambición desmedida de poder, en su necesidad de ensanchar su yo. En esta obra, quizás porque fue escrita fuera de la coyuntura candente de la guerra, nación aparecía más claramente ligada y prácticamente igualada al concepto de estado y no a floraba su costado más romántico.

3.3.6 Decadencia y fin de una alianza

La polémica por los términos de la triple alianza, el hartazgo por la duración de la guerra, las rebeliones internas, las diferencias en el mando del ejército aliado, la desconfianza ante ciertas acciones imperiales y la presencia casi simbólica de tropas locales en el frente prefiguraron un cambio de tono en los discursos de la prensa sobre el Imperio del Brasil. Progresivamente los editoriales de *La Nación Argentina* en defensa de la alianza fueron quedando como excepciones del debate público. Aún los más férreos defensores de la contienda en un primer momento, comenzaron a mostrar sus reparos. El fenómeno se extendió por la prensa de todo el país, pero con mayor énfasis en la de Buenos Aires y el litoral, como en el caso de esta paradigmática editorial titulada “Antes y después de la alianza” que fue reproducida también por *El Comercio de Entre Ríos*:

“El Brasil es nuestro leal aliado en estos momentos, lo creemos y lo creemos sinceramente. El como nosotros desea positivamente la desaparición del sistema bárbaro en el Paraguay y marcha de consuno en este punto como nación civilizada, con los que buscan llevar la civilización a las comarcas que han vivido en el aislamiento por la perpetuación del despotismo de tres mandatarios absolutos. Ni lo ponemos esto en duda, ni lo hemos puesto jamás. Pero hasta ahí y no son más comunes los intereses de las tres naciones aliadas. Fuera de allí, en lo que respecta al porvenir, los intereses de la República Argentina y los del imperio del Brasil son puede decirse encontrados. (...) La política del imperio ha sido siempre y no puede ser otra, estrechar a las Repúblicas, avanzando constantemente sobre sus fronteras, ingiriéndose constantemente en su política, con el pretexto de sus Provincias en el alto Paraguay y el alto Uruguay, que le permiten así vivir perpetuamente con un pie en el Río de la Plata. (...) No tenemos antipatía por el Brasil, se equivoca el que tal crea, esa nación es para nosotros una de las más liberales del mundo en su política interior y solo la mancha la esclavitud como manchaba a los Estados Unidos. Pero lo confesamos, tenemos recelo a su política en estos países, porque sus intereses y la naturaleza misma de las cosas, tienen constantemente que obligarle a buscar lo que a nosotros no conviene, ni podrá convenirnos jamás.” (*La Tribuna*, 1ro de marzo de 1867)

La publicación del tratado, el cansancio ante la guerra y algunas diferencias en el frente de batalla llevaron a que la disputa por la identidad nacional argentina se sintetizara menos a partir de los valores de la civilización que antes se esgrimieron para defender el pacto y mucho más en la estrategia política que colocaba al aliado como enemigo y al enemigo como natural aliado. Sin embargo, no fueron solo los intereses expansionistas los que alejaron a la República Argentina del Brasil. *La Tribuna* aceptaba que la fuerza de la raza, el idioma, la historia y las costumbres se imponía por sobre la afinidad política o ideológica. Esta visión se replicaba en varios escritos y era

resistida solo por *La Nación Argentina*, en ocasiones *El Nacional* y sus periódicos afines en el resto del país como por ejemplo en *El Centinela del Norte* en Catamarca:

“Pero según *La Tribuna*, el único y verdadero vínculo de los pueblos que los constituye en aliados naturales, son la raza, el idioma, la comunidad de origen, llamando así a los pueblos civilizados a aliarse con los bárbaros contra otros pueblos civilizados con tal de que sean de raza, de origen y de idiomas distintos” (*El Centinela del Norte*, Catamarca, 23 de marzo de 1867, retomado de *El Nacional*)

Aunque esgrimiendo los mismos valores de manera positiva la disputa por la nación argentina a partir de su relación al Imperio del Brasil, llevó a los ya mayoritarios detractores de la alianza a ponderar una visión cultural y geo-estratégica de la nación por sobre una estrictamente política. En el caso del Paraguay, la visión estigmatizante y peyorativa predominante coincidió en combinar rasgos más culturales de semejanzas y diferencias y rasgos políticos que mostraron la distancia de la civilización y la democracia contra la barbarie y la tiranía. Hacia el final de la contienda, con la suerte de la guerra ya decidida y la presencia argentina en el frente muy mermada, encontramos algunos discursos que se animaron a poner en el Brasil la animalización y la barbarie, otrora atribuidas a Paraguay, aunque con mucha menor persistencia y difusión que con el país guaraní y acotadas al ejército. Los soldados brasileños eran vistos como lobos. Aparecía además una representación peyorativa aunque compasiva de los indios, representación muy poco invocada durante la contienda, no se manifestaba en esta instancia como un problema relativo a la identidad. En cuanto a los brasileños, el saqueo de Asunción fomentó este tipo de opiniones, aunque no se diseminaron de manera mayoritaria y quedaron circunscriptos a periódicos claramente opositores y defensores del Paraguay como *El Pueblo* de Santa Fe:

“Algunos pasajeros que han venido últimamente de la Asunción, nos dicen que las fuerzas del Brasil han cometido en esa población los atentados más inauditos dejándola poco menos que reducida a un montón de escombros y aquello ha sido un verdadero saqueo un malón de salvajes, un escena de horror y de vergüenza. La Capital ha sido robada por completo: en las casas no se han dejado ni los muebles más inservibles todo ha desaparecido bajo la rapacidad de los buitres del imperio. Hecho tan ruin y tan abominable no ha tenido hasta hoy ejemplo ni aún entre los bárbaros ¿Y quién lo ha cometido? Precisamente los soldados de la Nación más culta, de la Nación más civilizada de América, según la opinión de los tráfugas de la República (...) Estamos seguros que si los indios de nuestros desiertos hubiesen invadido aquel territorio, no hubiera sido tan completo el estrago, como lo ha sido invadiendo los Brasileños (...) Los indios al menos se habrían detenido

ante la inocencia y la debilidad de la mujer y no hubieran osado jamás poner sus manos sobre ella.”
(*El Pueblo*, Santa Fe, 20 de enero de 1869)

Como cierre de las representaciones del Imperio del Brasil durante la guerra no podemos dejar de citar la polémica epistolar entre Bartolomé Mitre, que ya no era presidente y Juan Carlos Gómez, en 1869, polémica que analizamos con más detalle en el capítulo 5. Para Gómez, en consonancia con las críticas de Alberdi y su grupo cercano, la República Argentina era solo auxiliar de los intereses del imperio quien ahora dejaba de lado los compromisos mutuos asumidos y se disponía a satisfacer sus propios asuntos. Además remarcaba la falacia de que la guerra era contra su tirano; a la luz de los hechos era contra su pueblo. Un pueblo hermano y una monarquía vista realmente como la extranjera. La oposición al Brasil reforzaba la identidad argentina y difusamente la americana-republicana. Difusamente porque había algo de otro en Paraguay también que no dejaba de reconocerse y condenarse, aunque la otredad estuviera más en el gobierno que en el pueblo. La alianza con Brasil era un error innecesario y era la causa de la impopularidad de la guerra. Bartolomé Mitre, respondía con razón, que en el momento de concretarse la alianza casi toda la opinión pública la había pedido y luego renegaron de ella. Explicaba de manera convincente por qué como presidente de la Argentina era menester actuar ante la invasión paraguaya. Sin embargo no podía proporcionar una razón del todo fundamentada sobre el por qué formar alianza con el Brasil, recurría a naturalizarla, y más aún por qué formar esa alianza en esos términos y no de manera provisoria:

“La prensa de entonces, con rarísimas excepciones (tal vez no más de una), decía que era una vergüenza que la República Argentina no estuviese representada siquiera por una compañía y una bandera en la gloriosa guerra que el Brasil y el Estado Oriental iban a emprender contra la tiranía del Paraguay. La misma prensa, que después ha renegado de la alianza y maldecido la guerra, decía que no debíamos dejar al Brasil recoger solo los frutos de la victoria que la providencia le preparaba, y que desde luego debíamos hacernos parte en la lucha.(...) El agravio común nos hacía aliados de hecho. El tratado nos hizo aliados de derecho, hermanos de armas y compañeros de causa contra el enemigo común.” (Tercera carta Bartolomé Mitre a Gómez)

El Brasil fue, en consecuencia, más que un aliado natural, un aliado de hecho en la visión de Bartolomé Mitre. En su visión los acontecimientos le impusieron un aliado que sabía impopular y prueba de ello fue el discurso que tuvo que desplegar *La Nación*

Argentina para justificar esa alianza. Aunque la entrada de la Argentina en guerra se justificó desde la humillación a la soberanía nacional por la invasión paraguaya, en el momento de argumentar a favor de alianza con el Brasil no se habló de nacionalidades sino de principios civilización, libertad y progreso y de un ideal americano que nos contenía, aunque excluía al Paraguay. Así se evitó argumentar sobre una amistad de dos países tradicionalmente enemigos. La alianza con el Brasil se hizo por una cuestión de principios de civilización que nos unían. Sin embargo este argumento quedó progresivamente aislado ante las críticas que se fueron suscitando en intelectuales opositores a la contienda y también entre muchos que la defendieron. Los opositores a la guerra disputaron el contenido de la identidad nacional argentina a partir de su caracterización del Imperio del Brasil. La independencia, la civilización, la libertad y la igualdad civil definieron una nación deseable y representaron lo que para ellos Brasil no era, en exacta oposición al discurso mitrista que ubicó estas mismas cualidades del lado de los aliados. Todos se arrogaron de esta manera el derecho de hacer esta guerra por la independencia y la libertad, por la verdadera nación. Todos marcaron el poder que detentaba el Imperio, los opositores aún con más vehemencia. El tratado de la alianza fue visto desde los opositores como una imposición del Imperio. Los opositores a la guerra reforzaron el contenido de la identidad nacional argentina al oponerla decididamente a la del Brasil y acercarla más tímidamente a la historia del Paraguay. Si en un primer momento se insistió con el discurso americanista en tanto republicano, excluyente del Brasil, a partir de la publicación del tratado de la alianza, se tomó conciencia de la responsabilidad del gobierno nacional en los hechos y la necesidad de atacar su política. Alberdi y *La América* pusieron en primer plano las cuestiones políticas que nos separaban del Brasil así también como las culturales. La prensa que apoyó la guerra al Paraguay pero se volvió crítica de la postura brasileña osciló entre la advertencia geo-estratégica a Mitre y la mención a estos rasgos culturales como la raza, la cultura, el idioma que nos separaban. La prensa del litoral, poniendo su tierra como escenario y recibiendo presencia de las tropas imperiales, se vio mucho más animada por el temor a una invasión refrendado por los sucesos de la década de 1850. Hacia el fin de la guerra las voces contra la alianza se multiplicaron en vistas de una inesperada duración de los sucesos. La persistente estigmatización del Paraguay, pero

fundamentalmente la resistencia defensiva a la alianza con el Imperio del Brasil marcaron con fuerza las fronteras de una identidad argentina en disputa y construcción.

3.4 La guerra más allá de la Cuenca del Plata

Consideramos que las representaciones sobre los países beligerantes son las que tienen efectiva incidencia sobre discusión de la identidad argentina durante la guerra. Por ello le dedicamos el título de este capítulo y apartados extensos. Sin embargo, y aunque en un nivel de relevancia bastante inferior, queremos analizar brevemente las representaciones de algunos otros países que también estuvieron presentes en el discurso de la guerra y en algunos casos, en la historiografía sobre ella.

3.4.1 Gran Bretaña

Parte del revisionismo histórico señaló a Gran Bretaña como el cuarto aliado o directamente como el instigador detrás de las sombras de toda la contienda como marcamos en los capítulos iniciales. No es objetivo de esta tesis discutir la incidencia efectiva de Inglaterra en la guerra aunque citamos anteriormente los trabajos que desmienten de manera fundada la hipótesis revisionista. Sin embargo nuestra investigación concuerda con estos últimos estudios en el sentido que detecta que las representaciones de Gran Bretaña durante el conflicto fueron minoritarias y que no apareció como enemigo ni siquiera en los discursos de los opositores más fervientes a la guerra. Ellos mismos, incluso, demostraron verlo más como aliado (por su conflicto con el Brasil, el enemigo real para ellos) y manifestaron cierta admiración ante Gran Bretaña. Quienes apoyaron la guerra mencionaron las intervenciones diplomáticas británicas con el mismo tono conciliador y de referencia de autoridad que los opositores. Al igual que con Estados Unidos u otros países de Europa aparecieron como observadores y mediadores de los conflictos, algunas veces más efectivos, otras menos. La identidad nacional argentina no fue puesta en juego por una oposición a Gran Bretaña durante la Guerra del Paraguay. Tampoco lo fue por afinidad, no se trató de

una representación desarrollada de manera relevante en relación a la guerra para los actores de todo el espectro político argentino que la vivieron

Tomamos como muestra el ejemplo de los opositores porque fueron ellos los que fueron reinterpretados en su discurso como luchadores contra Gran Bretaña. El mitrismo fue sindicado de traidor mucho más en base a cifras de empréstitos y a declaraciones de ministros británicos que a representaciones (Pomer, 2008). Entre los opositores, Felipe Varela no mencionó en ninguno de sus escritos, ni en los de sus aliados, ni aparecen registrados en los discursos de sus seguidores, al Imperio Británico como enemigo. Se trata de un tema que vemos más en detalle en el capítulo 5. En el caso de Miguel Navarro Viola él consideró a la esclavitud como un cáncer que solo viene a poder curar Gran Bretaña: “La Inglaterra, la hidalga Inglaterra, mucho hizo también y con éxito en todas las épocas para disminuir el escandaloso tráfico de negros e indios del Brasil.” (Navarro Viola, 1866: 15)

Cuando Olegario Víctor Andrade hablaba en su “¿Adónde vamos?” de 1865 sobre no caer en la esclavitud extranjera, se estaba refiriendo al Brasil, no a Gran Bretaña. Cuando en 1866 Carlos Guido y Spano publicó “*El Gobierno y la Alianza*” lo hizo argumentando contra la alianza con el Brasil. Tomamos con algo más de detalle el caso del opositor paradigmático, Juan Bautista Alberdi y sus menciones a Gran Bretaña durante la guerra. Sus escritos pueden encontrarse en una compilación denominada *Historia de la Guerra del Paraguay* publicada en Buenos Aires por Ediciones de la Patria Grande en el año 1962. La nota preliminar es curiosa y elocuente respecto de la lectura que se hace del pensamiento de Alberdi por aquellos años. El enemigo que aparece con más fuerza para P.C., el autor de la nota, era el Imperio Británico a través de su adalid en estas tierras Bartolomé Mitre:

“Representante de la burguesía comercial, intermediaria del capitalismo inglés, Mitre abrió el mercado interior al Imperio Británico: esa fue la significación de la Organización Nacional de 1862. Pero la apertura del interior sudamericano a la política de expansión imperial, asociada a las oligarquías nativas, encontraba un formidable obstáculo para consolidarse en el Paraguay de los López. Desde los tiempos del Dr. Francia, el Paraguay estaba recluido en la selva por imperio de la política centralista de Buenos Aires, que acaparaba para sí el derecho de comerciar con el extranjero. El Paraguay carecía de latifundio y, por obra del aislamiento y de la energía del Dr

Francia, había creado una sociedad de características singulares. Estancias ganaderas del Estado, hornos de fundición, ferrocarriles construidos sin empréstitos y por el esfuerzo paraguayo, telégrafos tendidos en condiciones similares, la pequeña propiedad agraria, eran algunas de las características de ese original capitalismo de Estado que el imperio británico y sus aliados mitristas y cariocas se dispusieron a destruir”

La visión idílica del Paraguay previo, la búsqueda de nuevos mercados y el papel del imperialismo británico eran las notas sobresalientes. Como apuntamos, no es este aquí el lugar para hacer un análisis sobre la historiografía revisionista y mucho menos para discutir argumentos de tipo económicos sobre el papel de Inglaterra en la contienda, pero sí para llamar la atención sobre la lectura que se hizo sobre los escritos de Alberdi sobre la guerra. Por lo que vemos a continuación, él no mencionó a Gran Bretaña como enemigo. Casi no hizo alusión y por el contrario cuando el imperio británico aparecía, lo hacía con una valoración positiva, a excepción de un artículo en *La América* en el que se refirió al Blue Book y la alianza y a la monarquía inglesa como “egoísta”, pero que aún así su parlamento era el que había revelado el tratado secreto. En el resto de los escritos de intelectuales cercanos, de editoriales de *La América* y de los periódicos opositores a la guerra en el país tampoco aparecía Gran Bretaña como enemigo. Los hombres de la época más férreos opositores a la guerra no consideraban que ésta sea un plan de Gran Bretaña. Por otra parte resulta también relevante este tipo de juicio sobre la expansión del capitalismo y el comercio libre, cuando también enseguida analizamos que ésta fue una de las banderas levantada por el propio Alberdi y hasta identificada con la paz misma en su obra *El Crimen de la Guerra*.

En el prefacio, publicado en junio de 1869 en París, Alberdi dejaba en claro que la guerra era vista como parte de una crisis permanente en la región. Los escritos fueron prologados hablando del autor en tercera persona. Y todos los trabajos que se presentaron están concentrados en una misma idea, alejada de las declaraciones de la nota preliminar: “resistir, protestar, oponerse al plan tradicional del Brasil, renovado esta vez con proporciones aterrantas, de reconstruir su imperio en detrimento del pueblo, del suelo y del honor de las repúblicas del Plata” (Alberdi, 1962: 11)

Ni la clase dominante bonaerense, ni mucho menos Gran Bretaña aparecían en el discurso. Alberdi deseaba resistir al gobierno de Brasil y no al propio aunque por añadidura eso sucediera. Y de la misma manera confesaba que simpatizaba por Paraguay porque “resiste a lo que él resiste”. Los escritos estaban destinados a lectores americanos y referían a la sangre argentina derramada, a los cadáveres argentinos y las naciones eran las que estaban en conflicto. La presencia de la temática nacional se impone desde el comienzo del libro. La guerra del Paraguay buscaba restaurar el poder de los Borbones en América o mejor, entregar el Plata a los Braganzas. Esta hipótesis también se sustentaba con uno de los jefes del ejército aliado el conde d’ Eu, príncipe de Borbón, entonado de Braganza. Argentina aparecía como títere de Brasil y permeado fuertemente por sus influencias.

La relectura de Alberdi y los intelectuales cercanos a su pensamiento desde el contexto de la década de 1960 condujo a una interpretación de una “militancia” en contra del imperio equivocado. O, al revés, se intentó traer sus ideas hacia un presente muy diferente, pero como no eran las adecuadas se presentaron otras que no son las que el mismo autor desarrolló. Se produce lo que se ha llamado mitología de la prolepsis y la retrolepsis. En palabras de Elías Palti sobre Quetin Skinner:

“Este autor señaló lo que llamaba la “mitología de la prolepsis” en que toda perspectiva teológica se funda, esto es, la búsqueda retrospectiva de anunciaciones o anticipaciones de nuestras creencias presentes. Habría, sin embargo, que añadir a ésta una segunda forma, inversa, de “mitología”, que llamaremos mitología de la retrolepsis: la creencia en que se pueden reactivar y traer sin más al presente lenguajes pasados, una vez que la serie de supuestos en las que éstos se fundaban (y que incluyen ideas de la temporalidad, hipótesis científicas, etc) ya se quebró” (Palti, 2007: 53 y 54)

No solamente Gran Bretaña no era el enemigo sino que la idea de patria grande americana actual entraba en abierta contradicción con un Brasil fuertemente demonizado. Cuando Alberdi pensaba en la América, pensaba en la América Hispanoamericana enfrentada a Brasil, diferente de una América Latina enfrentada con potencias anglosajonas o de una América Latina unida al estilo actual de la UNASUR.

Alberdi distinguía dos tipos de intereses: americanos y europeos. En cuanto a los intereses americanos, las libertades de comercio y navegación se veían afectadas por la

contienda por lo que la independencia de la Banda Oriental era de interés americano. Los intereses europeos transitaban por caminos similares, buscando las garantías de libertad comercial y la seguridad para sus nacionales en territorios americanos. Argentina y Brasil, en cambio buscaban el monopolio. El problema para era que Europa no hacía nada, dejaba hacer y así destruía su propia obra. Y hasta llegaba a afirmar que la principal exponente del libre comercio y por ende la principal perjudicada era Inglaterra. La Europa civilizada era la inofensiva.

Fue recién finalizada la contienda cuando Europa apareció en su discurso como un poder que sacaba provecho de la guerra, aunque nunca como instigadora de la misma o como una cuarta aliada. Además estas opiniones no estaban vertidas en el libro que prologó P.C. sino en escritos posteriores: “Europa ha especulado con los créditos aprovechándose de nuestra ignorancia y destruyendo el interior en la guerra del Paraguay” (*Estudios Económicos*, circa 1874 ed la cultura argentina por José ingenieros, citado en Palti, E, *El pensamiento de Alberdi*, pág 138).

Gran Bretaña no apareció como sujeto clave de la guerra en las representaciones durante el desarrollo de la misma en Argentina, ni para los mitristas, ni para los opositores. Tampoco se la representó como un enemigo. Elaborar un trabajo que analice la incidencia puntual de Gran Bretaña en la Guerra de la Triple Alianza es una tarea que puede resultar pertinente. Pero en todo caso, desde los estudios más recientes sobre cuestiones económicas ya mencionados y en este caso, sobre las representaciones político-culturales, se constata que no ha sido ella quién movió los hilos de títeres sudamericanos. Preferimos pensar la historia con menos hilos y títeres y más con intereses y actores propios.

3.4.2 La Madre Patria y el conflicto con Chile

Como apuntamos, las menciones a Gran Bretaña fueron bastante escasas. Apenas aparecía mencionada en alusión a su participación en la unificación italiana, como la

monarquía parlamentaria cuyo espejo deformante era la brasileña y en relación a la publicación del tratado de la alianza, pero no como enemigo como veremos más adelante. Para los opositores a la guerra el conflicto bélico de la región se leía en un principio en la clave histórica que se remontaba a los tiempos de colonia y posterior independencia: “Es la España que combatimos y combatiremos porque sus agresiones a la independencia de esos pueblos son atentados a nuestra propia independencia.” (*La América*, 1 ro de febrero de 1866)

Sea trataba de una guerra de regeneración que resignificaba antinomias preexistentes y enmarca la contienda en la lucha por la independencia de la metrópoli. El gran trabajo de Ramón Cárcano de los años 30 también ubicó la contienda en este conflicto de más larga duración, incluyendo además al imperio lusitano (Cárcano, 1938). La lucha por la independencia edificó un camino común:

El (americano) sabe que entre esos pueblos y los demás de la América Latina hay la comunidad de esfuerzos y de sacrificios que les costó su independencia; la comunidad del triunfo y de la gloria que aquellos le produjeron; la comunidad de venganza en que los hundiría su perpetuo enemigo, la ex metrópoli. (*La América*, 18 de marzo de 1866)

La unidad se plasmaba en América y las disensiones se vislumbraban entre las naciones europeas. Eran frecuentes las alusiones a las disputas entre España y Francia. El encono con la madre patria era revitalizado a través de un conflicto entre ella y Chile. Esta perspectiva americanista que excluía a Brasil fue reconocida y resistida entre los periódicos que apoyarán la guerra. *El Nacional* hablaba de una “americo-manía” en los inicios de la contienda:

“Tan malo es el excesivo americanismo que degenera en monomanía y hacer considerar todas las cuestiones bajo ese solo prisma, que somete al espíritu a la tiranía de una idea exclusiva, como la falta absoluta de ese sentimiento que revela la falta de patriotismo. La prensa de Chile peca por la primera exageración. Toda cuestión que se suscite entre pueblos americanos la convierte en cuestión de americanismo.(...) Así para la prensa de Chile el americanismo debía llevar a la República Argentina a una alianza con el Gobierno de Montevideo y con el autócrata del Paraguay en contra del Brasil.” (*El Nacional*, 2 de diciembre de 1864)

Sin embargo, el paso del tiempo desde la finalización de la época colonial demostraba que ya no era tan sencillo naturalizar esta visión de un americanismo sin Brasil y de eso tomaron nota también los opositores luego: “El amor de la América se ha llevado por los blancos hasta la última exageración. En nombre de la América se combate al Brasil.

El epíteto de extranjero se le prodiga con sagrada profusión.” (*El Nacional*, 9 de enero de 1865). Los opositores a la guerra también fueron tomando conciencia del paso del tiempo, de que la colonia había quedado atrás, de que ya no se estaba frente la misma situación. La revitalización del conflicto presentaba un límite. Esta oposición no era la rectora, el viejo enemigo se debilitaba, no se trataba del verdadero oponente.

No hay un elemento europeo antagonista de un elemento americano, lejos de eso, puede asegurarse que mas vínculos, mas intereses, más armonía hay entre las repúblicas americanas con algunas naciones europeas, que entre ellas mismas. La República Argentina en vez de propender a establecer nada que críe ese antagonismo, ha tomado cuantas medidas están en su mano para hacer homogéneo y simpático ese elemento y asimilarlo al elemento nacional. (*La América*, 5 de marzo de 1866)

Dos cuestiones tenemos para subrayar aquí. En primer lugar la baja en el tono de la oposición a la madre patria y a Europa en general. Y en segundo lugar, la aparición del elemento nacional argentino y la cuestión de la asimilación de las otras nacionalidades. Debate que cobró fuerza en las décadas siguientes de la mano del flujo inmigratorio y que aquí podía referir menos a este aspecto y más a la situación de los peninsulares en América, cuestión conflictiva desde tiempos del virreinato. Si en Europa las naciones estaban en conflicto, no es menos cierto que también éste existía de este lado del atlántico. Aún cuando se abogaba por la unión americana, el discurso del periódico entraba en tensión cuando aparecía sí el verdadero enemigo, el más fuerte, el más reprobado, el más peligroso: el Imperio del Brasil. Y esto fue aún más claro para los opositores a la guerra cuando se conocieron los detalles del tratado secreto de la alianza y los cañones intelectuales pasaron a apuntar más al gobierno argentino como traidor a la patria y menos a la revitalización de la lucha colonial. La Guerra del Paraguay impuso así un cierre de una época y un comienzo de otra. El americanismo sirvió mucho menos para argumentar a favor o en contra de una guerra que enfrentó a países americanos y quedó más relegado a las discusiones por el conflicto entre España y Chile. Hacemos alusión al impacto de las mismas en la zona cuyana en el capítulo 5.

3.5 A modo de síntesis

La Guerra del Paraguay se originó en un conflicto partidario pero cuando se puso formalmente en marcha fueron cuatro naciones las que actuaron como aliadas y enemigas. A pesar de las divisiones políticas internas, la República Argentina participó de esta guerra como estado nación aliado al Brasil y a Uruguay y enfrentada al Paraguay. Las representaciones desplegadas en el discurso de las élites argentinas durante la guerra estuvieron organizadas en torno a las identidades nacionales de los otros países involucrados, probablemente vivificados por la experiencia en el frente. Ningún otro país del mundo tuvo la entidad de los cuatro participantes en los discursos, ni siquiera Gran Bretaña.

De manera obsesiva en sus inicios y para luego prácticamente desaparecer durante el desarrollo de la contienda, la imagen construida sobre Uruguay tuvo la peculiaridad de nombrarlo como la Banda Oriental. Una denominación que le quitó autonomía a la vez que se la invocó para defender su independencia y aludir neutralidad en sus asuntos internos. Una manera de dar el debate que buscó legitimar la posición argentina dominante sobre los países más pequeños de la región. Una suerte de paternalismo, tutela que la República Argentina se arrogó implícitamente para los asuntos orientales pero que explícitamente no permitió de otros, en ese caso Paraguay o que vio con polémica, en el caso del Brasil. Los conflictos en la Banda Oriental sirvieron además de espejo ejemplificador tanto para los mitristas a través de la imagen de Flores y sus seguidores, como para sus opositores a través de la imagen del partido blanco y los héroes de la resistencia como Leandro Gómez. El devenir de la contienda redujo la participación de Uruguay a una cuestión casi simbólica y eso se reflejó en las representaciones esgrimidas desde la Argentina. El fin de la guerra impuso definitivamente la necesidad de pensar al Uruguay como Uruguay y ya no como Banda Oriental. La política de hermandad tutelada y de dificultoso respeto de su independencia ya había costado demasiado caro. La Guerra del Paraguay terminó con la visión del hermano siamés que la Argentina había detentado. Lo que comenzó como un conflicto leído fundamentalmente en clave partidaria, mutó en una disputa por la soberanía nacional, la independencia y la libertad a partir de la invasión brasileña y se profundizó con el desarrollo de la guerra.

La incidencia de las representaciones de los otros países beligerantes en la definición de la identidad argentina recayó fundamentalmente sobre Paraguay y Brasil. En el caso del país guaraní, las representaciones que lo identificaron con el atraso y el despotismo ya se encontraban en el discurso de las élites previo a la guerra. Sin embargo, con el desencadenamiento de la misma adquirieron una recurrencia y tono inusitados hasta el momento y fueron compartidos y reproducidos por casi todo el espectro político argentino. Aún cuando la guerra fue muy impopular, las opiniones de defensa del Paraguay fueron muy minoritarias sobre todo en lo relativo a su gobernante Francisco Solano López, blanco de las demonizaciones más fuertes. Se lo presentó también como una amenaza para la región, pero esta imagen fue poco difundida. Si bien se insistió que la guerra era contra el tirano y no contra su pueblo, se deslizaron durante toda la contienda imágenes estigmatizantes y peyorativas del pueblo paraguayo que buscaron dotar de legitimidad a una contienda civilizadora. Paraguay sirvió como imagen exacta de todo lo que la Argentina no era ni debía ser. Dictadura, despotismo, atraso, barbarie, sangriento, esclavitud se opusieron a la república, el avance, la civilización, la paz y la libertad argentinas. La guerra tan prolongada ya resultaba evidente que no se estaba llevando a cabo solo contra un gobierno y que se cobraba la vida de gran parte de su pueblo. Las opiniones defensoras del Paraguay fueron excepcionales, algunas veces más explícitas otras mucho más tibias y estuvieron centradas en tres ejes: cierta prensa del litoral, Alberdi, *La América* y Felipe Varela. Todos ellos fueron acusados del peor de los pecados para la nación: aparaguayados. Incluso la opinión crítica de la guerra los acusó de traidores, se podía estar en contra de una contienda inútil pero defender al Paraguay era deshonorar la argentinidad. Cuando la lucha se extendió y se acercaba el fin, se difundieron algunas visiones que mezclaron esta demonización de López y estigmatización del pueblo con un sentimiento de lástima ante el desastre consumado. A la visión peyorativa previa, la guerra agregó virulencia, condescendencia y dependencia. Pero no pudo lograr instalar una idea realmente amenazante. De allí también los límites que se presentaron en la leva. De lo peyorativo que sí se difundió con efectividad, entendemos mejor la duración de la contienda. Hacia el final, una política del hermano menor descarriado al que era preciso educar se vislumbró.

Sin embargo, la representación externa que más definió la representación de la identidad nacional durante la contienda no fue la del país al que se le hizo la guerra sino junto a quien se hizo la guerra. La causa de la impopularidad de la guerra fue menos la defensa encendida de la injusticia que se cometía con el Paraguay y mucho más la deshonra y la denuncia sistemática de aliarse con el tradicional enemigo: el Imperio del Brasil. Cuando la guerra comenzó a vislumbrarse en el horizonte la opinión pública mayoritaria salió a presionar a Bartolomé Mitre para que se aliara con el Brasil en defensa de nuestra nación. Algunos discursos ofrecieron reparos pero la alianza se puso en marcha. Para defender la alianza el mitrismo tuvo que apelar a conceptos más políticos que culturales que nos acercaran al Imperio, como la defensa de la civilización y la libertad. Sin embargo, no tuvo éxito. Era muy difícil presentar al Imperio como amigo y al Paraguay como enemigo con solo conocer la historia. Ya en 1866 aparecieron con más fuerza las voces opositoras que desde el periódico *La América* se encargaron con vehemencia de denunciar a quien consideraron el mayor enemigo: Brasil. Ellos mismos son los que publicaron el hasta entonces secreto tratado de la triple alianza, llamaron a los mitristas como “abrasilerados” y a partir de allí abrieron el juego a la crítica de todo el espectro político. Ya no eran solo los aparaguayados quienes criticaban la alianza, sino los que defendían la guerra al tirano López y los que impulsaban a Mitre a aliarse a Pedro II. Si la guerra era un escándalo es por que se hacía de la mano de un imperio, una monarquía, un sistema esclavista, otra cultura, otro idioma, otra historia, otras costumbres. Opositores y defensores a la guerra compartieron un mismo universo conceptual, pero para los primeros el peligro estaba en el Imperio. Porque pasado el tiempo la Argentina solo jugaba para servir intereses ajenos y respetaba un tratado que no la tendrá favorecida luego. La presencia efectiva del ejército brasileño en Corrientes acrecentó esta percepción amenazante en la zona del litoral, percepción que se reforzó con las voces opositoras de todo el país y que fue mucho más efectiva que la que se pretendió erigir del enemigo paraguayo. Hacia el final de la contienda las voces se alzaron para protestar por esta alianza, por el peligro de expansión del imperio y no tanto por el estado en el que había quedado el Paraguay. El adjetivo de extranjero en la mayoría de los discursos aludió al brasileño. Lo que durante el siglo XIX se constituyó en el otro lejano ahora apareció entrelazado al destino nacional y se volvió intolerable, al punto de discutirse una posible guerra argentino-brasileña por el reparto del Paraguay

hacia 1869. Crisis diplomáticas y una divergencia del devenir histórico posterior de estos países cimentaron aún más su definición como estados nacionales. Para que Brasil se volviera un hermano tuvieron que pasar muchísimos años. El tratado falló como estrategia de acercamiento y consolidó las diferencias nacionales. A las representaciones de Brasil como imperio amenazante y esclavista, se sumaron algunos discursos más difusos sobre su pueblo, su raza, su historia. Como con los paraguayos, se los llegó a describir como animales salvajes para diferenciar de la actitud argentina en el frente, sobre todo hacia el final de la contienda. Así, paradójicamente, la guerra de la alianza que muchos no sintieron argentina porque se hizo en pos de los intereses brasileños, volvió a la Argentina más argentina.

Capítulo 4: La disputa sobre la identidad nacional argentina I. El fervor de los primeros años de la contienda

La batalla de Pavón marcó un punto de inflexión en la construcción del estado nacional argentino. El principal líder liberal de Buenos Aires Bartolomé Mitre se impuso entonces por sobre el líder federal de la Confederación Justo José de Urquiza. Comenzamos este capítulo con el análisis de las representaciones de la nación en el entendimiento epistolar entre ambos líderes posterior a la batalla. Luego repasamos los editoriales que reflejaron la intervención en la Banda Oriental. La invasión de Solano López a Corrientes y la entrada formal de la República Argentina en la guerra nos sirven de puntapié para abordar la discusión que imprimió nuevos bríos al concepto de nación. A partir de allí se pusieron en danza las representaciones sobre la Triple Alianza, el rol de general en jefe del presidente y la lucha en territorio argentino en los debates del congreso, algunos escritos, correspondencia y, fundamentalmente, en la prensa que también recogió muchos de los discursos que circulaban externamente para hacerlos propios. Las representaciones aparecieron en fuerte pugna y se multiplicaron los discursos sobre la nación. La identidad nacional se manifestó en una ardua disputa, de sus contenidos, su historia, sus referentes. Este fenómeno se diseminó en la prensa de todo el país, pero con foco principal en Buenos Aires y el Litoral, escenario de la guerra. Abarcamos además el enfrentamiento entre los discursos más opuestos, el de *La*

Nación Argentina (mitrista) contra el modelo de *La América* (férreo opositor) y sus resignificaciones y repercusiones a lo largo de todo el país. Hacemos referencia en este debate al papel de Juan Bautista Alberdi y sus folletos y otros intelectuales opositores como Carlos Guido Spano, Olegario Víctor Andrade, Miguel Navarro Viola y las acusaciones de traición a la patria tanto a intelectuales como a desertores. Analizamos además otras posiciones más matizadas que fueron las más difundidas sobre lo nacional en la prensa. Tomamos la derrota de Curupaytí y el regreso de Mitre como bisagra del impacto de la guerra en Argentina.

4.1 De la conciliación de Pavón a la guerra contra Paraguay

El 17 de septiembre de 1861 las fuerzas de Buenos Aires y la Confederación se enfrentaron en una decisiva batalla sobre la margen sur del arroyo Pavón en Santa Fe. El general Justo José Urquiza abandonó la contienda y facilitó la victoria de Bartolomé Mitre. Más allá de toda hipótesis conspirativa, era probable que el líder entrerriano tuviera en ese momento la certeza que no le sería posible gobernar en Buenos Aires y que con la experiencia de la Confederación a cuestas, menos sería posible volver a gobernar sin Buenos Aires. Además tanto Mitre como Urquiza compartían el objetivo de ver unida a la República Argentina de una vez por todas. Para ellos, sin Entre Ríos la Argentina no era viable, pero sin Buenos Aires tampoco. Así le escribe Urquiza a Mitre en diciembre de 1861:

“Al proceder así, doy a V.E. y a la provincia de Entre Ríos una prueba práctica de mi sincero anhelo por el restablecimiento de la paz que acelere la reorganización nacional y del vivo interés que, como argentino, me inspira la ventura y la tranquilidad de esa provincia; y esto no obstante no hallarme ligado por ningún compromiso como V.E. lo reconoce al decirme que se libraba a mi buena fe y a la rectitud de mi política, circunstancia que he creído necesario poner bien en claro en la nota oficial que dirijo a V.E., en la que estableciendo los hechos que dieron por resultado la ruptura de la negociación confidencial promovida por V.E. queda demostrado a todas luces que solo existe un compromiso moral por parte del pueblo de Buenos Aires, al aceptar como una prenda de paz los hechos producidos por el de Entre Ríos” (Correspondencia Urquiza-Mitre, Cuartel General de Rosario, 5 de diciembre de 1861)

Bartolomé Mitre le exigió a Urquiza el desarme completo de la provincia de Entre Ríos como garantía de unión interna y lo apresuró en posteriores cartas con respecto a ese tema. El caudillo entrerriano lo prometió en su calidad de argentino, que fue la cualidad que se impuso de manera excluyente en sus sucesivas misivas por sobre otras identidades. La organización nacional se veía como algo inevitable y el discurso sobre la identidad argentina estaba disponible y pasible de ser utilizado pública y políticamente. No fue fácil la promesa; Urquiza se enfrentaba a varios de sus compañeros jefes militares federales que miraron con renuencia el acuerdo con Mitre. Sin embargo, quedaba claro que ambos líderes compartían la creencia en la necesidad de ver a la república unida y en algún sentido esto pesaba más sobre Urquiza que todos los demás condicionantes.

El 12 de octubre de 1862 Bartolomé Mitre, representante del partido liberal, asumió formalmente como presidente de la República Argentina, aunque detentaba el cargo en forma provisoria desde meses antes. La nación pasaba a ser una unión superior y definitiva de las provincias que la componían. Justo José de Urquiza envió sus felicitaciones en las que se destacaba a sí mismo nuevamente en primer lugar como argentino. Bartolomé Mitre le agradeció posteriormente su conducta y su retiro de la vida pública en nombre de la paz de la nación. La República debía ser libertad, paz y orden interior, allí radicaba el punto de partida para concretar el ideal compartido por ambos líderes:

“Felicitó a V.E. porque los pueblos lo han elevado a la primera Magistratura del país, y lleno de confianza en su patriotismo, y elevada inteligencia, esperan confiadamente en que dará cima a la gloriosa obra de su organización en Paz y libertad. Deseo que V.E. sea en todos los momentos estimulado por la gratitud de sus compatriotas y que esto le haga soportable la pesada carga del poder. Cuente V.E. con toda mi cooperación leal, como argentino y como gobernante de mi pueblo que ha hecho muchos sacrificios por la obra que Dios y la Patria han puesto hoy bajo su dirección” (Correspondencia Urquiza-Mitre, 18 de octubre de 1862)

No obstante, esta mentada unión distaba de ser pacífica. En 1863 se produjeron una serie de levantamientos federales en las provincias de San Luis, Catamarca y La Rioja al mando del mítico caudillo Chacho Peñaloza (De La Fuente, 2007). Sin embargo, Justo

José de Urquiza ya no respondió al llamado de los federales. Fueron derrotados por las fuerzas liberales y el 12 de noviembre de ese año Peñaloza fue asesinado. El federalismo, con sus fuerzas diezmadas y su líder más fuerte retirado, ya estaba herido de muerte, aunque se rebeló algunas veces más a lo largo de la década.

El periódico porteño de los hermanos Varela festejó los ecos de Pavón y minimizó los levantamientos. La nacionalidad argentina era un regalo generoso de Buenos Aires a las provincias que llegaba de la mano del ejército de Pavón. Hasta ese momento, los pueblos no podían sentirla o la sentían, pero creían que Buenos Aires era la causante de resquebrajarla. Ahora era ella quien la robustecía. El 17 de septiembre de 1861, Mitre como presidente y Urquiza retirado cambiaron el panorama. La nacionalidad era orden, organización y paz fundada sobre una ligazón sentimental que unía. *La Tribuna* abogaba así por dotar de sentimientos al hecho fáctico de la integración territorial y el disciplinamiento de las provincias, por proporcionarle un espíritu a lo que consideraban una incipiente consolidación del estado nacional bajo el liderazgo de Buenos Aires. Aparecía el concepto de pueblos en plural que denotaba la presencia del lenguaje predominante de las décadas posteriores a las independencias y marcaba lo que aún se encontraba en un proceso de efectiva unificación. De todas maneras se mencionaban a los habitantes de diferentes provincias unidos por un sentimiento común. De manera elegante se mencionaba el papel del partido de la libertad en esta obra:

“Para honor del pueblo porteño, no hubo uno solo que después de Pavón levantase la bandera de aislamiento.

Nacionalidad-dijo el General Mitre, cuando el humo del combate no estaba disipado todavía.

Nacionalidad-replicó el ejército, avanzando triunfante a llevar esa idea salvadora al corazón de la República.

Nacionalidad-dijo Buenos Aires, al eco de las músicas y campanas que festejaban alborozadas el triunfo de sus valientes legiones.

Nacionalidad-repitieron en fin todos los pueblos argentinos, cuando comprendieron el móvil generoso que agitaba el pecho de los porteños, cuando la lealtad de su representante armado en el campo de batalla, les inspiraba una confianza que antes no tenían (...)

¿Cómo desconocerlo? Hasta esa época, el sentimiento de la nacionalidad no existía en el corazón de los pueblos argentinos. Era preciso crearlo, robustecerlo, encarnarlo en las masas y en los hombres. Y tal era la misión salvadora que incumbió a la Provincia de Buenos Aires más que a cualquiera otra porque era a ella a la que constantemente se presentaba como un elemento disolvente de la nacionalidad argentina.(...) Levantada en alto la bandera de la nacionalidad, no hay uno solo de los hombres que pertenecen al partido de la libertad, que no se haya declarado el campeón entusiasta de esa idea, que no preste su valioso concurso al hombre encargado por la Providencia y la voluntad de los pueblos, de llevar a cabo esa obra, aspiración generosa de los que

yacen en la tumba y de la generación varonil que hoy crece sobre el sepulcro de los padres de la Patria. (...) a pesar de eso hay quien insista en decir, que aquí existe un partido localista, que no quiere la nacionalidad, que aspira a la separación. No es así. Si existiese ¿por qué no lo habría de decir? (...) La nacionalidad es hoy un sentimiento instintivo en el corazón de todo argentino. Lo mismo lo desea el que vive en la Rioja que el que habita en San Juan, el que vive en Corrientes que el que habita en Buenos Aires” (*La Tribuna*, 20 de febrero de 1864)

Para el mitrismo y sus aliados, Pavón era la posibilidad efectiva de consolidación del sentimiento de nacionalidad de todo el país. Aunque el peso de la historia en el concepto no era novedoso, sí lo era la relectura a partir de la batalla entre Mitre y Urquiza. Se interpretaba que la victoria mitrista había puesto fin a la discordia interna de décadas y había unido lo que ya estaba anidado en los corazones de los habitantes de las diferentes provincias desde 1810, e incluso desde tiempo atrás. La nacionalidad era una identidad común que trascendía lo meramente político, aunque se mostraba con una definición difusa ligada a un “sentimiento instintivo”. Lo difuso de ese sentimiento probablemente diera cuenta de lo precario e imprevisible de la unión reciente. Más que las descripciones, es llamativo en este pasaje la repetición casi obsesiva del concepto de nacionalidad que marcaba la necesidad de afirmar lo recientemente instalado. Se concebía también como la unión territorial y la ausencia de proyectos separatistas. Lo refrendaban el presidente de los argentinos, el ejército y los pueblos. Le tocaba a Buenos Aires la tarea de llevar esta bandera a las provincias y lo realizó con éxito. El significado más fuerte de esta nacionalidad estaba ligado a una visión de la historia: se trataba de un instinto que ya estaba anidado en los pueblos de la patria desde la revolución y que Pavón había fortalecido. La noción de patria aparecía ligada a un pasado histórico heroico, la nacionalidad era lo que se imponía. La clave para que esta unión fuera efectiva era contar con el apoyo de Urquiza. Aparecía además el rol del partido liberal como garante de la nacionalidad y la defensa de sus ideales que no se ceñían al localismo. Ese instinto nacional, ese sentimiento es el que triunfó en Pavón y cierra con años de luchas civiles. El acuerdo entre Mitre y Urquiza era la clave. *El Mosquito* a través de sus ilustraciones daba cuenta de esta concordia entre los líderes más importantes, como en la siguiente litografía publicada el 11 de febrero de 1865. Mostraban que el arreglo era fruto de una invitación de Mitre ante la cual Urquiza prefirió no negarse para evitar más problemas:

Figura 5



Fuente: El mosquito, 11 de febrero de 1865

En la ilustración de Meyer, Urquiza se acercaba a Mitre en medio de una tempestad -provocada principalmente por el inminente conflicto con el Paraguay- y le pedía asilo. Hay nombres propios relacionados a la guerra que no pueden penetrar ya este paraguas de concordia, entre los que se destaca en primer lugar el del presidente paraguayo. Bartolomé Mitre lo recibía con buena predisposición, esperaba su venida. La gran guerra no comenzaba todavía, pero ante la inminencia del conflicto, el acuerdo de ambos líderes argentinos era un hecho ya público, que trascendía su correspondencia. La imagen de Meyer resumió la conciliación entre los dos máximos líderes políticos del país que presentó su inicio en Pavón y tuvo su coronación en la actitud de Urquiza durante la Guerra del Paraguay.

En medio del conflicto al otro lado del río que preanunciaba esta gran guerra, algunos medios de difusión porteños desplegaron sus visiones sobre la nación argentina. Las efemérides eran un caso ideal para detectar este tipo de intervenciones y a tan solo tres años de su finalización, la batalla de Pavón ya tenía su recuerdo destacado en el periódico más importante del país:

“Reanudar ese lazo de amor y de fraternidad entre los pueblos Argentinos, fue la primer consecuencia de la batalla, cuyo glorioso aniversario conmemoramos en este momento. Unida la familia Argentina a la sombra de su bandera inmortal, organizados los poderes públicos e instalando el Congreso, la nación entró de lleno en la vía de su reorganización política y social”
(*La Tribuna*, 17 de septiembre de 1864)

La nacionalidad era un sentimiento que unía como familia y era la consecuencia más importante de Pavón. Un sentimiento como vimos, relacionado a la historia y enmarcado en la organización territorial e institucional. Desde una posición política diferente, el periódico *El Pueblo*⁸ también defendía la existencia de un sentimiento nacional y la necesidad de organización y paz. La diferencia era que este sentimiento

⁸ *El Pueblo*, el 15 de enero de 1864 en su Programa escribía “El Pueblo surge de las exigencias de la situación, de las necesidades permanentes de la República y de la esperanza del progreso futuro. Su palabra independiente se alzaré en defensa de los derechos de todos los hombres, en defensa de la libertad y del orden, y luchará con todos sus esfuerzos contra los abusos de la anarquía, los avances del poder o el despotismo de los círculos. La autonomía de Buenos Aires y la nacionalidad argentina, tendrán en todos los tiempos el apoyo de El Pueblo en cualquier trance combatirá con igual ardor las dos ideas imposibles: la federalización y la separación de la provincia.”

nacional, en vez de ser revitalizado, era denostado por el grupo separatista de Buenos Aires. *El Pueblo* se refería aquí a la discusión sobre la federalización que fue retomada de manera muy esporádica durante la guerra:

“Está escrito en el destino de las naciones que aquellas en que penetre la discordia perecerán y que solo se salvarán del naufragio los pueblos donde impere el sentimiento expansivo de la patria. El sentimiento de la patria, ese sentimiento generoso que hace del hombre el héroe y el mártir, ese sentimiento, que eleva el espíritu y da nobleza al corazón ese sentimiento que ha hecho grandes a los argentinos y les ha conquistado la inmortalidad en la América, ese gran sentimiento, decimos, es hoy el objeto del sarcasmo de los separatistas de Buenos Aires” (*El Pueblo*, 21 de enero de 1864)

En este caso, *El Pueblo* hablaba de patria, concepto casi análogo en esos años al de nación: sentimiento difuso de heroísmo, organización institucional y territorial e historia común. El discurso de unión nacional no era solo patrimonio de la prensa porteña, fue reproducido y resignificado en otros puntos del país. El mitrismo no solamente logró, aunque de manera inestable, disciplinar militarmente a gran parte de las élites de las provincias sino también políticamente. La existencia de periódicos de tendencia liberal en todas las provincias del país era una prueba fehaciente de ello. Bartolomé Mitre y su partido sabían que la prensa era el instrumento político por excelencia de aquellos tiempos. Una mirada sobre el panorama de la prensa en todas las provincias nos encuentra efectivamente con varios periódicos liberales diseminados a lo largo y ancho del país. Durante la contienda podemos citar como reproductores del discurso mitrista y afines a *El Eco* y *La Discusión* de Córdoba, *El Liberal* de Tucumán, *El Eco* y *El Liberal* de Corrientes, *La Libertad* de Catamarca, *El Constitucional* de Mendoza, *El Tiempo* de Santa Fe, *El Norte* de Santiago del Estero, *El Orden* de Jujuy y *La Regeneración* de La Rioja, entre otros. Ellos también divulgaban las representaciones de un nacionalismo que dotaban de legitimidad el proceso de construcción del estado nacional. Tomamos como ejemplo el periódico mitrista *La Libertad* de Catamarca en su editorial del 8 de julio de 1864:

“Establecida la unión de los partidos en toda la República y unidos los esfuerzos de la mayoría de los argentinos para afianzar entre nosotros la paz y el imperio de las leyes, resta que cumplir un deber sagrado para que la obra grandiosa que tenemos entre manos sea digna de los sacrificios que se contraen.

No ha dejado de ser un misterio para aquellos que de corazón apetecen la Nacionalidad argentina, al ver a algunos de los hombres que representan en la República la bandera de los principios, y que ha propendido siempre con fines altos y generosos para hacer estable el gran principio de la Libertad de los pueblos que nacieron para ser libres, con tendencias, por una aberración injustificable, a la división de los mismos hermanos de causa, y que los hemos visto siempre al lado de los enemigos de toda tiranía” (*La Libertad*, Catamarca, 8 de julio de 1864)

Pavón diseminó un discurso de unión nacional a través de la prensa en todo el país. La nacionalidad se construía sobre los cimientos de la finalización de las disputas de partidos, era paz y ley pero también era un sentimiento de pertenencia y libertad. Se enfatizaba sobre esta última cualidad para ensalzar el accionar del partido mitrista como el gran artífice de este logro, a veces con sus matices como en el discurso del periódico *El Pueblo*. Mientras tanto, se produjo la invasión brasileña a la Banda Oriental; la participación del gobierno paraguayo en el conflicto ya era explícita y las presiones de la prensa porteña más influyente para formar una alianza con Brasil estaban a la orden del día. *La Tribuna* comenzó a advertir junto con *La Nación Argentina*, las estrechas relaciones entre los paraguayos y el partido blanco y las simpatías que por ellos podían despertarse entre los federales argentinos. *La Tribuna* acusó a algunos jefes entrerrianos de sedición por pronunciarse en contra del Brasil. Aparecieron rumores y esperanzas de un posible apoyo de Urquiza a la causa blanco-paraguaya en tierra argentina, oriental, brasileña y paraguaya. El líder entrerriano mantenía efectivamente correspondencia con el presidente paraguayo. Los rumores del apoyo a la causa paraguaya que fueron utilizados para hablar de una traición de Urquiza al federalismo durante la guerra desde la postura revisionista. Sin embargo, el líder entrerriano no pareció mostrarse ni cerca de actuar de esa forma ya desde su decisión en la batalla de Pavón. Y ahora estaba listo para darle su apoyo a Mitre si hacía falta. Sin embargo le advirtió al presidente argentino que una guerra con el Paraguay podía afectar principalmente al litoral como escenario cercano. Opinaba entonces que no se debía tomar ningún partido en el conflicto si el paso de los ejércitos era en paz y en territorios remotos y su consejo adicional era sugerirle sobre la inconveniencia de una alianza con el Imperio del Brasil.

Urquiza no tenía ya en mente levantarse contra Mitre, pero de todas maneras creía que no era deseable que la Argentina ingresara en esta contienda que no le pertenecía:

“Las provincias de Entre Ríos y Corrientes son, como V.E., lo comprende bien, las más interesadas en la conservación de la paz, en la emergencia funesta entre el Brasil y el Paraguay, si hubiese el fatal peligro, que felizmente V.E. promete evitar, de que nuestro gobierno se aproveche del primer pretexto para ligarse a cualquiera de los beligerantes, como ellos deben procurarlo con empeño, el territorio de estas Provincias sería el teatro de la lucha, su riqueza actual desaparecería al paso destructor de los extraños beligerantes. Nada importaría el tránsito libre e inocente de ambos por los territorios despoblados de las Misiones, si llegase el caso. El interés que pudiera envolver su prohibición no puede compararse a los males que nos echaríamos encima, si por eso nos acarreásemos una alianza con cualquiera de ellos que el país no acepta y que nos haría el primer actor y paciente en la lucha, gozándose el aliado o el extraño enemigo igualmente quizás, en las desgracias que nos sobrevendrían.” (Correspondencia Urquiza-Mitre, San José, 29 de diciembre de 1864)

Así, quizás con sensatez, quizás con ingenuidad, quizás como presión, quizás cuando ya era tarde, el líder entrerriano le pidió al presidente de la nación que intentara mediar en una solución pacífica. Urquiza aún mantenía amable correspondencia con el presidente paraguayo (Bosch, 1963). Sin embargo Mitre declaró una vez más que no permitirá el paso de un ejército beligerante por el territorio argentino, ni que se derramara “una gota de sangre argentina”. De todas maneras, no tomó ninguna acción preventiva y dudaba de la conveniencia de la alianza con el Brasil por el momento. Sin embargo, las presiones en la prensa porteña fueron en aumento, y fuera del periódico mitrista por antonomasia, se hablaba de una “política de la inercia” desde el gobierno nacional en relación a la provincia de Corrientes amenazada. La nación era el territorio unido, soberano que era preciso resguardar de los peligros que lo acechaban.

El Congreso paraguayo declaró el 18 de marzo de 1865 la guerra a la Argentina y dispuso la consecuente invasión a la provincia de Corrientes. El 13 de abril la invasión se produjo, se tomaron los buques argentinos, se estableció el ejército guaraní en territorio correntino, el gobernador huyó. El 19 de abril de 1865 Urquiza escribió una carta a Mitre que derribaba por tierra cualquier esperanza federal-blanco-paraguaya de rebelión:

Mi estimado Presidente

“Me ha sorprendido de veras la noticia del ultraje inferido a nuestra patria por el Gobierno del Paraguay. V.E. ha hecho justicia a mis antecedentes y a la lealtad de mis declaraciones, señalándome un puesto a su lado.

Todas las órdenes convenientes están expedidas para cumplir las de V.E., preparando los elementos necesarios para rechazar como se merece la ultrajante ofensa que bárbaramente nos han inferido.

Ha llegado el momento en que las palabras deben hacer lugar a los hechos.

Nos toca combatir juntos de nuevo bajo la bandera que reunió en Caseros a todos los argentinos. Me congratulo de ello, porque la felicidad de esta campaña fiada al tino y al patriotismo de V.E., mientras dará gloria a la República puede dar por resultado seguro extirpar del todo las disensiones políticas que antes habían dividido al país (...) Entretanto yo deseo el momento de estrechar a V.E. la mano, poniéndome personalmente a sus órdenes” (Correspondencia Urquiza-Mitre, 19 de abril de 1865)

Urquiza firmaba así su alianza a la causa de Mitre. El proceso de unificación hizo converger una batalla decisiva con un discurso sobre la argentinidad, que aunque ya estaba disponible, ahora tomaba el primer plano. Las muestras de apoyo epistolares que se habían repetido en estos años hoy se materializaban en apoyo militar concreto. Al contenido histórico de la nación que mencionamos, relacionado con la independencia y también con Pavón, se agregó la referencia a Caseros. La lucha contra Juan Manuel de Rosas fue una referencia repetida durante el desarrollo de la Guerra del Paraguay. La contienda contra Francisco Solano López era también contra un tirano. Ambas luchas buscaban la libertad. Los opositores a la Guerra de la Triple Alianza también tenían una visión crítica de Rosas, pero no lo comparaban con López, como veremos. Por otra parte, aunque Urquiza manifestaba en su carta sorpresa por la actitud paraguaya, hacía meses que era un secreto a voces la posibilidad de la invasión. Pero el caudillo entrerriano necesitaba de la concreción de esa acción para justificar su accionar ante otros líderes federales. De todas maneras, las esperanzas federales sobre Urquiza se siguieron diseminando en algunos órganos de la prensa de los diferentes países involucrados en el conflicto. La prensa porteña afín a la contienda lo presionaba, asustada:

“Pero ¿puede esperarse que el General Urquiza traicione la fe en él depositada? Nosotros pensamos que el General Urquiza no traicionará a su país, perdiéndose para siempre pues su falta tendría un castigo inevitable más tarde o más temprano. No lo hará porque pondría sobre su frente la mancha eterna de los traidores que no hay esponja que la borre. No lo hará porque sería vencido

sin remedio y entonces perdería su posición y su personalidad política se hundiría para siempre y sería maldecida por todos los buenos.” (*El Nacional*, 19 de abril de 1865)

Las dudas que se referían al accionar del caudillo entrerriano estaban fundadas en años de enemistades. Sin embargo, aún con los temores y ansiedades de último momento, el destino de Urquiza durante la guerra ya estaba sellado. Su rol durante la misma lejos estaba de liderar una resistencia al menos explícita y organizada y mucho menos una alianza con el Paraguay. Esta actitud de Urquiza fue determinante para el devenir de la contienda. Francisco Solano López pensaba contar con su apoyo para vencer a la triple alianza. Su percepción era errada, la actitud del caudillo entrerriano fue de indiferencia ante los pedidos de la oposición a Mitre. Había una idea de nación compartida que comprendía la organización jurídica y gubernamental, la unificación del territorio y una nacionalidad entendida como un sentimiento de unión algo difuso discursivamente. Para Mitre este sentimiento estaba anclado en una visión de la historia que marcaba tres hitos fundamentales: la independencia, Caseros y Pavón. Para Urquiza los dos primeros eventos podían tomarse de manera reivindicatoria, pero el último no era más que una aceptación de los hechos consumados.

4.2 Argentina entra en guerra

Aludimos en esta apartado a las circunstancias que pusieron a la República Argentina dentro de la contienda contra Paraguay. Hacemos referencia a las reacciones por la noticia en Buenos Aires y el interior y al debate que suscitó. Por último ponemos la mirada sobre las provincias de Entre Ríos y Corrientes, especialmente afectadas por la guerra.

4.2.1 Las formalidades

El ejército de Francisco Solano López al mando del General Robles entró en Corrientes en abril de 1865. El gobernador Manuel Lagraña abandonó la ciudad y se estableció en Goya con parte de la población. En la capital permanecieron algunos habitantes algo indiferentes al conflicto y otros simpatizantes de la causa paraguaya por los vínculos emocionales, comerciales, de cercanía y hasta parentesco que unían a muchos correntinos con el Paraguay. La máxima expresión de esta tendencia estaba representada por la Junta Gubernativa provisoria que estableció el ejército paraguayo, integrada por los tres triunviros correntinos. Aquí aparecieron fehacientemente las primeras figuras de “traidores a la patria” durante la guerra en la visión mitrista y su disputa por la nación. La prensa porteña, en la voz de *El Nacional*, el 10 de mayo de 1865 se burlaba “Ellos dicen (...) que combaten contra el Imperio, que representan la democracia”. *El Nacional* citaba la Constitución para hablar de la junta de Corrientes y anticipar el proceso que pos-guerra tuvo que enfrentar el único de los triunviros que la sobrevivió (Ramírez Braschi, 2004). El periódico invocaba: “La traición contra la nación consistirá únicamente en tomar las armas contra ella o en unirse a sus enemigos prestándoles ayuda y socorro. El Congreso fijará por una ley especial la pena de ese delito, pero ella no pasará de la persona delincuente ni la infamia del reo se transmitirá a sus parientes de cualquier grado.”

Mientras tanto, el Congreso Nacional debatía si era menester extender a todo el territorio de la República, el estado de sitio declarado para Corrientes. Esta propuesta de extensión del estado de sitio generó una ardua discusión en el Senado de la Nación de la que participó el Ministro del Interior Rufino de Elizalde. Los senadores opositores a la medida consideraban que declarar el estado de sitio para todo el territorio argentino era una manera de presión y coacción hacia las provincias que podía generar más resistencias que beneficios. Algunos argumentaban que la medida se podía ver como un castigo innecesario a provincias que ya se habían comprometido en la lucha. Sin embargo, la estrategia de Mitre al comenzar la guerra era precisamente nacionalizarla, a través del reclutamiento en los diferentes espacios provinciales, a través de la difusión de la misma en la prensa de todo el país y también con la medida del estado de sitio. El

presidente sabía que no podía hacer esta guerra solo con el apoyo de sus simpatizantes en Buenos Aires y que además era una oportunidad de encolumnar a la nación entera detrás de él. Al respecto el ministro del interior apeló en el debate a un argumento sentimentalista, de fervor patriótico y moral para justificar el estado de sitio como una manera de concientizar a todos los argentinos de que la guerra los comprometía. Esta búsqueda de apoyo moral se impuso incluso sobre la necesidad de apoyo militar en el discurso. Rufino de Elizalde sabía que la unión argentina era reciente y precaria y alerta sobre las posibles simpatías de algunas tendencias políticas con el Paraguay. Pero la guerra era la oportunidad de Bartolomé Mitre de demostrar y convencer a la población que su idea y proyecto de nación era los correctos. Los senadores no manifestaban una oposición a la contienda sino al estado de sitio. Días antes, el Presidente de la Nación, abre así las sesiones en el Parlamento:

“Saludo a vosotros la majestad soberana del pueblo argentino, cobardemente herido en estos momentos en lo que la Nación tiene de más sagrado, por la mano alevosa de un enemigo extraño. Cumpliendo con los altos deberes que la patria y la Constitución me imponen, he provisto ya a la seguridad del territorio y he rechazado la sangrienta ofensa contestando a la guerra con la guerra. Ahora sólo falta que vosotros, los legítimos representantes de la voluntad nacional, lo declaréis a la faz del mundo en nombre del pueblo argentino; y ordenéis que sus legiones desplegando sus banderas nunca vencidas, vayas más allá de las fronteras del territorio del agresor a buscar reparación y justicia, no en nombre de odios y de sórdidos intereses, pero en nombre de eternos principios y de los sagrados derechos de la humanidad vilipendiada (Aplausos)” (Mensaje Mitre en la Apertura de Sesiones, 1 ro de mayo de 1865)

El presidente de la Argentina inauguró así las sesiones de su congreso instando a los representantes de la República a unirse a la lucha que consideraba de toda la Argentina y a captar las voluntades de los pobladores de sus respectivas provincias para ir al frente. Sabía que no era una tarea fácil porque la lucha además era en los confines de la patria. Se manifestaba nuevamente en el tono del discurso una exaltación del sentimiento nacional herido ante la afrenta de la invasión territorial. La nación remitía a ese territorio afrentado, a una constitución, justicia y derechos. Como forma de reafirmar su posición, en su discurso además se destacaba la adhesión a la causa Entre Ríos, haciendo alusión a Urquiza, otrora su enemigo y hoy a su lado luchando por la misma causa. También el apoyo de Corrientes y el patriotismo de Santa Fe eran

resaltados y hay un lamento por los levantamientos recientes en Córdoba. Se rescataban además las amistades de países vecinos como Chile y Bolivia y de países no tan vecinos, pero de peso como Estados Unidos y Gran Bretaña.

Días después, la Cámara de diputados y Senadores aprobaron la ley que autorizaba al Poder Ejecutivo Nacional a declarar la guerra al Gobierno del Paraguay y la licencia a Bartolomé Mitre como presidente para asumir como General en Jefe del Ejército Aliado. Recibió aprobación además, en sesiones secretas según lo consiga Thorton, el controvertido tratado de la triple alianza. Comenzaron en el recinto las discusiones sobre el reclutamiento y las Guardias Nacionales y, aunque con algunas intervenciones que lo resistieron, se impuso la visión republicana de que “el que no es soldado, no es ciudadano”. Ser parte de la nación argentina requería defenderla por las armas. El concepto de nación incluía así la figura de un ciudadano soldado, inspirado en las luchas por la independencia, Caseros y Pavón. Se discutió también sobre la formación del incipiente ejército, el rol de las madres argentinas en dejar ir a la batalla a sus hijos en honor a la bandera argentina y el nombre inmaculado de la patria. Además se trató la enmienda para la formación del ejército de línea y los gastos para familias que tuvieron que emigrar de Corrientes.

4.2.2 Todos somos argentinos

La invasión paraguaya a Corrientes se había consumado, era hora de declarar la guerra e ir a combatir. Las órdenes estaban dadas. Las leyes sancionadas. El reclutamiento en marcha. La prensa, principal órgano de difusión y accionar política, no podía mantenerse ajena. Tenía que dar también su batalla para darle impulso a la contienda que se avecinaba. Y para el periódico dirigido por José María Gutiérrez era claro: a la guerra se iba en nombre de la nación argentina. Pero no entendida solamente como un estado. Para convencer de la imperiosidad de la lucha, debía apelarse fundamentalmente a otros contenidos, quizás muchos de ellos no inéditos en sus características y ya

invocados por los legisladores, pero ahora con otra fuerza e insistencia, apelaciones más sentimentales y una relectura de la historia. Las identidades provinciales quedarían muy subordinadas en el discurso. La unión nacional aparecía con toda su vehemencia en un registro que daba cuenta de una incidencia esgrimida por la contienda:

“La guerra contra el Paraguay será la más popular de que jamás haya habido ejemplo en nuestros anales; y esto porque al sentimiento de la dignidad ultrajada, se une el justo encono que ha despertado el inicuo agresor de poblaciones tranquilas, que viene a hostilizar traidoramente una nación que no la da motivo de guerra...la opinión de los nacionales se ha levantado en masa gritando guerra al déspota del Paraguay.

Los nacionales ven una provincia argentina invadida, los buques argentinos robados, sangre argentina derramada por una traición alevosa que los mismos bárbaros ofrecen raros ejemplos, ven la seguridad del país amenazada, sus derechos ... y su pabellón objeto de una injuria sangrienta. ¿Cómo no ha de levantarse contra López?

Todos los partidos han desaparecido.

Todos los hombres están bajo la misma bandera, porque es la bandera azul y blanca, la que nos guía en el campo de batalla y porque reposando en su derecho y en su santidad de su causa saben que nada tienen que reprocharse desde que en hombre del honor y del derecho sagrado de defensa van a repeler y castigar la agresión más alevosa.

Lo hemos sostenido siempre: la única guerra posible y popular entre nosotros, habría sido una guerra ARGENTINA, hecha para rechazar un ataque o para vindicar injurias inferidas a la nación.

Guerra *argentina* hecha por causas propias, en nombre del honor y del derecho de los argentinos y que tendrá a todos los argentinos bajo sus banderas

Argentina es la provincia de Corrientes, argentinos los bosques argentinos los oficiales y soldados. La guerra es pues eminentemente nacional.” (*La Nación Argentina*, 18 de abril de 1865)

La estrategia mitrista era clara, la guerra debía ser nacional para poder llevarse adelante. Nación entendida como territorio soberano que había sido ultrajado. Nación como un pabellón histórico. Nación en cada uno de los soldados que luchaban por ella. La Argentina era la bandera y las provincias, todos sus habitantes, el territorio y el gobierno, la historia común y el honor. Corrientes invadida era la Argentina ultrajada. La Argentina se escribía íntegramente con letras mayúsculas en una de las líneas porque había sido ultrajada. La guerra reforzaba el sentido de la identidad nacional al llevarse a cabo contra otro extranjero; la oposición al Paraguay reforzaba la unidad argentina. Por otra parte, uno de los presupuestos de la consolidación de la nación era la puesta en suspenso de la lucha de partidos y las identidades provinciales. La historia de esa nación rescataba las uniones, los resultados de los hitos y no las constantes disputas facciosas. Las divisiones desaparecían en el discurso. Había un esfuerzo por reunir a las partes del todo, nombrar desde lo más cercano a lo más recóndito, desde el más pobre de los

soldados hasta el más importante de los oficiales. Las clases desaparecían, los intereses particulares de las provincias también debían hacerlo. Todos eran la nación y la guerra lo era. La dignidad ofendida a manos de los bárbaros debía ser recuperada por todos. Los editoriales en este sentido se multiplicaban, revelaban que la contienda imprimía cambios en los discursos. El reclutamiento necesitaba también de un espíritu de entusiasmo y causa común. La apelación ferviente a la identidad nacional al inicio de la contienda no era solo patrimonio de los funcionarios y legisladores del gobierno, ni del periódico mitrista porteño. El periódico más vendido del país se mostraba aún más efusivo con el inicio de la contienda, a la que consideraba la más popular de toda la historia y no cesaba de repetir editoriales en ese sentido:

“Podemos decirlo sin temor de ser desmentidos: jamás habrá emprendido el pueblo Argentino una guerra más popular, que aquella que acaba de retarlo la audacia del tirano López. Todo hombre de ideas grandes y generosas. Todo aquel que alguna vez haya sentido latir su corazón por una causa noble y todo el que ame la libertad y la democracia, sonrío de contento ante las esperanzas que esta guerra despierta. (...) El Presidente Mitre no deseaba esta guerra. López lo provoca a ella. En este caso el héroe de Pavón, toma nuevamente su espada y llamando en torno suyo a las legiones antes vencedoras, se apresta a la lucha con toda la fe que debe inspirarle el patriotismo de la nación. Adelante! Diga el General Mitre una palabra y el pueblo Argentino se pone de pie. Lo que quiere y desea, a lo que aspira, es a formar parte de la cruzada libertadora” (*La Tribuna*, 23 de abril de 1865)

Al igual que *La Nación Argentina*, *La Tribuna* en un primer momento evitó mencionar que la guerra se hacía en alianza con el Imperio del Brasil. La estrategia era contraponer a un Paraguay bárbaro, despótico, tiránico en manos de un dictador a la Argentina civilizada, liberal y republicana que no hacía más que ir a liberar al pueblo paraguayo de su yugo. Ya no importaba tanto la afrenta al territorio como la cruzada civilizadora, la misión que como argentinos se debía desempeñar. Esta misión tenía un solo líder y era Mitre elevado a la categoría de héroe nacional al que todo el pueblo debía seguir. Las discordias debían ser dejadas de lado, el partido era disolvente de la nación. La libertad y la democracia eran atributos centrales de la patria. La prensa porteña compartía a grandes rasgos este entusiasmo inicial que se manifestaba también en las calles de Buenos Aires y en algunos círculos intelectuales. Los periódicos más reticentes como *El Pueblo* no aportaban grandes críticas al inicio, se limitaban a

desconfiar de la alianza, reproducían partes de los corresponsales de guerra y compartían conceptos sobre la nacionalidad argentina durante la guerra con los periódicos más afines al mitrismo. Si bien *El Pueblo* era crítico de la intervención de Bartolomé Mitre en la Banda Oriental, a la hora de la reacción ante la invasión paraguaya, se encontró apoyando su causa y tomando nota de los apoyos por fuera de Buenos Aires:

“El pueblo de Buenos Aires ha visto con satisfacción a los dignos hijos de Tucumán. Ellos, después de una travesía de más de trescientas leguas en que han sufrido toda clase de privaciones vienen a tomar parte en la cruzada contra el déspota del Paraguay, que han ultrajado la honra argentina haciendo fuego sobre la bandera de Mayo” (*El Pueblo*, 10 de octubre de 1865)

Los orígenes de la nación se remontaban, según diversos artículos desplegados durante el transcurso de la guerra en periódicos diferentes, fundamentalmente al 25 de mayo de 1810. Defensores y opositores a la guerra referían que fue en ese momento en el que nació la patria cuando se libró del yugo español. En menor medida, aludían en este sentido también al 9 de julio de 1816. La libertad, la independencia, un panteón de héroes, una historia compartida, la república y un territorio formaron esta nación de mayo. Una guerra civil de décadas desvirtuó los principios de este proyecto primigenio. Caseros fue el primer intento por acabar con estas disputas que había derivado en una tiranía. Pero fue recién cuando llegó la batalla de Pavón que esta nación se dotó de unidad. El carácter distintivo en las efemérides de la primera parte de la década de 1860 lo proporcionó precisamente la referencia a Pavón. Es el triunfo de Mitre el que consolidó, solidificó, estructuró a la nación nacida el 25 de mayo de 1810 según sus partidarios y llevó a la gloria los ideales de San Martín y Belgrano, este último quien había llevado adelante otra misión “libertadora” a Paraguay, aunque sin éxito. Pavón formó la unión necesaria para acabar con las disensiones internas y enfrentar al enemigo externo. Las referencias a la época de la independencia se volvieron difusas y reinterpretadas sobre el evento de septiembre de 1861. La Guerra del Paraguay agregaría de parte del mitrismo, la recurrente comparación de Francisco Solano López con Juan Manuel de Rosas en tanto dos tiranos que sometían a su pueblo y lo llevaban a la barbarie. Esta visión no era compartida por sus adversarios políticos que no

comparaban a López con Rosas (aunque compartían una opinión negativa sobre él) y consideraban que Mitre lejos de consolidar aquellos ideales de la independencia, los desvirtuaba. Lo que sí coincidían todos los intelectuales de la época era en referirse a la patria como sinónimo de nación aunque con un tinte algo más sentimental y ligado a este pasado heroico.

De esta manera, los discursos sobre la guerra en Argentina se estructuraron en torno a la nación y fueron numerosos. El concepto comprendía: elementos políticos, históricos, institucionales, territoriales, morales y sentimentales tanto en mitristas como en opositores. En el caso mitrista y de sus aliados, sus ribetes políticos descansaban sobre las nociones de libertad en oposición a la tiranía paraguaya y reivindicativa de las luchas de la independencia y la libertad de discusión. Sobre la civilización, opuesta a la barbarie del gobernante y el pueblo paraguayo, república en contraposición a la tiranía guaraní, orgullosa de la organización institucional y del Congreso y soberanía en relación al territorio ultrajado. Precisamente el territorio comprendía el de todas las provincias unidas y había sido afrentado. Además nación se oponía fuertemente a partido identificado con la lucha divisoria y la desunión. En cuando a los elementos históricos, la novedad del debate que imprimió la guerra radicaba en la relectura desde Pavón hacia el 25 de mayo de 1810 como analizamos y en el peso que se le otorgaba a este aspecto en el concepto. Los valores y apelaciones morales redundaron en un heroísmo compartido, una solidaridad, una manera correcta de hacer la guerra. El sentimiento era definido de manera difusa pero persistente, tomaba la primera plana del debate y se decía que anidaba en los corazones de todos los habitantes.

Los elementos étnicos del concepto se presentaron de manera recurrente aunque con especificaciones débiles y difusas. La nación ya no era solo gobierno y territorio. Varias menciones al idioma, a la raza, a un sentimiento, a las costumbres y a la cultura dotaron de algo de contenido al concepto. Pero era un contenido bastante indefinido; no aparecieron en el centro descripciones más desarrolladas sobre el gaucho, la tierra u otras figuras románticas presentes en discursos anteriores de las élites letradas. Probablemente porque no estuvieran tan arraigadas, ni tan desarrolladas con un fuerte consenso; las élites siguieron desconociendo, menospreciando e ignorando a las clases

populares. Existieron en los debates del Congreso algunas apelaciones en contra de la conscripción que remitieron a lo que podían perder algunos habitantes con la guerra, pero fracasaron y no fueron detalladas. Pensamos también la guerra no propiciaba un momento adecuado para desplegar este tipo de discurso de nacionalismo marcadamente étnico, fuera con elementos previos o novedosos. La guerra necesitaba una reivindicación nacional lo suficientemente fuerte como para llevar a los habitantes del país a pelearla, pero lo suficientemente difusa como para aceptar pelearla al lado de otra nación. Y más, cuando esa otra nación era la tradicionalmente considerada enemiga y cuando no, al menos bastante diferente y exótica.

En Buenos Aires se desarrollaron manifestaciones callejeras, reuniones cafés y en la universidad a favor de la contienda. Comentamos sobre ello en el capítulo 2, añadiendo el apoyo de algunos caciques de la frontera a Bartolomé Mitre. Pero el fervor discursivo que despertó en su inicio la guerra y la apelación sentimental y cultural a la identidad nacional por el comienzo de la misma, no se quedaron solo en la prensa porteña. Pueden encontrarse prácticamente en todas las provincias en al menos uno de sus periódicos. Muchos de ellos, replicaron editoriales de los diarios porteños como por ejemplo *El Orden* de Jujuy que además publicó la proclama de Mitre que convocaba a la guerra. Por su parte, *El Constitucional* de Mendoza el 9 de mayo de 1865 publicó un editorial denominado “La voz de la Patria!” en el cual se denunciaba lo que se consideraba como un vil y traidor ataque por parte de Paraguay y llama a defender los ideales de San Martín y Belgrano en defensa del honor nacional con la contundente frase “Ante todo somos Argentinos”. Esto contrastaba con críticas de ese periódico anteriores a la política de acercamiento a del gobierno nacional al Imperio del Brasil, probablemente producto de la estrategia del ejecutivo nacional para generar consenso en las provincias. Los ejemplos de la apelación a la nación, a la patria para el llamado de la guerra se repitieron en otras provincias:

“Somos, como el que más, enemigos de la guerra y la efusión de sangre, pero como argentinos ofendidos por la barbarie de un déspota, deseamos su completa destrucción, deplorando sinceramente el fanatismo o el temor arrastre al pueblo paraguayo a caer envuelto en la derrota junto con su Presidente. Por esto nos felicitamos de que la paz no haya tenido lugar, por esto nos felicitamos de que las operaciones continúen, pues la guerra se abrevia y creemos que concluya pronto” (*El Norte* de Santiago del Estero, 8 de octubre de 1866)

“Cuando la patria está en peligro, los sacrificios no deben omitirse, no deben excusarse. La guerra en que hoy está empeñada la Nación, hace necesario que el mayor número posible de sus hijos se presente en los campos de batalla. Es un deber que tenemos que cumplir forzosamente. El honor del país lo reclama. La ley lo exige y lo manda. Los momentos son supremos” (*La Discusión* de Córdoba, agosto de 1865)

Por su parte *El Zonda* de San Juan se mantuvo más expectante por la situación en Chile, aunque reprodujo partes del teatro de la guerra de la triple alianza. La obra de José Manuel Estrada sobre el desarrollo histórico del Paraguay, trabajo editado en Buenos Aires el mismo año de comienzo de la guerra, coronó este extendido entusiasmo inicial por la guerra en el debate político nacional. Estrada consideraba que su manifiesto más que una obra literaria era un deber para con la patria en este contexto de inicio de la contienda: “La guerra, por consiguiente, está trabada entre la civilización y la barbarie. Representa la lucha de todos los pueblos del Plata en defensa propia y en prosecución de un objeto de inspirado por la generosidad del corazón democrático, que palpita vigorosamente en las tres naciones aliadas.” (Estrada, 1865: 351)⁹

La guerra era una lucha de la civilización contra la barbarie, de un país que salía a vengar su bandera afrentada con la invasión. La nación paraguaya hería a la nación argentina y a su propia historia que debía reivindicar la revolución de Mayo. Casualmente en 1870 cuando la guerra terminó y se estableció en el país guaraní una suerte de protectorado aliado, se impuso el 25 de mayo como feriado nacional en Paraguay como garantía de civilización, de reconstruirle la historia a un pueblo que se merecía otro tipo de nación a la que la sometía el déspota.

4.2.3 Corrientes y Entre Ríos. Escenarios de la guerra y primeras grandes resistencias

⁹ “Por afortunado destino suyo, la escuela ha sido fecunda. Cerrado el largo período de la guerra civil, en que el país ha conquistado a costa de copiosas amarguras, cada verdad constitucional, cada principio de organización, y en que el régimen federal instintivo y congénito a las pasiones de las masas, ha brotado por fin y florece como la esperanza nacional, la fraternidad práctica vencía en las costumbres, y todas las fuerzas sociales se aplicaban a la tarea perpetua del progreso.” (Estrada, 1865: 333)

4.2.3.1 La mirada porteña

El debate sobre la identidad nacional a partir de la guerra no fue exclusivo de las élites letradas de Buenos Aires sino que se reprodujo y resignificó en todas las provincias. La contienda, aunque impopular y resistida, requirió un esfuerzo humano y material de la Argentina en su conjunto. Sin embargo encontramos diferencias del tratamiento según la región. Las provincias de Entre Ríos y Corrientes fueron la que efectivamente reprodujeron con más efervescencia el debate. La provincia de Corrientes fue el único escenario argentino de la contienda y principal teatro de la guerra durante su primera parte. Apuntamos ya algunas líneas sobre la invasión paraguaya, el traslado del gobernador y el establecimiento de un triunvirato pro-paraguayo en la capital. Más tarde, cuando la contienda se trasladó definitivamente al país guaraní, la ciudad de Corrientes, recuperada por el ejército aliado, se convirtió en territorio retaguardia y campo de aprovisionamiento de las tropas. Corrientes fue el espacio regional clave de esta guerra porque proporcionaba el motivo para que el presidente Bartolomé Mitre declarara formalmente la guerra al Paraguay en abril de 1865 cuando un contingente de tropas paraguayas invadió el territorio. Corrientes demostró la idea de Argentina que se defendió, una idea también territorial (Buchbinder, 2004).

La guerra de la Argentina a Paraguay estaba declarada, pero en el escenario de la contienda había tres argentinos en primera plana que se resistieron a la política mitrista. Los triunviros correntinos se defendieron. Y no lo hicieron desde una postura separatista sino arrogándose la verdadera identidad argentina que Buenos Aires había querido siempre desvirtuar. La misiva estaba dirigida a los compatriotas y de ellos se excluían a los paraguayos. Eran un otro, aunque otro fraterno, el enemigo era el Imperio del Brasil. Por esa última razón, era menester recibirlos y apoyarlos. La defensa era también a la república y a la democracia por sobre la monarquía:

“Compatriotas: las fuerzas paraguayas que ocupan la Provincia pertenecen a una República que siempre ha sido para vosotros un pueblo hermano, no son nuestros enemigos, son, sí, nuestros mejores amigos. La única misión entre nosotros es defender la independencia de las Repúblicas del Plata, hostilizadas por el Emperador del Brasil y comprometida por la política insidiosa del Gobierno de Mitre.

Correntinos, a vosotros consta que jamás hemos querido ser instrumentos de la demagogia que desde Buenos Aires trabaja creando peligros para comprometer nuestra cara patria y sus más vitales intereses. Esta es también la convicción de todos los argentinos fieles a nuestras tradiciones. Pesen, pues solo a Mitre y su círculo las emergencias porque atraviesa el país.” (Teodoro Gauna, Víctor Silveros, Sinforoso Cáceres, 3 de mayo de 1865 citado en Ramírez Braschi, 2004)

Por otro lado, aparecía también la provincia de Entre Ríos como clave en el conflicto bélico. Era la provincia del líder, que aunque derrotado en Pavón, continuaba siendo referente del federalismo. Junto con Corrientes constituía el corredor obligado de las tropas antes de cruzar a territorio paraguayo. Soldados, animales, mercancías debían pasar por allí. De todas maneras, esta leva en la provincia urquicista provocó uno de los hechos más resonantes de la resistencia a la guerra: los levantamientos o desbandes de Basualdo y Toledo en julio y noviembre de 1865, respectivamente. La relevancia geográfica que les proporcionó una guerra contra el Paraguay, las resistencias ocurridas a la misma, los vaivenes del poder político y el impacto sobre la vida cotidiana hicieron de la región un ámbito privilegiado para el análisis. Al término de la contienda la sujeción de Entre Ríos y Corrientes (y de prácticamente todas las provincias) al estado nacional era una realidad, la nacionalización de la política de la región era un hecho consumado.

Antes de analizar la dinámica del debate en Entre Ríos y Corrientes, proponemos abordar la mirada desde Buenos Aires, quien comprendía el carácter clave de esta región del litoral en la contienda. En primer lugar aparecieron las condenas a los triunviros correntinos; *El Nacional* publicó la proclama de quienes consideraba “traidores” de la junta gubernativa correntina. El periódico mitrista, en cambio, se preocupaba más por mostrar concordia entre las partes que componían la nación. Y los ejemplos que se tomaban eran más que significativos: “Corrientes se ha puesto sobre las armas y ha proclamado su voluntad en defender hasta el sacrificio, la soberanía argentina, llevada por su heroísmo y por el sentimiento de patria que anima a todos sus hijos” (*La Nación Argentina*, 29 de julio de 1865).

Para el gobierno argentino a través de su vocero *La Nación Argentina*, era imprescindible sostener que la guerra se llevaba a cabo sin titubeos, resistencias, traiciones o abandonos, máxime allí donde se la peleaba, muy lejos de donde se la escribía. Con lo cual era mejor insistir en los apoyos que en las resistencias. Por otro lado, el mismo periódico citaba el intrigante ejemplo de Entre Ríos, caso que presentaba complejidades. Curiosamente nos llega sobre esa provincia, uno de los manifiestos más enérgicos sobre la nacionalidad argentina en guerra:

“La guerra civil alzó partido contra partido y provincia contra provincia. Por eso se odiaban de muerte los partidos y las provincias. Hoy por el contrario, se aman, porque el Paraguay amenaza la República, atenta contra la soberanía nacional, y escarnece la bandera de la patria común. Por esa razón Buenos Aires y Entre Ríos marchan juntos. La nacionalidad es consagrada con la sangre de una generación y todas las divergencias se desvanecen.” (*La Nación Argentina*, 28 de abril de 1865)

En la visión mitrista, la guerra del Paraguay venía a consolidar la unión nacional de Pavón. La agresión paraguaya proporcionaba pleno sentido a la argentinidad y la ponía en primer plano. La guerra ya no era interna, como había sido en todos estos años. Esta guerra era diferente. La oposición a otro externo que analizamos en el capítulo anterior, reforzaba la identidad propia, identidad que se construía también en relación a un agente externo. La nación era un gobierno, un territorio, una bandera y una historia compartida. La nación era pre-existente a Pavón, pero no había tenido un contexto correcto para consolidarse hasta ahora. El tiempo de las discordias parecía muerto, partidos y provincias se fundían en la nación. La nacionalidad se nutría de la historia de una generación que dio su vida por la patria. El componente nacional aparecía con vigor y pasión, cimentado en una historia compartida de luchas y muerte. Argentina era también sobre todo un gobierno republicano y el legado de su independencia. Hoy la guerra era contra otro y por ello los encontraba unidos según la visión de *La Nación Argentina*. La nación unida era también resultado del accionar del caudillo de Entre Ríos. Sin embargo el levantamiento de Basualdo planteaba un problema para esta visión en bloque. Cuando fue imposible negar la resistencia, el recurso para denostarla fue también en términos de la identidad nacional. La guerra del Paraguay puso en primer plano el debate sobre la identidad nacional argentina, tanto por sus apoyos como por quienes la resistieron.

Quienes desertaron en Basualdo fueron tomados como traidores a la patria. Se buscaba además defender a Urquiza de posibles elucubraciones que lo ligaban a los desmanes:

“El General Urquiza se ha prestado de buena fe a defender su patria de la invasión extranjera que la amenaza, pero ha sido víctima de la confianza desmedida que tenía en su propia influencia y su ejército ha sido minado o los trabajos combinados de sus propios enemigos de Entre Ríos y de los amigos del Paraguay que en gran número se encontraban asilados en aquella Provincia cuando ella fue militarizada” (*La Tribuna*, 13 de julio de 1865)

La Nación Argentina buscaba minimizar el hecho, para poder sustentar el entusiasmo por la guerra. Basualdo no fue tomado como significativo, como representativo. Se trataba de unas 10.000 personas que no eran ejemplo, eran cobardes, pero no representaban al país ni siquiera a su provincia. Era un error imputarle a todo Entre Ríos el delito de unos cuantos. Para mostrar estas resistencias como excepciones que justificaban una regla se citaban otras provincias de supuesta conducta ejemplificadora como Córdoba (que en realidad también sufría algunos levantamientos de sus fuerzas), Santa Fe (en donde había testimonios de muestras de apoyo y también de condena) y Buenos Aires (en el capítulo 2 dimos cuenta de las manifestaciones políticas en calles y lugares de reunión, aunque se manifestaron resistencias en la campaña). Los levantamientos y discordias eran escasamente mencionados y se buscaba que no afectasen la idea de unidad nacional. Sin embargo, aunque el discurso periodístico utilizaba estos recursos para intentar mantener la moral de la tropa intacta, el gobierno miraba con preocupación la situación, aunque nunca dudaba al menos explícitamente de la lealtad de Urquiza. O si duda, no lo demostraba para persuadirlo de no intentar ninguna acción en contra:

“Llegó ayer el general Urquiza y estuvo a verme pocos momentos después de su desembarco. Nuestra entrevista, podrá usted imaginarse a lo que se reduciría, puesto que ya está al corriente de todo lo ocurrido en Basualdo. Sus disposiciones son las mejores. No dudo de su buena fe, y estoy cierto de que hará cuanto pueda para reunir el contingente pedido y así lo logrará” (Mitre a Gelly Obes, 24 de julio de 1865)

Urquiza y su lealtad no son puestas en duda. Se pone la mirada sobre otros jefes de su provincia y sobre los soldados. *El Mosquito* en julio de 1865 comparte esta visión:

Figura 6



Fuente: *El mosquito*, 16/7/1865

Se ve a un Urquiza apesadumbrado ante los levantamientos de su tropa. Al pie de la litografía se leen sus pensamientos. Llamaba a los soldados pícaros, canallas. Y en su voz se colocaba la responsabilidad que le endilgaba el periódico de Mayer. Es el mismo Urquiza el que les “ha enseñado” a odiar a los porteños y ahora cosechaba su siembra de tantos años de discordia. Las primeras victorias militares importantes de los aliados en combate, en este caso la batalla de Yatay de agosto de 1865, fueron tomadas como espejo que muestra la vergüenza de la conducta en Entre Ríos en los periódicos porteños. Los entrerrianos no le hacían honor a su argentinidad:

“Lo habíamos dicho los primeros; la batalla de Yatay ha sido un desengaño para los que fundaban sus esperanzas en el desesperado valor de los bárbaros invasores. Ese valor que se ha encontrado quebrado al choque de nuestras fuerzas era la base en que los pocos argentinos, indignos de este nombre, elevaban la estatua de su ignominia. Entre Ríos el primero, el pueblo que mira con horror el adelanto de la república desde algunos años a esta parte, se rehusaba para prestar sus hombres que unidos al resto de la república deberían echar del territorio al invasor y perseguirlo hasta destruir el trono de un tirano. (...)Entre Ríos está engañando a la nación” (*El Nacional*, 24 de agosto de 1865)

No solo los periódicos muy favorables a la guerra de la triple alianza condenaron los motines desde Buenos Aires. *El Pueblo* compartió las nociones de nacionalidad y la visión negativa sobre los motines en las provincias que manifestaban un anti-porteñismo irracional y disolvente. Se podía acordar o desacordar en algunas políticas de acción, en la conveniencia del tratado, en la necesidad del estado de sitio, pero en general las sediciones estaban condenadas por toda la prensa. Quizás no como producto de esta guerra sino como consecuencia del resultado de Pavón y el hartazgo por las rebeliones internas que en última instancia perjudicaban siempre a los poderes constituidos de cualquier signo, que eran los que efectivamente podían sustentar un órgano de prensa:

“Las fatales consecuencias de la fuga de las fuerzas Entrerrianas, acampadas en Basualdo han formado la conciencia que nada puede esperarse de esa Provincia mientras esté dominada por el caudillaje eterno enemigo del progreso y de la libertad de la República. (...)No es esta la primera vez que cuando se trata de guerra Nacional, la Provincia de Entre-Ríos, por el solo hecho de que Buenos Aires lleva la iniciativa en la lucha, se producen hechos deshonrosos para el país. Nos referimos al papel asumido por Entre-Ríos cuando la guerra con el Brasil.” (*El Pueblo*, 4 de octubre de 1865)

Sin embargo, la resistencia al reclutamiento no cesó y se repitió en otras provincias como en Córdoba. *El Nacional* en su editorial del 11 de octubre de 1865 opinaba que La Rioja estaba “perdida por el caudillaje y la barbarie” aunque tenía un gobierno liberal que no podía lidiar con la situación. Cuando los sucesos de resistencia se repetían, se acrecentaban y empezaban a preocupar *La Tribuna* eligió culpar de la situación a las ideas diseminadas contra el Brasil por Justo José de Urquiza, quizás tratando de encontrar una explicación para la magnitud que empezaban a tomar los

levantamientos, probablemente porque se dirigían a un público que no simpatizaba con el caudillo entrerriano. Se anticipaba la razón principal de los motines:

“Uno de los corresponsales de La Nación Argentina, cuyas palabras hemos transcripto ayer, anuncian que los desertores del ejército de Urquiza al abandonar nuevamente sus filas, vienen diciendo que no quieren pelear ni con los porteños, ni con los orientales, ni con los brasileros. (...) Ese odio al soldado brasiler que se traduce por odio a la alianza, es la obra exclusiva del General Urquiza, que en su casa, en sus conversaciones, en todas partes hablaba siempre contra la alianza. Tal es la verdad, que es preciso decirlo una vez por todas. Quizá Urquiza fue completamente inocente en Basualdo; quizás lo será ahora en Toledo, pero uno y otro hecho responde a una consecuencia lógica a las predicaciones de Urquiza contra el Brasil.” (*La Tribuna*, 17 de noviembre de 1865)

4.2.3.2 La mirada propia

Mientras en Buenos Aires para 1865 la opinión dominante era condenar todas las revueltas, en Entre Ríos y Corrientes había una dinámica propia del debate en la prensa. Ya en 1865 se plasmaban de manera favorable, aunque no predominante, estas resistencias a la guerra en el debate público, fundamentalmente a partir de un periódico correntino que fue acusado de “paraguayista” por sus pares, aún mayoritariamente favorables a la contienda. El 2 de abril de 1865, la ocupación paraguaya era inminente y el periódico correntino *El Independiente* escribía:

“La prensa liberal de Buenos Aires trabaja con tesón para complicar a la República en la cuestión Brasilera-paraguaya; y como hay motivo para suponer que marcha de acuerdo con el pensamiento oficial, deducimos lógicamente, que la política del gobierno nacional es funesta para el presente y el porvenir de la República. Nosotros tenemos más necesidad de cualquier otra provincia de estar precavidos contra esa política, porque no podemos dejar nuestras vidas y futuro a merced de los errados cálculos de estadistas imprevisores. Complicada la República Argentina en la cuestión brasilera-paraguaya, la provincia de Corrientes vendrá a ser como hemos dicho ya la víctima expiatoria de los desaciertos del Gobierno Nacional. Los correntinos vendríamos a servir de carnada para que el Brasil pasease holgadamente en el Paraguay” (Citado en Ramírez Braschi, 2006: 73)

El periódico acusado de paraguayista se defendía también reivindicando la identidad nacional argentina apenas comenzada la invasión y acusaba de traidores a la patria a sus opositores:

“es muy noble, muy patriota el corazón correntino para admitir semejante infamia (la alianza con el Brasil)...los correntinos serán los primeros a quienes cabrá la gloria de levantar la bandera argentina que ha flameado siempre sobre el humo de los cañones que sostuvieron inmortales principios; ellos serán los primeros que volverán por el honor, por el nombre argentino, que se ven comprometidos con la negra e infama traición de su gobierno” (Citado en Ramirez Braschi, 20 de abril de 1865: 79).

Reproducimos el debate sobre las acusaciones de paraguayismo en Corrientes en el capítulo anterior. *El Independiente* resistía con su postura crítica y se arrogaba detentar la verdadera argentinidad al igual que el mitrismo. Patria aparecía nuevamente asociada a la nacionalidad y al sentimiento. En una línea similar el periódico opositor *El Paraná* de Entre Ríos mantuvo durante 1865 algunas polémicas con *La Nación Argentina* en las cuales criticaba la alianza con el Brasil como objetivo principal, focalizaba su estrategia en mostrar que la política del Imperio del Brasil tenía intereses contrarios a los de la República y se defendía de estar ligados al Paraguay y condenaban su gobierno.

Los levantamientos en Entre Ríos produjeron también condena en varios periódicos de la provincia. De este fenómeno dio cuenta el siguiente fragmento del periódico *El Republicano* de Entre Ríos, diario del periodista uruguayo Eduardo Guillermo Gordon, que quiso refrendar esa realidad de resistencia:

“Acabamos de recibir cartas de nuestros amigos del Ejército Entre-Riano, en ellas nos revelan el estado de orden y disciplina en que se encuentra ese ejército, a pesar de las malas versiones que han hecho circular los malos hijos de esta Provincia (...)Ahora nosotros preguntamos; pueden llamarse Entre-Rianos los que así obran? Pueden aspirar al derecho de llamarse patriotas los que se complacen en verter esas noticias alarmantes que solo servirían para embaucar a los tontos y a los niños?

No! Mil veces no! La Provincia de Entre-Ríos ha respondido dignamente al llamado de la patria, ha corrido en masa a rodear a sus compañeros de glorias y ha venido a pedir el puesto de honor que le cabe en las filas de los verdaderos argentinos” (*El Republicano*, 12 de noviembre de 1865)

Quien desistía de ir a la lucha estaba traicionando a su patria, a su historia, a sus valores. Había un honor y una gloria compartidos. La identidad regional entrerriana aparecía de todas maneras englobada en la identidad argentina. La oposición a esta lucha se reflejaba también en el combate de ideas que aquí nos convoca. Pero esa oposición también se hacía en nombre de la Argentina, la patria, de la nación, aunque se manifestaba en el debate público en Entre Ríos con más fuerza en 1866.

Llegamos entonces al fin de 1865 y tanto en la prensa de todo el país, como en el Congreso Nacional, como en las publicaciones de intelectuales y correspondencias entre los máximos jefes políticos notamos un apoyo generalizado a la guerra y un repudio a la agresión paraguaya. El entusiasmo recorría los debates de los medios de comunicación en su mayoría. Había muestras de apoyo en Jujuy, en Mendoza, en Córdoba, en La Rioja. El llamado a la guerra se daba en términos de la identidad nacional argentina. La nación los necesitaba, quienes así no lo comprendían serían traidores a la patria. El comienzo de la guerra puso en primer plano a la identidad nacional en tanto territorio ultrajado, gobierno deseable y fundamentalmente, historia y sentimiento compartido. El sentimiento necesario para un reclutamiento de escala nacional. Asomaban tímidas en Buenos Aires y con algo más de fuerza en el litoral, fundamentalmente en Corrientes, las críticas a la alianza con el Brasil. La dinámica el año siguiente iba a ser diferente.

4.3 1866. La resistencia intelectual y el debate sobre la identidad nacional argentina

Durante la primera mitad del año 1866 se organizó la crítica a la guerra de la triple alianza en torno al periódico *La América*. Analizamos el discurso de este diario, sus disputas con el mitrismo, la repercusión de la publicación del tratado de la alianza y hacemos énfasis en la obra del intelectual opositor más destacado, Juan Bautista Alberdi.

4.3.1 *La América* y la publicación del tratado secreto de la Triple Alianza en Buenos Aires

Como apuntamos *La América* comenzó a circular en febrero de 1866 y fue clausurado en julio de ese mismo año por el gobierno de Bartolomé Mitre. Muchos de sus redactores fueron encarcelados. Tuvieron un discurso fuertemente opositor al gobierno y su cruzada al frente de la guerra con Paraguay. Marcaron un punto de inflexión en el debate político por su persistencia y coherencia en el discurso y el peso de sus notables plumas. Sus efectos se extendieron en el debate de la prensa en todas las provincias y se acentuaron cuando en mayo de 1866 el periódico publicó el tratado hasta entonces secreto de la triple alianza. Si en el discurso de *La Nación Argentina* la guerra se presentaba como una cruzada civilizatoria, quienes se oponían a la contienda aparecían como traidores a la patria; los llamaban como “el diario paraguayo” o “aparaguayados”. De la misma forma *La América* acusaba a *La Nación Argentina* de estar “abrasilerado” y llegaban a nombrarlo como “el diario brasileño”. Sin embargo ambos periódicos se proclamaban herederos de la tradición de mayo, de una historia compartida. Ambos discutieron sobre la guerra poniendo en primera plana el tema de la nación. No había entonces una idea de nación argentina dividida o que no existía, sino una disputa sobre la titularidad de la identidad nacional y algunos de sus contenidos. Eran los opositores y los defensores a la guerra quienes reforzaban la idea de nación en su disputa por el significado de la misma y en su oposición o alianza con el imperio brasileño y con Paraguay. La guerra delimitaba la idea de nación argentina a través de la oposición a los otros países, aliados o enemigos, y a partir de la contienda intelectual que desataba. Y la pelea no era por la nación en tanto sus territorios o límites sino en tanto sus contenidos culturales, sus líderes y su forma de gobierno.

La América fue en efecto el periódico opositor a la guerra más fuerte de toda la contienda y se publicó en la región a la que se la acusaba de llevar adelante la guerra:

Buenos Aires. Su discurso, el más extremo, hizo que algunos medios también críticos de la alianza considerasen de todas maneras al diario de De Vedia como un traidor a la patria. *El Pueblo* era un ejemplo de ello. Sin embargo, cuando cerraron *La América* y encarcelaron a sus colaboradores, *El Pueblo* condenó el hecho y publicó la denuncia de De Vedia:

“Por el momento, no hallo otro medio para facilitar la mayor publicidad de la despedida que *La América* dirige al pueblo, que solicitar esa inserción en las columnas de *El Pueblo*, como el único diario que considero bastante independiente para hacer esa publicación.(...) Saluda al redactor de *El Pueblo*, Agustín de Vedia, Cárcel de Policía, 30 de julio de 1866.” (*El Pueblo*, 30 de julio de 1866)

Las palabras demostraron la imposibilidad de encontrar un diario independiente de la dinámica política. La prensa continuaba siendo partidista, sin disimulo. En el caso de *El Pueblo* se trataba de un periódico con relativa oposición a la guerra fundamentalmente por su crítica a la alianza y obsesionado con denostar la figura de Urquiza. Como mencionamos, *El Pueblo* condenaba el cierre de *La América* y daba cuenta de la oposición que se hacía presente también en otros ámbitos fuera de la prensa, en este caso los escritos de Carlos Guido y Spano, a los que debemos sumar los de Juan Bautista Alberdi, Olegario Víctor Andrade y Miguel Navarro Viola, escritos que también en parte fueron reproducidos en *La América* y otros periódicos del país: “En la cárcel pública y en nuestra compañía se halla el Sr. D. Carlos Guido Spano a quien no se le puede imputar otro crimen que haber escrito hace tres meses un opúsculo que todo el mundo conoce y cuyas ideas se han apoderado ya de la conciencia pública. Agustín de Vedia” (*El Pueblo*, 30 de julio de 1866)

El Pueblo confirmaba luego que las voces opositoras a la guerra se estaban haciendo sentir en el propio Congreso, cuestión que abordamos enseguida. Además de *La América*, se clausuraron otros periódicos opositores como *La república* y *La palabra de mayo*. En 1869 se reabrió *La América*, pero Domingo Faustino Sarmiento, presidente de la República Argentina en ese entonces, lo cerró al poco tiempo. La suerte de la guerra

ya estaba echada y la presencia argentina era casi simbólica. Por esta razón pasamos ahora al análisis de diferentes tópicos relativos a las representaciones de la nación argentina dentro del periódico durante 1866, momento más álgido en el debate. Elegimos el análisis privilegiado de *La América* por la relevancia de sus redactores, por su impacto en el debate nacional (es retomado en otros periódicos del interior) y por su afinidad con un personaje tan destacado como Alberdi.

El día de aparición del periódico se presentó su programa firmado por Agustín de Vedia. Se reclamaba la publicación del tratado de la alianza firmado en mayo de 1865 y se denunciaba que la guerra es un resultado de intrigas diplomáticas. En consonancia con el nombre del diario, se abogaba allí por los intereses americanos, defendiendo la causa del pueblo y hablando en su lenguaje: “A combatir el fanatismo religioso y político, a elevar el principio sobre el hombre, el interés de la patria y el interés de la América sobre el interés de una política y el interés exclusivo de un pueblo determinado.” (*La América*, 1ro. de febrero de 1866)

De esta manera *La América* se manifestaba desde su nacimiento contra las intervenciones odiosas de las potencias extranjeras, enarbolando la bandera americana por sobre cualquier otra insignia. La importancia de la misma parecía defenderse en un principio excluyente, sin lugar para las particularidades nacionales: “La América no levanta la bandera de una nación aislada, no se encierra en las fronteras de ningún pueblo, no se le busque ese carácter, porque su carácter es eminentemente americano, como lo dice su nombre” (*La América*, 1 ro febrero de 1866). El peso de las representaciones americanas desde la época revolucionaria en los territorios rioplatenses ha sido estudiado como marcamos desde los influyentes trabajos de José Carlos Chiaramonte. Para la década revolucionaria prevalecieron las identidades provinciales y regionales por sobre la nación. Sin embargo la idea de una América no implicaba la inexistencia de la representación de la nación argentina. Como apuntamos, Jorge Myers y Pilar González Bernaldo criticaron la visión de Chiaramonte al postular que la existencia de una multiplicidad de identidades regionales no nos excluía de repensar la

identidad nacional. Coincidimos con las críticas desplegadas para la época revolucionaria y adicionamos una característica fundamental para nuestro período: el principio de nacionalidades ya empezaba a difundirse y los estudios sobre las representaciones de la nación argentina daban cuenta de un refuerzo de las nociones identitarias de nación en desmedro de las nociones pactistas, a partir de la década de 1850. Todos estos indicios nos llevan a no desechar sin más la pertinencia de estudiar la construcción de una identidad nacional. Vemos cómo la primigenia insignia por el americanismo encontró sus límites en la corta vida del periódico ante una guerra entre naciones americanas. Esta idea de la patria americana fue retomada por el denominado revisionismo histórico en su crítica feroz a la tradición liberal. Estas postulaciones parecieron responder más al contexto y al marco teórico de los historiadores que las formularon, que a una comprensión real de los actores del fenómeno. Se ha esgrimido que se trataba de una visión muy acorde a los tiempos de guerra fría, al auge de los movimientos de resistencia latinoamericana ante las dictaduras fogueadas desde el norte y hasta se ha sugerido cierto paralelismo entre Cuba y el Paraguay pre-guerra.

Cuando leemos en detalle a los opositores a la guerra en *La América* reforzamos esta crítica. Ni la tradición liberal (ocupada en defender la causa de la guerra) ni los revisionistas se tomaron el trabajo de examinar de cerca las ideas de los opositores a la guerra en su contexto. Sorprendentemente Gran Bretaña aparecía poco mencionada en los escritos de los opositores que no tenían por qué no denunciarla si consideraban que era la enemiga. La idea de una América unida, aunque contradictoria en su definición se sostenía en oposición a otra enemiga: España. Aunque de todas maneras tampoco se trataba del mayor oponente, sino que todas las flechas apuntaban al Imperio del Brasil.

Desde diferentes tradiciones historiográficas, se argumentó que la gran resistencia e impopularidad de la guerra era signo de la débil unión nacional o hasta de la inexistencia de una identidad argentina. Sin embargo, que el gobierno nacional tuviera dificultades para imponer su fuerza en todo el territorio, no implicaba que sus opositores no se sintiesen argentinos. Esto equivale a entender y equiparar la argentinidad exclusivamente a como la pensaban Mitre y sus aliados. Entre los opositores a la guerra, con *La América* como el máximo exponente entre la prensa, no era que la idea de

nación argentina no existiese, sino que el problema radicaba en lo que significaba la nación, lo que quería, lo que le convenía. Los opositores a la guerra manifestaban principalmente su disconformidad en tanto argentinos.

En 1866 se editó en Buenos Aires el trabajo del escritor Carlos Guido y Spano “El gobierno y la alianza” que fue también reproducido en varios periódicos del país, entre ellos, por supuesto *La América*. Su visión de nación describía a un ser que no había madurado, que era un pueblo existente pero no representado porque vivía bajo el yugo de un gobierno injusto y hasta despótico. En algún punto Guido Spano asignaba al gobierno mitrista características similares a las que éste último endilgaba al gobierno paraguayo. El trabajo de este intelectual comenzaba con una cita de referencia al presidente norteamericano Andrés Johnson “Nuestro gobierno procede del pueblo, fue hecho para él, y no el pueblo para el gobierno. Débele pues, homenaje, y de él tiene que derivar valor, fuerza, sabiduría”. Hacía falta terminar de construir ese pueblo que frenara los abusos de un gobierno que iba a una guerra contraria al ser nacional. Una guerra llevada a cabo por un gobierno que mantenía fachadas republicanas, pero que decidía con actitudes autocráticas. Lo interesante entonces era que había valores e ideas compartidas en la idea de nación de los defensores y los opositores a la guerra. Lo que se discutía y disputaba es quiénes las encarnaban, quiénes las atacaban, quiénes las traicionaban. Mitristas y sus enemigos reforzaron la identidad nacional argentina en la disputa intelectual que también desató esta guerra. Ninguno de ellos describió elementos étnicos con detalle. Como dijimos en el apartado anterior, probablemente porque no estuvieran arraigados. También porque querían contestarle al mitrismo en sus términos y por su obsesión era el poder del Imperio. Y probablemente en el caso de los opositores, porque había que demostrar suficiente argentinidad para atacar al Brasil, pero tampoco tanta como para no empatizar con Paraguay. Por eso era más efectiva la apelación a la historia, a los conceptos políticos contrapuestos y a ciertos valores morales o culturales difusos. También porque los opositores buscaron representar la contienda como una guerra perpetrada por gobiernos y no por sus pueblos. De esta manera recurrieron más a conceptos políticos:

“La alianza es de los gobiernos, no de los pueblos. ¿De qué modo se explica esta monstruosidad? La respuesta es triste, pero necesaria, diremos, repitiendo los conceptos de uno de los publicistas actuales más distinguidos del Brasil, que si son aplicables a su país, lo son también al nuestro: “esto se explica, porque en esta tierra, digámoslo para nuestra vergüenza, fuera del país oficial no hay país. Quien no está por el gobierno, está bajo el gobierno. No el gobierno como instrumento ejecutor de las leyes, como fiscal de la administración de los bienes comunes como el impulsor del progreso y de las mejoras morales y materiales, sino el gobierno ministro, el gobierno persona, el gobierno ambición, el gobierno partido, el gobierno interés. (...) En este país de libertades la libertad no existe. El fantasma de la constitución sirve apenas para traicionar las conciencias. Allí donde se espera la garantía del derecho, aparece la sentencia de la arbitrariedad. Cuando se cuenta con la justicia, es inevitable el encuentro con el despotismo.” (Carlos Guido y Spano, 1866: 101)¹⁰

Quien clarificó los contenidos de esta disputa que abrió la guerra por la nación fue también Olegario Víctor Andrade. En su escrito de 1866, *Las dos políticas*, dio cuenta de manera explícita la diferencia entre mitristas y opositores en esta disputa intelectual: la lucha entre Buenos Aires y las provincias, pero dentro de un mismo espacio que ya nadie discutía. Ni sus límites, ni su idioma, ni sus costumbres eran puestos en duda, los valores esgrimidos eran los mismos. La interpretación de su historia y de su gobierno, no. Una disputa cultural y una disputa política era la que subyacía en esta discusión que enfrenta a las provincias y Buenos Aires, pero ya desde una unidad inevitable. Notamos que la identidad provincial aparece nuevamente subsumida a la identidad nacional y de manera générica como “las provincias”. Andrade además defendía a los caudillos como el exponente de la resistencia a la dominación porteña sobre la Argentina, aunque su visión sobre Rosas era igual de negativa que la de los mitristas. La alianza con Brasil que hoy denostaba, en aquel momento anti-rosista, había sido una “dolorosa necesidad”. Los personajes históricos eran citados en función de su papel como profundizadores de esta división interna:

“Abrid los ojos, mirad a todas partes, interrogad a los pueblos, a los partidos, a los sucesos y hombres; pueblos, partidos y sucesos, os contestarán que Pavón solo fue un cambio de hombres y de política, solo fue la restauración del ascendiente perdido de Buenos Aires, la ruina y el desquicio para las provincias, la riqueza y el poder para Buenos Aires. La misma política de todos

¹⁰ Guido y Spano “¿Quién cedió en esta dificultad? El gobierno argentino. Por el tratado secreto no solo se comprometió a respetar la independencia del Paraguay, sino a garantizarla por cinco años, no obstante hacer la guerra con el objeto de derrocar la autoridad que aquella República se ha dado, y haber arreglado sigilosamente con el Brasil las cuestiones de límites pendientes, adjudicándose ambos territorios disputados al mismo país cuyos derechos de soberanía declaran no querer vulnerar.” (Guido y Spano, 1866: 95,96)

los tiempos aciagos de la República! Rivadavia, Dorrego, Rosas y Mitre han sido sus instrumentos (...) Frente a esa política egoísta y descreída, que ha utilizado el tanto por ciento en los infortunios del país, se levanta otra política desinteresada y simpática; desinteresada, porque no trabaja en provecho de una localidad o de un círculo, sino en nombre de los grandes intereses de la nación, simpática porque es el robusto esfuerzo de la libertad perseguida, de la justicia sacrificada, porque es la causa de los débiles contra los fuertes, de las víctimas contra los verdugos” (Andrade, 1866: 242)

La reflexión de Andrade puede pensarse en relación a la polémica que en 1864 mantuvieron Bartolomé Mitre y Dalmacio Vélez Sarsfield sobre la Historia de Belgrano y el rol de los pueblos y los caudillos en la revolución. Desde las páginas de *El Nacional*, Vélez Sarsfield acusó a Mitre de subestimar el rol del pueblo en el proceso y la figura de Güemes. A causa de esta discusión, Bartolomé Mitre debió precisar mejor su estudio sobre la revolución de mayo y aludir también al papel del pueblo en sus explicaciones, aunque lejos de otorgarle un rol determinante. También podemos encontrar algunas líneas de Nicolás Avellaneda al respecto en las cuales se preguntaba dónde estaba la fuerza motriz de los acontecimientos históricos, si en las élites o en el pueblo. De todas maneras esta discusión sobre el papel del pueblo no fue en ese momento mucho más profundizada (Wasserman, 2008).

Hasta comienzos de 1866 la guerra mostró resistencias en el reclutamiento, pero victorias en el frente; loas en la mayoría de la prensa y el Congreso y al presidente argentino llevando adelante una exitosa campaña. Si la formación de este círculo intelectual de resistencia se sustentó más por sus propias trayectorias, ideas y posiciones políticas en un principio en ese contexto adverso, su fuerza, diseminación y legitimidad iban a multiplicarse con un hecho puntual de la guerra. El 5 de mayo de 1866 *La América* publicó el tratado otrora secreto de la triple alianza. Y al hacerlo reconoció que un mundo sin naciones era una quimera:

“Profesamos la doctrina de Sócrates, y como él deseáramos que una sola bandera cobijase el mundo y no fuese ya posible preguntar al hombre cual es la nacionalidad que lo distingue. Pero mientras esa bella esperanza no se realice, no podemos dejar de comprender que la humanidad se divide en facciones, que cada una de ellas tiene sus fronteras, que cada una abraza una bandera distinta y que el sistema y la forma de su gobierno se diferencian según el grado de su

civilización, la corriente de su espíritu o la fuerza de los sucesos que han ejercido presión sobre ella. (...)

Cada ciudadano entonces, cuando no se divorcia con el sistema de gobierno imperante en su patria, cuando no pugna con sus instituciones, cuando no se aísla en la comunión de la sociedad, tiene deberes que llenar y un depósito sagrado que conservar y de que dar cuenta a su patria.

La patria forma entonces el ideal, mientras no se dilaten las fuentes de civilización y sustituye el principio de la hermandad común al principio de la nacionalidad independiente que abriga en su seno.” (*La América*, 5 de mayo de 1866)¹¹

La América tomaba nota de las rivalidades nacionales que él mismo estaba desplegando en su oposición férrea a un país americano como Brasil y renunciaba por el momento al ideal de la patria americana. Que Brasil formaba territorialmente parte de América era innegable para estos hombres que también consideraban a la patria como el territorio. De todas maneras persistían en su visión de que no era más que un Imperio recordando las rémoras de la colonia en espacios libres. Pero era algo ya discutido durante la guerra, era complicado sostener que estaba por fuera de la América. Y el tratado mostraba descarnadamente que esa América estaba en guerra dentro de sí misma. El ideal de un mundo sin naciones se volvía imposible, la guerra misma las delimitaba, les daba forma, las constituía. La guerra del Paraguay cortó con la lógica preponderante de la América versus la corona Española. España era un enemigo ya lejano, Brasil era el más poderoso y cercano ahora. Este apartado es uno de los muchos ejemplos que demuestran que patria se tomaba como sinónimo de nación.

Los ciudadanos formaban esa patria por la que debían cumplir obligaciones. Si para los afines al mitrismo la obligación con la patria era ir a expulsar al enemigo del propio territorio y luego emprender una cruzada libertadora de su pueblo, para los opositores el deber era oponerse a esta afrenta y la obligación como argentinos se reforzaba al conocer lo que consideraban las inaceptables características del tratado de la triple

¹¹ “El gobierno de una nación es el agente principal de las relaciones internacionales de su pueblo y nadie tiene el derecho de negarle esa representación y mucho más desde que en virtud del principio de no intervención que es ley de derecho internacional no tiene ningún otro gobierno la facultad de inmiscuirse en sus relaciones exteriores” (*La América*, 6 de mayo de 1866).

“La patria no se halla sino donde está el honor: ni se comprende sin él. Desgraciados los pueblos que prefieren la patria en la vergüenza y en la humillación” (*La América*, 8 de mayo de 1866)

alianza. Cláusulas que unían a la nación con otra nación enemiga con el fin de destruir el gobierno y el territorio de una nación hermana. No era pernicioso seguir el ideal de la patria mientras se siguieran estos principios. La patria se imponía sobre una hermandad más grande global o regional, la dinámica de una guerra entre países vecinos la imponía sobre los ojos de los americanistas. El deber era que la patria no fuera dirigida por el yugo mitrista porque sus intereses eran contrarios a los esencialmente e históricamente argentinos. El 25 de mayo de 1866 *La América* en sus efemérides, reconoció que el ideal americano se estaba confrontando con una realidad amarga. El Brasil aparecía como la vanguardia que conspiraba contra la América republicana, pero se dificultaba sostenerlo por fuera de una América que lo contenía geográficamente.

Por otra parte *La América* relacionaba el tema de la nacionalidad argentina y la guerra con la inmigración. Esta temática no era central al debate sobre la argentinidad durante la guerra. Aparecía en ocasiones para reforzar el apoyo de legiones de extranjeros a la causa mitrista, pero no como un elemento determinante. No se produjo en este momento el tipo de debate que se dio hacia 1880 con la inmigración más asentada y masiva. Pero ya en esta editorial *La América* daba cuenta del fenómeno inmigratorio y su rechazo a que se los tomara como soldados de una causa ajena, porque era una causa nacional y a su vez, equivocada. Los inmigrantes debían venir a trabajar y hacer más próspera esta nación y no a participar de una condenable lucha. La civilización era paz, trabajo y comercio, no guerra. El inmigrante no debía ser inmiscuido en una temática política que le era ajena. De alguna manera se explicitaba que el apoyo extranjero no era tan difundido y estaba bien que así lo fuera, y ahora que caía el velo de lo que ocultaba el tratado, las circunstancias le daban la razón.

La República Argentina era un territorio convulsionado en plena paz. Se pensaba que los argentinos no tenían que ir a auxiliar a los brasileros. Era elocuente que muchas de las notas las firmaba ya “Un argentino” y no “un americano” o “un correntino” por caso. La idea del deber ser nacional parecía imponerse ante una guerra que involucraba a otras naciones. Por otra parte, en su fuerte discusión con el diario *La Nación Argentina* se plasmaban también las disputas aludidas sobre las características de la nacionalidad

argentina. En el discurso del diario mitrista la guerra se presentaba como una cruzada civilizatoria contra la tiranía y barbarie de Francisco Solano López y Brasil aparecía como el aliado perfecto para frenar este atropello al mundo de la libertad. Quienes se oponían a la contienda aparecen como traidores a la patria:

“El raciocinio de *La Nación* ha de despertar un sentimiento de indignación en el pecho de aquellos que no consideran nunca la cuestión del éxito cuando se levanta más alta la gran cuestión de dignidad y de justicia nacional.

Ante esas inspiraciones elevadas a que el hombre digno obedece, ante esas fundamentales bases sobre las cuales solo puede reposar sólidamente el edificio social y levantarse respetable una nacionalidad, aparecen en toda su desnudez y fealdad las pobres inspiraciones que la necesidad aconseja.” (*La América*, 9 de febrero de 1866)

Contestaba *La Nación Argentina* citada en *La América* “La lealtad es uno de los rasgos característicos de los argentinos y serán leales amigos y aliados de los brasileros, por más que un mal espíritu pretenda suscitar entre ellos el odio y la discordia”. Como mencionamos, el periódico opositor acusaba a *La Nación Argentina* de estar “abrasilerado”, llegaron a nombrarlo como “el diario brasileño”, en tanto que el diario mitrista tildaba a sus adversarios de “aparaguayados” y los acusaba de ser un órgano del partido blanco. Esta última acusación era compartida por diarios opositores en cierta medida a la guerra como *El Pueblo*. En tanto *La América* buscaba la dignidad y la justicia para conceptualizar a la nación, *La Nación Argentina* se apoyaba en una idea de lealtad característica de los argentinos que los debía conducir a la unión con los brasileños. Ambos se proclamaban herederos de la tradición de mayo, aunque tuvieran diferentes diagnósticos sobre el lugar que representaba la opresión durante la guerra.

Como apuntamos, no es entonces que había una idea de nación argentina dividida o inexistente. Los opositores definían a la nación de una manera casi idéntica que los mitristas: aludían a las cuestiones territoriales, políticas, institucionales, históricas, culturales, sentimentales y difusamente a las étnicas. La nación era libertad, independencia y república como decían los mitristas y sus aliados. La nación era un idioma, una cultura compartida, valores y sentimientos repetidos aunque poco definidos, como en el mitrismo. Las referencias a lo étnico y a lo popular eran escasas como en el mitrismo. Pero la interpretación de la historia los ubicaba en un lugar diferente: si bien

se sentían hijos de la revolución de mayo, valoraban a personajes históricos lejanos similares y eran críticos de Rosas, los opositores más férreos a la guerra del Paraguay no hacían una relectura positiva desde Pavón sino negativa. La diferencia estaba en si todos esos valores que parecían ser iguales en ambas tendencias políticas se llevaban adelante con la hegemonía de Buenos Aires o no. Es decir había una disputa por quién se arrogaba el derecho de representar mejor esa identidad nacional, básicamente si Buenos Aires o un espíritu mancomunado de todas las provincias. Los opositores a la guerra del Paraguay abogaron por esta última opción y en su discurso no estaba presente la celebración de Pavón. No porque no quisieran una Argentina unida, eso estaba fuera de discusión. Sino porque la querían organizada bajo una hegemonía diferente. Pero la unidad no estaba puesta en duda. Se oponían a la guerra apelando al significado de la verdadera argentinidad. Y este significado, esta unidad se reforzaba en la constante y obsesiva oposición al imperio brasileño. En esta disputa convivían viejos y nuevos recursos discursivos. Con una idea de nación en transformación se utilizaban viejas reivindicaciones de tinte americanista de la época revolucionaria. Fueron entonces los más férreos opositores y defensores de la guerra quienes reforzaron la existencia de una idea de nación argentina -que superaba a la concepción meramente política- en su disputa por el significado de la misma y en su oposición o alianza con el imperio brasileño.

“El gobierno de una nación es el agente principal de las relaciones internacionales de su pueblo y nadie tiene el derecho de negarle esa representación, y mucho más desde que, en virtud del principio de no intervención que es ley de derecho internacional, no tiene ningún otro gobierno la facultad de inmiscuirse en sus relaciones interiores(...) Por lo demás, y como ya lo hemos dicho, el tal tratado consagra un verdadero saqueo del Paraguay, y en las cuestiones de límites no solo se apropian de los territorios cuestionados, sino que se adjudican territorios que son del dominio absoluto y no disputado del Paraguay(...) Como se ve, estos principios reconocidos y sancionados por el gobierno Argentino, han venido por tierra no obstante que es el mismo el respeto a la independencia e integridad territorial del Paraguay” (*La América*, 6 de mayo de 1866)

El 8 de mayo de 1866 *La América* instó al Congreso Nacional a abordar el tema del tratado. Figura en algunos libros de historia de la guerra que el tratado fue debatido por el Senado el 12 de junio de 1866 (Whigham, 2011). Sin embargo ese día el Senado debatió otro tratado, el de Comercio con Portugal firmado el 9 de agosto de 1852 y no el

de la Triple Alianza, que sí existió debate propiamente figurado sobre él, no quedó en los registros oficiales. Una curiosidad es que en medio de las discusiones por el tratado con Portugal decía Rufino de Elizalde “Todas las grandes cuestiones que ha tenido el Brasil con Inglaterra, han venido de los tratados sobre negros, porque Inglaterra ha considerado la denuncia de esos tratados como una ofensa y siempre ha tenido mala voluntad con el Brasil”. El Senador Navarro compartía la idea de la conducta de Gran Bretaña para con Brasil. Las cuestiones relativas a la guerra en el congreso no pusieron en tela de juicio la misma. Los temas que se trataron en 1866 son relativos al nombramiento a José Mármol como plenipotenciario y enviado extraordinario cerca de su majestad el emperador del Brasil, el crédito de 4 millones de pesos fuertes para las atenciones de la guerra con el gobierno del Paraguay. En el mensaje de apertura de las sesiones de 1866, el vice presidente Marcos Paz en ausencia de Bartolomé Mitre, tomaba al Brasil como parte de Sudamérica¹². Luego se sometía a proyecto de ley que acordaba premios a los generales, jefes, oficiales y soldados que terminasen la guerra contra el gobierno del Paraguay. Félix Frías, senador de Buenos Aires, exponente del romanticismo católico, es quien primero deslizó algunas críticas a las consecuencias que provocaba la duración de la guerra y sugería discretamente una mirada negativa sobre la alianza en ocasión de otro debate¹³. En la sesión del 2 de octubre de 1866 por el voto por crédito a la guerra el senador Frías fue el único en expresar que “todos los sacrificios tienen un límite y es bueno que el país sepa hasta donde puede llegar”. Mientras tanto el

¹² “La guerra a que fuimos provocados hace un año por el gobierno del Paraguay y que ya se acerca a un término glorioso para la República Argentina, es la única perturbación de nuestras relaciones exteriores que tengamos que lamentar. Los derechos de los neutrales han sido cuidadosamente atendidos, y las pocas reclamaciones a que el estado de guerra ha dado lugar de parte de aquellos, se han arreglado amistosamente, o están en camino de serlo con el espíritu de moderación y de justicia que ha sido la regla del gobierno en sus relaciones internacionales y que en esta ocasión ha sido debidamente apreciado por los gobiernos extranjeros cuyos intereses o los de sus naciones, han venido a rozarse de cualquier manera con nuestros derechos de beligerantes.” (Mensaje de apertura de Sesiones del Congreso Nacional, 1866)

¹³ “En mi opinión, sin que quiera entrar a este respecto en ningún debate retrospectivo, es mi opinión decía que una política previsora representada en el Estado Oriental por un hombre de las aptitudes del señor Thompson, habría ahorrado al Brasil, al Estado Oriental y a nuestro país, las calamidades de la guerra en que estamos empeñados; guerra, cuyas consecuencias según lo entiendo, serán deplorables para todos, incluso para los vencedores. Después de terminada la lucha con el Paraguay, quedarán por resolver cuestiones muy difíciles, según lo he oído decir al señor Ministro en la comisión y lo comprendo bien: cuestiones entre nuestro país y el imperio del Brasil, entre los que hoy son aliados; y el Senado comprenderá también, sin necesidad de muchos esfuerzos de raciocinio a este respecto, que en tales cuestiones nos interesa sobremanera que el Estado Oriental se ponga a nuestro lado y no del Brasil” (Félix Frías, senador por Buenos Aires, 19 de junio de 1866)

cuestionamiento a la alianza salía de los límites de *La América* y sus afines y se ampliaba hacia el periódico más importante del país:

“Para nosotros ya lo hemos dicho antes, la guerra contra el Paraguay es una cosa, y las estipulaciones políticas del tratado, para después de la guerra son otras. La ofensa brutal inferida por el gobierno paraguayo debe ser reparada y para conseguirlo hemos dicho que un tratado de alianza ofensivo y defensivo con el Brasil y Estado Oriental era lógico atentos los sucesos y la posición de esas naciones respecto al Paraguay. Pero un tratado de alianza para hacer la guerra ofensiva y defensiva, en el que para nada necesitaron entrar planes políticos que no tendrán realización sino después de la guerra y que a nuestro juicio recién entonces debieron surgir.” (*La Tribuna*, agosto de 1866)

La disputa de *La Nación Argentina* con *La Tribuna* de los hermanos Varela presentó por supuesto más matices que con el círculo de *La América*. En un primer momento el diario de los Varela defendía con firmeza la constitución de la alianza y la entrada en la guerra. Sin embargo con la publicación de las cláusulas del tratado comenzaron a vislumbrarse críticas. *La Tribuna* condenaba los artículos que referían a la situación paraguaya post guerra y la forma en que los aliados decidían sobre su soberanía. Esta postura era la más difundida y repetida durante el resto de la contienda en la mayoría de los periódicos del país. La guerra fue correcta en respuesta a la invasión, el gobierno del Paraguay era condenable, pero con el conocimiento de las cláusulas del tratado se comenzaron a presentar reservas sobre la alianza y los planes con el gobierno y el territorio paraguayo. A esto se sumó la duración inesperada de una guerra que parecía no terminar y las resistencias internas que preocupaban. *La Nación Argentina* acusaba a *La Tribuna* de tomar los argumentos de Alberdi y su grupo en tanto considerar al Brasil como enemigo natural y al Paraguay como aliado. Los hermanos Varela contra atacaban acusando a *La Nación* de defender al Brasil. El mayor insulto en el debate por esta guerra fue denominarse con la nacionalidad de otro, reforzando la pertenencia a la propia. *La Nación Argentina* se defendía de las acusaciones:

“Nuestra misión no es defender a Brasil (...)nuestra misión es únicamente la defensa de los intereses argentinos, que consideramos vinculados estrechamente a la actualidad.(...) no era odio y maquinación al Brasil, era odio y maquinación contra el Gobierno Argentino (...) los intereses argentinos son los intereses de la alianza” (*La Nación Argentina*, 28 de septiembre de 1867)

Al intentar sostener la alianza fue menester quitar a Brasil del medio de la argumentación, identificar la guerra con los intereses argentinos y a sus opositores como traidores a la patria y conspiradores contra el gobierno nacional. Al mismo tiempo se produjo una polémica de *La Tribuna* y *El Nacional* contra *La Nación Argentina* que los acusó de dudar del talento y capacidad de Bartolomé Mitre al criticar la alianza. Por su parte, *El Pueblo* se sumó a la indignación por la publicación del tratado:

“Los medios son: hacer desaparecer el gobierno paraguayo, respetando la soberanía, independencia e integridad del pueblo!
Vergonzosa contrariedad! Cómo! ¿Se profesa respeto a la soberanía e independencia de una Nación variándole gobierno?
¿Trocándose en tutores del pueblo, es eso prueba de respeto?” (*El Pueblo*, 9 de mayo de 1866)

Sin embargo, la resistencia intelectual fortificada a la luz de la publicación del tratado de la triple alianza, no llegó muy lejos en el tiempo. Andrade escapó de la cárcel refugiándose en Entre Ríos, Guido y Spano terminó en prisión a mediados de 1866 junto a De Vedia. Miguel Navarro Viola fue encerrado en un antiguo depósito de carbón del Río de la Plata. De todas maneras habían sembrado muchos cuestionamientos que permanecieron matizados en los diferentes periódicos del país, incluso entre quienes habían apoyado la contienda. La legitimidad de la contienda había quedado herida de muerte en el debate público y el gobierno argentino ya no pudo detener ese descontento. Como tampoco pudo detener al mayor exponente intelectual de esta resistencia a la guerra, quien fue considerado como traidor a la patria por prácticamente toda la opinión pública hasta el fin de la misma.

4.3.2 La guerra de Alberdi

Traidor. Paraguayo. Aparaguayado. Los calificativos que designaban a Juan Bautista Alberdi fuera de los escritos de *La América* eran unánime y se encontraban presente en

discursos de todo el país. Sus folletos fueron tan denostados durante la contienda como reproducidos. En Buenos Aires, *La Nación Argentina*, *La Tribuna*, *El Nacional* y *El Pueblo* lo trataban de traidor. Pero el opositor argentino más resonante y firme a la guerra del Paraguay no estaba en suelo nacional sino en París. A sus folletos durante la guerra se sumaba además una profusa correspondencia que mantuvo con el diplomático paraguayo Gregorio Benites quien también estaba en Europa al momento de la contienda.

Para Alberdi, a partir de la Guerra con el Brasil, Argentina ya existía como unidad y no debió ser neutral. El conflicto de la década de 1860 trataba de una neutralidad aparente y una hostilidad real. El cuerpo diplomático le atribuyó la intervención de Flores en la Banda Oriental a Mitre desde un primer momento: “La República Argentina no es hoy el país unitario, que en 1826 disputó por las armas al Brasil la Provincia Oriental en nombre de su integridad tradicional. Hoy es una federación de dos países que son a la vez sus dos grandes partidos históricos: Buenos Aires de un lado y las provincias de otro.” (“Las disensiones...” en Alberdi, *Historia de la Guerra del Paraguay*, 1962: 87)

Del pasaje sobre un país dividido se desprendía la idea de una República Argentina preexistente, compartida también por sus adversarios políticos. El partido y el estado se homologaban, eran dos países que a su vez eran dos partidos. Sin embargo la existencia del partido estaba jugando en contra de la unidad de la nación, nación y partidos eran conceptos antagónicos. Aunque en la vereda opuesta, Mitre sostuvo la misma necesidad en el diario que defendía su voz durante la guerra, *La Nación Argentina*. Aunque era más optimista. En su opinión:

“Los nacionales ven una provincia argentina invadida, los buques argentinos robados, sangre argentina derramada por una traición alevosa que los mismos bárbaros ofrecen raros ejemplos, ven la seguridad del país amenazada, sus derechos (...) y su pabellón objeto de una injuria sangrienta ¿Cómo no ha de levantarse contra López? Los partidos han desaparecido” (*La Nación Argentina*, 18 de abril de 1865)

Que los partidos desaparecieran era también el deseo de Alberdi, aunque con otros fines que no pusieran a la República bajo la dirección de Buenos Aires. En su discurso, el sentido político de nación era el que primaba, al igual que en la época de las independencias. Había una nación pre-existente, idea también constitutiva del pensamiento de Mitre. La guerra actual, lejos de ser contra el Brasil, era en el fondo, la guerra de una parte de la república contra otra. Además a diferencia de la guerra de 1826, hoy la República Argentina hacía la guerra al lado de Brasil y en contra de sus intereses nacionales. La República Argentina estaba dividida ya no entre unitarios y federales sino entre Buenos Aires y las provincias de la Confederación. Quien introdujo esta división fue Buenos Aires, manteniendo el país dividido en uno privilegiado y otro tributario. Para esta lucha interna, Mitre había buscado aliados fuera del país, Brasil y Flores y quitado a las provincias su aliado natural que era Paraguay.

De la serie de cartas “Los intereses argentinos en la guerra del Paraguay” la primera de ellas era una respuesta al artículo de *La Nación Argentina* del 11 de junio de 1865. En aquella oportunidad se lo acusaba a Alberdi de traidor a la patria por su folleto “Las disensiones...” Alberdi contestó que el problema no era el folleto en sí mismo sino sus ideas que eran conocidas desde antes de que el folleto existiera. Era conocida su resistencia al localismo de Buenos Aires y manifestaba su simpatía por lo que denominaba la resistencia liberal del Paraguay. Los colores de su bandera eran los de la civilizada Francia, tenían un presidente, un congreso y tribunales subordinados a una Constitución. Si Alberdi aceptó la alianza con Brasil en 1851 fue en pos de libertar a la Argentina de la tiranía de Buenos Aires. Hoy la alianza tenía por objeto restaurar esa dominación sobre las provincias y por eso se volvía inaceptable. Esto llevaba a discutir el significado de la lealtad, la traición y el patriotismo. La nación estaba dividida en dos países, por lo tanto nación, ya no se homologaba a estado como en las definiciones otrora mencionadas:

“Lo que es conspiración de las ideas y de los votos nacionales contra un localismo más antinacional que el extranjero, se hace aparecer como conspiración contra la patria y se consigue así castigar como traidoras las ideas supuestas al localismo antipatriótico de Buenos Aires, que eran ayer consideradas como patriotismo argentino” (“Los intereses argentinos...” en Alberdi, *Historia de la Guerra del Paraguay*, 1962: 135)

La nación los preexistía, estaba desunida, había que recomponerla, pero no de cualquier manera. La disputa discursiva sobre la guerra del Paraguay era también una disputa por el contenido de la idea de nación. Todos se arrogaban el derecho de su verdadera representación, de comprender su real significación. Los intereses de Buenos Aires no eran solamente partidistas, sino antinacionales y por ende traicioneros de los verdaderos ideales de la patria. La acusación de traición y antinacionalismo era recíproca. La oposición liberal a Mitre era la heredera de la oposición liberal a Rosas. La vieja guerra civil argentina se reflejaba en esta guerra aparente exterior:

“Es que hoy somos la nación, dicen ellos. Pero, ¿tengo otro crimen para esos nacionalistas que el de haber amado y servido a la nación con la altura y desinterés de que son testimonio todos mis escritos que el público conoce, y que ellos detestan y denigran hace diez años? ¿Puedo yo creer en el patriotismo de quienes me han castigado por patriota?...Admito que es mejor equivocarse con su país que acertar con el extranjero. Pero, ¿qué no es extranjero en la guerra que en mi país se hace hoy en día por encargo y de cuenta del Brasil? Si no hubiese en la arena más combatientes que el Paraguay y la República Argentina, el puesto de todo argentino estaría designado por el más simple deber. Pero sin la ingerencia del Brasil, ¿es admisible siquiera la hipótesis de una guerra argentina con el Paraguay?” (“Los intereses argentinos...” en Alberdi, *Historia de la Guerra del Paraguay*, 1962: 154)

La defensa que Alberdi hacía de sí mismo es hasta victimizante. Los opositores eran tratados como hipócritas. Pero más allá de las disidencias internas, los países aparecían bien definidos, eran nítidas unidades. Y lo que se diferenciaba en distintos proyectos sobre lo que era en sí misma la nación, se definía más certeramente por la existencia de otro. La República Argentina se conformaba y se definía en su oposición al Brasil y su cercanía al Paraguay. La disputa por el verdadero significado de la nación con Mitre era clara. En la discusión por lo que denominaban la libertad de prensa, el diario mitrista argumentaba la existencia de periódicos opositores y la publicación de los folletos de Alberdi en el diario como pruebas de la existencia de esa libertad:

“Alberdi en el folleto de que nos ocupamos aquí que llegó a nuestras manos, sostenía que entre nosotros solo hay libertad de prensa para elogiar el actual orden de cosas, pero no para la oposición que pueda hacerse. Como la mejor contestación que pudiera darse a esa calumnia, hemos citado la existencia de *la América*, órgano de los intereses paraguayos en el Río de la Plata. Pero aún hay otro argumento más decisivo ¿Qué dos diarios de Buenos Aires han reproducido el folleto de Alberdi?” (*La Nación Argentina*, 5 de abril de 1866)

Si en el discurso de *La Nación Argentina* la guerra se presentaba como una cruzada civilizatoria, quienes se oponían a la contienda aparecían como traidores a la patria. Para Juan Bautista Alberdi, la nación era territorio y valores pero era también historia compartida. En “Crisis permanente de las repúblicas del Plata” Alberdi sostuvo que el acta de nacimiento de la nación había sido la Revolución de mayo al igual que el mitrismo y sus objetivos fueron: “Crear o constituir un gobierno nacional y patrio para asegurar a todos los argentinos, el goce y la integridad de su territorio, de su libertad interior y exterior, o independencia de su honor, de su tranquilidad, de su progreso y civilización” (“Crisis permanente...” en Alberdi, *Historia de la Guerra del Paraguay*, 1962: 165).

Estos propósitos parecían más hablar de la situación actual de aquel Alberdi que de la coyuntura revolucionaria propiamente dicha. Sin embargo, en esa instancia no hacía una lectura crítica de su anacronismo o de su razonamiento forzado y sí se lo endilgaba a Mitre. Con ironía Alberdi sostenía que el biógrafo de Belgrano se creía su segundo ejemplar al considerar que su cruzada actual en Paraguay era la continuación de la que había llevado en Belgrano en 1810 como delegado de la Revolución de Mayo. Más adelante Alberdi marcó las diferencias históricas notables entre ambos períodos como la inexistencia de un gobierno español por sobre Paraguay y de aliados que acompañaban a Belgrano en su campaña como si lo hacían con Mitre. Aún saliendo vencedora la República Argentina, no recogía de esta guerra sino deshonor porque sería un triunfo de Brasil, su enemigo histórico. Aunque con sus diferencias, de todas maneras la guerra aparecía muy conectada con el pasado colonial y con el período revolucionario tanto por defensores como por adversarios a lo largo de la obra.

La política que gobernaba la República Argentina a través de la división no era invento de Mitre ni de Rosas sino el antiguo régimen colonial español que daba por único puerto al de Buenos Aires y todas las rentas en consecuencia. Nuevamente aparecía la idea de nación preexistente y la lectura de la contienda a través de una amplia lente histórica que se remontaba a la colonia. La necesidad de unidad se imponía y dependía de un

triunfo de las provincias argentinas por sobre Buenos Aires: “La centralización, es decir, la salud, la fuerza del país, vendrá por la naturaleza de las cosas, como ley natural de vida nacional; pues toda institución viva y eficaz, que no consiste en mero papel escrito, es la obra espontánea de las cosas, y la *unidad de la nación* es una de ellas.” (Alberdi, 1962: 23)

Paulo Cavaleri analizó la idea de la restauración del Virreinato en el pensamiento de las élites argentinas. Cavaleri observó que Alberdi le atribuía a Mitre una cierta pretensión de restaurar el virreinato a través de esta guerra que consideraba ridícula porque se quería hacer con la dirección de quien disgregaba el virreinato, o sea, Buenos Aires. Además era inviable porque esta contienda se hacía en alianza con el Brasil por lo que Alberdi legítimamente se preguntaba “Gastaría su sangre y su oro Brasil, para reconstruir la monarquía que se erigió para servir de barrera contra él mismo” (citado en Cavaleri, 2004:33). Si la idea de reconstrucción del virreinato podía estar presente en los discursos de muchos intelectuales de la época, la Guerra del Paraguay ponía en evidencia lo quimérico del planteo. Como bien afirmaba Cavaleri:

“Si concluimos que la guerra del Paraguay no es entonces la oportunidad para recuperar la antigua provincia virreinal, sí lo es para maximizar las pretensiones territoriales argentinas –de hecho y de derecho- en el Chaco, a costa del Paraguay y de Bolivia...El sueño de la reconstrucción virreinal fue un realidad la bandera de un expansionismo territorial basado menos en sustentos jurídicos o históricos que en la razón que le habrían de otorgar las armas victoriosas” (Cavaleri, 2004:39).

Y agregamos que no solo era para la Argentina sino para Brasil. Alberdi sabía esto y escribió mucho más en clave de la disputa argentina que en términos de regeneración de un virreinato que esta guerra demostró como ya muerto. Para Alberdi, inevitablemente el progreso iba a llegar y la nación terminaría cobrando forma. Buenos Aires era la enemiga interna de la nación, el germen que devoraba el propio cuerpo. Aparecía este maniqueísmo característico de la última etapa de Alberdi. Los enemigos externos a la nación eran claros y una vez más no tenían que ver con Gran Bretaña. Por otra parte durante la contienda podemos encontrar una comprensión de la necesidad de la violencia en algunos casos por parte del político tucumano: “No soy amigo de la guerra; pero la paz con los instrumentos del Brasil sería la guerra bajo la peor forma, la guerra

sorda y subterránea. La paz entre el Paraguay y un gobierno realmente argentino Ud sabe que es mi sueño dorado” (Juan Bautista Alberdi a Gregorio Benites, 6 de octubre de 1866)

La condena moral a la guerra se volvió particularmente explícita en relación a la Guerra del Paraguay hacia el final de la contienda, con su obra *El crimen de la guerra* de 1870. En directa alusión al discurso mitrista de una guerra de la civilización contra la barbarie, Alberdi respondía:

“La palabra guerra justa, envuelve un contrasentido salvaje; es lo mismo que decir, crimen justo, crimen santo, crimen legal...La guerra es la pérdida temporal del juicio. Es la enajenación mental, especie de locura o monomanía, más o menos crítica o transitoria...Guerra civilizada es un barbarismo equivalente al de barbarie civilizada” (Alberdi, 1870: 42)

Aunque condenatorio de la guerra, una vez más Alberdi desencantaba a los autores revisionistas. Concluía que la paz del mundo venía por el libre intercambio comercial, cuyo mayor exponente es Gran Bretaña. Éste se imponía de manera natural así como lo hacía la nación. Por momentos aparecían como conceptos recíprocamente necesarios para su existencia, nación y libertad política y económica. Los folletos de Alberdi se reprodujeron durante la contienda y le valieron como vimos, casi generalizadamente el mote de traidor en el debate público de todo el país, incluso en diarios críticos de la alianza¹⁴. Un periódico de su provincia natal escribió al respecto:

“La prensa de Buenos Aires se ocupa mucho de un nuevo folleto escrito por Alberdi en favor del Paraguay y contra su patria. Alberdi quería ver a ésta humillada y despedazada por el tirano López, antes que bajo el Gobierno del Presidente Mitre. (...) Alberdi, esa encarnación del odio a Buenos Aires, cree que hace eco en su país la palabra envenenada que le envía del otro lado de los mares. El suizo de pluma hoy al servicio del tirano López, no quiere persuadirse del desprecio y execración con que su país responde a sus infames folletos (...) El traidor Alberdi presenta al pueblo argentino más atrasado que el Paraguay; predica la alianza de sus compatriotas con el tirano López contra el Gobierno de Mitre, es decir, predica la traición, al propio tiempo que en el extranjero pretenden desprestigiar nuestra causa ridiculizando su propio país. Pero dejemos al

¹⁴ Por ejemplo *El Pueblo* acusa a *La América* de ser un órgano del partido blanco y tener el lema Urquiza o muerte por detrás.

traidor entregado a sus infamias y revolcándose en el fango de sus errores. Basta lo dicho para que se acabe de conocer en este país a ese vendido al oro del Paraguay” (*El Liberal*, Tucumán, 22 de abril de 1866)

La disputa por la nación argentina centrada en el liderazgo de Buenos Aires o de las provincias tenía adeptos de ambos bandos en diferentes espacios. El mitrismo había logrado tomar la opinión pública de muchas provincias que en sus periódicos liberales defienden la guerra. En Buenos Aires, a su vez, no todo era mitrismo, y los folletos de Alberdi se difundían allí con mucha fuerza. El exilio proporcionó a Alberdi la oportunidad de animarse a defender al Paraguay de una manera mucho más explícita que la opinión pública de nuestro país, la cual, aún cuando haya sido crítica de la contienda, nunca dejó de justificar la guerra y demonizar la figura de López. Por esta actitud, Alberdi fue sindicado como el gran traidor a la patria, tan traidor que no era ya un argentino sino un paraguayo. La misma concepción de traición que tuvo Alberdi quien llamaba a los mitristas como abrasilerados. El ser argentino era distinto del otro y las traiciones eran en términos nacionales.

4.4 1866 en las provincias

4.4.1 La guerra nacional continuaba, sus defensores

Más allá de las fronteras de Buenos Aires en donde se desarrolló un fuerte álgido debate público sobre la guerra, en las provincias durante 1866 la contienda continuó siendo un tema candente para la prensa, fundamentalmente para las del litoral, en menor medida para las del centro y norte del país y más lejanamente para las de la zona de Cuyo, bastante más influidas por la situación bélica en Chile por cuestiones geográficas. Para los defensores de la guerra fueron los opositores en las provincias quienes detentaron este carácter disolvente de la unidad. Y además incurrieron en grave contradicción al rechazar al Imperio como aliado que otrora los ayudó contra Rosas. En varias

oportunidades reprodujeron con vehemencia el discurso mitrista con la resignificación puesta sobre el elemento brasileño, especialmente sensible en el litoral. La Guerra del Paraguay era la continuación de la guerra contra Rosas, discurso pronunciado en la provincia que lo había derrotado junto con el Imperio del Brasil. Quienes se oponían a la guerra no eran verdaderos argentinos como así se hacían llamar, no podían serlo poniéndose del lado de la barbarie y la tiranía, en contra de la libertad. Nuevamente la nación aparecía designada también por lo que no era: Paraguay y el espíritu partidario. En el caso de Corrientes, nos encontramos con *El Eco de Corrientes*, periódico de historia difusa, que tuvo la particularidad de constituirse como defensor de la guerra en un primer momento y a su vez, contar entre sus redactores y dueños a José Hernández. El diario publicaba hacia 1866:

“La Guerra del Paraguay no es cuestión de partidos. La cuestión torpe y brutal del dictador del Paraguay dio a la guerra que trajo a la República un carácter de guerra nacional de que no se podía prescindir para salvar el honor ni la dignidad y los intereses más primordiales del país. Así vimos acudir a formar el ejército que debía castigar al agresor injusto y bárbaro, hombres de todos los círculos y colores políticos. El concurso y cooperación del pueblo fue inmenso y espontáneo. .. Algunos pocos traidores o agentes del enemigo, fueron los únicos que no respondieron al movimiento de la opinión general. Pero después hemos visto surgir poco a poco una tendencia a convertir en cuestión de partidos, lo que es una cuestión pura y simplemente de interés nacional (...) López buscaba con la guerra que nos trajo, lo que desde 1810 se propusieron los Dictadores del Paraguay. El no traía la guerra al gobierno del presidente Mitre, traía la guerra a la República Argentina, pues para la política paraguaya era indiferente que gobernase Rivadavia, Rosas Urquiza o Mitre, desde que sus propósitos son usurpar los derechos de la República e imponerle una situación humillante (...) La guerra es una cuestión nacional y los que piden la paz piden algo imposible.” (*El Eco de Corrientes*, 9 de noviembre de 1866)

El Eco de Corrientes abogaba por la guerra desde la apelación a la nación argentina que debía unir. Marcaba que no se trataba de una empresa mitrista, la afrenta era a la nación argentina, más allá de quien la gobernara. Sin embargo este periódico fue acusado por *El Nacionalista* de Corrientes de paraguayista y federal, probablemente por la desconfianza de *El Eco* ante el ejército brasileño¹⁵. Muchos de los que apoyaron la

¹⁵ En este sentido también podemos citar “Así como *El Eco* de Entre Ríos es verdaderamente la expresión de aquel pueblo desgraciado, que vive y se gobierna por la voluntad de su caudillo, el “Eco” que por añadidura le han puesto de Corrientes no es otra cosa, sino la voz de un círculo oscuro, compuesto de federales, de tránsfugas, de ambiciosos, de yerbócratas, paraguayistas y traidores. ¿cómo entonces puede llamarse el eco de corrientes? ¿cómo puede merecer tan hermoso título?...destruir la nacionalidad, segregar a Buenos Aires de sus demás hermanas, para que estas queden esclavizadas bajo el yugo de esa odiosa facción, que jamás hizo un bien a la patria” (*El Nacionalista* de Corrientes, 7 de septiembre de 1866)

guerra contra López, pusieron sus reparos con respecto a la alianza. De todas maneras, lo que *El Eco* quería dejar en claro era que la nación era opuesta al espíritu faccioso, de partido, a lo que desunía. Así como el opositor *El Paraná* identificaba la nacionalidad con una historia, una bandera y una lucha en común, vamos a detenernos ahora en la definición de patria que defendía *El Eco* esta vez homologada al concepto de nación:

“¿Qué es la Patria? El Dr Piñedo la define del modo siguiente, La Patria es solo un hombre, es solo una inspiración, es solo una idea? ¿Es solo el pedazo de tierra que nos vio nacer o la cosa que recibió nuestro primer gemido, o el río cuyo murmullo uníamos nuestros infantiles himnos, o el sitio en que se nos enseñó a formar y grabar tan augusto nombre, o el templo a donde íbamos a pedir al Dios de la Patria por la Patria misma? No, la Patria no es esto solo, es todo esto y todavía más: Patria es todo á la vez y esa tierra, y esa casa, y ese río, y ese sitio, ese templo, y nuestros padres y nuestros hermanos, y nuestros amigos. Y nuestras leyes, y nuestros derechos y y nuestra dignidad, y nuestro honor y nuestra libertad, y nuestros bienes y nuestro honor y nuestra felicidad. Los pueblos en cuyo seno se anida el despotismo no tienen Patria; la ausencia de la libertad es la carencia de todo derecho.” (*El Eco de Corrientes*, 13 de noviembre de 1866)

La patria englobaba al territorio, el gobierno, las leyes, sus habitantes, su familia, su historia y fundamentalmente, la libertad. Durante la época revolucionaria patria había el concepto político más difundido y estaba ligado a la identidad y el sentimiento, particularmente en los momentos de guerra. Se trataba de un concepto aglutinador. En la visión de la Generación del 37 la patria se concebía como el territorio (la provincia o América del Sur), también ligada a un conjunto de hechos y valores asociados a la Revolución de Mayo y a lo republicano. Para la época de la Guerra del Paraguay en cambio, patria se relacionaba principalmente a la nación argentina como territorio y a su vez a la nacionalidad de una manera sentimental y ligada a la historia de un panteón de héroes. El principio de la nacionalidad ocupaba así progresivamente el concepto de patria (Goldman, 2008). Durante la contienda de la triple alianza, patria y nación estuvieron prácticamente homologadas. La diferencia radicaba algunas veces en que la primera remitía con más fuerza a ese pasado compartido, fundamentalmente a la época revolucionaria y sus héroes y no tanto a Pavón. Y que era un concepto que se utilizaba con más frecuencia fuera de Buenos Aires, la vencedora de esa batalla.

La patria o la nación no eran solo un territorio y un gobierno común, como la concepción política dominante durante la primera mitad del siglo XIX en el Río de la Plata. También referían a otros conceptos políticos como la libertad y la ley. Pero aparecían con fuerza aquí también los ribetes culturales y morales del concepto. La nacionalidad comprendía una idea, una familia, una historia, una tradición compartida, valores en común como el honor y la dignidad. De la misma forma, para convocar al pueblo a la guerra, no le bastaba a los periódicos que compartían la visión mitrista con remitir a cuestiones de derecho y políticas, hacía falta representar una comunidad cultural, identitaria que los imaginara a todos los argentinos como pertenecientes a ella, hacía falta apelar al sentimiento, aunque fuera de manera difusa. Porque aunque la contienda provocó muchas disputas internas, tenía que ir a pelearse bajo una misma bandera. La bandera azul y blanca que también defendía *La América* o *El Eco* de Entre Ríos o *El Paraná* pero para objetivos opuestos a los de los periódicos mitristas. Y los que no enarbolaban esa bandera (fueron esto atacar al Paraguay o defenderlo) eran traidores a la patria, a sus hermanos. Existía entonces desde posturas políticas divergentes un marco conceptual compartido que ponía en escena a la nación como protagonista. Los mismos conceptos eran esgrimidos desde un bando y del otro, pero con objetivos y destinatarios diferentes. Y con una lectura de la historia distinta. Desde la prensa del norte del país continuaban también los apoyos a la guerra. En el caso de *El Liberal* de Tucumán, 5 de abril de 1866 retomaba *La Nación Argentina*:

“A este respecto, en lo que toca a la República Argentina, hay una justicia que hacer al General Mitre, y es que desde que ocupa la presidencia, ha hecho esfuerzos muy fructuosos para pacificar diversas provincias; y ahora es permitido creer que la guerra actual con el Paraguay no es extraña a este resultado; porque es muy probable que si esta guerra extranjera no hubiese venido a servir de alimento a la turbulencia de los partidos, estos no se hubiesen contentado con una vida tranquila y no hubieran carecido de pretextos para buscar querrela, sea al Gobierno Nacional, sea al Gobierno de alguna de las provincias que hacen parte de la República. Bajo este respecto, la guerra actual con el Paraguay, por onerosa que sea a la República Argentina, producirá quizás un buen efecto, apareciendo bajo la misma bandera y sobre el mismo campo de batalla, los diversos partidos que están siempre en oposición uno contra el otro, cuando se trata de las guerras intestinas en su propio país” (*El Liberal* de Tucumán, 5 de abril de 1866)

Sin embargo y a pesar de su fervor, *El Liberal* daba cuenta de las resistencias que comenzaban a repetirse sin cesar ya por La Rioja y próximamente en Mendoza. El

espíritu de partido que se reavivaba y contaminaba la identidad nacional, la disolvía, era una vergüenza para la nación, el deber de ir a defenderla al frente y la representación de un frente en donde todos los argentinos luchaban juntos contra un enemigo común, el frente de combate como lugar utópico de la nación unida:

“En presencia de ese cuadro doloroso que hemos llamado –panorama político de la República– exclamamos hoy con el corazón comprimido por el dolor ¿dónde está la Patria?

La Patria es esa lucha eterna de los partidos, que amenaza renovarse?

La Patria son los sacudimientos revolucionarios de los pueblos, que están a la orden del día?

La Patria sea por ventura la descomposición vergonzosa que se opera en el partido liberal?

La Patria será, por fin, el ningún respeto a las autoridades nacionales que observamos en Buenos Aires, las divisiones de los pueblos del interior, la falta de inteligencia entre éstos para las grandes cuestiones del país?

Será todo esto la Patria?

No: los pueblos no se han reunido en torno de una idea para despedazarse; no se han constituido en Nación para vivir sin entenderse. La unidad de su territorio, la identidad de sus costumbres, de sus leyes, de su religión, de su idioma, sus glorias y sacrificios comunes, son los nudos que unen a los ciudadanos de cada pueblo y a los pueblos entre sí, y de sus infinitas partes forman un todo que se llama Estado. (...) La Patria Argentina está en el Paraguay representada por nuestro Ejército. Allí nuestros bravos de diferente opinión política derraman su sangre en defensa del honor de la República. Allí crudos y cocidos, unitarios y federales, sostienen una misma bandera y se disputan la gloria de ofrecer hasta su vida en holocausto de la Patria. Allí no hay intereses de partido: no existe sino el interés nacional, el honor, los derechos de la República, la imagen viva de la Patria ha secado todo sentimiento egoísta, toda pasión innoce: la Patria palpita en el corazón de cada uno de nuestros guerreros. (...) Qué haya argentinos que celebren nuestros reveses en la presente guerra! (...) Vergüenza y oprobio para ellos”(El Liberal, Tucumán, 21 de octubre de 1866)

El concepto de patria aparecía asociado a la nacionalidad en este pasaje “Patria Argentina”. Como en el uso común de las primeras décadas del siglo XIX, la patria remitía más al sentimiento y la nación al gobierno, al estado. Sin embargo no era frecuente esta distinción en tiempos de esta guerra en la cual nación, nacionalidad, argentina y patria terminaron mucho más confundidos que distinguidos. En la mayoría de los que hemos citado patria se confundía con nación y también con nacionalidad. Según el editorial podía tener un componente más sentimental, sobre todo si se aludía a patriotismo. También era más utilizado para las referencias a sucesos históricos y efemérides, pero no de manera siempre excluyente. Pero si nos detenemos en su definición y contenidos encontramos que se confunden con los de identidad nacional.

Mientras tanto, en Catamarca los periódicos liberales también mostraban su preocupación por las crecientes disputas internas: “Lo que sucede en Catamarca en este momento, no es más que la consecuencia funesta de esas rencillas mezquinas que vienen distinguiendo a los partidos en la República Argentina, toda vez que se separan de aquella esfera que marean la Constitución y las leyes.” (*La Libertad*, 6 de junio de 1866). En la provincia de Córdoba, *El Eco* atacaba la resistencia con su lema de “La Patria no está harta de sacrificios”, se ocupaba de los traidores a la patria y evitaba echar culpas a Mitre por Curupayty:

“Hay quienes creen que las victorias del ejército aliado son derrotas y que sus antipatías van hasta poner en desacuerdo a los mismos que deben estar unidos hasta el fin de la campaña contra el tirano López. Tomen ellos nota de los siguientes párrafos de caras. Sus sueños fantásticos se desvanecen ante el patriotismo de los soldados de la libertad.” (*El Eco* de Córdoba, julio de 1866)

“Es fuera de duda hoy que Tamandaré y Polidoro no han segundado el plan del Gral en Jefe en su ataque a Curupayty y que por esto ha fracasado una de las operaciones más importantes que haya emprendido el ejército aliado” (*El Eco* de Córdoba, octubre de 1866)

El discurso mitrista no estaba circunscripto a Buenos Aires. En todas las provincias había algún periódico que también lo reproducía a través de la copia de algunas editoriales o de notas propias. No solo se reproducía sino que se resignificaba el discurso en cada contexto. Durante 1866 algunas provincias vivieron los levantamientos de las montoneras en sus territorios y eso también se reflejó en los editoriales que exaltaban la guerra externa a la vez que pedían paz interna. Las provincias del litoral, las más afectadas a la guerra externa moldearon también un discurso propio de defensa de la contienda, mucho más reproducido y vivaz que en otras provincias.

4.4.2 Las resistencias de pluma

Los resonantes levantamientos de Basualdo y Toledo y la resistencia inicial de parte de la población en Corrientes dejaron su estela. En 1865 se produjeron motines en Córdoba, provincia que fue intervenida federalmente a comienzos de ese año. También

se produjeron en esos primeros años desbandes en Santiago del Estero y la rebelión de Aurelio Salazar en 1865 en La Rioja. A fines de 1866 estalló en Mendoza la rebelión de los colorados de Juan Saa. En las notas de los funcionarios se comenzaba a hablar de apatía entre las fuerzas. Otros también los acusaban de rusos (federales) aparaguayados. El poder tomaba nota de la situación:

“Las revoluciones en las provincias son un escándalo en estos momentos y además del oprobio de que nos cubren, pueden ser causa de que el desorden se extienda con el mal ejemplo hasta la misma base del ejército que defiende el honor nacional, es decir hasta Corrientes, que está bastante agitado interiormente aunque por ahora no hay nada que recelar” (Archivo Mitre, correspondencia a Marcos Paz, agosto de 1866: 31)

“No atino con la causa especial que haya impulsado la sublevación, si es que no va a buscarse en la falta absoluta del sentimiento nacional en estos pueblos, sentimiento destruido por la federación” (José Posse, gobernador de Tucumán a Marcos Paz, agosto de 1866 citado en Pomer, 1985: 53)

El gobernador de Tucumán solo concebía la argentinidad como la del proyecto liberal; quienes no lo comprendían eran traidores a la patria. Los levantamientos en contra de los reclutamientos, las montoneras que se agrupaban, la sedición a la autoridad central, no eran fenómenos que encontraban demasiados ecos favorables en el debate de las élites aún aquellas que estaban en contra de la contienda contra el Paraguay. La oposición más articulada discursivamente fuera de Buenos Aires era la de Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Córdoba, probablemente las zonas más afectadas por la guerra. *El Eco* de Entre Ríos el 18 de julio de 1866 escribía: “Es verdad que la Guerra del Paraguay está juzgada de antemano, es verdad que no hay un solo que sea verdaderamente argentino que la repruebe y la condene” Era conocido el antiporteñismo de la época en la región del litoral y en otras provincias. Para algunos opositores podía ser el mitrismo o más genéricamente Buenos Aires quien destruía la nacionalidad. Por eso ya el antiporteñismo y también el antifederalismo de sus contrincantes podían verse como parte integrante de la disputa por la nación, por cuál de esos lineamientos teñía la comunidad imaginada de la que ya nadie quería o podía quedar afuera. Pero la guerra ya no era la forma para muchos. La paz se imponía como una necesidad. Desde Córdoba se escribía:

“No pretendemos el ser eco de toda la provincia de Córdoba no pero podemos asegurar que somos la expresión fiel de una gran mayoría. Hay aún algunos ilusos que creen en la santidad de la guerra

del Paraguay, sin embargo, hoy su número es muy reducido. Para estos, ni los descalabros sufridos, ni la sangre argentina que ven correr a mares, ni las generosas víctimas que se inmolan en aras de una política extranjera y de extranjeras conveniencias y por último ni la traición y cobardía de los Jefes del Imperio, es bastante para convencerlos del abismo en que cada día más se va hundiendo nuestra destrozada patria.(...) Si es traidor todo aquel que desea el bienestar de su patria, su honra, su felicidad, la paz, en fin, fuente fecunda de todos los bienes sea enhorabuena aceptamos el calificativo; seremos traidores.” (*Las Provincias* de Córdoba, 16 de octubre de 1866)

La impopularidad de la guerra creció ante una prolongación de la misma, la publicación del tratado, el antiporteñismo, el cansancio de la leva constante. La disputa siguió en términos nacionales de traidores o héroes de la patria, todos argentinos, todos creyendo hacer lo correcto. La guerra para *Las Provincias* de Córdoba era vista como ruina y atraso de las naciones, no producía ni seguridad, ni progreso ni civilización ni libertad. *El Paraná*, periódico editado por Jorge Alzugaray, opositor a la política mitrista, no proponía separarse de la nación para reivindicar su postura. Por el contrario apelaba a la identidad nacional para mostrar el error que cometía el gobierno. Se pide por la paz entre secciones americanas, eran hermanos, pero eran otros. Solicitaba fijar la atención en nuestras naciones, reivindicaba el orgullo argentino y hasta los colores de la bandera. Defendía la nacionalidad oriental construida en base a años de historia y lucha contra los invasores brasileños. Y, más adelante, entraba en el debate de ideas con periódicos favorables a la guerra con la misma línea de argumentación. En este caso le hablaba con ironía a *El Nacionalista* de Corrientes, periódico político, literario y comercial defensor de la contienda, acusándolo de “pseudonacionalista”: “El nos señala , como títulos legítimos del nacionalismo que representa, las ideas unitarias de los años 20 y 25...Cepeda y Pavón, batallas que fueron dadas por Buenos Aires solo en amor a la nacionalidad.” (*El Paraná*, 19 de enero de 1866)

El nacionalismo que se representaba, la idea de nación que se defendía, esa era la disputa. Para uno implicaba ideas unitarias, para otros todo lo contrario, pero siempre dentro de una idea de nacionalidad. Fueron una vez más los opositores y los defensores a la guerra quienes reforzaron la idea de nación en su disputa por el significado de la misma. Los países protagonistas de la contienda detentaban gobiernos republicanos y defensores de la libertad según el diario que analicemos. La Argentina aparecía como

amiga o enemiga del Paraguay o del Brasil según la pluma que se leía. En los diarios del litoral observamos que esta disputa se reflejaba prácticamente de la misma manera, aunque resignificada por una particularidad aún más antibrasileña. Mitristas y opositores a la guerra reivindicaban ser los verdaderos intérpretes de la identidad nacional argentina. Los que estaban en el bando contrario eran traidores a la patria y difusores de una doctrina disolvente de la unidad, en general asociados a la lógica partidaria o facciosa.

La resistencia a la guerra era entonces también argentina. Proponía una interpretación diferente la historia y que quería la unión nacional, pero no bajo el poder de Buenos Aires. Que no consideraba a Paraguay un enemigo, sino un hermano. Que no quería aliarse al Brasil. Una oposición que no bregaba por una idea separatista sino que reforzaba la presencia de la identidad nacional al disputar su contenido, su significado. Un ejemplo de ello era *El Eco* de Entre Ríos, periódico del periodista y legislador Floriano Zapata, que atacaba la política mitrista:

“El Pueblo argentino se hacía oídos sordos y no respondía con un gris de indignación a esas voces que se levantaban para empujarlo a la lucha. ¿Y cómo había de responder cuando tenía conciencia de lo injusta que era y veía con su claro juicio que se trataba de armar su brazo para enriquecer a unos cuantos? No somos, pues, nosotros, los que pugnamos por negarle ese carácter nacional a la guerra que actualmente sostenemos. No. Es la Nación entera la que se lo niega (...) Hoy está Basualdo y Toledo como una protesta enérgica contra una guerra de espoliación y sangre. Se lo niega Santa Fe cuyo modo de pensar es lo mismo que el de esta provincia. Se lo niega Santiago, Córdoba, Tucumán, San Juan cuyos contingentes de voluntarios armados se subleva a cada paso. Se lo niega la heroica Corrientes (...) ¿No es una guerra nacional acaso a la que somos llamados? (...) La República entera dice que no! Porque esa guerra no tiene tal carácter ni puede tampoco tenerlo, es una guerra de ambiciones egoístas y bastardas” (*El Eco de Entre Ríos*, 9 de julio de 1866)

En su negación del carácter nacional de la guerra, la oposición a la misma estaba afirmando que existía una verdadera nación que la contienda no representaba. Las provincias le decían a Buenos Aires que la nación existía, pero era lo que ellas entendían por patria y no lo que se imponía con esta guerra que consideraban absurda. Este último párrafo databa de un 9 de julio: fue escrito en conmemoración de la fecha patria. Eran frecuentes las apelaciones a la nación argentina en los editoriales de las

fechas patrias de todos los sectores políticos. Pero implicaban una interpretación diferente de la historia. Las particularidades regionales eran mencionadas pero dentro de un todo, de intereses comunes, eso era la nacionalidad también, lo opuesto al egoísmo. El mitrismo tenía que oír cuáles eran los verdaderos reclamos de la verdadera argentina. Una Argentina también compuesta de valores, dignidad, bandera y hasta alma, campo conceptual común a la idea de nación mitrista, pero dotado de diferentes objetivos y líderes. Por otro lado no se apelaba a una identidad latinoamericana como la historiografía revisionista sobre la guerra quería ver, cayendo en un gran anacronismo. Y no podía apelarse a ella porque es una región de América la que estaba en guerra. Que el enemigo para estos escritores fuera Brasil los colocaba en un callejón sin salida a la hora de proponer la unidad americana. La guerra se aplaudía o se defenestraba en la prensa desde la argentinidad.

4.5 Una gran derrota y el regreso

El fin de la guerra pareció posible a principios de septiembre de 1866. En Yataity Corá se realizó la conferencia entre Bartolomé Mitre jefe del ejército aliado y Francisco Solano López a petición de éste último. Los detalles sobre la conferencia fueron objeto de múltiples especulaciones (Whigham, 2011). Las noticias sobre el encuentro fueron llegando a Buenos Aires y *El Nacional* escribió el 18 de septiembre de 1866 “Si la paz no se hace aceptando el tratado, ella no pudiendo tener otra base que ese tratado, la paz no se hará”. La paz en otros términos era deshonrosa para la República Argentina en esta visión que era en principio compartida en el debate público. El 19 de septiembre de 1866 *La Tribuna* dio cuenta de la conferencia de paz y sostuvo que las proposiciones de López fueron vagas e imprecisas por lo que todo terminó en fracaso. Además publicaron el mapa de operaciones de Curupayty. Pocos días después de la conferencia frustrada, se produjo la mayor derrota aliada de toda la guerra en ese preciso lugar. Esta operatoria marcó el fin de Mitre como jefe del ejército aliado por las sucesivas críticas que había recibido y las fricciones crecientes con el ala brasileña del ejército y también un declive

en el interés por la guerra en el debate público. La contienda se volvió más larga y penosa de lo previsto.

La derrota fue presentada en un primer momento como incentivo patriótico, como una afrenta que precisaba venganza. También se la mantuvo como un accidente de la lucha, no era sinónimo ni indicador de ninguna crisis, ni de algún defecto estructural, había que continuar. El 29 de septiembre de 1866 *La Tribuna* publicó la lista de muertos entre los que se encuentran el Coronel Charlone, el Coronel Rosetti, el Coronel Fraga y el Capitán Dominguito Sarmiento. Entre los heridos, Cándido López del batallón de San Nicolás. Las víctimas tenían nombre y apellido y eran argentinas. Mientras tanto *La Tribuna* se quejaba también de que el tratado de la Triple Alianza no era respetado por el vizconde de Tamandaré, que no le guardaba sumisión al general en jefe. *El Nacional* también compartía esta modalidad de ensalzar a las víctimas para reforzar la patria hasta considerarla religión:

“Los mártires de la patria forman con su glorioso sacrificio, el vínculo más íntimo y más indisoluble que llega a las generaciones; porque el sentimiento del dolor que ellas inspiran, crea la solidaridad moral de la nación, despertando en sus hijos el recuerdo del pasado y haciéndonos aparecer a nosotros como verdaderos sucesores de nuestros padres. He aquí la religión de la patria Argentina!” (*El Nacional*, 4 de octubre de 1866)

Pero el silencio oficial se volvió incómodo y las defensas heroicas empezaron a resquebrajarse al son de las resistencias interiores que se multiplicaron. *El Nacional* se quejaba de que *La Nación Argentina* quería censurar el debate después de la derrota de Curupayti. *El Pueblo* se animaba a criticar la alianza, *El Nacional* la defendía como el corazón de la civilización y el ideal liberal y de las repúblicas sud-americanas. En esta atmósfera que se iba enrareciendo, el periódico más vendido del país le escribió una editorial al General Mitre pidiéndole que hablara públicamente sobre la derrota de Curupayty ya que se estaba comenzando a generar un clima de incertidumbre y desconfianza:

“El General Mitre ha conquistado con su sangre el título de valiente y de leal. (...) Cuando el general Mitre se lanzó sobre las posiciones de Curupaití al parecer invencibles, sabía pues lo ha dicho en su parte, que ciertos obstáculos no han sido vencidos por ninguna infantería del mundo.

(...) ¿Qué obstáculos se opusieron a sus designios? ¿Qué fatalidad se atravesó en su camino? (...) En una palabra ¿cuál es la causa real y verdadera del contraste sufrido en las murallas de Curupayí?” (*La Tribuna*, 21 de octubre de 1866)

Las palabras de Mitre no llegaron para calmar los ánimos. En noviembre de 1866 se produjo el levantamiento de los colorados en Mendoza a cargo de Juan Saa y la consecuente intervención nacional de la que dio cuenta *La Tribuna* en noviembre de 1866. La guerra en el Paraguay empezó a volverse pernicioso para un orden interno que no podía mantenerse. En vistas de esta situación, el 9 de febrero de 1867 Mitre abandonó el campamento de Tuyuty y dejó el mando de general en jefe al Marqués de Caxías y al general Gelly y Obes al mando las tropas argentinas. En julio de 1867 Mitre regresó al frente pero su permanencia se vio nuevamente frustrada y esta vez de forma definitiva. El fallecimiento de Marcos Paz, su vicepresidente obligó a su regreso en enero de 1868.

La apatía ante la guerra del Paraguay fue creciendo. Las editoriales sobre el tema, menguando. La atención se vio puesta en el orden interno y en las elecciones próximas. Los pedidos de paz fueron tímidamente apareciendo, aunque casi nunca como defensa del Paraguay sino por hartazgo de una guerra inútil. Las voces opositoras más férreas en nuestro territorio fueron acalladas. En 1867, el máximo opositor intelectual de la Argentina en medio de sus vínculos con el jefe de la Legación paraguaya en Francia, escribió desde el exilio:

“Las manifestaciones de simpatía por el Paraguay durante la guerra no han sido insulto a la República Argentina, como se ha pretendido, sino la protesta dolorosa y oportuna contra una alianza que hacía de los pueblos argentinos los instrumentos del Brasil en ruina de sí mismos: han sido una forma necesaria de oposición, impuesta al patriotismo argentino por la bastarda alianza brasilera (...) Luego yo he sido atacado esta vez, no por defender al Paraguay, sino por defensor de la República Argentina; no por aparaguayado, como dicen en Buenos Aires, sino por argentino; no por traidor sino por patriota. El crimen de mis escritos no es la traición, es el patriotismo nacional argentino (Alberdi, “Las dos guerras del Plata y su filiación”, 1867: 7, 11 y 12)

Alberdi cerró así el momento de debate álgido, frecuente, constante en los periódicos sobre la guerra del Paraguay. Y lo cerró invocándose en primer lugar como argentino. Este sentimiento de una lucha interna por la verdadera argentinidad ya lo había manifestado desde los meses previos al comienzo de la guerra. En noviembre de 1864 Alberdi hablaba de dos Argentinas: “En esta República no hay solo dos partidos, sino más bien, dos países, dos causas públicas, dos patrias y dos patriotismos por así decirlo.” (citado en Ramírez Braschi, 2006).

Este debate intelectual se retomó hacia el final de la contienda, pero con nuevos protagonistas. La presencia argentina en el ejército aliado fue mermando. Los esfuerzos debieron volcarse en la situación interna. El presidente volvió a sus funciones. El comienzo de la guerra había provocado un fuerte debate sobre la identidad nacional argentina. Para los defensores de la contienda, como obvia invocación a un heroísmo necesario, a una cruzada libertadora, a un momento de excelencia para el asentamiento del estado central y el disciplinamiento de las provincias y como manera de identificarse por lo que no se era, a lo que se oponía, en este caso lo que representa Paraguay. Pero para los opositores no era que a la guerra se la combatía desde un separatismo o una negación de la identidad nacional. A la guerra se la criticaba, se la desarmaba, se la atacaba desde la argentinidad misma. En tanto argentinos no se debía hacer esta guerra contra una nación hermana y aliados a una nación enemiga. Esa nación enemiga era la que fundamentalmente delimitaba los contornos y la soberanía de la nación. En este caso era Brasil. Tampoco era una oposición a una guerra desde un latinoamericanismo contemporáneo porque excluía a Brasil. Era americanismo entendido solo como republicano. Y sus mismos defensores sabían que es un argumento endeble porque Brasil estaba en territorio americano. Por lo que la exposición del tratado los obligaba a pensar en términos nacionales también. La guerra unía a todos bajo una problemática común que obtenía diferentes diagnósticos. Los conceptos que daban forma a la nación eran compartidos. Patria, libertad, civilización eran repetidos en ambos bandos. El 25 de mayo era invocado por todos y la figura de Rosas, denostada. Pero subsistía la disputa sobre si a esa nación común, ya indiscutible, debía regirla los intereses de Buenos Aires, la nación que esta guerra representa para los opositores, o los de las provincias en su conjunto.

La conferencia entre Mitre y Solano López fracasó, uno no quería desconocer los términos del tratado, el otro no quería abandonar el gobierno. La derrota de Curupayti, los levantamientos internos y la muerte del vicepresidente alejaron a Bartolomé Mitre de la guerra del Paraguay y también a la opinión pública nacional. Aunque ya no quedaban los periódicos opositores más fervientes. Al fin de *La América*, se sumaron en el litoral el cierre de *El Porvenir*, *El Pueblo Entrerriano*, *El Eco de Entre Ríos* y *El Paraná*. Sin embargo, los pedidos de paz se repitieron en los periódicos que habían apoyado el inicio de las acciones bélicas. Y aunque este pedido se repitió en sus discursos, la guerra contra el Paraguay continuó aún por tres años más.

4.6 Balance

El resultado de la batalla de Pavón provocó un efusivo discurso celebratorio de lo que se consideró una demorada unión nacional. El entendimiento entre los dos líderes máximos del país propició el clima de optimismo. Fue a Buenos Aires a quien le tocó diseminar por las provincias este espíritu de concordia y a Entre Ríos acompañar de manera pacífica. Sin embargo, algunas revueltas federales y el conflicto político en la Banda Oriental, hicieron ingresar algunos nubarrones en el cielo de la unidad nacional. El conflicto entre blancos y colorados se vio como una peligrosa extensión del enfrentamiento interno entre liberales y federales y motivó la intervención mitrista, nunca reconocida oficialmente. Lo que nadie esperó es que aquel conflicto partidario deviniera en una guerra internacional. Pero así fue. Brasil, ya enemistado con el Paraguay, buscó la alianza con la Argentina y terminó consiguiéndola de manera efectiva a principios de mayo de 1865, cuando la invasión del presidente paraguayo a Corrientes ya era un hecho consumado. La entrada argentina en la gran contienda despertó un fuerte despliegue de representaciones de la nación en el debate público. Se buscó dejar de lado las diferencias partidarias, ese concepto se volvió negativo y

antónimo de la nación. El entusiasmo inicial porteño fue acompañado por algunas otras provincias en donde el mitrismo asentó sus bases. Otras mostraron su indiferencia y más adelante su efectiva resistencia. Sin embargo, esas revueltas también se hicieron en nombre de la nación y se condenaron como una traición a la patria. El caso más paradigmático fue sin duda el de los triunviros correntinos pro-paraguayos.

La resistencia fuerte en el plano intelectual llegó en 1866 con la aparición del periódico *La América* y la circulación de escritos de varias figuras destacadas, entre ellas, la de Juan Bautista Alberdi. La resistencia a la guerra se justificó también en términos nacionales, los traidores a la patria no eran los que simpatizaban con el Paraguay sino quienes le hacían la guerra. La argentinidad se puso en primer plano en la disputa entre defensores y opositores de la contienda. Ambos compartieron conceptos comunes sobre qué era lo que designa a la nación: la libertad, la independencia, la república, el legado de mayo. Sin embargo asociaron la defensa de esos valores a diferentes alianzas, unos con Brasil, otros con Paraguay. Estos conceptos parecían invocarse a partir de la historia y en oposición a los otros participantes de la guerra. La disputa por la identidad nacional durante esta contienda se sustentó sobre una interpretación de la historia, celebratoria o no de la batalla de Pavón que definía el liderazgo deseado por sobre la unidad ya conformada. Careció de elementos étnicos bien definidos por la propia falta de arraigo de ellos en las élites y también por las mismas características de la contienda. Argentina no peleaba sola. Había un límite al desarrollo de las particularidades étnicas si la guerra era en alianza con otros. La publicación del tratado de la triple alianza hasta entonces secreto provocó gran revuelo. Para muchos que defendieron la contienda, se volvió inaceptable para la argentinidad un acuerdo de ese estilo con Brasil. La prolongación inesperada de la guerra, la derrota de Curupaytí con Mitre como general en jefe y las revueltas en el interior que comenzaban a agudizarse, cambiaron la opinión entre entusiasta e indiferente de los primeros tiempos por una más crítica.

Capítulo 5: La disputa sobre la identidad nacional argentina II. La prolongación inesperada del conflicto

La estrepitosa derrota de Curupaytí se constituyó como una bisagra de la participación argentina en la Guerra del Paraguay. A los cuestionamientos al General en Jefe Bartolomé Mitre y las disidencias con los jefes brasileños, se sumaron graves problemas internos. El hartazgo ante la guerra y el desarrollo de la misma proporcionaron una oportunidad para la rebelión efectiva y extendida de los opositores al mitrismo en las provincias. La publicación del tratado de la triple alianza despertó además furibundas críticas a la guerra en Buenos Aires. En primer lugar, abordamos la guerra civil que se desarrolló en paralelo al frente en Paraguay desde fines de 1866 hasta fines de 1867. Observamos a la prensa y otras fuentes por región ante la prolongación de la guerra. Discutimos sobre las rebeliones internas y su disputa sobre la identidad nacional y regional. Luego damos paso a la danza de las candidaturas y al análisis de cómo las elecciones presidenciales de 1868 conjugaron la nación y el partido. Tenemos en cuenta la nueva posición de Mitre en la escena política y la postura de Sarmiento como flamante presidente ante la guerra. Marcamos el aislamiento del

discurso mitrista y de *La Nación Argentina* y la propagación de un discurso dominante que jugó entre la indiferencia, el fuerte rechazo a los términos del tratado de la alianza, la publicación de partes de guerra y los pedidos de paz. Concluimos con la famosa polémica entre Bartolomé Mitre y Juan Carlos Gómez y el papel de José Hernández desde *El Río de la Plata*. La muerte de Francisco Solano López, el asesinato de Urquiza y las fricciones entre Argentina y el Imperio Brasileño por la disputa territorial sobre el vencido dieron el marco de cierre a la guerra y a nuestra tesis.

5.1 La guerra civil

La guerra entre estados nacionales en construcción fue contemporánea a la guerra civil que se desarrolló en la República Argentina entre fines de 1866 y fines de 1867. Comenzamos haciendo referencia al estallido de la rebelión en Mendoza. Luego analizamos en detalle el discurso del líder revolucionario más importante, Felipe Varela, en relación a las representaciones de la nación. Hacemos mención a las reacciones que estas rebeliones despertaron en la opinión pública. Finalizamos con la derrota del federalismo.

5.1.1 Antecedentes y estallido

En Buenos Aires las voces críticas a la alianza se fueron desplegando luego de la publicación del tratado. En Entre Ríos, los discursos opositoras se entremezclaban con el silencio de quienes se beneficiaron económicamente con la guerra a través del aprovisionamiento, la venta de caballos y de reses. El oro brasileño era tentador en Corrientes aunque los recelos por la presencia del ejército imperial también se hacían sentir. Santa Fe mantuvo su relativa estabilidad a lo largo de la contienda. Sin embargo, en el oeste del país comenzó a gestarse un frente bélico que obligó al retorno del presidente Bartolomé Mitre. A los sucesos de Basualdo y Toledo, a principios de 1866 se sumó en Córdoba una revolución que derrocó al gobierno del liberal, aunque no del todo apoyado por el mitrismo, Roque Ferreyra. La tributación, la represión y la

conscripción fueron fenómenos que reforzaron la visión represiva hacia el estado central en las provincias y provocaron varias revueltas como la de Aurelio Zalazar en La Rioja en la segunda mitad de 1865. La Guerra del Paraguay impuso una ley del Congreso Nacional que dictaba el enrolamiento obligatorio en la Guardia Nacional en toda la república a los ciudadanos argentinos entre 17 y 45 años casados y 50 los solteros. La contienda ofició como chispa desencadenante de rebeliones que se sustentaron sobre la base de conflictos locales. El presidente de la República Argentina se mostraba preocupado por la incidencia de estas sublevaciones en el desarrollo de la contienda contra Paraguay. La prensa de todo el país, favorable o no a la guerra del Paraguay, se manifestó también inquieta ante las rebeliones. El mitrismo, pero también otras facciones políticas, condenaron las montoneras a través de los periódicos de todas las provincias, no solo los de Buenos Aires. Por ejemplo, en Santiago del Estero, el periódico *El Norte*, perteneciente a los aliados del mitrismo, intentó dar un discurso aleccionador que revelaba la resistencia reinante. Se mostraban proclives a las intervenciones del poder central en las provincias. Para lograr adhesiones a la guerra, *El Norte* recurrió a victimizar a Buenos Aires como sostén de la nación a los fines de lograr empatía con una guerra que se veía ajena en las provincias del interior que no pertenecían tampoco al litoral:

“La reunión y remisión de esa fuerza es grande deber a cumplir, desde que el crédito y el respeto de la Nación no puede cimentarse sin el esfuerzo de todos los Estados que la componen; es también una gran conveniencia para Córdoba, si levantando la vista sobre la raquíca política del partidismo, dominamos horizontes más anchos. Nos quejamos de la preponderancia política de Buenos Aires, nos afecta también la supremacía del Litoral y damos a veces cabida a un sentimiento ruin, porque no averiguamos la causa de la superioridad que deploramos. Buenos Aires es el pueblo privilegiado, es cierto; es el pueblo que absorbe la atención del Gobierno Nacional, el pueblo que inicia, el pueblo que gobierna, pero es también el pueblo de los grandes sacrificios y la columna que sostiene al pabellón de la Patria” (*El Norte* de Santiago del Estero, 29 de junio de 1866)

Por su parte, *La Regeneración* de La Rioja, más cercana al foco del conflicto interno, quiso llevar tranquilidad respecto de las montoneras. En mayo de 1866 desmintió además la posibilidad de que pudiera llegar algún auxilio desde Paraguay para los rebeldes. “No ha faltado imbécil que haya pensado que el infeliz Berna obtendrá protección del Paraguay. Pero semejante absurdo, es tan absurdamente absurdo, que no

se presta ni a tomarlo en consideración” (*La Regeneración* de La Rioja, 3 de mayo de 1866). De todas maneras era común en el discurso de los aliados de Mitre, la utilización del recurso de denominar aparaguayados a los rebeldes del interior, no por sugerir que tenían un contacto efectivo, sino como manera de estigmatizarlos y restarles el posible apoyo en territorio nacional y a su vez como un gran insulto que develaba el peso del ser argentino. Identificaban además un foco “aparaguayado” en la provincia y calificaban a sus miembros de “falsos patriotas”:

“Los aparaguayados, abundan en las provincias del interior, son los adeptos espirituales de los paraguayos asalariados que tiene López en Buenos Aires y en otras partes para defender su causa con el arma de la prensa, batería moral, torpedos en otro modo mucho más terrible que la máquina destructora del encorazado Brasil, que tienden a destruir la fuerza del prestigio que sostiene a la justa causa. Santiago del Estero como otras Provincias más fértiles, produce algunas malas yerbas. El rechazo sufrido por los aliados en Curupaity ha hecho aparecer a los aparaguayados, especie repugnante y ridícula” (*El Norte* de Santiago del Estero, 28 de octubre de 1866)

El mayor insulto durante la contienda tanto desde el discurso que la apoyaba como el que se oponía era denominar al adversario político interno con un adjetivo extranjerizante: aparaguayado en este caso, abrasilero en el contrario. Lo que revelaba nuevamente el poder y la legitimidad de la identificación con lo argentino extendido en todos los grupos políticos, en todas las provincias. En este caso, la prensa de todo el país era prácticamente unánime al condenar las revueltas y acusarlos de traidores a la patria. *El Norte* de Santiago del Estero además puntualizaba sobre “la prensa de Entre Ríos que disemina anarquía”, pedía hacer algo con ellos como con *La América*. La prensa liberal de Catamarca también se mostraba inquieta ante las rebeliones que se sucedían, las noticias de revueltas en La Rioja los tenían en vilo. El periódico *La Unión* se refirió en este caso al ex comandante Tránsito Tello que en el departamento de Costa Baja incitó a los gauchos a rebelarse contra las autoridades judiciales porque en su visión carecían de legitimidad. Junto con Fermín Bazán incitaban a los gauchos a degollar jueces, movimiento que tuvo como primera víctima al juez Andrés Galo Herrera. Para Ariel de la Fuente (2007) este conflicto se explicaba por la resistencia al reclutamiento y la tributación pero también por la resignificada rivalidad identitaria de unitarios y federales. La prensa de la región afectada por las

montoneras pedía ayuda al gobierno central. Describieron el sufrimiento del pueblo. Y de manera preponderante, señalaron a los rebeldes como traidores a la soberanía de los pueblos:

“Protesta del Gobierno de la Rioja contra los usurpadores de la Soberanía popular (documento importante, resaltado)
Conteste el Gobierno Nacional
Al gran pueblo Argentino salud!
Gloria eterna a los que defienden los nobles y grandes principios!!
Maldición y oprobio a los que con la punta de una espada despedazan la soberanía de los pueblos!
Tiemblan hoy los pueblos ante el poder y el abuso de la fuerza. Huyen despavoridos sus hijos para escapar de la acción de un poder extraño que los anarquiza y les ofrece nuevos sacudimientos después de las escenas dolorosas que han presenciado ayer” (*La Unión* de Catamarca, 7 de noviembre de 1866)

Pero los pedidos fueron vanos ante el movimiento que comenzaba a desplegarse, aunque no desde La Rioja. El 9 de noviembre de 1866 se amotinaron los gendarmes de policía de Mendoza en connivencia con 280 reclutados para la Guerra del Paraguay, depusieron al gobernador Don Melitón Arroyo Libertán y proporcionaron además armas a 60 presos. Beatriz Bragoni sostuvo que la rebelión se originó por una combinación de descontentos aglutinados: los desplazados de la función pública, los indignados por los costos de la movilización militar y la crítica situación fiscal (Bragoni y Míguez, 2010). El coronel de filiación urquicista Carlos Juan Rodríguez alentó un motín que ganó rápidamente adhesión en la ciudad y terminó designado como gobernador interino. La denominada revolución de los colorados fue un movimiento antiporteño pero también respondió a la tendencia de las élites locales a clausurar el ingreso a cargos estatales a un grupo importante de federales. El 21 de noviembre de 1866 se dispuso por decreto la intervención en Mendoza y marchó sobre la provincia rebelde el general Paunero. La prensa liberal en La Rioja, el periódico *La Regeneración*, se mostró inquieta ante el posible avance de los rebeldes y saludó el auxilio de la provincia de Catamarca en el resguardo de frontera como una actitud patriótica. No se encuentran hoy en los archivos ejemplares del periódico *El Constitucional* de Mendoza durante la revuelta, probablemente como causa del

desarrollo de esta última. Toda la inquietud que provocaron las revueltas fue leída en clave de traición a la patria. Las dinámicas de las propias provincias y las regiones que integraban se manifestaron en un litoral y un Buenos Aires afectado a la Guerra del Paraguay y un centro-oeste del país afectado por las fuertes revueltas. Sin embargo, en el discurso la pelea identitaria apareció presentada como Buenos Aires contra un ente general de las provincias y siempre subsumida a una lógica nacional.

5.1.2 La propagación de una Unión Americana de defensores y traidores a la Argentina

La revolución no cesaba y por el contrario comenzaba a cobrar fuerza y extenderse más allá de los límites de su inicio como revuelta de los colorados acotada a Mendoza. El 6 de diciembre de 1866 el caudillo Felipe Varela que estaba emigrado en Chile, ingresó en territorio argentino y lanzó su famosa proclama. Varela, que había peleado junto a Urquiza en Pavón y junto al Chacho en su rebelión, tomó contacto en su exilio con la red intelectual “Unión Americana”, presidida por Rafael Valdez y presente en varios puntos de Chile, red que condenaba los ataques españoles a los países americanos del pacífico y también la guerra de los aliados al Paraguay. La revolución de Varela fue la más fuerte y duradera durante la contienda contra el país guaraní y también la más extendida geográficamente: llegó a San Luis, San Juan, La Rioja, Catamarca y se insinuó en Salta y Jujuy. Contó con el apoyo de otros líderes Juan de Dios Videla y Juan Saa. Como vimos, prácticamente toda la prensa del país se puso en contra del movimiento. La postura de Varela quedó plasmada en sus famosas proclamas:

“¡Argentinos! El hermoso y brillante pabellón que San Martín, Alvear y Urquiza llevaron altivamente en cien combates, haciéndolo tremolar con toda gloria en las tres más grandes epopeyas que nuestra patria atravesó incólume, ha sido vilmente enlodado por el general Mitre, gobernador de Buenos Aires.

“La más bella y perfecta Carta Constitucional democrática, republicana, federal, que los valientes entrerrianos dieron a costa de su sangre preciosa, venciendo en Caseros al centralismo odioso de los espurios hijos de la culta Buenos Aires, ha sido violada y mutilada desde el año sesenta y uno hasta hoy, por Mitre y su círculo de esbirros.

(...)

“¡Argentinos, todos! ¡Llegó el día de mejor porvenir para la Patria! A vosotros cumple ahora el noble esfuerzo de levantar del suelo ensangrentado el pabellón de Belgrano para enarbolarlo gloriosamente sobre las cabezas de nuestros liberticidas enemigos.

”Compatriotas: ¡A las armas!... ¡Es el grito que se arranca del corazón de todos los buenos argentinos!
(...) “¡Soldados federales! Nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay y la unión con las demás Repúblicas Americanas. ¡Ay de aquel que infrinja este programa!
“¡Compatriotas Nacionalistas! El campo de la lid nos mostrará al enemigo; allá os invita a recoger los laureles del triunfo o la muerte, vuestro Jefe y amigo.” (Proclama de Felipe Varela, diciembre de 1866)

Felipe Varela se configuró como uno de los héroes del ideal latinoamericano para la historiografía revisionista. La mayoría de los historiadores de esta corriente marcaron su tendencia y visión americana por sobre las naciones y su lucha contra el Imperio Británico (Ortega Peña y Duhalde, 1967; Galasso, 2012). Sin embargo un análisis de su discurso político y una ubicación del mismo en el contexto, nos arroja una interpretación muy distinta. En primer lugar, la identidad fundamental a la que se apelaba en esta proclama era a la argentina. Lo era desde el principio, su primera palabra que marcaba el destinatario, pasando luego por toda su argumentación central y en el mismo párrafo de cierre. Felipe Varela participaba de esta manera en la disputa por la identidad nacional argentina desarrollada con fuerza en el país durante la Guerra del Paraguay por sus defensores y detractores.

¿Qué entendía Varela por Argentina? Al igual que el mitrismo, la concebía una historia, que tenía su acta de nacimiento en la Revolución de Mayo. Se definía como gobierno y constitución, al igual que para el mitrismo, se apelaba a la “Carta Constitucional democrática, republicana, federal”. Se apelaba a un panteón de héroes, algunos compartidos como San Martín, referido seguramente entre otras cosas por su gesta de liberación de Chile, caso cercano a Varela. En el caso de Alvear la referencia es sorprendente porque se trata de un personaje denostado por el revisionismo. Varela seguramente lo evocaba por su accionar al frente del ejército que derrotó al Imperio Brasileño en Ituzaingó y a los españoles en Montevideo. Era la invocación a Urquiza la que proporcionaba la clave para entender la diferencia en los contenidos de la nación de Varela. Mientras que el mitrismo evocaba la batalla que lo vio perdedor como consolidación de la unión nacional, Varela ubicaba a Urquiza como su líder. El matiz federal de la identidad nacional era el rasgo más distintivo de su definición. La

insistencia sobre la Constitución se revelaba como un tiro por elevación para la conducta histórica de Buenos Aires. El llamado a la revolución era entonces fundamentalmente en términos nacionales contra quienes traicionaban los ideales que representaba la patria Argentina federal, en este caso con Mitre como máximo enemigo. La sangre derramada en el frente paraguayo era argentina y era preciso vengarla. La diferencia principal de la concepción nacional con respecto al mitrismo y sus afines, estaba nuevamente en la primacía porteña sobre las provincias que era vista como causa de todos los males. El sentimiento antiporteño era fuerte, pero la nación no era discutida en sus límites y existencia, se apelaba a ella como fuente de legitimación aunque esta vez no ya para la guerra contra el Paraguay sino para la guerra civil.

Varela además insistió con lo que terminó siendo un inútil llamado a Urquiza y quizás la causa de que la rebelión acabara por fracasar. La referencia a la Unión Americana era minoritaria respecto a lo que mencionamos, aparecía una sola vez y hacia el final. En el sentido de ser verdaderamente argentinos, el programa de Varela era el de la paz con las otras repúblicas americanas. Se trataba entonces de un americanismo que en principio excluía por definición al Brasil imperial que les era contemporáneo y que por lo tanto era diferente al latinoamericanismo actual. Y que era unión en tanto respeto de las demás repúblicas, no aparecía una unión de hecho, aunque era un ideal esgrimido de manera difusa en medio de apelaciones constantes a la nacionalidad. Varela se arrogaba para sí mismo y sus correligionarios el adjetivo de nacionalista, otrora solo pensado para el mitrismo. El Imperio Británico ni siquiera era mencionado en esta proclama. Otros autores de la tradición revisionista marcaron que considerar la cruzada de Varela como un movimiento contra el Imperio Británico, carecía de sustento (De Paoli y Mercado, 1973). La idea del americanismo tomaba más fuerza para referirse al conflicto de Chile con la ex metrópoli española que para relacionarlo con una guerra entre países americanos. La rebelión que apelaba a la verdadera argentinidad se extendió a otras provincias. Sin embargo y por primera vez en los discursos políticos que se desplegaron en nuestro país durante la guerra del Paraguay, el matiz partidario aparecía bien valorado, aunque dentro de una identidad más amplia que era la nacional. La argentinidad aludida por la rebelión era una argentinidad que tenía una filiación

partidaria clara y era por supuesto la identidad federal. El caudillo Isauro Arguello lo dejaba en claro en la siguiente correspondencia:

“A Antonio Avila/Saujil, 2 do jefe de la reacción federal sobre las Provincias Argentinas (...) El infrascripto tiene el honor de dirigirse a V. avisándole mi aparición por el Norte enarbolando el pabellón Argentino federal como ya V. tendrá noticias de los trabajos partidarios por los hechos de las Provincias Córdoba, San Luis, etc. Por tanto satisfecho de su posición espero contribuya y espere mi arribo por esa a lo que sea posible. No es posible Señor mío, dudar del Éxito de nuestra causa, que los pueblos y los hombres libres de toda Sud América están de nuestra parte. Con tal motivo deseo hacerle saber del aprecio que le expresa su más obsecuente y SS. Isauro S. Arguello” (Citado en Ortega Peña, 1967: 85)

Los opositores al mitrismo que llevaron adelante la rebelión extendida durante 1867 lo hicieron en tanto argentinos, pero argentinos federales. Introdujeron así el elemento partidario como un significado positivo por primera vez en el desarrollo de la guerra. El mitrismo y sus opositores, pero también opositores a las montoneras, también lo iban a hacer, pero recién cuando se puso en juego el proceso eleccionario y la danza de las candidaturas. Hasta ese momento todo lo que remitía a lo partidario era considerado nocivo, disolvente y las montoneras era una prueba fehaciente de ello para el mitrismo. Al reivindicar al federalismo, los caudillos de las montoneras no invocaban un separatismo, ni tampoco una América sin naciones, sino que lo introducían en la disputa sobre la correcta interpretación de la argentinidad. En este caso se reivindicaba una Argentina que no estuviera sometida a Buenos Aires. Los federales apelaban al apoyo difuso de los “pueblos libres sudamericanos”, cita que si bien ya era un lugar común, podía pensarse en este contexto también en alusión a la esclavitud brasileña y por lo tanto excluyendo a esa sociedad de la idea americana. La identidad federal durante este período fue también analizada por Ariel de La Fuente en *Los Hijos de Facundo*. Los actores percibían una continuidad del conflicto unitarios y federales; aunque los primeros oficialmente ya no existían, se los identificaba en los liberales. Los caudillos y los gauchos tenían una perspectiva política de alcance nacional, la dinámica facciosa ya no alcanzaba para explicar el conflicto. Según De la Fuente, hacia fines de la década de 1870 el federalismo desapareció como identidad política. La Guerra del Paraguay y el asesinato de Urquiza ayudaron a sepultarlo. Pero para 1867, el conflicto que desataron los federales era aún un problema de peso para la administración central.

El gobierno nacional comenzaba a preocuparse seriamente por el asunto, el ministro del interior le escribía al presidente muy preocupado y detallaba el alcance geográfico de los sucesos:

“Acabamos de recibir la fatal noticia de que Campos ha sido derrotado en San Juan por los revolucionarios de Mendoza, que marcharon, resueltamente en esa dirección, y que habrán tomado posesión de toda la provincia necesariamente. Ya puede usted imaginar las consecuencias de este suceso. Dueños de las dos más ricas provincias del interior, convulsionada La Rioja, Catamarca sin medios ni voluntad de resistir al torrente de la revolución; Tucumán dividido y pronto a caer en manos del partido interno federal, que espía la ocasión de apoderar del Gobierno y después y antes de todas la provincia de Córdoba, hostil solapadamente ahora y mañana ostensiblemente.” (Correspondencia Rawson a Mitre, Buenos Aires, 14 de enero de 1867)

En enero de 1867 el vicepresidente Marcos Paz se aprestó a solicitarle a Mitre su regreso al país para enfrentar la rebelión que se extendía. En febrero dio cuenta de su cometido en su correspondencia: “Me alegro mucho de que se haya al fin resuelto a venir, pues que aparte de todas las consideraciones que en apoyo de ese hecho le tengo ya expuestas, creo que su presencia abreviará la feliz terminación de las operaciones del interior”. Carlos Rodríguez y Felipe Saa, jefes de los revolucionarios, le escribieron una carta con fecha sugerente del 3 de febrero pero de 1867 a Urquiza. En ella, invocaban explícitamente el ideal de Caseros, la libertad, el nombre de la República Argentina y le pedían su auxilio para la causa por el bien de la patria, además de manifestarle que lo querían como presidente (Citada en Ortega Peña y Duhalde, 1966). La prensa de Catamarca por su parte, provincia que se vio afectada por la rebelión, publicó la proclama de Mitre en la cual anunciaba el abandono del frente paraguayo con motivo de la delicada situación interna. Antes de la proclama, *El Centinela* ya anunciaba su apoyo a la candidatura de Sarmiento para las elecciones. La visión negativa sobre la montonera era compartida en toda la prensa del país, fuera o no específicamente mitrista:

“Soldados-Mientras vosotros sostenéis con honor las glorias de la bandera Argentina al frente del enemigo extranjero que se atrevió a insultarla y derramáis a su pie vuestra preciosa sangre para asegurar a la República los bienes de la libertad y de la paz, algunos traidores, aprovechándose cobardemente de vuestros sacrificios, han cometido el crimen de tumbar su paz interna, rebelándose contra la ley. (...)”

Para alcanzar en el más breve término posible tan importantes resultados, me veo en la necesidad de separarme temporalmente de vosotros, a cuyo lado he compartido por el espacio de cerca de dos

años los peligros y las glorias de esta memorable campaña. Pronto espero volver a compartirlos de nuevo, hasta alcanzar el triunfo que ha de coronarla.”(Bartolomé Mitre, cuartel general en Tuyutí, 9 de febrero de 1867, publicado ese mes en *El Centinela del Norte*)

La prensa condenaba las montoneras, aún cuando manifestasen sus críticas a la guerra del Paraguay, aún cuando difundiesen las candidaturas que no eran las identificadas con el presidente en funciones como veremos enseguida. El consenso de repudio a las montoneras era prácticamente unánime en el periodismo. *El liberal* de Tucumán escribía:

“Llamamos montonerismo al delito de alzarse contra las autoridades, formar cuadrillas y aún grandes masas de hombres y lanzarse contra los pueblos y sus Gobiernos, sin bandera ni credo político, sin regularizar sus fuerzas, saqueando, asesinando y ejecutando todo género de violencias contra las personas y propiedades de los vecinos, sin responsabilidad alguna ante sus Jefes.” (*El liberal*, 11 de abril de 1867)

La disputa se centraba en el concepto de federalismo y de traición a la patria, a la vez que agregaba las nociones relacionadas a la barbarie. Los rebeldes eran bandidos, violentos, bárbaros que estaban por fuera de la política. En el caso de la prensa porteña, en un principio, *La Tribuna* manifestó una preocupación aunque minimizada desde su posición geográfica, estableció la rebelión como un problema acotado a la zona cuyana y opinó que perjudicaba más a esa región que al resto del país. Eran solo “males de la organización local”. Sin embargo, las noticias rápidamente cambiaron la percepción del peso del conflicto que ya no podía subsumirse a una realidad local por más que estuviera lejano de Buenos Aires. Cuando las rebeliones se volvieron peligrosas, se apeló nuevamente en primer término a la identidad nacional para desacreditarlas. Las revoluciones no serían peligrosas si fueran estrictamente locales y a su vez llevadas a cabo por hombres civilizados:

“Si la revolución de Mendoza hubiese sido un movimiento puramente local, producido por el choque de los dos partidos que militan en aquella Provincia, ella se habría limitado a valerse de sus elementos propios.
Más no ha sido así.

Los revolucionarios están admitiendo el concurso sangriento de todos los enemigos de la situación actual, el concurso de los Videla, los Varela y el de toda esa chusma que ha sobrevivido para oprobio del partido federal.

(...) Planteada así la cuestión, las Provincias pueden elegir el camino que más les convenga.

Los que simpaticen con la revolución, ya saben que están con los hombres del deguello y del robo, con los autores de la matanza del Pocito, con los agitadores constantes de la guerra civil, con los que han hecho un negocio de esas revoluciones, sin plan, sin ideas, sin principios.

Lo que, por el contrario, se pongan del lado de la autoridad legal, del Gobierno constitucional de la República, ya saben que son los amigos del orden y de la paz, los apóstoles del progreso y felicidad de la patria; los que prestan su concurso a una administración, cual jamás tuvo otra la patria de Belgrano y San Martín.” (*La Tribuna*, 18 de enero de 1867)

Cualquier argentino que amara su país no podía ser cómplice de estos peligrosos rebeldes fuera cual fuera su partido. La idea de nación de quienes se oponían a las montoneras compartía con la de éstos la idea del nacimiento en la revolución de mayo y héroes como San Martín. Los rebeldes solo querían imponer un gobierno sanguinario como los de los antiguos federales y un gobierno del degüello, concepto que recordaba los calificativos atribuidos a Francisco Solano López. De todas maneras, la comparación explícita de los federales con el gobierno paraguayo no era tan recurrente, aunque se utilizaran conceptos similares para describirlos. La lógica del funcionamiento de ambos se reveló diferente. Las montoneras locales estaban traicionando a su patria, insistiendo en el pasado. La realidad paraguaya tenía su propia dinámica, su presidente era un interlocutor válido, demente y tirano, pero con quien se habían sentado a escuchar su propuesta de paz.

Los triunfos de estos rebeldes del interior fueron un día de luto para la patria según *La Tribuna*. Se buscó además de persuadir al General Urquiza de no apoyarlos lo que daría a la revolución una extensión territorial mucho más peligrosa desde el punto de vista porteño. Mientras tanto, desde Estados Unidos llegó correspondencia importante para el presidente argentino. Es una carta curiosa si se consideraba que quien la escribía se convertiría al año siguiente en el nuevo presidente, pero totalmente comprensible si se examinaba a la luz del contexto en que la escribía. Domingo Faustino Sarmiento, amargado por la muerte de su hijo en Curupayti, haciendo un examen de la realidad argentina desde una distancia enorme y bajo una lupa de analogías con acontecimientos extranjeros, no veía futuro para su país que se desangraba en las luchas civiles:

“Nueva York, 22 de febrero de 1867.

Señor general don Bartolomé Mitre.

Mi estimado amigo:

(...)Por minutos aguardo el vapor de Panamá que me traerá la noticia de la salvación o de la ruina de mi pobre San Juan; pues ya sabía que lo invadían de Mendoza, sin que Paunero alcanzase a evitarlo. (...)Ojalá la providencia quiera ahorrarnos la serie de males que traería la toma de San Juan.

(...)Creo que no hay elementos para formar pueblos; y que continuará otro medio siglo la disolución de las colonias. En Buenos Aires hay muchos nuevos, pero prevalecen las influencias que retardan su organización. Los Estados Unidos atraviesan una crisis terrible, con la cuestión de reconstrucción del sur. (...)Si el sur se arruina, será para ser renovado, por la infusión de la vida del norte. ¿Podemos nosotros esperar esto para nuestras provincias del interior que el ataque y la defensa arruinan igualmente? Mi viaje al oeste aquí me ha mostrado diferencias de situación desconsoladoras. Aquí la vida industrial, minera, agrícola, son mayores a medida que se internan. La muerte de Dominguito tan malogrado, ha traído a mi espíritu un incurable descontento. ¡Qué cadena de desencantos! Habría vivido en él; mientras que ahora no sé adónde arrojar este pedazo de vida que me queda; pues ni aquí ni allá sé qué hacer con ella.” (Correspondencia Sarmiento-Mitre, Nueva York, 22 de febrero de 1867)

Sarmiento, de alguna manera enfrentado políticamente a la facción mitrista, se lamentaba por el desorden interno, al que juzgaba pernicioso y diagnosticaba que su solución era más que menos presencia del gobierno central, o sea de Buenos Aires. Las distancias en un país inmenso dificultaban más las cosas, el orden tardaba en llegar o llegaría demasiado tarde. El ejemplo norteamericano le servía de espejo para delinear lo que Argentina no podía ser, por su atraso, sus concepciones eran exageradamente pesimistas. La falta de desarrollo de las industrias y la educación se sumaban a estos levantamientos que arruinaban las posibilidades de consolidar la patria. Sarmiento se mostraba sensiblemente afectado por la muerte de su hijo y también porque la rebelión tomaba su región natal. Las montoneras fueron extendiendo su influencia geográfica con los meses y también se fue extendiendo por la prensa de todo el país, las críticas hacia ese movimiento. El montonerismo era una barbarie sin bandera que atacaba a la nación de mayo empañada con la sangre de las guerras civiles fratricidas. Se trataba de bandidos que estaban excluidos de la vida civil y política de la nación:

“La gran política que periódicamente nos produce la guerra civil que arruina y enluta a los pueblos es la causa de la reacción actual. Los pueblos todos del Interior, no pueden consentir ni Buenos Aires tolerar, su continuación por más tiempo (...) Nosotros, interpretando el sentimiento y opinión del pueblo tucumano, desde hace algún tiempo combatimos esas política funesta, y continuaremos en esta tarea hasta donde nos sea posible.” (*El Liberal* de Tucumán, 11 de abril de 1867)

“La guerra civil que nos invade es la más fiel expresión del caudillaje, por eso que no faltan hombres que desheredándose del ilustre nombre de argentinos, revistan en sus filas para concluir con todo derecho y con toda ley. La montonera de hoy es verdad que no envuelve el mismo carácter que la de ayer. Antes no teníamos un enemigo que combatir en el exterior. Ahora lo tenemos; y por consiguiente, todos los que se pliegan a ella son traidores, son verdugos de su misma Patria” (*El Centinela del Norte*, 8 de abril de 1867)

El Centinela daba cuenta así de una situación de gran magnitud, algo diferente a otras que podía pensarse similares del pasado. No eran las mismas porque ahora no solo se combatía entre argentinos sino en el exterior. La guerra del Paraguay cerraba lo viejo y abría lo nuevo. Se reforzaba así la idea de pertenencia a una patria común más allá de las diferencias políticas a través de un conflicto externo que impondría estar en paz y que en cambio estaba siendo utilizado para fines partidarios. El conflicto externo proporcionaba la oportunidad de rebelión a un grupo ya debilitado que interpretaba que la argentinidad estaba siendo traicionada en esa guerra contra el Paraguay. Pero que fundamentalmente peleaba por edificar esa nación sin la primacía de Buenos Aires. El periódico de Catamarca además deslizaba la posible relación de Urquiza con las montoneras en medio de la lucha de candidatos a la presidencia, uno de los cuales era el caudillo entrerriano.

5.1.3 Decadencia de una rebelión

La rebelión se extendía. Los ejércitos del gobierno central en el interior estaban a cargo de Paunero, Arredondo y Taboada. Varias divisiones regresaron del frente paraguayo para unirse a estas filas. Los periódicos de la región dieron cuenta del malestar que les generaba la diseminación de las montoneras. Buscaban ridiculizarlas, por ejemplo mediante el adjetivo de comparsa, aunque manifestaban la preocupación por las inocultables adhesiones que el movimiento de Varela iba generando en gran parte de la población:

“ al fantasma aterrante, al tigre feroz, al bandido, al ladrón y asesino que tiñe aún con sangre argentina nuestros más fértiles campos (...) Los gritos que se daban de viva Varela, causó gran sensación en el ánimo de nuestros conciudadanos, quienes no han podido por menos que deplorar, se confundan algunos amigos su voz, en las filas de un partido que ha chupado la sangre y el tesoro de los argentinos de corazón (...) No más montoneras, no más explotadores, no más renegados argentinos, no más traficantes en política” (*La Regeneración*, La Rioja, 10 de octubre de 1867)

Sin embargo, la rebelión encontró sus límites. La batallas de San Ignacio en San Luis y, fundamentalmente la de Pozo de Vargas en la que Taboada venció a Felipe Varela significaron una derrota decisiva para la suerte de la montonera. *El Zonda*, en mayo de 1867 dio cuenta del triunfo en la batalla de Vargas al retomar la editorial de *El Constitucional* de Mendoza. Las montoneras eran identificadas como paraguayos, como un gran insulto. No eran argentinos, eran traidores a la patria. Eran hipócritas que criticaban la guerra del Paraguay, pero hacían una guerra en su propia tierra. Los “buenos argentinos” se oponían (una caracterización que le pertenecía a *El Nacional*) y festejaban la derrota de la barbarie. Los enemigos de la triple alianza eran los enemigos de la patria:

“Hay quien ha sostenido contra la evidencia de los hechos más recientes, que en la presente lucha los Aliados son los agresores y el Paraguay una víctima expiatoria. (...) hay gentes para quienes el valor de los hijos de esta tierra no es valor, el heroísmo de nuestros soldados no es heroísmo (...) Hay gentes que han recibido con aplausos las reacciones mazorqueras que han cubierto de duelo a la República, como medio de salvar la tiranía y de concluir con la guerra y con la alianza. Hay ilusos que han soñado y sueña en una guerra con el Brasil. (...) Para los enemigos de la Alianza, que son los mismos enemigos de la patria, la República no tiene hoy ningún interés argentino en la guerra. Por medio de este sofisma torpemente explotado se han sublevado las masas y se han levantado resistencias criminales a la Autoridad Nacional. Varela, Videla, Saa son los representantes armados de esta propaganda del desquicio y los autores de esta trama liberticida continúan su obra, presentándonos como argumento decidido en contra de la guerra los frutos de sus propias doctrinas. Tenéis el incendio en casa, dicen, por causa de haber ido a apagar el de la ajena. Sí, tenemos el incendio que no teníamos, cuando de todas las provincias marchaban gruesas columnas de soldados a combatir en el Paraguay. Sí, tenemos el incendio producido por los enemigos de la Argentina y del nombre argentino; pero no lo tendríamos, si con tiempo se hubiera cortado la mano que conducía la tea criminal. Tenemos el incendio, pero el pueblo argentino tiene elementos poderosos para ahogarlo una vez más, sin desmayar ante las exigencias de su honor y de su porvenir. Tenemos una deuda de muchos millones, dicen también los enemigos de la patria: la guerra nos cuesta muchas vidas, mucha sangre preciosa. Estos son fingidos timoratos. Las lágrimas que derraman son lágrimas de cocodrilo.” (*El Zonda*, mayo de 1867)

Las rebeliones tuvieron sus adeptos, pero fueron derrotadas. Al igual que para los rebeldes a quienes se denunciaba a partir de nombrar a sus jefes, para los opositores esta disputa se entendió en clave nacional. La patria y la Argentina se entendían sinónimos y fueron traicionadas por las montoneras y su accionar. Eran falsos patriotas, su sufrimiento y esfuerzo era hipócrita. Tergiversaban los valores de la verdadera nación, convertían lo que entendían por libertad en deguello, eran los verdaderos enemigos de la patria. Se reconocía la gravedad del conflicto al calificarlo como un incendio. Se tenía la fe que éste terminaría gracias a los argentinos de buen corazón. Los otros, daban loas a los rebeldes y soñaban con una guerra contra Brasil. Mientras tanto, el 2 de junio de 1867, Bartolomé Mitre daba su mensaje de apertura de las Sesiones en el Senado dando cuenta de estas victorias decisivas sobre la montonera, aunque no concluyentes. Acusaba a los montoneros de traición y sedición. Proporcionaba una explicación de por qué estaba en el recinto y no en el frente paraguayo. Además justificaba su no intervención en el conflicto de Chile con España aduciendo los nexos del país trasandino con la rebelión de Varela. Por otra parte se explicitaba el conflicto con el gobierno peruano por su crítica a la causa de los aliados. El americanismo como ideal se encontraba en una encrucijada:

“La rebelión últimamente ocurrida en el interior, por la circunstancia de haber nacido y tomado grandes proporciones en las provincias limítrofes con aquella República, en la que además se han asilado los promotores de la misma dará lugar a algunas reclamaciones por nuestra parte. Como ellas han de ser apoyadas por la justicia y el derecho, el Gobierno abraza la convicción de que ha de encontrar en la ilustrada administración de aquel país hermano, benevolencia y justicia. El gobierno del Perú, por actos que son de dominio público, ha incurrido en aberraciones tanto más lamentables cuanto que las revelan la carencia de datos en que se encuentra aquella administración sobre las causas que han producido la guerra en que se encuentran las Naciones aliadas contra el Gobierno del Paraguay así como de su carácter y tendencias” (Mensaje apertura Sesiones Senado, 1867)

Mientras tanto, el movimiento de Felipe Varela pasaba por Salta¹⁶ pero fue limitado militarmente por Octaviano Navarro, un antiguo federal. Para noviembre de 1867, un

¹⁶ Ortega Peña y Duhalde (1966) citaron una carta de Varela al gobernador de Salta Sisto Obejero del 10 de octubre de 1867 en la que le advertía que depusiera las armas y se rindiera o iba a ser responsable “ante Dios y La Patria” de lo que pudiera ocurrir.

año después del estallido en Mendoza, Varela pasó a refugiarse en Bolivia. Su rebelión demostró los alcances y también los límites del movimiento federal, ya herido de muerte. Entre los alcances sumamos la propagación territorial y las adhesiones. Entre los límites, que esa difusión quedó acotada a Cuyo y parte del Noroeste. Y esto se explica sin dudas por la falta de apoyo de Urquiza.

5.1.4 El exilio del líder, el comienzo del fin del federalismo

El 7 de noviembre de 1867 Felipe Varela llegó a Tupiza junto a unos seiscientos hombres y solicitó asilo a las autoridades bolivianas. Mantuvo allí su exilio, se entrevistó con el presidente Melgarejo, estableció contactos con funcionarios chilenos. En enero de 1868 publicó otro importante manifiesto en el que el americanismo aparecía con más fuerza que en el primero. No casualmente, se trataba de un documento escrito fuera de la Argentina, destinado a captar el apoyo de los otros países de la región en su causa y que precisaba de nuevos bríos para salir al ruedo nuevamente. El americanismo aparecía nuevamente mucho más ligado a la situación en Chile que a la Guerra del Paraguay. En relación a este último suceso, Varela apelaba a un racconto histórico sobre el inicio de la contienda en el cual la responsabilidad recaía sobre su enemigo político, Bartolomé Mitre. En esta proclama aparecían referencias al Imperio Británico, pero no como un enemigo como así lo definían Ortega Peña y Duhalde sino que la diplomacia británica era citada como fuente de autoridad, como la que demostraba y legitimaba las acusaciones de Varela sobre el gobierno mitrista.

A diferencia de la opinión predominante en Argentina, Varela establecía una defensa del presidente Francisco Solano López y le atribuía objetivos loables a su accionar. La definición de unión americana que aparecía en esta proclama contradecía el sentido común. El americanismo para Felipe Varela no era más ni menos que el respeto por las soberanías de las repúblicas, es decir, de las naciones particulares. Denunciaba el plan mitrista de formar una sola nación con las naciones americanas de Argentina, Bolivia,

Paraguay y Perú, la traición de los “negreros” y a la monarquía brasileña. Era Mitre quien quería la unión que no respetaba las soberanías.

La guerra al Paraguay no podía ser nacional porque era una afrenta al ser argentino. La Argentina estaba clara en sus límites, pero nuevamente la disputa se aparecía por la primacía de Buenos Aires sobre las Provincias:

¡VIVA LA UNIÓN AMERICANA!

Manifiesto a los pueblos americanos sobre los acontecimientos políticos de la República Argentina en los años 1866 y 1867

En efecto, la guerra con el Paraguay era un acontecimiento ya calculado, premeditado por el General Mitre.

(...)

Textualmente dice el Ministro inglés citado: "Tanto el Presidente Mitre como el Ministro Elizalde, me han declarado varias veces, que aunque por ahora no pensaban en anexar el Paraguay a la República Argentina, no querían contraer sobre esto compromiso alguno con el Brasil, pues cualesquiera que sean al presente sus vistas, las circunstancias podría cambiarlas en otro sentido".

He aquí cuatro palabras que envuelven en un todo la verdad innegable de que la guerra contra el Paraguay jamás ha sido guerra nacional, desde que, como se ve, no es una mera reparación lo que se busca en ella, sino que, lejos de eso, los destinos de esa desgraciada República están amenazados de ser juguete de las cavilidades de Mitre.

Esta verdad se confirma con estas otras palabras del mismo Ministro inglés citado: "El Ministro Elizalde me ha dicho que espera vivir lo bastante para ver a Bolivia, el Paraguay y la República Argentina, unidos formando una poderosa República en el Continente (...)

He ahí, pues, los tiempos del coloniaje existente en miniatura, en la República, y la guerra de 1810 reproducida en 1866 y 67, entre el pueblo de Buenos Aires (España) y las provincias del Plata (Colonias Americanas).(...)Es por esto mismo que es uno de nuestros propósitos manifestado en la invitación citada, la paz y la amistad con el Paraguay." (Manifiesto Felipe Varela, enero de 1868)

El colonialismo que combatía Varela no era el de América Latina contra el Imperio Británico. De hecho cita como autoridad en esta proclama a un diplomático inglés. Aunque preocupado por las rémoras coloniales por el conflicto bélico entre Chile y España, al hablar de la Guerra del Paraguay, el colonialismo al que se oponía Varela era interno, era fundamentalmente el de Buenos Aires y su acaparación de rentas contra las Provincias despojadas y en menos medida y de manera más implícita al del Imperio del Brasil contra las repúblicas. Al hablar de la Guerra del Paraguay, nuevamente, Varela lo hacía con mucha más fuerza como argentino, para disputar la identidad y luego procurar que el mitrismo no se entrometiera en las soberanías de los países vecinos. Lo que había estallado en Mendoza en 1866 no era sino el verdadero patriotismo argentino encarnado

en el espíritu de un interior que se representaba también como un ente sin fisuras ni demasiadas especificidades. La contienda contra el país guaraní era muy impopular en el interior del país. La idea era crear un espejo para que cada nación americana ahora lo imitara en su propio interior. Manifestaba con más energía desde el exilio su apoyo a Paraguay como nación hermana aunque distinta y el pedido de paz:

“Es por estas incontestables razones que los argentinos de corazón, y sobre todo los que no somos hijos de la Capital, hemos estado siempre del lado del Paraguay en la guerra que, por debilitarnos, por desarmarnos, por arruinarnos, le ha llevado a Mitre a la fuerza de intrigas y de infamias contra la voluntad de toda la Nación entera, a excepción de la egoísta Buenos Aires. Es por esto mismo que uno de nuestros propósitos manifestando en la invitación citada, la paz y la amistad con el Paraguay” (Manifiesto Felipe Varela, enero de 1868)

Citamos particularmente las proclamas de Varela porque constituyeron la referencia más sólida del discurso político de la rebelión interna más exitosa y difundida durante el desarrollo de la Guerra del Paraguay. No hubo prensa, ni otros escritos intelectuales que la defendieran en ese momento. Encontramos parte de su correspondencia y la de algunos aliados, pero no son tan nítidas ni fueron tan difundidas como lo que citamos. Nuestra manera de abordar el discurso que les era propio, por lo tanto, es a través de esas proclamas. Con el progresivo afianzamiento del estado central, el federalismo adquirió nuevos significados. Según De la Fuente, la única legitimidad política la detentaba el unitarismo; los federales parecían condenados a la violencia, la resistencia y el ostracismo. Más que una fraternidad fervorosa con el Paraguay, los gauchos se resistían a la leva por el hartazgo de la guerra, por su arbitrariedad, por no querer viajar y abandonar su tierra, por la violencia del reclutamiento y porque los personajes que reclutaban eran conocidos unitarios. En La Rioja muchos murieron durante las rebeliones del Chacho, la economía estaba diezmada. Las motivaciones para incorporarse a la montonera eran diversas y también integraban la idea de nombrar gobernador a Manuel Vicente Bustos, un federal bien visto por el gobierno nacional. Más que ayudar directamente al Paraguay, los federales buscaban dominar el territorio argentino, llegar a Buenos Aires, tomar el poder y desde allí sacar a la Argentina de la contienda. Al respecto el propio Paunero refería en su correspondencia “la idea de ir al Paraguay es un fantasma que tiene aterrada a esta gente”.

Si bien no son objeto de estudio de esta tesis las representaciones de las clases populares, nos gustaría complementar las escasas fuentes propias de las montoneras con una mención a algunos cantares populares de las tropas que fueron recopilados décadas más tarde, por ejemplo en la obra de Olga Fernández Latour. En relación a las identidades encontramos nuevamente esta reivindicación de la verdadera identidad nacional que era traicionada por Buenos Aires en contra de las provincias. Aparecía aquí la pretensión de extender el federalismo en territorio argentino y una difusa alusión a la posterior conformación de una federación de estados americanos. En el segundo de los cantares, se repite la referencia a la argentinidad que se asociaba directamente con la patria y se refiere a Mitre como tirano, el mismo concepto que utilizaba Mitre para referirse a Solano López. Se mencionaba también la referencia a Brasil como enemigo:

“La República Argentina
Siempre ha sido hostilizada
Porque los que la gobiernan
Con mala fe procedían
Ahora que viene encima
Levantando su bandera
La gloria y la primavera
Florecen por los caminos
Gritemos los argentinos:
Viva el general Varela
En Córdoba se ha ganado
San Luis, Mendoza y San Juan
Solo falta Tucumán
(...)

Viva la Patria Argentina
Viva la Patria Argentina!
Viva el Cabildo Mayor
Viva el General Varela
Hombre de tanto valor!
(...)
Argentinos, arriba. A la Guerra
Al salvaje, el tirano opresor
(...)
Al enemigo, guerra...
Que la patria levante su frente
Que humilla ese déspota vil
Y que muera el salvaje impotente
Y que caiga el abyecto Brasil!
Argentinos arriba! Corramos
a salvar nuestra noble nación
y de gloria sin fin la cubramos
rejurando su constitución.

(Citado en Galasso comp, 2012: 83, 93 y 96)

Como apuntamos, una de las claves de la derrota de Varela fue la postura de Urquiza, líder que todos los federales y resistentes a la guerra invocaron, aunque él no los apoyó nunca explícitamente durante la contienda. Varela le envió a Urquiza algunas cartas como forma de presión, pero no fueron respondidas¹⁷. El 11 de febrero de 1868 Urquiza le escribió a Salustiano Zavalía, político tucumano, una carta que volvía a echar por tierra toda esperanza de apoyo:

“Varela y su montonera, producto legítimo de los excesos del poder y de una política bastarda, jamás pudo ser para nadie la expresión o el agente de mis ideas. La mejor prueba era que él abusaba de mi nombre sin que ningún hecho mío lo autorizase. Los que han abusado del nombre de Dios y la Religión para explotar a las masas crédulas, tienen tanta razón para ser creídos como la que ha tenido Varela si sus bandas se entregaban a la disolución o al pillaje. Mi patria sabe que soy hombre de principios y no de partido y menos de montonera. Jamás la he tolerado siquiera. Reprobé a todas las que se lanzaron contra Buenos Aires en tiempo de su Rebelión contra la República (...) La Guerra del Paraguay estalló, el presidente solicitó mi concurso y se lo presté arrastrando forzosamente a un pueblo para quien esa lucha era terriblemente antipática (...) No, yo no he alentado esa lucha desordenada, por el contrario, he hecho esfuerzos poderosos por salvar al Litoral de comprometerse en ella y de ello se hace, por otros, un crimen” (Galasso, 2010: 107)

No podemos hacer historia contrafáctica, pero como mencionamos una de las claves del fracaso del federalismo en esta época fue la falta de apoyo, al menos efectivo y explícito, de su máximo referente, Justo José de Urquiza. El caudillo entrerriano invocaba nuevamente a la patria y acusaba de utilización de su nombre a las huestes de Varela a las que identificaba de manera negativa con divisiones partidarias y violentas. Para defender todas las posturas durante la guerra todos los protagonistas se arrojaron

¹⁷ Emilio Castro Boedo, cura compañero de Varela al que se le atribuía la escritura de una de sus proclamas, le había enviado el 15 de noviembre de 1866 a Urquiza la siguiente correspondencia

“No terminaré esta sin afirmar a V.E. que me causa agitación verlo tan confiado de esos malvados y pérfidos círculos porteñistas, tan confiado en las mentidas promesas de esos falsos convertidos, que siendo salvajes hasta la médula de los huesos, se quieren hacer federales. Siento ver a V.E. rodeado de traidores, embusteros, que solo tratan de sacarle ventajas hasta que algún unitario les ofrece una nueva pinchada (...) La Patria sucumbe si V.E. no se levanta decididamente a llevar con energía la voz de la República y en esto va la libertad del continente sudamericano” (Citada en Galasso, 2010: 73). Urquiza le escribe además a José León en Córdoba para que “descubra la conspiración que se hace en su nombre” el 9 de diciembre de 1867 (Citado en Ortega y Duhalde, 1966)

en primer lugar detentar la verdadera argentinidad. Sin embargo, y aunque Urquiza recordaba su advertencia a Mitre sobre lo impopular de la lucha contra Paraguay por la alianza con el Brasil, de ninguna manera manifestó apoyo a la rebelión interna. Que Solano López y los federales argentinos esperasen el apoyo de Urquiza, está probado. Si con ese solo apoyo, el resultado de la historia hubiera sido diferente, no podemos saberlo ni tampoco resulta relevante en última instancia.

5.2 El frente externo

Mientras la Argentina se veía envuelta en una guerra civil, la guerra contra el Paraguay continuaba. Ya habían pasado dos años de una guerra que había sido pensada para durar tres meses. La publicación del tratado de la alianza dejó expuestas las condiciones de un contrato con el Imperio del Brasil difícil de tolerar para la sociedad argentina, tanto de propulsores como de opositores a la guerra. Las atribuciones sobre el territorio paraguayo no fueron bien saludadas por todos. La guerra interna hizo más criticable la empresa externa. La derrota de Curupayti alejó la victoria pronta y prometida. En este contexto, los periódicos que habían defendido enérgicamente la entrada en la guerra, empezaron a mostrar sus reparos sobre su duración. Y desde *La Tribuna* se hizo fundamentalmente en tanto considerar a esta guerra como un objetivo brasileño, ajeno a los intereses argentinos. En discusión explícita con *El Nacional*, e implícita con *La Nación Argentina*, el editorial era claro:

“A nuestro juicio, ya lo hemos dicho, quebrado el equilibrio político que el tratado sabiamente estableció, confiriendo la dirección de la guerra al representante de una de las repúblicas, quebradas en el hecho y en la práctica las estipulaciones de ese tratado, por causas que no ha estado en la voluntad de los hombres preveer, ha llegado el momento de modificar los términos de la alianza, si la tenacidad de López le llevará a desoír los consejos de su crítica posición, dando lugar así a la prolongación de una guerra cuyo término no podrá ya acelerar el Gobierno Argentino por no residir en su Presidente su dirección y el comando de sus armas” (*La Tribuna*, 14 de febrero de 1867)

La Tribuna daba cuenta además del viaje de regreso del General Mitre a la República Argentina, provocado por los rebeldes de Mendoza y por la inestabilidad del vicepresidente, el Dr Marcos Paz, que ya seis meses antes había planteado en el congreso su intención de dejar el poder. El 16 de febrero de 1867, Marcos Paz dijo “Estoy convencido que los gobiernos interinos, provisorios o delegados no son más que una rémora para el adelanto y los progresos de la sociedad que dirigen.” Sin embargo, fue la muerte a causa del cólera la que terminó con su vida y por ende con su cargo vicepresidente en ejercicio en enero de 1868.

La culminación de la guerra pareció estar al alcance con la aparición de un mediador para la solución por la paz. Este mediador fue Estados Unidos y su ministro Washburn. Aunque la prensa porteña la recibió con esperanza, la mediación fracasó. El 1 ro de marzo de 1867 *La Tribuna* publicó su famoso editorial “Antes y después de la alianza” que reproducimos en el capítulo 3 de esta tesis en la voz de *El Eco* de Corrientes. Se insistía como defensa de un discurso muy favorable en el inicio de la guerra con que “Brasil es nuestro leal aliado en estos momentos, lo creemos y lo creemos sinceramente”, pero sus intereses no eran los argentinos y había que guardar cuidado de sus intenciones en territorio argentino. El 10 de marzo de 1867 consideraron que seguir a rajatabla el tratado de la triple alianza era una idea plausible, pero solo para una guerra corta. La guerra se había prolongado, nadie lo esperaba. No era incompatible ahora con el tratado hacer una paz digna a través de la mediación estadounidense. *La Tribuna* opinaba que “las alianzas son ligas transitorias”. *El Mosquito* compartía este hartazgo ante la prolongación con ironía. En agosto de 1867 representaron la guerra como una partida que no terminaba nunca:

Figura 7

Fuente: El Mosquito, agosto 1867



En la litografía se puede ver a Mitre y López jugando una partida de billar y al emperador como alejado, preparando su juego. En la visión de la prensa más predominante, aunque el cansancio ante la prolongación de la guerra era evidente, el gobierno paraguayo no había dejado de tener su imagen tiránica y bárbara. Aunque la diferencia era que la explicitación del tratado revelaba que la guerra era también contra la nación paraguaya y su soberanía, a la que no defendían sino tibiamente y de manera paternalista y peyorativa:

“Sí, El Presidente del Paraguay es un déspota; hace pesar la omnipotencia de su alma mala sobre esa pobre nación, y en sus arranques de locura y despotismo injurió atroz y torpemente a la

República Argentina. Su atentado fue más que una declaración de guerra, fue el asalto de pueblos indefensos, el robo de buques nacionales, la ocupación del territorio argentino, la guerra de improviso y de sorpresa con todos sus furores y no obstante la actitud pacífica de nuestra nación y nuestro gobierno. (...) Se comprende que todas estas cláusulas, muchas de las que envuelven una palpitante injusticia, no eran contra López, puesto que ellas habían de tener efecto después de vencido el mandón arbitrario. Se referían pura y netamente a la nación paraguaya, contra la cual declaraban los aliados que hacían la guerra.” (*La Tribuna*, 15 de marzo de 1867)

La Tribuna argumentaba que sino fuera contra la nación paraguaya las disposiciones del tratado sobre los límites, tendrían que haber incluido a representantes paraguayos. Fundamentalmente la paz urgía porque la guerra se llevaba la vida de muchos argentinos y diezmaba la economía. La guerra ya no era atractiva porque no se tenía la dirección de la misma, ni el mando, ni las armas, ni el entusiasmo ni el enrolamiento. Este era el lamento de una guerra prometida que ya no era. *La Tribuna* el 1 ro de mayo de 1867 publicaba “El país quiere sin duda la paz: porque esta es un beneficio fecundo que aumenta la riqueza y el bien estar de las naciones; al paso que la guerra es el Minotauro que devora la vida y los recursos”. La guerra ya no era un evento que entusiasma precisamente porque era mucho menos argentina. *La Tribuna* le reprochaba a Mitre no ser más el general en jefe. Hablaban de un ejército de 40.000 hombres de los cuales solo 7000 eran argentinos y orientales “el ejército que va a emprender esta batalla es por tanto todo casi brasilero, BAJO EL MANDO DE UN GENERAL BRASILERO” (los resaltados son originales). En medio de los pedidos de paz se citaba un artículo del periodista oriental Juan Carlos Gómez que traía a la discusión una propuesta de Mitre de la década anterior para crear un Estado que uniera a Buenos Aires y Uruguay como base para la futura unidad de todos los pueblos del Plata:

“Se formarán algún día los Estados Unidos del Río de la Plata, a semejanza de los Estados Unidos del Norte de América? El Paraguay, que por egoísmo de los que explotaron su condición topográfica, se encerró en sus bosques en 1810, el Estado Oriental que por los tratados de 1828 fue declarado como estado independiente, para servir al Brasil de valla y campo de guerra en todas las contiendas que pudiera promover a la América del Sud sobre el Atlántico, ¿reconocerán voluntariamente algún día que el porvenir y la grandeza de la patria está en formar una nación de Estados Unidos del Río de la Plata? Sí, es nuestra convicción, es nuestro anhelo.” (*La Tribuna*, 31 de julio de 1867)

El ideal americano era compartido por todos los bandos en disputa, pero la guerra del Paraguay les demostraba más que nunca que era nada más que un ideal. Para unos de repúblicas americanas como federación, con el problema de qué hacer con Brasil y Buenos Aires en este esquema. Para otros era la misma América unida, con alguna reminiscencia del virreinato como nacionalismo territorial. Pero eran discursos esporádicos y débiles ante la realidad. *La Tribuna* reconocía que Brasil, Paraguay el Estado Oriental y Argentina estaban descomponiendo y depurando el crisol de la revolución de mayo en la actual crisis. Con el correr de los meses la prensa porteña que pedía paz se limitaba a reproducir partes del teatro de la guerra en los cuales se preocupaban por diferenciar a los argentinos de los brasileños y mapas de la campaña. La necesidad de concluir la guerra se repetía, era bochornoso para el honor nacional que una pequeña república como Paraguay mantuviera en vilo hace dos años a la Argentina y al Imperio del Brasil. Ante el fracaso de la negociación de paz, era menester terminarla reforzando al ejército aliado. Para septiembre de 1867, aparecía en el periódico más importante del país la candidatura de Domingo Faustino Sarmiento para Presidente de la República, antes de comenzar cada una de las editoriales y algunas noticias de que el partido blanco podría invadir Entre Ríos.

La prensa de las provincias también se mostraba inquieta con la extensión de la guerra. *El Patriota* de Córdoba, periódico político, jocoso y literario que defendía la candidatura de Sarmiento, se burlaba de las palabras de Mitre al comienzo de la contienda. El 2 de noviembre de 1867 publicaba un editorial titulado “La situación no está definida” que comenzaba con la frase “En tres días la situación estará definida” en clara alusión a los “En 24 horas en los cuarteles, en 15 días en campaña, en tres meses en Asunción” de aquellas palabras de Mitre. *El Progreso* de Córdoba por su parte, replicaba la disyuntiva de la prensa porteña opositora a la prolongación de la guerra. Hacía suyas las palabras de *La República*, periódico porteño en este sentido, órgano acusado por *El Nacional* de apoyar al Paraguay. Las victorias de Varela se veían amenazantes. El pedido por la paz se hacía también en términos de defensa de la identidad nacional así como alguna vez se había hecho el llamado a la guerra en los

mismos términos. Quienes los acusaban de aparaguayados, lo hicieron también en consecuencia utilizando la identidad nacional como parámetro:

“En contra de esa alianza y en favor de la paz están esos intereses, es verdad, pero también lo están los intereses, de todos los países republicanos, los intereses de todos los europeos; en una palabra los intereses de la moralidad y de la justicia. (...) No hay más intereses que los de la verdad y de la justicia. Si estos son intereses extranjeros, es claro que *El Nacional* sostiene como intereses argentinos los opuestos” (Cita de *La República* en *El Progreso* de Córdoba, 11 de septiembre de 1867)

La República a través del *El Progreso* de Córdoba dio cuenta de esta creciente impopularidad. Impopularidad que se basaba en la defensa de la argentinidad. La alianza defendía intereses extranjeros, entendiendo por extranjero exclusivamente a Brasil. Acusaban que la guerra la sostenían a esa altura solamente *La Esperanza* de Corrientes, *la Nación Argentina* y el Colegio Nacional de Buenos Aires, opinión quizás algo exagerada. La mayoría de los periódicos pedían por la paz en el Paraguay, pero no a cualquier precio y además estaban en contra de las montoneras. Daban cuenta de la situación preocupante al respecto en Salta y Jujuy. Se quejaban de que la Guerra del Paraguay sacaba de la república argentina armas, hombres e ingresos que podrían estar combatiendo mejor a las revueltas de Cuyo. Estas tropas se aprovechaban de la desguarnición y de la odiosidad nacional contra el tratado de la alianza. Si se quería con la guerra libertar al Paraguay había que usar la intervención en las provincias. La prolongación de la guerra favorecía la preponderancia del Brasil. *La República* y *El Patriota* comenzaban a poner en danza la Candidatura de Urquiza. La guerra ya era vista como vergüenza nacional. La ofensa inferida estaba dignamente reparada, era preciso una paz honrosa.

La contienda se había vuelto larga, penosa, cansadora, impopular. Sin embargo lo era mucho menos por una defensa del Paraguay y su gobierno que por una ofensa al honor argentino por parte de Buenos Aires su pacto con el Imperio del Brasil. En marzo de 1867 Olegario Víctor Andrade escribía preocupado por el devenir de la nación:

“¿Adónde van esas generaciones jóvenes palpitantes de entusiasmo y de fe, con el alma henchida de sublimes esperanzas, con el cerebro hirviendo de ideas generosas? Van en busca del sacrificio

estéril, de la inmólación oscura y vergonzosa; van a desaparecer ignoradas en precipicios cavados por la azada de los sepultureros oficiales. Ayer los empujaba rosas con el rebenque de la Mazorca; hoy los empuja Mitre con el látigo de los capataces del Imperio (...)Extranjeras van siendo las propiedades rurales, extranjero el comercio, hasta extranjero el idiota que despertará un día al eco de nuestras ruinas como los acentos severos del dominador. La raza argentina sucumbe” (Citado en el prólogo de Natalicio González a las Cartas de Mitre y Gómez, 1940: 13)

Andrade definía a la nación unos difusos términos étnicos y se mostraba preocupado por las vidas perdidas en una lucha que representaba intereses ajenos. Extranjero era sinónimo de brasileño y fue un término que no fue tan utilizado por el mitrismo para referirse a Paraguay. La confrontación de tinte algo más étnico era con Brasil. Pasaron los años y el rostro humano de la guerra quedó al desnudo. Las vidas se habían perdido por una causa que no era nacional sino extranjera. El peligro de extranjerización del país, con un posible avance del imperio brasileño, estaba latente. La prolongación de la guerra también preocupaba en términos de amenaza a la identidad e integridad nacional.

5.3 Elecciones presidenciales. La paz interna que se restablecía, la paz externa que no llegaba

1868 fue el año de las elecciones presidenciales. La guerra civil había terminado, la guerra con el Paraguay aún no. Repasamos las repercusiones de la prolongación de la guerra y la reacción que ella provoca en el Congreso. Puntualizamos en las representaciones nacionales que se desprendieron de esas intervenciones. Finalizamos con la referencia a los discursos en torno a las elecciones y el papel del concepto de partido.

5.3.1 La inquietud de la prensa

Nos adentramos entonces en 1868. La rebelión de las montoneras estaba sofocada. Las elecciones presidenciales se encaminaban. El país volvía a su funcionamiento casi de rutina, puertas adentro. Sin embargo, el frente externo aún estaba encendido. Y provocaba fuertes debates en la prensa entre quienes pedían la rápida resolución del conflicto y quienes respetaban su duración. La polémica más resonante era entre *La Nación Argentina* y *La Tribuna*. Los periódicos otrora coincidentes en su postura, bifurcaban cada vez más sus líneas de opinión en medio de la prolongación de la guerra y fundamentalmente, de las elecciones presidenciales que los encontraban defendiendo candidatos diferentes. *La Tribuna* se defendía de las acusaciones. En efecto el periódico de los Varela había sido más papista que el Papa a la hora de exigir la alianza y la guerra al Paraguay. Pero a su vez, era cierto que los términos del tratado le habían sido desconocidos como a casi todos los argentinos:

“La Nación Argentina con su refinada hipocresía trata de hacer creer al pueblo que La Tribuna fue la promotora de la guerra actual, y que luego reniega de su obra (...)
¿Y quién no sabe que esa prensa oficial la componía sola exclusivamente La Nación Argentina? Sus lamentos de ahora, son pues lamentos de mojígata, son sollozos de pecadora arrepentida. En cuanto a nosotros, estamos muy lejos de pretender eludir la responsabilidad que quepa a la Tribuna por su propaganda de entonces. Pero el que La Tribuna haya sostenido como conveniente la guerra del Paraguay importa ¿Acaso el que haya sostenido también el tratado de alianza? ¿Quién conoció ese tratado cuando fue celebrado? Únicamente los que tomaron parte de él. Para el público ese fue un documento secreto, que solo vino a conocer por la imprudencia de uno de los ministros orientales. Si el tratado de alianza hubiese sido publicado al firmarse, la Tribuna lo hubiera condenado del mismo modo que lo ha condenado después, en todo aquello que contiene de opresivo y humillante para el pueblo paraguayo, porque la tribuna no quiere que se apliquen a sus enemigos doctrinas y principios que rechaza aplicadas a su país.” (*La Tribuna*, 21 de febrero de 1868)

La discusión sobre la continuidad o no de la guerra se dio principalmente entonces menos sobre los efectos perniciosos sobre el pueblo paraguayo y más por sobre la posible influencia del Imperio Brasileño en Argentina. Esta fue la obsesión de *La Tribuna* —y de la mayoría de los periódicos del país— que publicó partes del ejército brasileiro y mapas de la campaña entre sus editoriales sobre las elecciones. La argentinidad estaba en peligro, la soberanía nacional ante el Imperio vecino podía verse cercenada y *La Nación Argentina* era defensora de esta deshonra. La oposición nacional a Brasil se imponía sobre la confrontación a Paraguay, ya en los opositores a la guerra y

ahora en quienes la habían impulsado en su momento. En su obsesión de traición, los hermanos Varela le hablaban “a los argentinos de corazón” y señalaban un “fallido” del diario mitrista:

“Hace muy pocos días La Nación Argentina traía estas textuales palabras: EL BRASIL DE ALIADO PUEDE CONVERTIRSE EN PRESIDENTE” Por honor de los argentinos pedimos al diario argentino la Nación que retirara esas palabras indignas de un hijo de estas Repúblicas. La Nación avergonzada ha exclamado al fin que ella no ha querido decir: Que el Brasil de aliado pueda convertirse en PRESIDENTE sino en Prescendente. La salida ha sido ridícula y algo gauchesca la verdad, pero al menos ya nos muestra que el Dr Elizalde está arrepentido d haber tan temprano, enseñado al pueblo su programa
Ya que la Nación retira esas palabras inocuas es precio también que se declare arrepentida de haber escrito el mismo artículo estas otras aunque para ello busque otra palabra parecida a Prescendente
EL PARTIDO LIBERAL ESTA PERDIDO EN EL RIO DE LA PLATA SIN EL APOYO DEL BRASIL.” (*La Tribuna*, 18 de marzo de 1868)

Teñir a *La Nación Argentina* con colores brasileños hablaba de una traición de la patria y también en este contexto de una salvación de un partido. Las acusaciones y las quejas por los gastos de la guerra de parte de *La Tribuna* se entremezclaban con croquis de campos de batalla como Humaitá y tributos en recuerdo y honor a Dominguito Sarmiento y Francisco Paz a dos años de su muerte en Curupayti. No existía una crítica profunda a la guerra en sí ni a su desencadenamiento y mucho menos una defensa al gobierno de Paraguay. La crítica fundamental recaía en los efectos de su prolongación para el país y los términos del tratado con Brasil. En todo el territorio, los editoriales sobre la guerra menguaron para dejar paso al tema de las elecciones presidenciales. Aparecieron algunas efímeras apelaciones a la nación como sentimiento y hasta como religión para continuar con la guerra, pero en mucha menor medida e intensidad que en sus inicios. Nuevamente se hizo referencia a quienes invocaron el patriotismo de manera falsa. Por ejemplo, *Las Provincias Unidas* de Córdoba el 20 de noviembre de 1868 consideró a los rebeldes como traidores a la patria. Tomaba el concepto de patria dotándolo del principio de nacionalidad, patria era ser argentino: “Un pueblo sin patria, sin nacionalidad, sin bandera que simbolice su independencia, es un conjunto de seres que viven bajo el yugo del opresor como ilotas”. Se trataba de una idea ligada a lo sentimental, a lo familiar y también a lo místico porque se la presentaba como una religión: “Es la piedra angular y al mismo tiempo el remate del edificio político. Así como la familia no se concibe sin amor filial, así el pueblo sería imposible sin amor patrio”. Los años de la guerra pasaban y pesaban, pero la disputa sobre ella seguía

siendo en términos nacionales. Para este periódico los rebeldes también habían sido falsos patriotas que habían invocado el nombre argentino en vano.

5.3.2 La reacción del Congreso

En su último mensaje en la apertura de sesiones del Congreso, mensajes que eran publicados en periódicos de toda la república, Bartolomé Mitre cerró su ciclo como presidente argentino apelando sentimentalmente a la nacionalidad. Consideraba que ella ya era un hecho, las rebeliones estaban terminadas, el orden restablecido. Dejaba un mensaje futuro para quienes sean los que gobernasen con consejos para alcanzar la unión y la fraternidad:

“La nacionalidad Argentina es un hecho y un derecho indestructible. Los pueblos y los individuos que la forman correrán irrevocablemente unidos la buena o mala suerte que el cielo les depare; unidos se salvarán por la virtud cívica, la prudencia y la energía, conjurando los peligros que puedan amenazarla en lo futuro; y unidos alcanzarán por la fraternidad y la constancia los altos destinos que esperan a nuestra patria; porque si así no lo hiciéramos seríamos el ludibrio de las naciones” (Mensaje de Mitre en la apertura de sesiones del Congreso, 1868)

En cuanto a la Guerra del Paraguay, Mitre anunciaba que estaba llegando a su fin (aunque aún restaban dos años), pero con certeza aseveraba que la victoria estaba garantizada. No tenía reparos en demostrar que para él no estaría finalizada hasta lograr las reivindicaciones territoriales que Argentina consideraba justas, lo cual constituía una novedad y a su vez una referencia ineludible ahora que las críticas a las condiciones del tratado circulaban por la opinión pública. En su discurso, la nación era también territorio y esta guerra era la lucha por la definición de los territorios de los estados nacionales en formación de esta región:

“Pero si un deber de patriotismo y de prudencia nos aconsejaba hacer todo lo que decorosamente era posible para evitar esa guerra, esperando que el tiempo y las fuerzas crecientes de la República conjurasen los peligros con que nos amenazaba un mal vecino, o nos proporcionase mayores medios para afrontarlos cuando la ruptura fuese inminente, una vez comprometidos en ella, la

prudencia y el patriotismo nos aconsejan proseguirla sin descanso hasta llevarla a término glorioso, resolviendo las cuestiones que la produjeron o pueden producirla en adelante, reivindicando nuestras fronteras legítimas y naturales y obteniendo garantías para nuestra paz futura, sin lo cual ni mereceríamos el nombre de Nación, ni cosecharíamos el resultado de los esfuerzos y sacrificios que hemos hecho en nombre del honor y de los intereses nacionales.” (Mensaje Apertura Sesiones Congreso, 1868)

El mensaje del presidente repetía en líneas generales el discurso oficial sobre la guerra y agregaría las pretensiones territoriales, ya sin disimulo. Sin embargo, vivificados por el desencanto creciente y por el pronto término de la gestión de Mitre, el Congreso argentino por primera vez durante la contienda, empezó a manifestar fuertes críticas hacia ella. En primer lugar el senador por Santa Fe, Nicasio Oroño, quien contribuyó a que su provincia se mantuviera en una relativa calma durante la contienda, presentó en junio de 1868 un Proyecto de negociaciones de paz¹⁸. En su exposición sobre la propuesta, apoyada también por los senadores Dávila y Navarro, opinaba:

“Cuando nuestro territorio fue invadido por fuerzas extranjeras sin previa declaración de guerra y sin ningún motivo racional justificado, era natural que el Gobierno Nacional, que los ciudadanos todos, movidos por un sentimiento de justa indignación, se lanzasen a repeler la agresión y a vengar el insulto inferido a la soberanía nacional y al honor de nuestro pabellón. (...) Llevamos tres años en esta lucha; los fines de la guerra se han alcanzado; la paz está pendiente de una solución que cada día se hace más remota y problemática; las fuerzas del país consagradas todas a la guerra, nos han obligado a distraer nuestros tesoros de su legítima y provechosa aplicación. Nuestra industria se ha paralizado, nuestros consumos se han aumentado, y disminuido notablemente nuestra producción. No podemos señor Presidente, ir más allá. El Congreso no puede dejar de tomar alguna medida o de dirigir sus miradas a la guerra que se sostiene en el exterior, porque en ella está cifrado el porvenir y la paz interior de la República.” (Nicasio Oroño, Sesión del 30 de junio de 1868)

¹⁸ “Proyecto de ley de Nicasio Oroño

El Senado y Cámara de Diputados de la Nación Argentina, resuelve:

Artículo 1 El Poder Ejecutivo Nacional procederá a la mayor brevedad posible a abrir negociaciones con los poderes aliados a objeto de poner término a la guerra exterior en que actualmente se halla empeñada la República Argentina, ya sea aceptando la mediación de una potencia amiga o entendiéndose directamente por medio de negociaciones con el Gobierno del Paraguay.

Art 2 Exonérase al Poder Ejecutivo de tomar los artículos adicionales al tratado de alianza de fecha 1 ro de Mayo de 1865, registrados en el protocolo o protocolos de la misma fecha, como base o condiciones a que se refiere el artículo anterior, limitándose estrictamente a exigir la satisfacción conveniente al honor e intereses de los poderes aliados y respetando de igual modo la independencia del pueblo y Gobierno del Paraguay. Bs As, 30 de junio de 1868”

La crítica de Oroño a la prolongación era contundente. La entrada a la guerra fue justa, su duración, inexplicable y pernicioso para el país. Vidas y recursos se fueron perdiendo a pasos agigantados. La contienda había implicado un esfuerzo nacional que ya no tenía sentido. Era hora de que el Congreso actuara. Sin embargo, el senador Elías contestó: “Yo creía, señor Presidente, que ni los honores de la discusión debía tener este proyecto.”. La discusión terminó allí ese día. En la 14 va sesión ordinaria del 2 de julio de 1868 apareció un pedido del Ministro del Interior por encargo del presidente de la República para que el proyecto de Oroño se despachara, “a pesar de abrigar la creencia de que el senado no lo sancionaría”. Seis meses después de presentado, el proyecto de Oroño fue desestimado. Aparecieron también en el parlamento durante 1868, las proposiciones de mediación de paz de Estados Unidos, Chile y Bolivia en la Guerra del Paraguay. Al respecto el diputado Mármol pidió más información al gobierno y criticó el carácter que había tomado la guerra.

Sin embargo el real cimbronazo del poder legislativo en contra de la guerra, llegó con el pedido de interpelación del Ministro de Guerra Juan Andrés Gelly y Obes el 29 de mayo de 1868. La interpelación se solicitaba para consultarle “cuántos hombres cuanta plata y cuanto tiempo necesita el Gobierno Nacional para dar concluida la guerra del Paraguay por medio de la victoria”. Esto ocurrió el 1 ro de junio de 1868 en la Cámara de Diputados con la voz del diputado por Buenos Aires, Manuel Quintana, ligado al alsinismo, como predominante del debate. Las divisiones partidarias no aparecieron de manera predominante en el discurso de la prensa y el parlamento sobre la guerra sino hacia el año eleccionario. Un año antes los líderes montoneros habían introducido el matiz partidario en su reivindicación al ideario federal y por ello habían sido repudiados. Pero la cercanía de las elecciones obligó a los críticos de los rebeldes a también revitalizar lo partidario. Manuel Quintana, alsinista, no objetaba la causa del comienzo de la guerra y el entusiasmo inicial. La razón que daba origen al descontento no era ni más ni menos que la publicación del tratado de la triple alianza. Sobre el carácter tiránico del gobierno paraguayo, nadie dudaba. Sobre si pactar y en esas condiciones con el Imperio del Brasil, sí:

“Al principios del año 1865, el Presidente del Paraguay, invocando motivos que no es del momento examinar, pero violando positivamente la fé de tratados públicos, declaró la guerra a la República Argentina invadiendo la Provincia de Corrientes, arrebatando nuestros buques de guerra nacionales; ante un atentado de tal magnitud, nadie pudo vacilar; todos los Argentinos recogieron el reto audaz del dictador del Paraguay y corrieron a ponerse del lado de la autoridad nacional que debía defender la integridad y el honor del país. (...) Desde entonces, señor, se ha operado un fenómeno en la opinión pública de este país; desde entonces comenzó la impopularidad de una guerra iniciada bajo tan favorables auspicios (...) ¿Cuáles eran las causas de este fenómeno? Entre las muchas que podría recordar milita en primera fila la publicación del tratado de alianza y del protocolo, que sin temor de ser desmentido, puedo asegurar a la Cámara no ha suscitado sino un grito de reprobación universal (Aplausos)

(...)El país, con el estudio de esos documentos, vería en una palabra, Sr Presidente, que una guerra que debe ser únicamente destinada a la defensa de su seguridad y de su honor, amenazaba convertirse posteriormente en una guerra que sino alcanzaba a ser del carácter de la del descubrimiento de las colonias mucho se asemejaban al desmembramiento de una República hermana (aplausos)

La segunda de las causas que han influido sobre el fenómeno ya recordado, ha sido la larga duración de esta guerra, contra las repetidas promesas del P.E. y contra la justa expectativa del pueblo Argentino.

(...)¿Cuántos hombres y cuánto dinero necesita el Gobierno para dar terminada la guerra, si es posible, antes de ver terminada la actual presidencia?” (Manuel Quintana, Cámara de Diputados, 1 ro de junio de 1868)

Con su exposición en mayo de 1868, el diputado Quintana proporcionó un ataque fuerte y contundente a la guerra que había comenzado en 1865. En primer lugar, lo que volvía impopular a la contienda era el conocimiento de las cláusulas de un tratado que ligaban a la honra argentina a defender lo que se consideraba una causa extranjera, la del Brasil. Nuevamente la nacionalidad era puesta en juego fundamentalmente en su oposición al Imperio. Y en segundo lugar, la prolongación inesperada de la guerra provocaba gran malestar, conectada ésta por supuesto con los artículos del tratado. Pedían además revisar el tratado ya que Mitre no podría ser más el jefe de los ejércitos aliados. La interpelación concreta demandaba cifras, números de lo que se había perdido y lo que se perdería. La sala parecía manifestar la popularidad de la postura de Quintana.

El Ministro contestó que la paz interna estaba lograda pero había que ir por el enemigo en su propio territorio para que no volviese a invadir. La alianza se justificaba porque no quedaba alternativa para defenderse y por un posible frente de conflicto con el Brasil. El funcionario se defendió mencionando cifras de hombres en combate que solo produjeron protestas en el recinto. Las cifras que proporcionaba provocaron incredulidad e indignación. El presidente de la cámara manifestó que si seguían los ruidos en la barra, se desalojaría y la sesión se podría volver secreta. Gelly y Obes

prosiguió y quiso demostrar que en 8 días de cólera se habían perdido más vidas que en dos años de guerra. La guerra iba a continuar con el mismo vigor y fuerza porque la victoria no estaba lejana. El ministro agregó “Por lo demás, sucede que en toda guerra solo se sabe cuando se tira el primer cañonazo; pero no se sabe cuando se tirará el último.” Los diputados contestaron que el ejército había estado siempre desorganizado y la marina era nula. Algunos acusaban a Mitre de no haber preparado mejor ante las amenazas, de haber perdido tiempo. Quintana prosiguió con su desconfianza en los números de víctimas y en su crítica a la alianza con el Brasil. La guerra se había vuelto ajena y la Argentina resultaba un títere de las maquinaciones del Brasil en su disputa territorial con el Paraguay:

“La guerra señor, no ha venido a nuestro país por causa de la República Argentina; la guerra ha venido a la República Argentina a consecuencia de las promesas ciertas o falsas que el representante del Imperio del Brasil había hecho ante el Senado Brasileiro. (...) Si hoy, según su declaración, no existen más de 10 o 12.000 hombres ¿qué se han hecho los 16 o 20.000 soldados de que se componía el ejército? ¿Dónde están los 28.000 argentinos que la Memoria del Ministerio de la Guerra nos daba como existentes y armados? Nos ha dicho el Sr Ministro, para atenuar un tanto los estragos de la guerra, que en 8 o 10 días de cólera, han muerto más argentinos que en la guerra del Paraguay, pero ¿el Sr Ministro ignora que el cólera es uno de tantos azotes que la misma guerra del Paraguay nos ha traído? (Aplausos) (Manuel Quintana, Cámara de Diputados, 1 ro de junio de 1868)

El ministro comparaba la guerra con la guerra de los Estados Unidos buscando minimizar los daños. Pero Quintana le contestó que la Guerra del Paraguay no era guerra civil, reforzando el carácter de otredad nacional de los participantes, y se indignó por qué la Argentina no podía concluir la guerra con un rival tan menor para él:

“(...) El Sr Ministro nos ha hablado de las riquezas del Paraguay, de lo repletas que estaban sus arcas y de lo bien armado de sus soldados. Las entradas del Paraguay no alcanzaban a un millón de patacones y es con entradas tan exiguas que no alcanzan a lo que produce en un año la Aduana de Buenos Aires que se puede sostener semejante tesis. ¿Qué era, Sr Presidente, por otra parte, el Ejército Paraguayo? (...) El armamento del Paraguay era tan inservible que cuando la toma de alguno de ellos tuvieron que abandonarlo. Pero sea de esto lo que fuere, sea que no hayan muerto sino 2000 argentinos, sin embargo que yo he leído que más de ese número cayó en Curupaytí combate tan desdorado para el que lo mandó (aplausos) (Manuel Quintana, Cámara de Diputados, 1 ro de junio de 1868)

En la sesión del 24 de julio de 1868 José Mármol defendió el derecho del Parlamento a conocer los asuntos exteriores de la República. En definitiva todas las discusiones revelaban la poca injerencia parlamentaria en la guerra que llevaba adelante la república desde hacía tres años, por su propio desdén, por la propia política de Mitre que se puso sobre sus hombros la causa casi entera. El senador Oroño cerró esta impotente respuesta tardía del Congreso dejando en claro cuál era la mayor preocupación y mostrando los límites y responsabilidades del accionar del poder legislativo y el avance del imperialismo brasileño en las decisiones soberanas:

“El Ministro Argentino en Río de Janeiro que se encuentra actualmente en esta capital, hizo al mismo tiempo que el Ministro Plenipotenciario de la República Oriental, la gestión de las justas exigencias de ambos Gobiernos aliados ante el Emperador del Brasil. El Emperador decretó terminantemente que estaba resuelto a no tratar con López ni con persona alguna de su familia, ni aún en el caso de una capitulación militar. Desde entonces, señor Presidente, pusimos un sello a nuestros labios y nos hicimos partidarios de la continuación indefinida de la guerra: desde entonces también desapareció en el Río de la Plata la política argentina y oriental, y quedó imperando la política brasilera únicamente” (José Mármol, Cámara de Senadores, 30 de junio de 1868)

El Mosquito ironizó sobre la situación. En mayo de 1868 celebró su sexto aniversario con una caricatura en la que se ve a Mitre dándole de tomar vino al congreso. Se representaba así al congreso como un adicto a las políticas mitristas que no ponía en duda ninguna de ellas y por eso detentaba una prominente panza de tanto ingerir sin chistar lo que el presidente decidía. A la luz de la tardanza en tratar algún tema de la guerra con sentido crítico, el periódico de Meyer se mostraba certero en su apreciación.

Figura 8.



Fuente: El mosquito, mayo 1868

5.3.3 Las elecciones presidenciales, la vuelta al partido

1868 fue el año de las elecciones presidenciales. La guerra del Paraguay dejó de ser el tema predominante en la prensa porteña y dio paso a la danza de las candidaturas, ya muchas explicitadas desde los últimos meses de 1867. Fueron cuatro los candidatos en un principio. Rufino de Elizalde, ministro de Bartolomé Mitre. Justo José de Urquiza,

Adolfo Alsina jefe del autonomismo y Domingo Faustino Sarmiento, quien finalmente fue el elegido. Sarmiento había permanecido como equidistante de la situación nacional instalado en Estados Unidos. Su candidatura fue propuesta por los hermanos a cargo de *La Tribuna* Mariano, Rufino, Héctor Varela y también por Dalmacio Vélez Sarfield. Además la candidatura de Sarmiento fue impulsada por Arredondo, Emilio Mitre y Lucio V. Mansilla, hombres clave en el ejército del Paraguay, mucho más en ausencia de Bartolomé Mitre. Mansilla tenía en su memoria el recuerdo de Dominguito y lazos con el embajador de Estados Unidos. El triunfo de Sarmiento fue celebrado en el ejército.

La dinámica entre la guerra y las elecciones no es el objeto de este estudio. Sin embargo sí hacemos una alusión a cómo las elecciones afectaron las representaciones sobre la nación durante el desarrollo de la guerra. Cuando se acercaban las elecciones, la guerra civil estaba sofocada y la guerra exterior cada vez más desgastada, volvieron a florecer las identidades partidarias, otrora despreciadas, condenadas y estigmatizadas ante la causa de la guerra para sus impulsores y también para sus detractores, ambos acusándose mutuamente de traicionar los intereses de la patria al atender mezquindades partidarias. Con las elecciones enfrente y la guerra desgastada, ya no era pernicioso hablar de partido, ya no era incompatible con la nación. Las referencias a la lucha en Paraguay se reducían a partes de situación, los “Teatro de la Guerra” y comenzaba en cambio a poblarse las ediciones con las editoriales del juego de las candidaturas. Ahora la alianza no se sostenía solamente en la idea civilización y oposición al Paraguay desde el mitrismo:

“Los que contrarían la alianza contrarían los propósitos del partido electoral” (*La Nación Argentina*, 23 de febrero de 1868)

“Si la alianza nos da hoy el laurel sangriento de la victoria sobre el enemigo, la alianza nos dará mañana la oliva de la paz duradera entre pueblos ligados por sacrificios gloriosos y por la comunidad de sus más vitales intereses. Por eso decimos que la política de la alianza es la salvación del partido liberal de la República” (*La Nación Argentina*, 29 de febrero de 1868)

Ante una guerra que ya no generaba entusiasmo, que se develaba más larga de lo esperado y que mostraba objetivos más brasileños que argentinos, Mitre optaba por

defenderla ya no en términos nacionales sino partidarios. Sin embargo sentía que esta puja eleccionaria no dividía la unidad de la nación en términos políticos y por el contrario la creía fortalecida. La Guerra del Paraguay y el fin de la guerra civil habían logrado eliminar las disensiones internas según la visión del mitrismo: “Quién no siente ahora que la situación del país se consolida (...) Santa Fe, La Rioja y Catamarca pacificadas, el gobierno nacional emancipándose de la indigna tutela que estaba aprisionando” (*La Nación Argentina*, 14 de febrero de 1868)

Sin embargo, la estrategia se volvió poco útil. Mitre perdió apoyo en una epopeya que resultó en la pacificación de las rebeliones internas pero mediante una guerra que no era la que se había prometido y que se libraba junto a un tradicional enemigo. Las elecciones por electores que se realizaron en abril en todas las provincias definieron que Alsina solo se presentaría como candidato a vice-presidente. Aunque las alianzas efectivas quedaban como fórmulas (Elizalde-Paunero, Urquiza-Alsina, Sarmiento-Alsina) los electores no votaban por estos pares sino por los candidatos separados. Termina imponiéndose Sarmiento como presidente con 79 votos, (Urquiza 26, Elizalde 22) y para vicepresidente Alsina con 82 (Paunero con 45, Ocampo 2, con 1 voto aparece Alberdi). Sarmiento y Alsina reciben la mayor cantidad de votos desde Buenos Aires, Mendoza, San Juan, San Luis, La Rioja, Jujuy y Córdoba (en vice-presidente allí se impone Paunero). El 12 de octubre Sarmiento y Alsina asumieron su cargo (Sábato, 2012).

Sarmiento abrió sus primeras sesiones en el Congreso al año siguiente con claras referencias sobre la guerra del Paraguay, a la que a pesar de las opiniones predominantes, no daría término oficial, aunque sí comenzarían a regresar gran parte de las tropas. La contienda debió seguir adelante para el flamante presidente, nuevamente por el honor de la nación. La identidad nacional en Sarmiento aparecía ligada al concepto de raza. La cruzada civilizatoria era necesaria para llevar el progreso a una nación atrasada desde sus mismos orígenes guaraníes. Aunque no fuera en clave biologicista y muchas veces se tomara como sinónimo de nación, lo cierto es que se trató de un concepto que se invocó más hacia fin de la contienda. Los herederos del

pabellón de mayo tenían la tarea de conducirlos hacia la civilización, tarea que se vio interrumpida cuando Paraguay se independiza con el Dr Francia:

“Tengo el sentimiento de decirles que la guerra del Paraguay aún reclama sacrificios. Para animarnos a sobrellevarlos, no os recordaré que ella nos ha sido impuesta a despecho nuestro y que hasta hoy ha sido conducida con gloria. Esta era una deuda que a la civilización introducida en las colonias españolas por la independencia y el contacto con el mundo, habían de cobrar tarde o temprano las tradiciones coloniales y la incorporación tan difícil de las razas indígenas en la sociedad moderna. El Gobierno del Paraguay era hoy lo que fue el Dictador Francia, medio siglo hay y profundas causas debe haber en estas aberraciones humana, si recordamos que el Dictador Rosas había calcado su ensayo de Gobierno en un sistema parecido, como si algo íntimo, histórico, tradicional hubiese en toda la América española que se aviene bien con el despotismo asiático o quizás indígena como el de los Incas y resiste la introducción del sistema de gobierno que nos reúne y reconcilia con la humanidad civilizada. En cambio de tan amargas e inevitables exigencias, es mi grato deber decirles que el Ejército Argentino es hoy el mismo que mandaron San Martín, Alvear, Belgrano, Paz, Lavalle y tantos otros que tienen una página en la historia de América, con el mismo sentimiento del deber, la misma aspiración a la gloria, la misma disciplina y valor.” (Mensaje del presidente Sarmiento en la apertura de las sesiones del Congreso de 1869)

El flamante presidente de la Argentina anunciaba que la guerra iba a continuar y mostraba un concepto de identidad similar al mitrista. Se trataba de una lucha que establecía una continuidad con el panteón de héroes de la independencia y las luchas de la colonia incluso. Que bregaba por terminar con la tiranía que asolaba en el país limítrofe desde el gobierno de Francia, que se conectaba con la colonia y daría fin a un ciclo. Era además para Sarmiento una contienda necesaria para asimilar a la raza indígena a la modernidad. El acento sobre la denominación de raza había estado casi ausente durante el resto de la contienda y fue referido casi con exclusividad por Sarmiento. Aunque raza pueda referir a nacionalidad, queremos destacar que no fue utilizado en el discurso argentino sobre la guerra de manera recurrente. Sarmiento subió el tono de la descripción peyorativa de la nación paraguaya que estaba instalada y difundida.

5.4 El fin

El final de la contienda estaba cerca. Sin embargo las disputas sobre la misma continuaron. Repasamos el abordaje de la prensa en estos últimos meses. Hacemos hincapié en la discusión epistolar que mantuvieron Bartolomé Mitre y Juan Carlos

Gómez. Revelamos que en estas últimas instancias de debate la identidad nacional se puso en juego fundamentalmente en relación a la alianza.

5.4.1 1869, las penas son de nosotros, la barbarie es ajena

La guerra parecía llegar a su culminación. Gran parte de las tropas argentinas regresaron. Las brasileñas lograron entrar en Asunción, tomarla, implantar la bandera brasileña y saquear las propiedades. Su accionar también fue interpretado como una diferencia de identidades entre los aliados, lo que la Argentina afortunadamente no era. Sin embargo, el honor nacional quedó comprometido con esta guerra de consecuencias inesperadas que dejaba al país expuesto a la condena internacional y amarrado a un contrato indecoroso. *El Nacional* y *La Tribuna* fueron ambos críticos de este final de guerra:

“La ciudad de Asunción ha sido saqueada. Los muebles de las casas, las mercaderías, todo en fin lo que constituía la fortuna de los habitantes de la Asunción ha sido robado, a vista y paciencia del Marqués de Caxias (...) Afortunadamente el ejército argentino no ha tomado parte del saqueo. Parece que el General Mitre se abstuvo de entrar a la Asunción en presencia de estos escándalos. ¿Pero la responsabilidad de la República Argentina queda salvada con esto y con la protesta que se dice haber elevado el General Argentino? De ningún modo. La República Argentina es uno de los poderes aliados y la paz, el orden y el respeto a las vidas y fortunas en el territorio paraguayo, forma una de las bases y uno de los fines de la alianza.” (*La Tribuna*, 20 de enero de 1869)

En una vereda política diferente, el periódico *El Pueblo* de Santa Fe, excepción de defensa del Paraguay en la prensa argentina durante la contienda también condenó el saqueo, aunque desligaba de esa práctica bárbara a la Argentina y se la endilgaba al imperialismo con ansías de expansión. La Argentina hizo la guerra pero no el saqueo y la conquista y en ello reafirmó también su cultura e identidad:

“Ha corrido con mucha generalidad que aquella capital, la Asunción, abandonada por los paraguayos, ha sido saqueada por los brasileros, con una furia y barbarie dignas solamente de salvajes y de hombres guiados a la crueldad por la depravación y la licencia” (*El Pueblo*, Santa Fe, enero de 1869)

“¿Se contentará el Brasil con la sola posesión del Paraguay? ¿No querrá extender su dominio a otras regiones siempre codiciadas por su insaciable avaricia? (...) ¿Habrá quien niegue que el Brasil no tiene miras de conquista porque no ha confesado esa intención?” (*El Pueblo*, Santa Fe, 29 de enero de 1869)

El Pueblo además se encargó de defender la figura del Mariscal López, casi unánimemente denostada en el discurso argentino durante la contienda. Sobre el final de la misma los ataques a López se revitalizaron con el conocimiento de los tribunales de sangre que llevaron al fusilamiento de sus propios compañeros oficiales, soldados y familiares. Hacia el final de la guerra Solano López parecieron adquirir algo de esas características que le fueron endilgadas en Argentina en un principio (Doratioto, 2002, Moby, 2010) El periódico santafesino salió a defender al presidente paraguayo y lo elevó a héroe nacional:

“Poco a poco se va averiguando que todos esos horrores e iniquidades que aquella misma prensa dice ha cometido López, no pasan de torpes calumnias y de exageraciones tan repugnantes que chocan abiertamente con el buen sentido ¿Qué no han dicho los diarios de Buenos Aires respecto de las bárbaras matanzas cometidas por López? ¿Con qué colores no han pintado la sangrienta ferocidad de ese Cacique cuyo principal crimen consiste en saber defender la integridad y soberanía de su Patria, amenazada de muerte por la agresión vandálica de tres naciones coaligadas que han ido arrastradas allí por la maldad y desmedida ambición de sus Gobiernos?” (*El Pueblo*, Santa Fe, 20 de enero de 1869)

La postura de *El Pueblo* fue excepcional con respecto a Francisco Solano López. Se trataba de un periódico que reivindicaba y tomaba las palabras del coronel Telmo López, militar argentino que decidió enrolarse en el ejército paraguayo y que era hijo del caudillo Estanislao López. Sin embargo la visión de *El Pueblo* de Santa Fe sobre la duración de la guerra y las críticas a la alianza sí estaba extendida. La opinión pública mayoritaria no dudaba sobre la responsabilidad en el desencadenamiento de la misma de Francisco Solano López. Se mantenía el mismo pensamiento de 1865 pero se entremezclaba con críticas al accionar mitrista con respecto del Brasil, ahora ya fuera de la presidencia. *La Tribuna* un día tan simbólico como el 25 de mayo de 1869,

escribía que la contienda llegaría a su fin con el noble propósito defendido en un inicio, libertar al pueblo paraguayo, aunque manchada por pactos espurios:

“El Paraguay de 1865 con López, era el mismo Paraguay de 1811 con Francia, era el Paraguay que se había constituido bajo el régimen despótico del coloniaje y se había hecho independiente bajo una oligarquía. (...) La República Argentina, injuriada por el déspota Paraguayo, aceptó el reto y marchó a redimir su pueblo. El programa de Mayo va a cumplirse. El Paraguay va a ser libre” (*La Tribuna*, 25 de mayo de 1869)

Durante 1869 se publicó en Buenos Aires “Papeles del tirano del Paraguay tomados por los aliados en el asalto de 27 de diciembre de 1868” en la Imprenta Buenos Aires. Se trataba de una serie de documentos del ejército paraguayo que habían sido apropiados por el ejército argentino. En un prólogo sin firma se anunciaba que la publicación era una orden del Gobierno Argentino. El libro era una especie de intento de reivindicación de la política aliada a través de la estigmatización del enemigo. Con esta insistencia, la obra no hacía otra cosa que demostrar lo desacreditada que se encontraba la guerra aunque compartía la estigmatización del Paraguay que se desplegaba durante toda la guerra desde la obra de Estrada, los editoriales en la prensa y se coronaba con las publicaciones de Thompson y Masterman en 1869 y 1870 que analizamos en el capítulo 3. En el caso de la publicación de estos papeles robados al ejército paraguayo se manifestaba fundamentalmente una preocupación ante la opinión pública internacional: “La publicación de estos papeles pone a todas las naciones que han mostrado interés en la guerra del Paraguay, en aptitud de juzgar la moralidad y justicia de la guerra que han sostenido los Aliados”.

La publicación parecía motivada por documentación del Ministro norte americano Washburn, en quien se depositaba en un momento la esperanza de la paz. Washburn manifestaba cierta simpatía por la causa paraguaya en su correspondencia en la que aparecía también la referencia a Juan Bautista Alberdi y el diplomático paraguayo Gregorio Benites, ambos residentes en Europa durante la contienda. Alberdi y Benites intercambiaron profusa correspondencia durante la guerra en la que reprodujeron las noticias que les llegaban por la prensa. Las cartas versaban sobre las vicisitudes militares y diplomáticas con una postura clara de defensa al Paraguay, a veces con

bastante optimismo y con una crítica contundente a la política del Imperio del Brasil. No tenemos registro de que circularan por nuestro país al momento de la guerra. En una de las cartas Alberdi se manifestaba también molesto con Washburn, la gestión del norteamericano no convencía ni a aliados ni a sus enemigos. (Lois y Pagliai, 2007)

En el prólogo a la publicación de los papeles del ejército paraguayo en 1869, se reconocía el derecho de la República Argentina a defenderse de la invasión, pero que luego opinaban que debería haberse retirado de la contienda. Hablaban de Paraguay como “La China americana” y “el dictador sombrío”. Se hacía hincapié en la prensa internacional en el heroísmo paraguayo, pero no en el de los aliados que habían tenido que surcar pantanos y fortalezas en territorio desconocido. Y una vez más, se admitía que la causa de la impopularidad de la guerra habían sido los términos del tratado en tanto otorgaban poderío al Imperio y hacían renacer la influencia portuguesa en la región:

“La verdadera causa de la antipatía a los Aliados, sin distinción de republicanos o imperiales, vino de que el tratado de alianza fijaba límites territoriales al Paraguay, estrechando, al parecer, los de antiguo reconocidos, o pretendidos tales por el Paraguay y creyendo ver en ello, como objeto y móvil de la guerra, la tradicional, persistente política portuguesa, atribuida a sus descendientes, de extender el territorio brasilero, que amenazaría como el mar que azota ciertas playas, ir desmoronando pedazo por pedazo las repúblicas de origen español, hasta que el mapa brasilero, por sus pasos contados, asome al Río de la Plata al Sud, o toque las faldas de los Andes al Oeste. He aquí la secreta causa de la aversión suscitada desde Venezuela hasta Chile contra los aliados: he aquí por donde se sentían todos interesados en contra de la justicia misma, en general, he aquí el móvil de las manifestaciones constantes y unánimes de la opinión y aún de los gobiernos” (*Papeles del ejército paraguayo*, 1869: 6)

Ese mismo años se publicaron las Memorias del Ministerio de Guerra y Marina en las cuales Martín de Gainza, ministro de Sarmiento, insistía con la teoría de la guerra libertadora a un pueblo “bárbaramente tiranizado” y se celebraba el valor del ejército argentino durante interminables años de campaña en un país desconocido. Finalizaba el repaso de su accionar ante los legisladores con la esperanza de que la guerra terminara pronto. El ejército demoraba un año más en encontrar a López para así terminar definitivamente con la guerra. 1869 mostró una prensa quejosa por los gastos de la guerra, celosa por los arreglos limítrofes, con recurrentes citas al teatro de la

guerra y el aviso de la fuga de López hacia el mes de septiembre. Como evidencia del desgaste popular podemos citar a *El Pueblo* de Santiago del Estero que se quejaba del premio que se le daba al ejército argentino que estaba de regreso, es una gratificación solamente pecuniaria. No debían ser solamente esos 200 pesos sino una gratitud generalizada que evidentemente no se manifestaba ante una guerra ya muy impopular.

5.4.2 La polémica entre Bartolomé Mitre y Juan Carlos Gómez

Durante el último año de la contienda, se desarrolló un intercambio epistolar entre el ex presidente y jefe del ejército aliado y Juan Carlos Gómez, periodista de nacionalidad oriental redactor de *El Inválido Argentino*, periódico que defendía la causa de la guerra siempre y cuando no implicara beneficios territoriales. La correspondencia versó principalmente sobre el cuestionamiento y la defensa de la alianza argentina con el Brasil. Se trató de una polémica de amplia resonancia ya que las cartas salieron publicadas en periódicos de todo el país y abrió la participación a otras figuras como Mármol y Elizalde. Gómez no ponía en duda la justeza de la entrada de Mitre en la guerra desde su primera carta, en una cita reveladora sobre su visión: “La guerra a un tirano es para mí, santa siempre, sin preguntar la razón de ella. Por eso he simpatizado con la que Buenos Aires ha hecho a López, sintiendo que una funesta alianza haya esterilizado sus sacrificios.” De alguna manera Gómez deslizaba que la guerra nunca había sido una causa nacional. La alianza con Brasil la hacía tan incuestionable que lo obligaba a no referir a la Argentina. La conformación de la alianza con el Brasil para Gómez violaba el honor de la identidad nacional argentina, la regional rioplatense y su historia:

“(…) La primera acusación a los autores y sostenedores de la alianza, es haber desdorado la dignidad y la grandeza de la patria, haber deslustrado ese pabellón azul y blanco, que nuestros padres levantaron a tamaña elevación en las guerras de la Independencia y del Brasil.”(Tercera carta de Juan Carlos Gómez, 13 de diciembre de 1869)

Gómez sostenía que Argentina junto con la Banda Oriental no precisaban de Brasil para contener al tirano paraguayo. Que Urquiza no se hubiera rebelado contra ellos mismos y de manera interesante había introducido por primera vez un matiz en la visión monolítica que se desplegó sobre el Paraguay. Para Gómez era más probable la desertión y rebelión dentro del ejército paraguayo que en el propio aliado. Gómez puso en primer plano una identidad rioplatense que diferenciaba argentinos de uruguayos pero que los colocaba en la misma vereda de intereses, opuestos a los del Imperio de Brasil. La nación era historia y cultura y por eso nos acercaba más al pueblo del Paraguay que al de Brasil. Así escribía el 13 de diciembre de 1869:

“¿Hubieran opuesto a los pueblos del Plata, los paraguayos hermanos de raza, de familia, de antecedentes y hasta de esperanzas, la misma desesperada resistencia que a la alianza brasilera? Todo nos responde que no. El furor de los paraguayos durante la lucha, su gran encarnizamiento se ha manifestado en todas ocasiones contra los brasileros. (...) Con las palabras de uno de sus colegas de la más moderna escuela histórica, tal vez dejemos convencido al historiador Mitre de que la raza da la explicación al fanatismo desesperado de los paraguayos en presencia de las legiones brasileras. Como oriental, sin reputarme bárbaro, yo siento en mi corazón que hubiera muerto como un paraguayo en una invasión del Brasil al Estado en que vi la luz”. (Tercera carta de Juan Carlos Gómez, 13 de diciembre de 1869)

La insistencia generalizada en la oposición a la alianza con Brasil más que con Paraguay durante toda la contienda revelaba que la nación fue más que territorio y gobierno; como detallamos era historia, raza, cultura, idioma y costumbres. La oposición al Paraguay primero se realizó más sobre términos políticos de gobierno y civilización. Con la llegada de Sarmiento al poder se reforzó también la oposición cultural y el matiz étnico, fundamentalmente en la descripción de los paraguayos. Gómez compartía esa definición de nación pero para oponerse a Brasil. Ante las acusaciones, Bartolomé Mitre respondió en su segunda cartea el 13 de diciembre de 1869 para justificar su accionar comenzando con su definición de nacionalidad:

“Del caos que quedó después de Pavón surgieron la unión y la nacionalidad argentinas, al amparo de una ley común, como lo declaró solemnemente el Congreso argentino, libremente reunido. A la sombra de la bandera victoriosa de la libertad, pudimos afirmar el juramento de la Constitución nacional, único vínculo entre los pueblos, en vez de lanzarnos en las aventuras de un nuevo período constituyente, que era una nueva guerra civil segura. Merced a esto, la guerra del Paraguay nos encontró unidos y reunidos, y desarmados los partidos y preparados a hacer respetar nuestro derecho, así en la paz como en la guerra.”(Segunda Carta de Bartolomé Mitre, 13 de diciembre de 1869)

Para justificar la alianza, Mitre prosiguió con su argumentación basada en la fuerza de la contingencia más que en una naturaleza de unión. Acusaba a Gómez de simpatía con el pueblo paraguayo, recurso repetido durante la contienda para deslegitimar la crítica del otro desde la reivindicación de la propia nacionalidad. También participaba de la discusión en el eje racial, aunque marcando que el Paraguay también pertenecía a una raza diferente:

“Como lo hemos observado antes, el Paraguay estaba en guerra con el Brasil. El Brasil era, por consecuencia, más que un aliado natural, un aliado de hecho. El hecho se redujo a protocolo, y el tratado de la triple alianza fue firmado sobre el tambor por los mismos combatientes que iban a sellarlo con su sangre y en presencia del enemigo común que había invadido nuestros respectivos territorios. Orientales y argentinos contribuyeron a rechazar la invasión paraguaya en el territorio brasileño del Río Grande. (...) Debimos prescindir, según usted, del concurso del Brasil, que ya estaba en línea de batalla frente a frente de nuestro enemigo; debimos impedirle que combatiese a nuestro lado. ¿Cómo? (...) No se le ocurre que la guerra habría sido entonces en el territorio argentino, y que en vez de compartir a alejar los males de la guerra, los hubiéramos localizado en Entre Ríos y Corrientes.”(Segunda Carta de Bartolomé Mitre, 13 de diciembre de 1869)

Mitre en algún sentido acusaba a Gómez de tener una visión naif de la política. Era insólito esperar del Paraguay alguna ayuda. Gómez contestaba revelando lo poco efectiva de la postura de Mitre y su insistencia. La alianza había convertido a un tiranuelo bárbaro asimilado a Juan Manuel de Rosas en un héroe para su pueblo. La responsabilidad de estos acontecimientos los tenía la alianza, el odio que despertaba pudo abrir también otros sentimientos que Mitre no supo prever. El Ministro Rufino de Elizalde también participó de la polémica para decirle a Gómez que quien hizo la alianza fue en realidad el general López. Por otra parte, el senador José Mármol opinó que la alianza no fue solo decisión argentina sino producto del conflicto de la Banda Oriental y el partido colorado. Hizo referencia a una posible guerra con Brasil, la cual en su opinión no convenía¹⁹.

¹⁹ “(...) propiamente hablando, el Paraguay había declarado la guerra al Brasil el 31 de agosto de 1864. Desde aquel día, el Brasil estaba insultado en su bandera y en sus derechos y las hostilidades estaban comenzadas, puede decirse también, entre esa república, y ese imperio, cuando el 11 de abril de 1865 fuimos insultados atrozmente por el Paraguay en la provincia de Corrientes. Desde ese momento nuestra posición era clara y definida: éramos aliados de hecho con el imperio del Brasil. A una invasión no se contesta con una nota diplomática.(...)”

Estigmatizar, pues, esa alianza, no partiendo sino de los procederes paraguayos contra el Brasil y la República Argentina en 31 de agosto del 64 y en 11 de abril del 65, es colocarse en un terreno insostenible, porque no puede ser condenado ni censurado siquiera aquello que es la imposición irresistible de los sucesos. (...) el error es de fechas. La alianza con el Brasil no proviene de abril del 65

La polémica de Mitre y Gómez sumó nuevas participaciones. Desde Montevideo, el político republicano brasileño Quintino Bocayuva participó de la discusión. Le escribió una carta a Héctor Varela, enojado por las palabras de Gómez. En su carta, Bocayuva expuso claramente la contradicción del discurso americanista para hablar de esta guerra entre países americanos y su debilidad²⁰. Se trataba de una fuerte reacción ante el discurso antibrasileño dominante en nuestro país durante la contienda. Bocayuva manifestaba que Brasil era también americano; evidenciaba que para la época ya era problemático no verlo de ese modo. Él se sentía herido en tanto brasilero ante los ataques. Se sentía además unido a Argentina y Uruguay como hermano por sus valores de libertad y democracia y por la decisión de enfrentar la tiranía. En esta intervención se citaban para defender a la guerra argumentos casi calcados de la oposición americanista, democracia y fraternidad. La alianza había sido necesaria y había que reivindicarla:

“tenía el deber, como brasilero, de hacer una manifestación pública del respeto y de la admiración que me inspira la noble y valerosa actitud asumida por el ilustre general don Bartolomé Mitre, en una cuestión en que, por incidente, se lastima, sino el honor, al menos la justa susceptibilidad de mi patria. (...) Pero desde que, a lo menos en apariencia, se busca plantear como un principio ese sentimiento de perpetua hostilidad contra una nación también americana seame permitido, en defensa de las ideas que he sostenido siempre, contestar al eminente publicista platino (...) ¿En qué pudo ser funesta la alianza del Brasil y cómo pudo ella esterilizar los sacrificios hechos por la Confederación Argentina? (...) y si de esa lucha tremenda no hubiese resultado ni en derrocamiento de una tiranía brutal, ni la regeneración de un pueblo, dueño ahora de sus propios destinos, ni la desafrenta eficaz de injurias injustas, ni la confirmación de derechos largamente litigados; pero solo únicamente el hecho moral de la alianza, la aproximación de tres pueblos que deben ser hermanos y amigos, yo por mi parte, deplorando la pérdida de tantas vidas, soportando resignado las consecuencias de tan dispendioso pleito, bendeciría siempre al éxito feliz y glorioso que serviría y servirá para fortificar en esta parte de nuestro continente los principios de la fe política que me parece garantizar las grandes conquistas de la libertad, de la democracia y de la fraternidad americana.” Quintino Bocayuva, Montevideo, 14 de diciembre de 1869)

sino de mayo del 64. (...) ¿Por qué echar en cara a los estadistas argentinos la responsabilidad de la alianza con el Brasil, sin acordarse de que los estadistas orientales, en el partido colorado, son los únicos y verdaderos responsables de esa alianza?” (José Mármol a Mitre y Gómez, 14 de diciembre de 1869)

²⁰ Francisco Cunha también le escribió a Juan Carlos Gómez argumentando que Buenos Aires era impotente para luchar contra el Paraguay, que no se apasionara Gómez contra el Brasil.

Los defensores de la alianza también soñaban con el americanismo, pero que incluía al Imperio. Bocayuva demostraba así una vez más los límites a un ideal americano que excluyera a Brasil, que eran los límites al ideal americano en una guerra entre países americanos. En su quinta carta, Gómez reconocía esta utopía del sueño americanista que era en su caso excluyente del Brasil. Lo de Gómez era un americanismo restaurador de la unión del virreinato porque remitía a lo español aunque desde una convicción anti-monárquica. El tema de la restauración del virreinato se aborda en el capítulo anterior y aunque era una idea compartida por representantes de diferentes posturas políticas, era evidente que también se volvía muy difícil de concretar. Todos los actores lo sabían y la contienda se los había mostrado más que nunca, así apoyaran a Paraguay, así al Brasil o así no apoyaran a ninguno. El proyecto, a la luz de todos los sucesos, se revelaba complejo y el mismo Gómez lo reconocía:

“utopía, sueño desvarío, llámelo como Ud. Quiera; yo estoy persuadido desde muy atrás que sus antecedentes, sus intereses y las exigencias de su porvenir han de llamar, tarde o temprano, a los pueblos españoles del Oriente de Sud América a organizarse en una nación republicana.” (Juan Carlos Gómez, 18 de diciembre de 1869)

Otra crítica resonante a la alianza en esta época provenía del autor del *Martín Fierro*. José Hernández, quien fue señalado por la historiografía revisionista como un opositor ferviente a la guerra (Rivera, 2007). Sin embargo, como hemos visto en los otros capítulos, los primeros años de la guerra encontraron a Hernández en Corrientes como redactor y posible dueño de *El Eco*, periódico que fue favorable a la contienda y vocero del gobierno correntino. En ese momento escribió:

“¿Qué propósito se esconde pues detrás de esa propaganda que aconseja la ruptura de la alianza y que ha declarado a López nuestro aliado natural mientras sus víctimas correntinas gimen aún en los calabozos del déspota?” (Citado en Halperín Donghi, 1998: 57)

Sin embargo, la división del liberalismo en torno a las elecciones llevó a José Hernández a una identificación con el federalismo con su labor en 1869 en el periódico *El Río de la Plata* de Buenos Aires. Según Halperín Donghi, Hernández antes había sido vocero de la ley y ahora lo era del pueblo. Así escribía sobre el final guerra en consonancia con

las críticas que más se difundían. Esta vez apuntando al carácter de conquista y anti-democrático de la contienda:

“En nombre de la democracia, habéis atentado contra ella, pretendiendo imponer a otro pueblo, nuestros principios, aunque ellos hablasen en nombre de los beneficios de una civilización que se anuncia con la muerte y la destrucción; en nombre de la independencia habéis conspirado contra la independencia de un pueblo (...) En presencia de los hechos que se han ido produciendo desde hace cuatro años ¿ cómo se atreven todavía a sostener que el pueblo paraguayo es susceptible de ser regenerado si por regeneración se entiende aceptar dócilmente la dominación extranjera? ¿Cómo puede llamarse una guerra de regeneración para el Paraguay la que estamos sustentando arrebatando palmo a palmo el territorio y pasando adelante solo sobre los cadáveres de sus defensores?” (Citado en Halperín Donghi, 1998: 108)

Hacia el final de la guerra Hernández desnudó la hipocresía de llevar adelante esta guerra con el estandarte de la independencia, de la libertad y la civilización. Apuntaba a la alianza, sus planes y sus acciones. Hernández resumía así la postura más difundida, el apoyo inicial, las críticas posteriores centradas en la duración del conflicto, la alianza con Brasil y los términos del tratado. Las voces críticas contra la guerra en Argentina se multiplicaron y extendieron hacia el final de la misma. Al comienzo, figuras como Hernández la apoyaron y una resistencia intelectual organizada pero minoritaria se desplegó en 1866. Para que las críticas se masificaran tuvo que pasar la rebelión interna, Curupayty y el cambio de mando presidencial.

5.4.3 La muerte de López

Comenzaba 1870 y el presidente paraguayo estaba rodeado. El ejército aliado, en efecto brasileño, fue tomando diferentes pueblos del interior paraguayo. El 1 ro de marzo Francisco Solano López era asesinado en Cerro Corá a manos de un soldado brasileño y con ese acto moría también la guerra más larga y sangrienta de la historia de América Latina. Una semana después, la noticia llegó a Buenos Aires. La figura de López que se difundía seguía siendo calcada de 1865, ahora legitimada con las publicaciones de Thompson, Masterman y los papeles del ejército paraguayo y deslegitimada a su vez con la publicación del tratado. La victoria era entendida también en términos nacionales

y era celebrada, porque aunque tardía, era la victoria definitiva. Los objetivos del tratado se habían cumplido, el triunfo era argentino:

“López era un déspota, el camino de su vida lo marcó una huella de sangre derramada por su orden; la humanidad estaba humillada por sus vejámenes, pero la justicia de Dios le ha castigado ya y por su brazo justiciero está vengada la humanidad herida (...) La Guerra del Paraguay ha costado a la República Argentina, vidas que importaban a la civilización mucho más que la de Francisco Solano López; vidas que ha destruido la bárbara crueldad del déspota, o que se han extinguido escapando por la herida que abrió en el cuerpo de nuestros bravos el plomo o el chuzo del hombre que el servilismo hizo su instrumento. Al anunciar a nuestros lectores, con la muerte de Francisco Solano López, la terminación de la guerra que este había arrastrado a los aliados, y al felicitar a la República Argentina por la gloriosa parte que le ha cabido en esta lucha que ha dado por resultado la libertad del Paraguay, y la extinción de sus tiranos al recordar que ya no necesitamos de más sacrificios para vengar el honor de la nación, tributemos un recuerdo a nuestros muertos gloriosos, exclamando con el poeta: Murieron algunos? Felices-al menos. Un templo en el pecho tendrán de los buenos. Qué ingrato el olvido no irá a profanar. Paz en las tumbas” (*La Tribuna*, 9 de marzo de 1870)

Muerto López, se acababa la guerra. La cruzada libertadora cumplía su cometido. La prensa crítica del tratado, hoy celebraba sus logros como un honor nacional, saludaba a todos los argentinos. Olvidaba lo que había considerado como injustas reclamaciones territoriales sobre Paraguay expuestas en el tratado. El despotismo, el servilismo, la barbarie habían sido desterrados y había que festejarlo. La contienda con Paraguay comenzaba a formar parte del pasado, pero se abría un nuevo conflicto, esta vez diplomático y con otro enemigo. El Ministerio del Interior publicó la circular con la noticia oficial que llegó a todas las provincias y fue retransmitida en los periódicos. Agradecían en apoyo de todas las provincias en esta epopeya nacional. Aunque resistida, los gobernantes y la población, sabían que la guerra los había impactado inevitablemente. Y el gobierno nacional también:

“Buenos Aires, Marzo 8 de 1870

Al Exmo. Sr Gobernador de la Provincia de...

Cumplo con la satisfactorio deber de acompañar a V.E. un boletín impreso, en que verá ese Gobierno que con la muerte del expresidentes de la República del Paraguay, Mariscal Francisco Solano López, ha terminado completamente la guerra que sostenían las potencias aliadas contra el Gobierno de aquel.

Al comunicar a V.E. tan fausta nueva, solo tengo tiempo para felicitar, por su intermedio, al pueblo de esa Provincia, cuyos hijos han concurrido como los de las demás, a dar tanta gloria a la República, como lo que reflejará sobre ellas la historia de la campaña que ha terminado. Dios guarde a V. E. DALMACIO VELEZ SARFIELD”

La Tribuna se jactaba de ser la primera en anunciar la guerra y también la muerte del “Nerón de América”. Mencionaban además la situación de las autoridades brasileras que proponen llevarse el cadáver de López a Río de Janeiro y embalsamarlo. Nuevamente se recurría a la identificación por la diferencia; Argentina no juzgaba cadáveres del enemigo. Hablaban de la bárbara crueldad de los egipcios para referirse a los brasileros que casi se igualaban a la barbarie otrora paraguaya. Se volvió a publicar el tratado de la triple alianza y a partir de él se generaron discusiones públicas por la cuestión de los límites. También se discutió sobre la permanencia de las fuerzas brasileñas en territorio paraguayo.

El 4 de enero de 1870 *La Nación Argentina* pasó de ser “un puesto de combate a tribuna de doctrina” y se convirtió en *La Nación*, periódico insignia de Bartolomé Mitre. El ex presidente argentino celebró la victoria como un triunfo personal y también nacional.

“La muerte de López, poniendo fin a las calamidades de la guerra, deja sellado definitivamente el triunfo de los pueblos libremente constituidos en Sud-América, demuestra el poder inteligente que los hace progresar, robustecerse y aliarse para su defensa común oponiendo un muro invencible a los ataques del despotismo y la barbarie. La muerte de López y el derrumbamiento de su gran poder es una lección para los déspotas y caudillos americanos” (Citado en *El Norte* de Santiago del Estero, 24 de marzo de 1870)

Desde *El Río de la Plata*, Hernández también opinaba y cerraba con el discurso que había sido el más extendido de la contienda en sus postulados centrales:

“El Paraguay, esa China Sudamericana de ayer, es hoy un inmenso osario, donde han sido sepultados juntos, el déspota, el despotismo y la raza que lo soportó.

(...)

¿Dejará caer de sus garras el buitre del Imperio, esa presa que devora hace dos siglos, y que disputa a las Repúblicas del Plata? La política tradicional del gabinete brasileño, su espíritu inquebrantable de usurpación, sus tendencias seculares, nos dicen que no consentirá fácilmente en que el comercio del Plata participe de los beneficios que él reserva para sí, y en cuyo camino, que le hemos ayudado a abrir a cañonazos, han quedado sepultados los cadáveres de veinte mil argentinos.

(...) ¡Que el amor a la Patria inspire al gobierno el acierto, la prudencia y la energía necesarias en tan grave situación!” (*El Río de la Plata*, 15 de marzo de 1870)

José Hernández resumía con esta editorial la postura más difundida en nuestro país sobre la guerra. El ingreso a la contienda y el carácter despótico del gobierno paraguayo y en algunos momentos de su pueblo, fueron ampliamente defendidos en la opinión pública argentina. La impopularidad radicó en la alianza con el Brasil que ofendía la dignidad y soberanía argentina. Y abría un futuro incierto y peligroso sobre la influencia del imperio en la región a nivel económico y territorial. El 15 de abril de 1870 en St André, Juan Bautista Alberdi, el máximo opositor a la contienda durante toda la duración de la misma y el líder intelectual de la minoría argentina que salió en explícita defensa del Paraguay, le escribía a Gregorio Benites dando cuenta su hondo pesar al recibir la noticia de la muerte de López.

5.4.4 El epílogo argentino

Un mes después de la noticia de la muerte de Solano López, el 11 de abril de 1870 Justo José de Urquiza fue asesinado por los rebeldes que apoyaban al otro poderoso caudillo de aquellas tierras: Ricardo Lopez Jordán²¹, unos días después que Sarmiento lo visitara en su palacio de San José. A los pocos días fue designado gobernador entrerriano. El 5 de julio de 1869 Urquiza le escribió a Sarmiento. Le ofrecía su apoyo para contribuir al buen gobierno: “Si algún resentimiento ha podido colocarnos en opuestas filas, el recuerdo solo de que hemos combatido juntos por la libertad a la sombra de una misma bandera y el interés que a ambos nos anima en pro del engrandecimiento y ventura de nuestra propia” (citado en Castro, 1953: 23). Sarmiento le contestó el día 17: “V. y yo por caminos distintos veníamos de años atrás buscando solución a este problema de formar una Nación con los desunidos elementos que dejó la

²¹ En Urquiza ya no confiaban tampoco los afines al mitrismo. George Thompson escribió en 1869 “Urquiza es el jefe de un fuerte partido político en la República y sobre todo en Buenos Aires. Es indudable que secretamente alentaba al gobierno oriental, con la promesa de auxiliarlo, como lo hizo después con el Paraguay durante toda la guerra, aunque públicamente profesaba su adhesión a la República Argentina y prometía enviar tropas al ejército. Sin embargo supo aprovecharse de la ocasión, salvando a su provincia del envío de grandes contingentes, y logrando enriquecerse y enriquecer a su comarca con la proveduría de ganados y caballos para el ejército aliado, durante toda la guerra”

guerra civil de treinta años. Creo que sin ofenderlo puedo decirle que V. era la encarnación del país tal como lo habían constituido los hechos históricos; al mismo tiempo que no creo aventurado el decirle que yo era como el programa de lo que debía ser para entrar en las condiciones regulares de pueblo civilizado” (Citado en Castro, 1958: 24). El papel de Urquiza durante la Guerra del Paraguay, continuación lógica de su accionar en Pavón, se volvió imperdonable para sus otrora compañeros federales. Además se sumaron conflictos de poder locales y antipatías que se fueron engendrando en la población. En la apertura de sesiones del Congreso de 1870, el presidente Domingo Faustino Sarmiento dirigió su mensaje con la conclusión de una contienda que identifica como nacional. Aprovechó la oportunidad para rendir honor a sus soldados y referirse al suceso de Entre Ríos:

“La terminación de la guerra que nos impuso el tirano del Paraguay, es el más grande acontecimiento histórico que la América ha presentado a la expectación universal (...) La guardia nacional que hizo esta penosísima campaña, ha sido toda licenciada después de ser satisfecha en sus haberes atrasados; y los patriotas que la formaban han sido recibidos con señaladas pruebas de admiración y gratitud por todas las poblaciones. El ejército de línea destinado a cubrir el servicio de fronteras a su regreso del Paraguay, ha sido distraído de aquella atención para acudir con él a sofocar la rebelión iniciada con el asesinato del gobernador de Entre Ríos. Estos beneméritos veteranos ha merecido bien de la Patria; y me propongo dedicar toda solicitud a fin de corresponder a sus leales servicios con un religioso cumplimiento de los compromisos con ellos contraídos al alistarlos bajo nuestras banderas.”

El fin de la guerra abrió una disputa entre los aliados que de alguna manera permitió junto con la mediación norte americana que el Paraguay continuara en el mapa. El ministro de relaciones exteriores Mariano Varela ya había hecho algunas reclamaciones sobre los arreglos territoriales al Imperio. Su intervención pasó a la historia como “la doctrina Varela. El 21 de diciembre de 1869 el ministro enunció la famosa frase "la victoria no da derechos a las naciones aliadas para declarar por sí, límites suyos los que el tratado señaló". El principal fundamento de la Doctrina Varela sostenía que si el gobierno argentino había intervenido en la guerra de la Triple Alianza contra el gobierno de Francisco Solano López, lo había hecho por haber sido agredida por el dictador paraguayo y no por reclamos territoriales. En su discurso y accionar Varela demostraba más preocupación por la posibilidad de que Paraguay se convirtiera en un protectorado brasileño que por el destino del pueblo paraguayo. Una vez más, la alianza

con el Brasil aparecía en el primer plano de la polémica y moldeaba el límite de lo que la Argentina puede tolerar como tal. En ese sentido se le pedía al Brasil una actitud solidaria y “americanista”. La presencia del ejército brasileño en Paraguay y sus negociaciones independientes de la Argentina despertaron el enojo en nuestro país, que había respetado a rajatabla un tratado que había hecho de la guerra un evento impopular. Un conflicto bélico con Brasil se insinuó, pero no llegó a considerarse seriamente por el estado de ambos países después de una guerra tan cruenta. Bartolomé Mitre criticó la doctrina Varela y éste finalmente fue reemplazado en su puesto por Carlos Tejedor. La disputa diplomática que se abrió entre Argentina y Brasil con el final de la contienda excede los límites de esta tesis, pero revela nuevamente una de las ideas principales. La impopularidad de la guerra en nuestro país se basó principalmente en un discurso de carácter nacionalista que identificó al Brasil como el verdadero enemigo de la Argentina.

El presidente argentino Domingo Faustino Sarmiento, quien moriría casi veinte años más tarde en Asunción escribió:

“La guerra del Paraguay está ya terminada aunque la brutal terquedad de López le hace retirarse con 2000 hombres y 20 piezas de artillería después de haber perdido 10.000 y sesenta, a donde nos forzara a seguirlo con 40.000 hombres que tenemos. Veinte ingleses como le decía allá, son la causa de la prolongación de la guerra. Después de derrotado en la Angostura, los ingenieros ingleses, le fundieron sesenta piezas de grueso calibre y le construyeron fortalezas que ha sido preciso desalojar matando por millares a aquellos perros humanos sumisos, leales y valientes. No crea que soy cruel. Es providencial que un tirano haya hecho morir a todo ese pueblo guaraní. Era preciso purgar la tierra de esa execrecencia humana” (Correspondencia de Sarmiento a Mary Mann, 12 de septiembre de 1869)

Palabras tan duras como las que Sarmiento escribió en esta carta no podían ser mayoritariamente explicitadas en una guerra que se justificaba solo para derrocar a un gobernante. El énfasis sobre la raza y la población paraguaya como problema principal es fundamentalmente un rasgo del discurso de Sarmiento. Sin embargo, durante toda la contienda se deslizaron descripciones e insinuaciones estigmatizantes y peyorativas sobre el pueblo paraguayo, aunque en mayor medida sobre su gobernante. Este fue el

ideario de quién llevó adelante la guerra como jefe del ejército aliado en un primer momento y también lo fue de muchos de sus críticos. Muchas veces se tradujo en casi el silencio o la defensa tímida de la mayoría de quienes se opusieron a la contienda desde el principio. Tal vez no fue solo la actitud de Urquiza quien nos explica por qué esta contienda tan impopular duró más de cinco años para la Argentina.

5.5 A modo de resumen

La derrota de Curupaytí y la guerra civil sacaron de los primeros planos del debate en la prensa a la Guerra del Paraguay y redujeron sensiblemente la cantidad de líneas sobre el tema. A los partes de la guerra se sucedieron algunas editoriales que reclamaron paz contra editoriales que sostuvieron que hacer la paz era una deshonra. La opinión pública mientras tanto condenó a las montoneras como traidores a la patria. Estas se defendieron como las verdaderas intérpretes de la nacionalidad argentina a la que venían a reivindicar queriendo diseminar el poder federal por todo el país hasta llegar a Buenos Aires. Los caudillos volvieron a introducir el elemento partidario como saludable en su discurso de reivindicación de una patria federal, pero fueron condenados por ello por la prensa de todo el país y el gobierno central. Las montoneras y quienes pedían la paz con Paraguay pero estaban en contra de las montoneras compartieron un enemigo común: Buenos Aires y el Imperio del Brasil. La referencia a Paraguay fue fraternal aunque secundaria dentro de las extensas proclamas y los cantares populares. La referencia a las identidades provinciales fue genérica como “las provincias” pero siempre subsumida dentro de la argentinidad. El americanismo se veía debilitado ante una guerra entre países americanos.

En 1868 las elecciones presidenciales diluyeron aún más el debate público sobre la guerra y pusieron nuevamente como saludable al concepto de partido en las huestes anti-montoneras del juego de la democracia e incluso a veces ligado a la causa de la guerra. Sin embargo ese año por primera vez se desarrollaron fuertes resistencias a la

contienda en el Congreso Nacional también enfocadas fundamentalmente a la crítica a la alianza y la desconfianza al Brasil.

Comenzó 1869 y la toma de Asunción proporcionó otra oportunidad para diferenciar a la Argentina del gigante ex lusitano, con un ejército argentino ya regresando y sin participar de los saqueos. La polémica entre Bartolomé Mitre y Juan Carlos Gómez puso nuevamente en primer plano a la guerra en los medios, otra vez sobre la temática de la alianza y sin discutir de fondo el carácter bárbaro del gobierno paraguayo, aunque por primera vez puntualizando sobre su pueblo. Los proyectos de unión americana se volvieron utópicos en su propia invocación. El gobierno de Sarmiento se mostró preocupado por el fin de la contienda y las consecuencias limítrofes entre los aliados. La rivalidad argentino brasileña mantuvo a Paraguay en el mapa de la región. La Guerra del Paraguay puso un freno real a los sueños de unificación americana que todos los bandos intelectuales deslizaron en ocasiones esporádicas. La contienda demostró fuertemente que la Argentina no era Paraguay, pero fundamentalmente con mucha más vehemencia, que no era Brasil.

Conclusiones

La Guerra del Paraguay marcó un punto de inflexión en la historia sudamericana del siglo XIX. Su inicio puso de relieve las tensiones pre-existentes de la vida independiente de la región y quizás hasta algunas disputas coloniales. Su desarrollo y su final en cambio sentaron las bases de algo nuevo. La Guerra del Paraguay terminó por definir los límites territoriales de los estados nación de la Cuenca del Plata. Además estableció un antecedente de peso para las relaciones de poder entre los actuales miembros del Mercosur. La configuración de las naciones quedaba de ahora en más mejor delimitada. La Guerra del Paraguay condensó las tensiones identitarias previas de la región y definió los límites de los estados nacionales modernos. La guerra que se desató por un conflicto partidario que extendió sus influencias a los países vecinos, se materializó efectivamente en un conflicto que envolvió a cuatro estados y que puso en juego las representaciones de cuatro naciones y sus disputas internas. En ese sentido la guerra fue interestatal y también internacional. La experiencia del frente imprimió relatos que marcaron la diferencia entre los mismos aliados y por supuesto con los enemigos. Las decisiones políticas a la hora de aliarse o declarar la guerra también se hicieron con la lógica de estado-nación. La afrenta fue a la soberanía territorial invadida por otra nación, la necesidad de alianza fue también con otra nación enemiga del enemigo. Esta tesis tomó como presupuesto que la guerra fue un conflicto regional y puso la lupa sobre una de las naciones que componen esa región.

Que las naciones fueron construcciones históricas es hoy casi una verdad de perogrullo. En los últimos años muchos estudios se dedicaron a estudiar el proceso de conformación de la identidad nacional argentina. Los trabajos de José Carlos Chiaramonte, Fabio Wasserman, Fernando Devoto y Lilia Ana Bertoni han sido una

referencia obligada en este sentido. Sin embargo esta perspectiva no abordó el tramo que abarcaba entre la caída de Rosas y la consolidación del estado nacional hacia 1880. En esos años tuvo lugar la guerra más larga de toda la historia de América Latina y en la que Argentina fue uno de los participantes. Las conexiones entre guerra e identidad nacional ya fueron analizadas para el período contemporáneo a esta contienda, y también para anteriores y posteriores. Sin embargo no teníamos estudios sobre las representaciones de la nación durante la guerra en Argentina. Algunos autores deslizaron una relación, otros la negaron de plano, pero sin ponerlo en el centro de su investigación, ni en la perspectiva de los otros estudios sobre la materia. Indagamos en esta tesis lo que sucedió para que representaciones (nacionales, provinciales y regionales) que se conjugaron a principios de la década de 1850 aparecieran como un discurso más consolidado y unificado hacia 1880. Esta transición planteó algunos interrogantes a los que investigamos tratando de evitar la teleología de un resultado que ya conocemos de antemano. La primera guerra de esa magnitud que Argentina peleó como estado nacional recientemente consolidado, contra otro y con otros estados nación, tan duradera y llena de consecuencias para todos los involucrados, no podía pasar inadvertida en el debate sobre la nación. Quizás esa incapacidad de la historiografía reciente de abordar la guerra del Paraguay como problema y así integrarla a la historia argentina sea la explicación del asunto. Una guerra tan incómoda, tan políticamente incorrecta, tan inexplicable en su racionalidad, tan antipática. Una guerra de la que nadie se quiere hacer cargo. Una guerra que terminó con la destrucción casi total de un país limítrofe, hecho que ya no se pudo soslayar aunque éste no fuera un plan prefigurado. Ninguno de los actores esperó la magnitud y duración que tuvo esta guerra. Ninguno. Sin embargo sucedió y terminó con un Paraguay destrozado.

La mejor manera de incorporar la guerra al relato histórico en el siglo XX fue presentarla de alguna manera como una vergüenza ajena, un plan macabro de unos pocos, un genocidio perpetrado por infames. Fue lógica la reacción. Hasta ese entonces se la había narrado con triunfalismo nacionalista, repitiendo las justificaciones mitristas y elevando a Mitre como héroe y a López como villano. El peronismo y el desarrollo de los partidos de izquierda proporcionaron una inmejorable oportunidad para revisar ese relato e intercambiar nombres. La contienda siguió siendo entendida a través de la

polaridad héroes-villanos, responsables-mártires, pero con los personajes cambiados. Además se le quitó su carácter nacional, curiosa maniobra de quienes identificaron una nación definida en tiempos revolucionarios. De esta manera la guerra de la Triple Alianza no fue argentina, fue una anomalía mitrista, una operación británica. Pero la contienda existió y duró casi seis años. Se inició con la invasión brasileña a la Banda Oriental, tomó otra magnitud con la toma del buque Marqués de Olinda por parte del gobierno paraguayo y se terminó de definir con la invasión a Corrientes y la concreción de la triple alianza. Era hora de preguntarse cómo fue posible, cuál fue su dinámica aunque nos resulte amarga, cuál fue la racionalidad de sus actores, sus creencias, sus discursos. Lo hicimos acotando el foco a la identidad nacional en esta oportunidad. Y efectivamente encontramos allí una disputa por la argentinidad, en oficialistas y opositores y en los no tan oficialistas ni tan opositores, que finalmente fueron los que impusieron su discurso en la mayoría de los medios. Repetir que la identidad nacional fue débil o no existió como forma de despejar responsabilidades, es repetir el discurso del propio Mitre y sus aliados, que vieron en la resistencia a la guerra un débil sentimiento o directamente una traición a la patria. Y no. Los opositores a la guerra y los numerosos que fueron algo vacilantes, se defendieron como argentinos de manera explícita y predominante.

Estas representaciones de la argentinidad no se construyeron en el vacío. Los otros países involucrados en la guerra proporcionaron una oportunidad inmejorable para estudiar la definición de la identidad argentina. Una definición de una identidad en construcción rodeada de otras identidades en la misma situación. La Argentina como hermano mayor de su Banda Oriental, con incapacidad manifiesta de nombrarlo como Uruguay, con una historia de intervenciones e interrelaciones repetidas. Con la arrogancia de inmiscuirse en sus asuntos de política interna, pero con la hipocresía de no admitirlo. Con el oportunismo exacto para representarlo como un anti-modelo a seguir, del conflicto partidario disolvente, como la lección de un pasado tan reciente como amenazante. El principio de la guerra se mostró ajeno, pero también propio. La tutela sobre Uruguay fue una tentación irresistible para Argentina, para Brasil y para Paraguay. Sus conflictos internos traspasaron las fronteras y se plasmaron en esa Banda

Oriental. El comienzo de la guerra encontró a la Argentina gobernante imposibilitada de respetar una política de neutralidad en su obsesión por la amenaza de diseminación del conflicto. Los héroes y villanos al otro lado del río se construyeron de este lado como advertencias a las disidencias internas. Era 1864 y la Banda Oriental era todavía una anexión argentina y brasileña subyacente. La Guerra del Paraguay terminó por cortar ese lazo imaginario. El costo, la duración del conflicto, las bajas, las consecuencias fueron tan penosas como aleccionadoras. Promediada la contienda, ya nadie hablaba en la Argentina de la Banda Oriental. Las consecuencias de entrometerse en sus conflictos se revelaron nefastas. La guerra delimitó lo territorial y lo político de Argentina hacia Uruguay y viceversa. Persistió la identificación cultural, las representaciones de ambos se confundieron. Pero con la guerra del Paraguay quedó claro para la república Argentina que la Banda Oriental era ya Uruguay. Y eso la hizo más Argentina y menos virreinato del Río de la Plata.

Culturalmente, las dos representaciones que más pesaron en el discurso argentino fueron las de Paraguay y Brasil, aunque tampoco estuvieron exentas de sus implicancias políticas y limítrofes. La imagen peyorativa del Paraguay y su gobierno no era novedosa en el discurso de las élites locales. Sin embargo adquirió una virulencia y recurrencia inusitadas durante esta contienda, sobre todo en lo que concernía a su gobierno. Y era lógico. Un único enemigo atacado por otros tres países precisó moldarse como un demonio para justificar el esfuerzo nacional de la pelea y a su vez intentar moderar las críticas hacia su pueblo. La imagen amenazante no tuvo tanta repercusión ni efectividad, mucho menos cuando la contienda comenzó a pelearse en territorio guaraní y pareció ganada aún muchos años antes de finalizar. Sin embargo, la representación de Francisco Solano López como un tirano y déspota fue ampliamente difundida y aceptada, aún para muchos de los que se opusieron a la prolongación de la guerra y las características del tratado. El esfuerzo por culpabilizar a López fue efectivo y estuvo arraigado en su identificación con líderes locales por aquella época denostados en diferentes ámbitos, como Juan Manuel de Rosas. Muchos de quienes escribieron habían vivido el período rosista y construyeron su relato sobre el presidente paraguayo haciendo sus alusiones. Lo que falló del relato fue la pretendida imputación a que la guerra fuera solo contra este personaje. La prolongación del conflicto, la pelea en aquel

país y la publicación del tratado de la alianza demostraron que los alcances de la contienda excedían el derrocamiento de López. Estas revelaciones provocaron extendidas críticas hacia la guerra en el debate público. La guerra estaba perjudicando también a la nación y a la sociedad paraguaya. Sin embargo, no aparecieron explícitas defensas a esa nación, ni a su régimen de gobierno, ni a su pueblo, con excepción de las obras de Alberdi y sus allegados intelectuales. La mayor parte del debate público se indignó mucho más por los términos del tratado con el Brasil que con la suerte del pueblo paraguayo. Esta actitud descansó sobre la base de algunas visiones previas y ahora mucho más extendidas durante la contienda que representaron al pueblo paraguayo como la barbarie y el atraso. Esta construcción peyorativa sobre la imagen del pueblo guaraní subyacía en la mayoría de las editoriales en contra de López y de alguna manera marcaba un triunfo discursivo en este aspecto de quienes defienden la guerra. El Paraguay amenazante no prosperó, pero el desprecio hacia su gobierno y la visión peyorativa sobre su pueblo, sí. Hacia el final estas visiones se mezclaron con algunos atisbos de lástima y con el matiz étnico y denigratorio del discurso de Sarmiento sobre el Paraguay, que solo reforzaron esa creencia de superioridad argentina.

La Argentina se felicitó a sí misma al mirarse en el espejo del Paraguay. A nivel político, el país guaraní reafirmó lo mejor que Argentina pudo detentar como la república liberal, la civilización, la independencia y la libertad. Valores compartidos en el discurso de mitristas y opositores aunque atribuidos a diferentes grupos políticos. Pero en definitiva, la imagen del atraso paraguayo fue la predominante como débil excusa para hacer la guerra, pero como efectiva muestra de lo que no se era y lo que sí. República-despotismo, libertad-esclavitud, civilización-barbarie fueron las dicotomías a las que se recurrieron para justificar esta guerra. Además, como mencionamos, de manera menos explícita, se desplegaron algunas visiones culturales peyorativas sobre la sociedad paraguaya y sus costumbres, su historia, sus modales, su forma de ser y su raza mezcladas con algunos reconocimientos, aunque también desde la superioridad, a la valentía del soldado paraguayo. Más allá del discurso de Sarmiento, algo tardío, las estigmatizaciones nunca fueron del todo fervorosas. Se necesitaba resguardar la

legitimidad de la guerra contra un gobierno y no contra un pueblo, se oscilaba más entre lo paternalista y lo peyorativo.

Porque fundamentalmente fue Brasil y la alianza lo que marcó como más fuerza los límites de la Argentina durante este conflicto. Fue Brasil y la alianza donde radicó la mayor impopularidad de la guerra, y fue esa oposición a la guerra impopular la que, paradójicamente, hizo más argentina a la Argentina. El mayor exponente del federalismo no dudó en acompañar a Mitre en su cruzada contra el Paraguay, pero le advirtió que un acuerdo con Brasil era muy improcedente. El presidente lo sabía, pero terminó firmando un acuerdo que tuvo que ser refrendado en secreto y que al revelarse un año después provocó grandes polémicas. La justificación de la alianza resultó una tarea ardua y que no pudo rendir sus frutos. Tratar de establecer una ligazón con Brasil desde una guerra que se invocó nacional fue dificultoso. Ni la historia, ni el idioma, ni las costumbres proporcionaban ejemplos claros de unión, muy por el contrario. Se recurrió a la invocación de principios políticos como la libertad y la civilización para poder presentar el acuerdo. Se insistió en estos tópicos. Sin embargo, también fueron argumentos que se debilitaron. Una monarquía esclavista tenía poco de libertad y civilización. Y a su vez la Argentina no tenía relación con un sistema esclavista y mucho menos una tradición monárquica. La noción de Imperio tampoco ayudaba porque denotaba un ansia expansionista que se volvía una amenaza real, fundamentalmente en las zonas del litoral limítrofes. Sobre la base de tradiciones y rencores previos, la concreción de la alianza resultó difícil de sostener ante la opinión pública, aunque se respetó hasta el final, y eso la volvió aún más polémica. Brasil era un gigante desconocido y lo que se conocía de él era exactamente lo que la Argentina no reivindicaba. No solo por la monarquía, la esclavitud y el expansionismo sino también por una historia sin guerras de independencia, con un idioma diferente, con la presencia de una raza muy distinta y unas costumbres ajenas.

La primera oposición discursiva organizada y más fuerte a la guerra durante toda la contienda tuvo como principal propósito atacar al Imperio del Brasil y a la alianza y menos defender al Paraguay. Así como el mitrismo triunfó en instalar una imagen negativa de Solano López y peyorativa de su pueblo, el antimitrismo tuvo su victoria al

definir al Imperio del Brasil como el enemigo real, la amenaza concreta, como la denominación de lo extranjero por antonomasia. Esta visión primero desarrollada por Alberdi, el periódico *La América* y en varios periódicos del litoral que sintieron la cercanía amenazante, con los años empezó a diseminarse hacia otros grupos políticos y dominó el debate público hacia el final de la guerra. Muchos de quienes defendieron la entrada de Argentina en la guerra y el acuerdo con Brasil, se volvieron opositores a los términos del tratado. Muchos siguieron sosteniendo que la guerra al tirano era justa, su reparo consistía en las disposiciones del pacto aliado. La alianza fue el mayor escándalo y lo fue porque afrentaba a la nacionalidad argentina. Porque fue en pos de intereses ajenos y de intereses totalmente contrapuestos como eran los de Brasil. El imperialismo no fue británico en la visión de los opositores a la guerra.

Aunque impopular, esta guerra implicó un esfuerzo de escala nacional. La postura que tomó Justo José de Urquiza es reveladora en este sentido, su propia idea de argentinidad se impone por sobre sus vínculos con el federalismo, el partido blanco y Paraguay. Bartolomé Mitre supo que requería del esfuerzo conjunto de la nación y lo vio como oportunidad de afianzar su poder. Para ello una vez desatada la guerra, apeló a la identidad nacional argentina para ir a la lucha. Los periódicos de todo el país replicaron ese discurso durante 1865 mostrando la penetración de su poder en el territorio a partir de Pavón. En primer plano estuvo el orgullo argentino herido por la invasión territorial, fue preciso ir a vengarlo. La nación prevaleció sobre los partidos y lo americano y estuvo definida por un gobierno republicano y sus instituciones, por la libertad conquistada en las luchas por la independencia, por un territorio unificado, por valores civilizatorios. Además apareció de manera predominante la apelación a la historia con una relectura desde la victoria de Pavón que ensalzaba el 25 de mayo, la independencia y denostaba las luchas civiles y el rosismo. Por otra parte se apelaban a símbolos como la bandera y a cuestiones culturales como el idioma y algunas más difusas como las costumbres, el valor, la moral y los sentimientos. El contenido étnico no fue precisado quizás por no estar arraigado, quizás porque no era conveniente para una guerra que se pretendía nacional pero que a la vez debía ser peleada con otras naciones. Era necesario un límite a la especificación de esa nacionalidad. El concepto de patria fue invocado

como principio de nacionalidad, otras veces como nación, muchas más veces fuera de Buenos Aires y como recuerdo de los héroes del pasado.

Este discurso sin fisuras encontró sus límites en fuertes resistencias materiales y discursivas. La resistencia a la guerra, sin embargo, no se articuló desde un separatismo sino desde una disputa por la argentinidad y fue fuerte a nivel discursivo en la propia Buenos Aires. Fueron los defensores y opositores a la guerra quienes reforzaron los límites y alcances de la identidad nacional argentina al disputar su legitimidad. Ambos compartieron un universo conceptual común. Ambos creyeron defender la verdadera argentinidad al sostener sus posturas. La nación fue patria, libertad, independencia, civilización, pero la diferencia estuvo en cuál era el grupo que detentaba mejor esos valores y fundamentalmente en la clásica dicotomía Buenos Aires-Interior. Quienes se opusieron a la guerra lo hicieron en su calidad de verdaderos argentinos y viceversa. El intento mitrista por justificar la alianza fracasó y se hizo evidente con la publicación del tratado y sus repercusiones y los comentarios en diario del litoral sobre la presencia del ejército brasileño en territorio argentino. Los opositores tampoco apelaron al contenido étnico porque también formaban parte de una élite que estaba alejada de las imágenes más populares, porque buscaban confrontar con el discurso mitrista directamente y porque tenían que generar alguna empatía ya no con los aliados sino con Paraguay.

La disputa intelectual sobre la guerra se dio principalmente en clave de identidad nacional. Las identidades partidarias no fueron bien vistas ni invocadas hasta las rebeliones extendidas de 1867 con Felipe Varela como uno de sus máximos líderes. En ese momento los rebeldes defendieron su causa invocando la verdadera argentinidad que fue la que remitía al federalismo. Esta invocación partidaria fue criticada por los opositores a las revueltas, mitristas y no mitristas, y señalada como causa de la disgregación. La oposición a la guerra del Paraguay discursiva y material presentó en su discurso además un sesgo americanista. Sin embargo, en el caso de los intelectuales que lo forjaron desde títulos de periódicos como *La América* o *La Unión Americana* se terminó por revelar como un ideal irrealizable en tiempos de guerra entre países americanos y desarrolló más la rivalidad nacional entre Argentina y Brasil que el americanismo. En ese sentido, cabe recordar que por americanismo, los opositores a la

guerra entendieron la “fraternidad” (a veces confederación, pero con las naciones delimitadas) entre repúblicas americanas, por lo que Brasil quedó excluido, era el gran enemigo, y la Madre Patria aparecía como un enemigo menor. La guerra cerró así el ciclo de las independencias al desdibujar al enemigo colonial. En ningún momento apareció la figura de Gran Bretaña como enemigo tampoco. En el caso de la oposición de las montoneras, el americanismo estuvo mucho más relacionado a la contemporánea guerra entre Chile y España que al caso de la guerra de la alianza en el discurso. El tinte americanista apareció relegado por sobre la apelación a la argentinidad y se invocó nuevamente en tanto repúblicas americanas, con la exclusión de Brasil. No considerar a Brasil como parte de la América era ya un problema evidente de discusión en la época. El mitrismo, sus aliados y algunos intelectuales brasileños protestaron por la exclusión a la que consideraron inadmisibles y casi ridícula. Muchos de ellos también esgrimieron un ideal de unión americana. La Guerra del Paraguay puso en evidencia las debilidades y no las fortalezas del discurso americanista en la visión de los actores contemporáneos; fue la contienda bélica nunca antes vista al interior de la región porque era entre estados nación. Las identidades provinciales aparecieron englobadas en la denominación “el interior” para referirse a la disputa contra Buenos Aires, pero siempre subsumidas dentro de la identidad nacional y no especificadas ni diferenciadas por provincia. La guerra puso en suspenso estas divisiones y reivindicaciones particulares. El conflicto interno y la muerte del vicepresidente obligaron a Bartolomé Mitre a regresar a la Argentina y dejar definitivamente su cargo de general en jefe del ejército aliado.

En 1868 Domingo Faustino Sarmiento fue electo como presidente de la República Argentina. La danza de las candidaturas reestableció a nivel general el discurso positivo sobre la noción de partido. En el caso mitrista, para salvar a la nación fue preciso salvar ahora al partido liberal. Ya no se veía como algo pernicioso. De esta manera también se defendió la causa de la guerra. Los otros candidatos y sus órganos de prensa sacaron el foco de los editoriales sobre la guerra para centrarse en las elecciones. La contienda se hizo mucho más larga de lo esperado. La revelación de los detalles del tratado de la alianza generó cada vez más polémica. La presencia argentina en el frente se vio disminuida. Las críticas a la guerra en el Congreso de la Nación empezaron a hacerse escuchar así como en periódicos e intelectuales otrora favorables a la contienda. La

alianza terminó con la guerra para la Argentina antes que ésta efectivamente concluyera. O al menos la guerra contra el Paraguay. La polémica giró en torno a las estipulaciones del tratado, pero fundamentalmente al hecho de celebrar un tratado de esa magnitud con el Imperio del Brasil. Nuevamente se puso en primer plano la identidad nacional argentina que se vio afrentada por un acuerdo que solo buscó el beneficio extranjero.

De esta manera la misma impopularidad de la guerra, representada principalmente por la oposición a Brasil como aliado, reforzó paradójicamente los discursos sobre la identidad nacional argentina y en última instancia, la propia identidad. La guerra del Paraguay delimitó los contornos de la identidad nacional argentina al confrontarla como nación a otras naciones de manera directa en un conflicto de inédita magnitud. No generó nuevos contenidos, pero puso en primera plana una nueva reinterpretación de la historia que miraba al futuro, conceptos políticos liberales y el acuerdo de una cierta unidad. Nadie podía imaginarse ya fuera de esa comunidad, la guerra mostró que ese cerco estaba cerrado, que la disputa concernía sobre quién interpretaba mejor esa nación. La guerra reforzó la identidad nacional porque mostró con toda crudeza la quimera que representaba el ideal de unión americana, alguna vez más fuerte que el de la propia nación. La guerra demostró que el debate sobre la identidad nacional era lo que se imponía y algo de lo que nadie ya podía escapar.

Las polémicas en el Congreso, las interpelaciones a los ministros y la discusión célebre hacia 1869 entre Bartolomé Mitre y el periodista oriental Juan Carlos Gómez dieron cuenta de un clima de fin de guerra. La preocupación por el destino de la sociedad y el territorio paraguayo importaron más en relación a la disputa que se abrió con el Brasil que por un sentimiento de tipo humanitario. El presidente Sarmiento continuó con la participación argentina formal en la guerra, aunque con una presencia de efectivos en el frente bastante menor, para 1869 muchos de ellos regresaron. Sarmiento era un intelectual con una visión peyorativa del Paraguay desarrollada anteriormente en su obra cumbre, *Facundo*. A la causa de liberación se añadieron sus concepciones de atraso y raza, para justificar la guerra al país guaraní. Mariano Varela, su primer ministro de relaciones exteriores, también puso en primera plana el conflicto con el

Brasil por la disputa territorial sobre el Paraguay. El nacionalismo territorial tuvo una forma de movimiento defensivo hacia el avance y las pretensiones del Imperio Brasileño durante la guerra de la Triple Alianza en Argentina. El proyecto de restauración de una especie de Virreinato del Río de la Plata pero libre, fue mencionado como ideal lejano por casi todos los intelectuales, que lo mencionaron en sus discursos aunque de manera tangencial. Este tópico también fue parte de la discusión entre Mitre y Gómez que revitalizó disputas de la década de 1850. Sin embargo, todos reconocieron la utopía del proyecto y probablemente no lo desearan de verdad. Los actores contemporáneos a la guerra de la triple alianza vieron mejor que nadie la dificultad que conllevó la idea de unificación americana porque tenían una guerra entre países americanos en sus manos. Los opositores a la guerra sostuvieron su ideal de confederación de repúblicas americanas, pero a la vez denunciaron la intención mitrista de formar un virreinato y pasar por encima de las soberanías nacionales. La guerra del Paraguay, una guerra entre estados americanos, puso en evidencia para todos los actores la fragilidad del proyecto de unión americanista, tuviera éste el signo partidario político que fuera. Y de alguna manera esta guerra y el antecedente de Pavón también puso en evidencia principalmente no ya cuán americanos, sino cuán argentinos se sentían.

La guerra fue más argentina de lo que a muchos les fue posible aceptar. Para el mitrismo y la memoria inmediatamente posterior fue argentina en tanto una reivindicación nacionalista triunfal. Para el revisionismo, no fue una guerra argentina porque solo la hizo el mitrismo como títere de Gran Bretaña. Para nosotros fue una guerra argentina, pero no por una reivindicación triunfalista, sino porque fue una contienda que involucró a prácticamente todo el país, tanto por apoyo como por oposición y los mismos actores se involucraron invocando su ser argentino, tanto para denostar como para celebrar. Fue argentina porque argentina fue la política de intromisión en los asuntos de la Banda Oriental. Fue argentina porque los dos líderes políticos máximos llegaron a un acuerdo después de Pavón y lo mantuvieron durante esta contienda. Fue argentina porque el tratado que la llevó adelante se firmó en nuestro país y el jefe del ejército era el presidente argentino. Fue argentina porque argentinos fueron los que pelearon y los que murieron. Fue argentina porque despertó las más

profundas resistencias a la pelea, precisamente porque los argentinos no podían hacerlo codo a codo con el Brasil. Fue argentina porque quienes se levantaron en contra así se reivindicaron, como los verdaderos intérpretes de la argentinidad. Fue argentina porque puso en evidencia el desprecio y la indiferencia ante el Paraguay que ya estaban presentes y la solidaridad expresada era francamente minoritaria. Fue argentina porque involucró a las tropas y la opinión pública de todo el país, porque en el frente el ejército argentino estuvo delimitado, porque el impacto económico repercutió más allá de Buenos Aires, porque encontró adeptos y opositores más allá de los límites porteños. Fue argentina porque no se terminó con la participación local oficial hasta cumplirse lo acordado en el tratado, la muerte de Francisco Solano López. Fue argentina aunque sea antipática para nuestras creencias actuales. Las voces opositoras fueron muchas, pero también fueron inútiles para sacar a la Argentina de la guerra. La guerra la empezó Mitre, pero Sarmiento la continuó. El Congreso no dijo demasiado hasta 1868. La oposición fue reducida durante 1866. Las montoneras en 1867 fueron derrotadas. Las críticas hacia el final de la contienda fueron extendidas pero se refirieron más a la rivalidad con Brasil que a la situación del Paraguay.

Una guerra que duró seis años y que detentó semejante magnitud nos interroga de mismo modo tanto sobre las resistencias como sobre los apoyos. Y en ese sentido ambos bandos obtuvieron su victoria discursiva. La identidad argentina como cualquier otra sigue aún en permanente construcción y resignificación. Sin embargo la visión peyorativa sobre el Paraguay y la noción de Brasil como enemigo persisten hasta hoy en el imaginario. Ambos bandos de la guerra del Paraguay en Argentina tuvieron su victoria, que en realidad fue la victoria de la voz más extendida que condensaba estas dos opiniones.

Los resultados de esta investigación nos permiten ampliar los interrogantes en otras direcciones. Efectivamente, la identidad nacional argentina no se construyó en el vacío y esta contienda fue una oportunidad inmejorable para mostrar la relación con otras identidades nacionales en construcción. Durante la investigación surgió la inquietud sobre la historia de las representaciones de la Banda Oriental, el Paraguay y el Brasil en

nuestro país. Los discursos que operaron durante la guerra sobre ellos no nacieron con ella aunque se multiplicaron y resignificaron. Una interesante perspectiva es retomar el estudio de estas representaciones desde la época revolucionaria, sus características y evolución en torno al devenir de varios conflictos como las independencias, la guerra con el Brasil, los conflictos con Rosas, la alianza con Urquiza, el demorado reconocimiento de la independencia paraguaya, la actitud de Buenos Aires y la Confederación, etc. Una línea que indague sobre esta tensión intervencionista en el Uruguay, otra sobre el Paraguay aislado y luego modernizado y otra sobre el gigante imperio casi desconocido o una que integre todas las dimensiones de la cuenca del Plata previas a la gran guerra. Las representaciones de un Paraguay atrasado, bárbaro, aislado, dictatorial, sus costumbres estuvieron presentes en la literatura argentina anterior a la guerra. El conflicto por el no reconocimiento de la independencia por parte de Juan Manuel de Rosas y las posteriores mediaciones diplomáticas de los López también fueron parte de esta dinámica. En el caso brasileño, una vez resuelta la disputa sobre la Banda Oriental y su independencia, la rebelión de los farroupilhos y sus conexiones en Argentina así como también la ligazón del gobierno imperial con la resistencia a Rosas fueron eventos importantes a tener en cuenta, junto con los conflictos en la frontera del litoral, el robo de ganado, la disputa de tierras, etc.

Otra inquietud que nos deja planteada la investigación es el conflicto diplomático que se inició ya a fines de la contienda entre Argentina y Brasil y sus repercusiones en Paraguay. Como bien marcó Luc Capdevila, después de la guerra, Paraguay persistió en el mapa como país gracias exclusivamente a los disensos entre los dos aliados más importantes. El conflicto diplomático posterior demostraría las ideas que en esta tesis desarrollamos. La impopularidad de la guerra en Argentina se manifestó mucho menos por una defensa del Paraguay que por una incomodidad y rechazo a los términos de la alianza con el Brasil. Este conflicto se hizo explícito con las críticas de la mayoría de la prensa, de algunos legisladores, la polémica entre Mitre y Gómez y la política de Mariano Varela, ministro de relaciones exteriores de Sarmiento. Un conflicto bélico entre las potencias de la región llegó a vislumbrarse. El estudio de las representaciones durante este conflicto probablemente demostró condensadas las tensiones que en esta investigación desarrollamos.

Con respecto a lo que acontece durante el conflicto en sí, esta tesis plantea desde un inicio que las representaciones de la nación pueden y deben también incluir el análisis de fuentes vinculadas a la cultura popular. Marcamos en esta instancia que nos limitamos a las fuentes vinculadas a la cultura de las élites porque básicamente no hay estudios novedosos sobre el tema y es efectivo comenzar a organizar el trabajo por allí. Pero obviamente esta investigación abre el interrogante sobre las representaciones de la identidad nacional en la cultura popular, estudio que requiere visitar otro tipo de fuentes como cantares populares, expedientes judiciales, relatos de la vida del frente, etc. Otras temáticas que pueden ser abordadas a partir de esta guerra y que son parte del repertorio de la renovación historiográfica del siglo XIX, son el análisis del proceso electoral, la formación del ejército, el rol de las guardias nacionales, un análisis específico sobre el accionar de la prensa, otros conceptos políticos fundamentales, la visión de la historia.

Otra tarea pertinente y en mayor medida desarrollada es el tema de la memoria de la guerra, en particular en lo que concierne a la construcción de la identidad nacional. Lilia Ana Bertoni analizó el tema para la época de consolidación del estado nacional. Los relatos de Mitre, Vicente Fidel López, el Álbum de la Guerra del Paraguay, la obra inconclusa de Estanislao Zeballos, el destino de los veteranos de guerra, la publicación de la historia militar de Juan Beverina son todas fuentes inestimables para analizar la construcción del relato histórico posterior a la guerra, así como años después lo es la tradición revisionista.

Las inquietudes de esta tesis son también el resultado de interrogantes que plantea la época que le toca vivir al investigador. Por un lado, esta época se caracteriza por una interesante renovación de los estudios históricos sobre el siglo XIX. Nuevas perspectivas, nuevos interrogantes, la necesidad de comprender el pasado en su propia lógica, de salir de los pensamientos dicotómicos, de las discusiones anacrónicas, de las utilidades políticas. La necesidad de hacer una historia no objetiva, pero sí rigurosa. La Guerra del Paraguay se debe esa historia en nuestro país.

Por otro lado estos han sido los años en que se produce una mayor integración regional a través del fortalecimiento del Mercosur y la Unasur. Esta situación contribuye a volver a interrogarnos sobre el pasado de la región y pensar a la Argentina en relación a sus vecinos. Las noticias sobre Brasil, Uruguay y Paraguay están muy presentes en la prensa local. El discurso presidencial de la última década sobre la región remite a la unidad y a la hermandad. Felipe Varela fue ascendido a General del ejército pos mortem en junio de 2012. Los libros sobre él se reeditaron así como otros de tinte revisionista sobre la guerra. La TV pública emitió en 2012 un documental sobre la contienda en el que también se repitieron varios postulados revisionistas. El propio gobierno nacional creó un instituto de revisionismo histórico. Sin embargo, desde el trabajo académico, no es nuestro deber quedarnos en el tono celebratorio/condenatorio sino tratar de comprender lo que efectivamente sucedió de la manera más cercana posible.

Desde la creencia en lo saludable de esta unión americana, proponemos repensar la historia con sus contradicciones, asimetrías y eventos políticamente incorrectos. Las desigualdades e injusticias entre los países de la región son una realidad histórica y forman parte del presente. El discurso romántico latinoamericanista puede ser un noble ideal, pero en la práctica muchas veces oculta asimetrías. Cuando en junio de 2012 el presidente paraguayo Fernando Lugo fue destituido en un juicio político muy polémico, en Argentina se extendió la visión de que lo que allí había ocurrido era un golpe de estado y en efecto acordamos que así fue. Pero a partir de allí se tejieron especulaciones sobre las represalias que toma el Mercosur contra Paraguay por esta actitud. Se discutió si la sanción es meramente declarativa, o política o también económica. En los periódicos on line los comentarios de los lectores debatieron la postura y algunos solicitaron mandar un “ejército libertador” para asegurar la unión latinoamericana. Lo que el comentarista no sabía es que estaba usando el argumento mitrista para hacerle la mayor guerra de su historia al Paraguay. Y lo que la opinión pública argentina tampoco se pudo anotar es de la reacción negativa de la opinión pública paraguaya sobre la decisión de suspender al país guaraní en el Mercosur. Porque la opinión pública paraguaya sabía que era una decisión de Argentina y de Brasil principalmente y eso motivaba a que se repitiera en la prensa la idea de un regreso de la triple alianza. Más

allá que podemos comprender perfectamente la racionalidad de la decisión política de suspender a un gobierno de facto del Mercosur, el desconocimiento y/o la idealización de la historia de América Latina no contribuyen al diálogo honesto. Los paraguayos tienen razones de sobra para pensar que el imperialismo no es ni ni “yanqui” ni británico, sino brasileño y argentino.

La guerra que aquí estudiamos se extendió también porque los ataques discursivos de ambos bandos son más eficaces que sus defensas. El bando aliado tuvo efectividad en difundir una mirada peyorativa del Paraguay, pero no así en defender al Imperio. El antimitrismo ganó en imponer su combate contra el Brasil, pero no se animó a defender del todo al Paraguay. Estas victorias discursivas se manifestaron en el conflicto diplomático que se abrió con el fin de la guerra. Estas victorias discursivas de ambos bandos de la Guerra del Paraguay en Argentina persisten también resignificadas en la actualidad. La idea de un Paraguay atrasado y bárbaro muta en el estereotipo del país de “lo trucho”, estereotipo estudiado por Mauro Cesar Silveiro para el caso brasileño y repetido en la prensa local. La imagen peyorativa del pueblo paraguayo se resignifica en la discriminación que sufren los nativos del país guaraní que residen en nuestro país. Por otra parte, la política de la Patria Grande que llevó adelante el kirchnerismo ofrece beneficios ante esas desventajas como la atención gratuita en la salud pública (fenómeno muy común en las ciudades de frontera). La idea de Brasil enemigo se traslada al ámbito deportivo, específicamente del fútbol, y persiste la idea de fuerte competencia en el área económica aunque también de cooperación. La distancia cultural sigue siendo profunda aunque probablemente la menor en toda la historia. Mientras que el portugués de Brasil se enseña cada vez más en nuestro país y llega hasta a las escuelas públicas, el español se enseña en Brasil mayoritariamente con planes del Instituto Cervantes, o sea planes de España. Los índices de desarrollo aún son mucho más satisfactorios en Argentina que en Brasil, pero este país gana fuerza como potencia mundial y aparece como ejemplo a imitar desde el gobierno de Luiz Ignacio Lula Da Silva. La clásica rivalidad argentino-brasileña es reemplazada por un discurso de hermandad que se ve opacado en la realidad por conflictos comerciales, falta de planes de cooperación más profundos y estereotipos arraigados. Para revertir

esas representaciones mutuas regionales, idealizar la historia no funciona. Más bien un análisis crítico de la misma puede permitirnos echar luz sobre los problemas, para efectuar un mejor diagnóstico y proponer mejores soluciones. Hoy resulta impensable imaginar que los cuatro países fundadores del Mercosur alguna vez estuvieron en una guerra de casi seis años que dejó cientos de miles de muertos. Pero así fue.

Anexo documental.

Tratado secreto de la Triple Alianza

Art. 1. La República Oriental del Uruguay, Su Majestad el Emperador del Brasil, y la República Argentina contraen alianza ofensiva y defensiva en la guerra provocada por el gobierno del Paraguay.

Art. 2. Los aliados concurrirán con todos los medios de que puedan disponer, por tierra o por los ríos, según fuese necesario.

Art. 3. Debiendo las hostilidades comenzar en el territorio de la Rca. Argentina o en la parte colindante del territorio paraguayo, el mando en jefe y la dirección de los ejércitos aliados quedan a cargo del Pdte. de la Rca. Argentina y general en jefe de su ejército, brigadier don Bartolomé Mitre. Las fuerzas navales de los aliados estarán a las inmediatas órdenes del Vice Almirante Visconde de Tamandaré, comandante en jefe de la escuadra de S.M. el Emperador del Brasil. Las fuerzas terrestres de S.M. el Emperador del Brasil formarán un ejército a las órdenes de su general en jefe, el brigadier don Manuel Luís Osorio. A pesar de que las altas partes contratantes están conformes en no cambiar el teatro de las operaciones de guerra, con todo, a fin de conservar los derechos soberanos de las tres naciones, ellas convienen desde ahora en observar el principio de la reciprocidad respecto al mando en jefe, para el caso de que esas operaciones tuviesen que pasar al territorio oriental o brasileño.

Art. 4. El orden interior y la economía de las tropas quedan a cargo exclusivamente de sus jefes respectivos. El sueldo, provisiones, municiones de guerra, armas, vestuarios, equipo y medios de transporte de las tropas aliadas serán por cuenta de los respectivos Estados.

Art. 5. Las altas partes contratantes se facilitarán mutuamente los auxilios que tengan y los que necesiten, en la forma que se acuerde.

Art. 6. Los aliados se obligan solemnemente a no deponer las armas sino de común acuerdo, y mientras no hayan derrocado al actual gobierno del Paraguay, así como a no tratar separadamente, ni firmar ningún tratado de paz, tregua, armisticio, cualquiera que ponga fin o suspenda la guerra, sino por perfecta conformidad de todos.

Art. 7. No siendo la guerra contra el pueblo paraguayo sino contra su gobierno, los aliados podrán admitir en una legión paraguaya a todos los ciudadanos de esa nación que quisieran concurrir al derrocamiento de dicho gobierno, y les proporcionarán los elementos que necesiten, en la forma y condiciones que se convenga.

Art. 8. Los Aliados se obligan a respetar la independencia, soberanía e integridad territorial de la Rca. del Paraguay. En consecuencia el pueblo paraguayo podrá elegir el gobierno y las instituciones que le convengan, no incorporándose ni pidiendo el protectorado de ninguno de los aliados, como resultado de la guerra.

Art. 9. La independencia, soberanía e integridad territorial de la República, serán garantizadas colectivamente, de conformidad con el artículo precedente, por las altas partes contratantes, por el término de cinco años.

Art. 10. Queda convenido entre las altas partes contratantes que las exenciones, privilegios o concesiones que obtengan del gobierno del Paraguay serán comunes a todas ellas, gratuitamente si fuesen gratuitas, y con la misma compensación si fuesen condicionales.

Art. 11. Derrocado que sea el gobierno del Paraguay, los aliados procederán a hacer los arreglos necesarios con las autoridades constituidas, para asegurar la libre navegación de los ríos Paraná y Paraguay, de manera que los reglamentos o leyes de aquella República no obsten, impidan o graven el tránsito y navegación directa de los buques mercantes o de guerra de los Estados Aliados, que se dirijan a sus respectivos territorios o dominios que no pertenezcan al Paraguay, y tomarán las garantías convenientes para la efectividad de dichos arreglos, bajo la base de que esos reglamentos de política fluvial, bien sean para los dichos dos ríos o también para el Uruguay, se dictarán de común acuerdo entre los aliados y cualesquiera otros estados ribereños que, dentro del término que se convenga por los aliados, acepten la invitación que se les haga.

Art. 12. Los aliados se reservan concertar las medidas más convenientes a fin de garantizar la paz con la Rca. del Paraguay después del derrocamiento del actual gobierno.

Art. 13. Los aliados nombrarán oportunamente los plenipotenciarios que han de celebrar los arreglos, convenciones o tratados a que hubiese lugar, con el gobierno que se establezca en el Paraguay.

Art. 14. Los aliados exigirán de aquel gobierno el pago de los gastos de la guerra que se han visto obligados a aceptar, así como la reparación e indemnización de los daños y perjuicios causados a sus propiedades públicas y particulares y a las personas de sus ciudadanos, sin expresa declaración de guerra, y por los daños y perjuicios causados subsiguientemente en violación de los principios que gobiernan las leyes de la guerra. La Rca. Oriental del Uruguay exigirá también una indemnización proporcionada a los daños y perjuicios que le ha causado el gobierno del Paraguay por la guerra a que la ha forzado a entrar, en defensa de su seguridad amenazada por aquel gobierno.

Art. 15. En una convención especial se determinará el modo y forma para la liquidación y pago de la deuda procedente de las causas antedichas.

Art. 16. A fin de evitar discusiones y guerras que las cuestiones de límites envuelven, queda establecido que los aliados exigirán del gobierno del Paraguay que celebre tratados definitivos de límites con los respectivos gobiernos bajo las siguientes bases: La República Argentina quedará dividida de la República del Paraguay, por los ríos Paraná y Paraguay, hasta encontrar los límites del Imperio del Brasil, siendo éstos, en la ribera derecha del Río Paraguay, la Bahía Negra. El Imperio del Brasil quedará dividido de la República del Paraguay, en la parte del Paraná, por el primer río después del Salto de las Siete Caídas que, según el reciente mapa de Mouchez, es el Igurey, y desde la boca del Igurey y su curso superior hasta llegar a su nacimiento. En la parte de la ribera izquierda del Paraguay, por el Río Apa, desde su embocadura hasta su nacimiento. En el interior, desde la cumbre de la sierra de Mbaracayú, las vertientes del Este perteneciendo al Brasil y las del Oeste al Paraguay, y tirando líneas, tan rectas como se pueda, de dicha sierra al nacimiento del Apa y del Igurey.

Art. 17. Los aliados se garanten recíprocamente el fiel cumplimiento de los acuerdos, arreglos y tratados que hayan de celebrarse con el gobierno que se establecerá en el

Paraguay, en virtud de lo convenido en este tratado de alianza, el que permanecerá siempre en plena fuerza y vigor, al efecto de que estas estipulaciones serán respetadas por la Rca. del Paraguay. A fin de obtener este resultado, ellas convienen en que, en caso de que una de las altas partes contratantes no pudiese obtener del gobierno del Paraguay el cumplimiento de lo acordado, o de que este gobierno intentase anular las estipulaciones ajustadas con los aliados, las otras emplearán activamente sus esfuerzos para que sean respetadas. Si esos esfuerzos fuesen inútiles, los aliados concurrirán con todos sus medios, a fin de hacer efectiva la ejecución de lo estipulado.

Art. 18. Este tratado quedará secreto hasta que el objeto principal de la alianza se haya obtenido.

Art. 19. Las estipulaciones de este tratado que no requieran autorización legislativa para su ratificación, empezarán a tener efecto tan pronto como sean aprobadas por los gobiernos respectivos, y las otras desde el cambio de las ratificaciones, que tendrá lugar dentro del término de cuarenta días desde la fecha de dicho tratado, o antes si fuese posible.

En testimonio de lo cual los abajo firmados, plenipotenciarios de S.E. el Presidente de la República Argentina, de S.M. el Emperador del Brasil y de S.E. el Gobernador Provisorio de la República Oriental, en virtud de nuestros plenos poderes, firmamos este tratado y le hacemos poner nuestros sellos en la Ciudad de Buenos Aires, el 1º de Mayo del año de Nuestro Señor de 1865. C. DE CASTRO
J. OCTAVIANO DE ALMEIDA ROSA
RUFINO DE ELIZALDE.

Protocolo

SS. EE. los Plenipotenciarios de la República Argentina, de la República Oriental del Uruguay, y de S. M. el Emperador del Brasil, hallándose reunidos en el Despacho de Negocios Extranjeros, han acordado:

1º) Que en cumplimiento del Tratado de Alianza de esta fecha, las fortificaciones de Humaitá serán demolidas, y no será permitido erigir otras de igual naturaleza, que puedan impedir la fiel ejecución de dicho Tratado;

2º) Que siendo una de las medidas necesarias para garantir la paz con el gobierno que se establecerá en el Paraguay, el no dejar allí armas ó elementos de guerra, los que se encuentran serán divididos por partes iguales entre los aliados;

3º) Que los trofeos y botín que se tomen al enemigo serán divididos entre los aliados que hagan la captura;

4º) Que los jefes de los ejércitos aliados concertarán las medidas para llevar á efecto lo aquí acordado.

Y firmaron este Protocolo en Buenos Aires el 1º de Mayo de 1865.

CARLOS	DE	CASTRO,
F. OCTAVIANO	DE ALMEIDA	ROSA,
RUFINO DE ELIZALDE.		

Referencias bibliográficas y fuentes

Fuentes primarias

Archivos

Inéditos

Archivo General de la Nación.

Archivo General de la Provincia de Corrientes.

Archivo Histórico del Museo Sarmiento.

Archivo Nacional de Asunción del Paraguay.

Biblioteca Nacional.

Museo Mitre. Archivo Mitre (Archivo Inédito. Archivo Íntimo) Archivo Paunero.

Museo Histórico Nacional.

Archivos éditos

Archivo del Doctor Juan María Gutiérrez, epistolario. Biblioteca Congreso, Buenos Aires, 1979.

Archivo del General Bartolomé Mitre, Buenos Aires, Biblioteca La Nación, 1911-1914. Volúmenes I-IV.

Archivo Marcos Paz, Universidad Nacional de la Plata, 1959-1966.

Archivo Nacional de Asunción. Publicaciones periódicas.

Archivo Rufino de Elizalde, Buenos Aires, UBA, Facultad de Filosofía y Letras, 1972.

Biblioteca Archivo General de la Nación, periódicos.

Biblioteca del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr Emilio Ravignani”: periódicos y documentos.

Castro, A.P. (1953), *Sarmiento visita a Urquiza. Discrepancias y semejanzas en sus caracteres. Correspondencia inédita*, Buenos Aires.

Congreso Nacional, *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, Buenos Aires, 1864-1870.

Congreso Nacional, *Diario de sesiones de la Cámara de Senadores*, 1864-1870.

Correspondencia Mitre-Elizalde, Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr Emilio Ravignani”

Correspondencia Mitre-Urquiza, Fundación Banco de la Provincia de Buenos Aires.

Correspondencia Sarmiento-Mitre 1846-1868, Museo Mitre, Buenos Aires.

Correspondencia Sarmiento-Mary Mann, Buenos Aires, Academia Argentina de las Letras, Imprenta de la Universidad, 1936.

Epistolario 1833-1877. Juan María Gutiérrez. Instituto Joaquín V. González. 1942.

Hemeroteca Academia Nacional de la Historia.

Hemeroteca Biblioteca Nacional, periódicos antiguos.

Hemeroteca Congreso de la Nación, sala de Microfilms.

Hemeroteca del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr Emilio Ravignani”.

Hemeroteca Universidad Nacional de La Plata.

Periódicos

Correo del Domingo, Buenos Aires, 1865-1870.

El Aguijón, Salta, 1865.

El Cabichuí, Cuartel General de Paso Pucú, 1867.

El Centinela del Norte, Catamarca, 1867.

El Centinela, Asunción, 1867.

El Comercio, Entre Ríos, 1867-1870.

El Constitucional, 1864-1870 Mendoza.

El Correo de Buenos Aires, Buenos Aires, 1864.

El Correo del Norte, Salta, 1866.

El Eco de Córdoba, Córdoba, 1866.

El Eco de Corrientes, Corrientes, 1866-1868.

El Eco de Entre Ríos, Entre Ríos, 1866.
El Estudiante, Buenos Aires, 1866-1867.
El Grillo, Buenos Aires, 1865.
El Gualeguay, Entre Ríos, 1866-1868.
El Imparcial, Corrientes, 1868.
El Independiente, Corrientes, 1864-1865.
El Liberal, Corrientes, 1868.
El Liberal, Tucumán, 1864-1867.
El Mosquito, Buenos Aires, 1864-1870.
El Nacional, Buenos Aires, 1864-1868.
El Nacionalista, Corrientes, 1866.
El Norte, Santiago del Estero, 1864-1870.
El Orden, Jujuy, 1863-1870.
El Paraná, Entre Ríos, 1864-1867.
El Patriota, Córdoba, 1867-1868.
El Porvenir, Salta, 1868.
El Porvenir, San Luis, 1864-1868.
El Progreso, Córdoba, 1867.
El Progreso, Corrientes, 1864-1865
El Progreso, Entre Ríos, 1866-1867
El Pueblo, Santa Fe, 1868-1869.
El Pueblo, Buenos Aires, 1864-1867.
El Pueblo, Santiago del Estero, 1863.
El Republicano, Entre Ríos, 1865.
El Tiempo, Santa Fe, 1865-1867.
El Zonda, San Juan, 1864-1870.
La Actualidad, Salta, 1864-1869.
La América, Buenos Aires, 1866.
La Capital, Rosario, Santa Fe, 1867-1870.
La Discusión, Córdoba, 1865.
La Época, Jujuy, 1868-1870.
La Esperanza, Corrientes, 1864-1865.

La Juventud, Tucumán, 1869.
La Libertad, Catamarca, 1864.
La Nación Argentina, Buenos Aires, 1864-1870.
La Nación, Buenos Aires, 1870.
La Opinión, Mendoza, 1870.
La Paz, Santa Fe, 1868.
La Prensa, Buenos Aires, 1869-1870.
La Reforma, La Rioja, 1869.
La Reforma, San Juan, 1866.
La Regeneración, La Rioja, 1865-1867.
La República, Buenos Aires, 1866.
La Revista de Buenos Aires, Buenos Aires, 1864-1870.
La Rioja, La Rioja, 1968.
La Tribuna, Buenos Aires, 1864-1870.
La Unión Americana, Buenos Aires, 1866-1867.
La Unión, Catamarca, 1867.
La Voz de Cuyo, San Juan, 1867-1870.
La Voz de la Patria, Corrientes, 1868-1870.
Las Provincias Unidas, Córdoba, 1868.
Las Provincias, Córdoba, 1866.
Revista Argentina, Buenos Aires, 1868-1870.

Publicaciones de la época

Alberdi, J. B., “Las disensiones de las Repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil, 1865”, “Los intereses argentinos en la guerra del Paraguay con el Brasil” (1865), “Crisis permanente de las repúblicas del Plata” (1866) en Alberdi Juan

- Bautista (1962), *Historia de La Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Ediciones de la Patria Grande.
- Alberdi, J. B., “La crisis de 1866 y los efectos de la guerra de los aliados en el orden económico y político de las repúblicas del Plata” (1866), “Tratado de la Alianza contra el Paraguay” (1866), “Las dos guerras del Plata y su filiación” (1867), “El Proyecto de Código Civil para las Conquistas Sociales de la Argentina y la conquistas sociales de Brasil” (1868) y “El imperio del Brasil y la democracia en América” (1869).
- Alberdi, J. B., *El crimen de la guerra* (1870), Buenos Aires, Sopena, 1957.
- Almonacid, V. (1869), *Felipe Varela y sus hordas en la provincia de La Rioja*, Córdoba, Imprenta del Eco de Córdoba.
- Andrade, O. V., “Las dos políticas. Consideraciones de actualidad. Paraná” (1866), editados por Halperín Donghi, Tulio (2007), *Proyecto y construcción de una nación. Argentina (1846-1880)*, Buenos Aires, Emecé.
- Cartas polémicas sobre la guerra del Paraguay. Bartolomé Mitre y Juan Carlos Gómez* con prólogo de Natalicio González (1940), Asunción-Buenos Aires, Editorial Guaranía.
- Estrada, J. M. (1865), *Ensayo histórico sobre la revolución de los comuneros del Paraguay y la guerra de 1865*, Buenos Aires.
- Guido y Spano, C. (1866) “El gobierno y la alianza. Consideraciones políticas”, en Halperín Donghi, T. (2007), *Proyecto y construcción de una nación*, Buenos Aires, Emecé.
- Hernández, J., “López”, “El gobierno y sus partidos” “Los enemigos del progreso” “La situación. El gobierno nacional”, “La lucha electoral. Las malas influencias” “Política internacional. Falsas teorías” y “El Paraguay, el comercio y la alianza” (1869) compilados en Halperín Donghi, T. (2007), *Proyecto y construcción de una nación*, Buenos Aires, Emecé.
- Masterman, G. (1870), *Siete años de aventuras en Paraguay*, Buenos Aires, Imprenta Americana.
- Memoria presentada por el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra y Marina al Congreso Nacional en 1869*, Buenos Aires, La Imprenta.

- Mitre, B. (1877/1945), *Historia de Belgrano*, Buenos Aires, Editorial Juventud Argentina.
- Palleja, coronel León de (1865), *Diario de la campaña de las fuerzas aliadas contra el Paraguay*, Montevideo, El Pueblo.
- Papeles de Lopez, o El tirano pintado por sí mismo y sus publicaciones: papeles encontrados en los archivos del tirano : tablas de sangre y copia de todos los documentos y declaraciones importantes de los prisioneros, para el proceso de la tiranía : incluso la de Madama Lasserre (1871)*, Buenos-Aires, Impr. Americana.
- Papeles del tirano del Paraguay tomados por los aliados en el asalto de 27 de diciembre de 1868*, Buenos Aires, Imprenta "Buenos Aires".
- Sarmiento, D.F. (1845), *Facundo o civilización y barbarie en las Pampas Argentinas*, varias ediciones.
- Thompson, G. (1869), *La Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Imprenta Americana.

Fuentes secundarias

Libros

- Alonso, P. comp (2004), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, FCE.
- Anderson, B. (1993), *Comunidades imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE.
- Baczko, B. (1991), *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva visión.

- Baéz, A. J. (1929), *Yatayty Corá. Una conferencia histórica (Recuerdo de la guerra del Paraguay)*, Buenos Aires, Imprenta y Papelería Juan Perrotti.
- Bandeira, L.A.M (1985), *O expansionismo brasileiro: o papel do Brasil na Bacia do Prata. Da colonizacao ao Império*, Río de Janeiro, Philobiblion.
- Barcellos Texeira, F. (2012), *A Primeira Guerra do Paraguai - A expedição naval do Império do Brasil a Assunção (1854-55)*, Passo Fundo, Méritos Editora.
- Barth, F. ed. (1976), *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, FCE.
- Benites, G. (2012), *Guerra del Paraguay. Las primeras batallas contra la Triple Alianza*, Asunción, El Lector.
- Bertoni, L. (2001), *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, Buenos Aires, FCE.
- Bethell, L. (org) (1995), *A guerra do Paraguai. 130 anos depois*, Río de Janeiro, Relume Dumará.
- Beverina, J. (1921), *La Guerra del Paraguay 1865-1870 Resumen Histórico*, Diario La Nación, Buenos Aires.
- Bonauco, M. (dir) (1999), *Nueva Historia Argentina, Liberalismo, Estado y orden Burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Box, Pelham Horton (1958), *Los orígenes de la Guerra del Paraguay contra la Triple Alianza*, Buenos Aires, Ediciones Nizza.
- Bragoni, B. y Míguez, E. coord. (2010), *Un nuevo orden político, Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos.
- Brezza, L. (2005), *Aislamiento, nación e Historia. Argentina y Paraguay, siglos XVIII-XX*, Rosario, Instituto de Historia-Facultad de derecho y Ciencias Sociales del Rosario.
- (2008), *Polémica sobre la Historia del Paraguay*, Asunción, Tiempo de Historia.
- Brezza, L y Figallo, B. (1999), *La Argentina y el Paraguay, de la guerra a la integración*, Rosario, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica Argentina.
- Bruno, P. (2011), *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Buchbinder, P. (2004), *Caudillos de pluma y hombres de acción. Estado y política en Corrientes en tiempos de la organización nacional*, Buenos Aires, Prometeo.

- Caballero Aquino, R. (1985), *La Segunda República Paraguaya: 1869-1906. Política, economía y sociedad*, Asunción, Arte Nuevo Editores.
- Calhoun, C. (1994), *Social Theory and the Politics of Identity*, Oxford, Blackwell.
- Campobassi, J. (1980), *Mitre y su época*, Buenos Aires, Editorial Universitaria.
- (1982), *Sarmiento y su época*, Buenos Aires, Losada.
- Capdevila, L. (2010), *Una guerra total: Paraguay 1864-1870. Ensayo de Historia de Tiempo Presente*, Asunción-Buenos Aires, CEADUC-Editorial SB.
- Cárcano, R. (1938), *Guerra del Paraguay, acción y reacción de la triple alianza*, dos volúmenes, Buenos Aires, Domingo Viau.
- Cardozo, E. (1954), *Vísperas de la Guerra del Paraguay*, El Ateneo, Buenos Aires.
- (1961), *El Imperio del Brasil y el Río de la Plata*, Buenos Aires, Librería del Plata.
- Carretaro, A. (1975), *Correspondencia de Dominguito en la Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Ediciones Librería El Lorraian.
- Carvalho, J. M. de (1990), *A formacao das almas*, San Pablo, Companhia das Letras.
- (2007), *D. Pedro II*, San Pablo, Companhia das Letras.
- Castillo, B. (1920), *Mitre íntimo y anecdótico*, Buenos Aires, Virtus.
- Cattaruzza, A. y Eujanián, A. (2003), *Políticas de la Historia. Argentina 1860-1960*, Madrid-Buenos Aires, Alianza Editorial.
- Cavaleri, P (2004), *La restauración del virreinato. Orígenes del nacionalismo territorial argentino*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Chartier, R. (1992), *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa.
- Chávez, F. (1966), *El revisionismo y las montoneras: la Unión Americana, Felipe Varela, Juan Saá y López Jordán*, Buenos Aires, Ediciones Theoria.
- Chiaromonte, J. C. (1997), *Ciudades, provincias y estados: orígenes de la nación argentina*, Buenos Aires, Ariel.
- Chiavenatto, J.J. (1979), *Genocidio americano: A Guerra do Paraguai*, San Pablo, Ed Paz e Terra.
- Cisneros, A. y Escudé, C. (1999), *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina*, Buenos Aires, Cari/Grupo Editor Latinoamericano.

- Cuarterolo, M. A. (2000), *Soldados de la memoria. Imágenes y hombres de la Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Planeta.
- De La Fuente, A. (2007), *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado Nacional Argentino*, Buenos Aires, Prometeo.
- De Marco, M. A. (2003), *La Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Planeta.
- (2006), *Historia del periodismo argentino. Desde los orígenes hasta el Centenario de Mayo*, Buenos Aires, Educa.
- De Paoli, P. y Mercado, M. (1973), *Proceso a los montoneros y Guerra del Paraguay. Aplicación de la justicia social de clases*, Buenos Aires, Eudeba.
- Decoud, H. (1934), *Sobre los escombros de la guerra: una década de vida nacional, 1869-1880*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos.
- Delanoi, G. y Taguieff, Pierre André (1993) *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós.
- Devoto, F. (2002), *Nacionalismo, tradicionalismo y fascismo en la argentina moderna*, Buenos Aires, SXXI.
- Devoto F y Fausto B. (2008), *Argentina- Brasil: 1850-2000, Un ensayo de historia comparada*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Domínguez, W. (1965), *La toma de Corrientes: el 25 de mayo de 1865*, Buenos Aires, Imprenta López.
- Doratioto, F. (2002), *Maldita Guerra, Nueva Historia de La Guerra del Paraguay*, San Pablo, Compañía de las Letras.
- Duhalde, E. L. (2005), *Contra Mitre. Los intelectuales y el poder: de Caseros al 80*, Buenos Aires, Editorial Punto Crítico.
- Fernández Bravo, A. comp. (2000), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Babha*, Buenos Aires, Manantial.
- Ferns, H. S. (1972), *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Solar-Hacchetti.
- Fornos Peñalba. J.A. (1979), *The Fourth Ally : Great Britain and the War of the Triple Alliance*, Universidad de California, Los Angeles.
- Fradkin, R. y Garavaglia, J.C. coord. (2010), *Argentina. La construcción nacional. 1830-1880*, Madrid, Mapfre.

- Freyre, G. (2008), *Vida social no Brasil nos meados do século XIX*, San Pablo, Global editora.
- Galasso, N. (1975), *Felipe Varela. Un caudillo latinoamericano*, Buenos Aires, Ediciones Tiempo Latinoamericano.
- (2011), *Felipe Varela y la lucha por la unión latinoamericana*, Buenos Aires, Colihue.
- (2012), *Las proclamas de Felipe Varela. El mitrismo y la "unión americana"*, Buenos Aires, Colihue.
- Gálvez, M (1928-32), *Escenas de la Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Editorial La Facultad, 3 vols.
- García Mellid, A. (1964), *Proceso a los falsificadores de la guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Imprenta López.
- Garmendia, J.I. (2002), *La cartera de un soldado (bocetos sobre la marcha)*, Buenos Aires, Círculo Militar.
- Gellner, E. (1988), *Naciones y nacionalismos*, Madrid, Alianza.
- Gill Aguinaga, J. B. (1959), *La Asociación Paraguaya en la Guerra de la Triple Alianza*, Buenos Aires, edición del autor.
- González Bernaldo de Quiros, P (1997), La "identidad nacional" en el Río de la Plata post-colonial. Continuidades y rupturas con el Antiguo Régimen en *Anuario del IEHS "Prof. Juan C. Grosso" 12*, Tandil, UNCPBA.
- González Bernaldo de Quirós, P (2000) *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, FCE.
- Goldman, N. dir (2008), *Lenguaje y Revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata (1780-1850)*, Buenos Aires, Prometeo.
- Goldman, N. y Salvatore, R. comp. (1998), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba.
- Grimson, A (comp.), (2007), *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*, Buenos Aires, Edhasa.
- Halperín Donghi T. (1972), *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI.

- (1997), *Proyecto y construcción de una nación*, Buenos Aires, Emecé.
- Hastings, A. (2000), *La construcción de las nacionalidades. Etnicidad, religión y nacionalismo*, Madrid, Cambridge University Press.
- Hobsbawm, E. (1995), *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Madrid, Crítica.
- (1998) *La era del capital 1848 – 1875*, Buenos Aires, Crítica.
- Insrán, M. (2010), *Una hecatombe americana. La Guerra del Paraguay*, Fernando de la Mora, Imprenta Chaco.
- Kolinski, C. (1965), *Independence or Death. The Story of the Paraguayan War*, Gainesville: University of Florida Press.
- Kray, H. y Whigham, T. (eds) (2005), *I die with my country. Perspectives on the Paraguayan War, 1864-1870*, Lincoln, University of Nebraska Press.
- Lafer, C. (2002), *La identidad internacional de Brasil*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Lanteri, A.L. coord. (2013), *Actores e identidades en la construcción del estado nacional*, Buenos Aires, Teseo.
- Lettieri, A. (2000), *La República de las Instituciones. Proyecto, desarrollo y crisis del régimen político liberal en la Argentina en tiempos de la organización nacional (1852-1880)*, Buenos Aires, Ediciones El Quijote.
- Lois, E. y Paglaia, L. (2007), *Epistolario inédito de Juan Bautista Alberdi y Gregorio Benites (1864-1883)*, Buenos Aires, UNSAM.
- López, V. F. (1896), *Historia Argentina*, Buenos Aires.
- Mayer, J. (1963), *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, Editorial Universitaria.
- Mc Evoy, C. (2011), *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales.
- Menezes, A. (1998), *Guerra do Paraguai: como construimos o conflito*, San Pablo/Cuiabá, Contexto editora da UFMT.
- Myers, J. (1995), *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, UNQ.
- Nabuco, J. (1901), *La Guerra del Paraguay*, París, Garnier Hermanos Libreros.
- Ortega Peña, R. y Duhalde, E.L. (1967), *Felipe Varela y El Imperio Británico*, Buenos Aires, Teoría.

- (1967), *Folklore argentino y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Sudestada.
- Oszlak, O. (1997), *La formación del Estado argentino*. Buenos Aires, Planeta.
- Palti, E. (2007), *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Plá, J. (1976), *The British in Paraguay, 1850-1870*, Richmond, Richmond Publishers.
- Pelliza, M. (1897), *Historia argentina*. Buenos Aires.
- Peña, M. (1968), *La era de Mitre. De Caseros a la guerra de la triple infamia*, Buenos Aires, Fichas.
- Pomer, L. (1968), *La guerra del Paraguay Gran Negocio!*. Buenos Aires, Caldén.
- (1986), *Cinco años de guerra civil en la Argentina (1865-1870)*, Buenos Aires, Amorrortu Edictores.
- (2008), *La guerra del Paraguay, Estado, política y negocios*, Buenos Aires, Colihue.
- Potthast-Jutkeit, B. (1996), *¿Paraíso de Mahoma o país de las mujeres?: el rol de la familia en la sociedad paraguaya del siglo XIX*, Asunción, Instituto Cultural Paraguayo-Alemán.
- (2001), “Residentas, Destinadas y otras heroínas: el nacionalismo paraguayo y el rol de las mujeres en la Guerra de la Triple Alianza” en Potthast, B y Scarzanela, E., *Las mujeres y las naciones: Problemas de inclusión y exclusión*, Madrid, Iberoamericana.
- Quesada, E. (1902), *La política argentino-paraguaya*, Buenos Aires, Bradahl.
- Ramírez Braschi, D. (2000), *La guerra de la Triple Alianza a través de los periódicos correntinos*, Corrientes, Argentina.
- (2006), “La provincia de Corrientes y la Guerra del Paraguay”, en *La historia de Corrientes va a la Escuela*. Tomo 2, Corrientes, Fundación Aguas de Corrientes.
- Ramos, J. (1989), *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE.
- Ratto de Sambucetti, S. (1999), *Urquiza y Mauá: el Mercosur del siglo XIX*, Buenos Aires, Ediciones Macchi.

- Real de Azúa, C. (1990), *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, Arca/ Nuevo Mundo, 1990.
- Rebollo Paz, L (1965), *La Guerra del Paraguay, historia de una epopeya*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Lombardi.
- Ribeiro da Silva, A. M. (2010), *La noche de las Kygua Vera. La mujer y la construcción de la identidad nacional en la posguerra de la Triple Alianza (1867-1904)*, Asunción, Intercontinental Editora.
- Rivarola, M. (1988), *La polémica francesa sobre la Guerra Grande*, Asunción, Editorial Histórica.
- Rivarola Matto, J.B. (1986), *Diagonal de sangre*, Asunción, Ediciones Napa.
- Rodríguez Alcalá, G. (1987), *Ideología autoritaria*, Asunción, RP Ediciones.
- (1991), *Residentas, destinadas y traidoras*, Asunción, Criterio.
- Romero, J.L. (1956), *Las ideas políticas en Argentina*, México, FCE.
- Rosa, J. M. (1986), *La Guerra del Paraguay y las Montoneras argentinas*, Buenos Aires, Hyspamerica.
- Rubiani, J. (2010), *Verdades y mentiras sobre la guerra de la Triple Alianza*, Asunción, Intercontinental Editora.
- Sábato H. y Lettieri A., coords (2003), *La vida política. Armas, votos y voces en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE.
- Sábato, H. (2012), *Historia de la Argentina. 1852-1890*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Salles, R. (1990), *Guerra do Paraguai, escravidão e cidadania na formação do exercito*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- (2003), *Guerra do Paraguai. Memórias e Imagens*, Río de Janeiro, Biblioteca Nacional.
- Scenna, M. A. (1975), *Argentina-Brasil: cuatro siglos de rivalidad*, Buenos Aires, Edición La Bastilla.
- Scobie, J. (1979), *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina, 1852-62*, Buenos Aires, Hachette.
- Seeber, F. (1907), *Cartas sobre la Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Risso.

- Silveira, M.C. (2006), *A Batalha de papel: a chargue como arma na guerra contra o Paraguai*, Florianópolis, Editora da UFSC.
- Smith, A. (1997), *La identidad nacional*, Madrid, Trama.
- Squinelo, A. P. (2008), “A Guerra do Paraguai e suas interfaces: memoria e identidade em Mato Grosso do Sul” en *V Encuentro Anual del CEL*, Buenos Aires.
- Tasso Fragoso, A. (1934), *Historia da guerra entre a Triplice Alianza e o Paraguai*, 5 vols, Rio de Janeiro, Imprensa E.M. do Exercito.
- Telesca, I. (coord) (2010), *Historia del Paraguay*, Asunción, Taurus.
- (2010), “Escribir la historia en Paraguay. Modos y lugares de producción” en *Papeles de Trabajo*, vol 6, IDAES, Buenos Aires.
- Terán, O. (2000) *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910) Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, FCE.
- Ternavasio, M. (2009), *Historia de la Argentina, 1806-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Thibaud, C. (2003) *República en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, Planeta IFEA.
- Tilly, C. (1993), *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*, Buenos Aires, Alianza Editorial.
- Toral, A. (2001), *Imagens em Desordem, A iconografia da Guerra do Paraguai (1864-1870)*, San Pablo, Humanitas FFLCH/USP.
- Vidal Naquet, P. (1982), *Esclavitud antigua e Ideología Moderna*, Barcelona, Crítica.
- Wasserman, F. (2008), *Entre Clío y la Polis: conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Editorial Teseo.
- Whigham, T. L. (2009), *Lo que el río se llevó. Estado y comercio en Paraguay y Corrientes, 1776-1870*, Asunción, CEADUC.
- (2010), *La Guerra de la Triple Alianza, vol I. Causas e inicios del mayor conflicto bélico de América del Sur*, Asunción, Taurus.
- (2011), *La Guerra de la Triple Alianza, vol II. El triunfo de la violencia, el fracaso de la paz*, Asunción, Taurus.
- (2012), *La Guerra de la Triple Alianza, vol III. Danza de muerte y destrucción*, Asunción, Taurus.
-

Zavalía Matienzo, R. (1967), *Felipe Varela a través de la documentación del Archivo Histórico de Tucumán*, Tucumán, Archivo Histórico.

Artículos

Abente, D. (1995), “La Guerra de la Triple Alianza: tres modelos explicativos”, en *Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos. Pasado y presente de la realidad social paraguaya*, Asunción, Ediciones y Artes. Pp 1140-70.

Alambert, F. (2000), “O Brasil no expelo do Paraguay”, en Mota, C. G. (org), *Viagem incompleta: a experiencia brasileira (1500-2000). Formacao histórias*, San Pablo, Senac.

Amigo, R. (2009), “Imágenes en guerra: La Guerra del Paraguay y las tradiciones visuales en el Río de la Plata”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos, Coloquios*, <http://nuevomundo.revues.org/49702>

Arnoux, M. (2009), Una correspondencia de guerra en Buenos Aires. Acerca de las cartas de Ignacia Gómez de Cáneva a Juan Bautista Alberdi, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos, Coloquios*, <http://nuevomundo.revues.org/48822>

Ávila, M. (1903), “La controversia Caxias-Mitre. Notas ligeras” en *Revista del Instituto Paraguayo*, Asunción, 5:46, pp. 286-93.

Baratta, M.V. (2010), “La Guerra de la Triple Alianza y las representaciones de la nación argentina: un análisis del periódico La América (1866)” en *Memoria del Segundo Encuentro Internacional de Historia sobre las operaciones bélicas durante la Guerra de la Triple Alianza*, Asunción, Tiempo de historia, pág 13-30, ISBN 978-99967-609-1-4

----- (2011). “Las fronteras de una alianza. Guerra del Paraguay e identidad en la obra de Juan Bautista Alberdi” en *Revista Ideação, Vol 13, nro 1*, Foz do Iguacu, Unioeste.

----- (2011) “El estado argentino se formó a partir de un gran derramamiento de sangre. Entrevista a León Pomer” en *Debates e Tendencias v 11 nro 2*, Passo Fundo, UPF.

- (2011), “Periódico serio-jocoso. Conceptos y representaciones en el semanario El Centinela, 1867” en *I Congreso Internacional de História*, Passo Fundo, UPF.
- (2012). “La identidad nacional durante la Guerra del Paraguay Representaciones, lenguajes políticos y conceptos en el diario La Nación Argentina (1862-1870)” *Revista Almanack nro 3*, San Pablo, Unifesp.
- (2012) “El litoral y la batalla de pluma: representaciones de la nación argentina en los periódicos de Corrientes y Entre Ríos durante la Guerra del Paraguay (1864-1870), en *Jornadas Historia del Paraguay*, Universidad de Montevideo.
- Barrio, P. (1985), “Carlos Guido Spano y una visión de la guerra del Paraguay”, en *Todo es Historia*, 216, pp. 38-44.
- Bethell, L. (1996) “The Paraguayan War (1864-1870)”, University of London, Institute of Latin American Studies, *Research paper* nro 46, 1996.
- Bosch, B. (1959), “Los desbandes de Basualdo y Toledo” en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 4:1, pp. 213-45.
- (1963), “Urquiza y la guerra de la Triple Alianza” en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Vol. 34, parte II.
- Brezzo, L. (2002) “Los manuales de historia argentinos y paraguayos. Una aproximación bilateral a las representaciones del Otro”, *Entrepassados*. Buenos Aires, N 20-21
- (2004) “La Guerra de la Triple Alianza en los límites de la ortodoxia: mitos y tabúes” en *Revista Universum* N° 19 Vol.1 :10 – 27, disponible en Scielo.cl
- Bruno, P. (2012), “El Círculo Literario (1864-1866): un espacio de conciliación de intereses” en *Prismas* vol 16, nro 2, Bernal. Universidad Nacional de Quilmes.
- Buchbinder, P. (1994), La historiografía rioplatense y el problema de los orígenes de la nación, en *Cuadernos del CLAEH II 69, 2da serie, año 19*, Montevideo.
- Caballero Campos, H. y Ferreira Segovia, C. (2006), “El periodismo de guerra en el Paraguay” en *Nuevo Mundo, Nuevos Mundos, Coloquios*, disponible en la web nuevosmundo.revues.org/index1384.html
- Cajías, F (2008), “Bolivia y la guerra de la Triple Alianza”, en *V Encuentro Anual del CEL*, Buenos Aires.

- Casal, J.M. (2009), “Una diplomacia difícil: el ministro Washburn, los Estados Unidos y la Guerra del Paraguay” en *Nuevo Mundo, Nuevos Mundos, Coloquios*, disponible en la web <http://nuevomundo.revues.org/48952>
- Chiaromonte, J. C. (1993), “La cuestión regional en el proceso de gestación del estado nacional argentino. Algunos problemas de interpretación”, en Waldo Ansaldi y José Luis Moreno, *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*, Buenos Aires.
- Crespo, M.A. (2009), “La Guerra del Paraguay como problema historiográfico. La interpretación de Ramón J. Cárcano” *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos, Coloquios*, disponible en la web en <http://nuevomundo.revues.org/55581>
- Doratioto, F. (2009), “História e ideologia: a producto brasileira sobre a Guerra do Paraguai”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos, Coloquios*, disponible en la web en <http://nuevomundo.revues.org/49012>
- Gesualdo, V. (1995-1996), “La trágica Guerra del Paraguay” en *Historia*, Buenos Aires, t 15, nro 60.
- Lescano, M. (2013), “La representación de la Independencia de Brasil en el Argos de Buenos Aires (1821-1825)”, ponencia a ser presentada en las *X Jornadas de Sociología de la UBA*.
- Maestri, M. (2009), “A Guerra contra o Paraguai: História e Historiografia: da instauracao a restauracao historiográfica. 1871-2002”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos, Coloquios*, disponible en la web <http://nuevomundo.revues.org/55579>
- Martin, M. H. (1969), “La juventud de Buenos Aires en la Guerra del Paraguay” en *Trabajos y comunicaciones 19*, Universidad Nacional de la Plata, pp.
- Martínez, P. (1996), “La rebelión jordanista y el Brasil, 1870” en *Investigaciones y Ensayos 46*, Buenos Aires, pp. 73-88.
- McLynn, F.J. (1976), “General Urquiza and the Politics of Argentina, 1861-1870”, Tesis doctoral, University of London.
- (1979), “The causes of the War of Triple Alliance: an interpretation” en *Inter American Economic Affairs*, vol 33, nro 2, pp. 21-43.
- (1984), “The Ideological Basis of the Montonero Risings in Argentina during 1860’s”, en *The Historian*, 46, Tampa, pp. 235-51.
- (1999), “Argentina under Mitre: Porteño Liberalism in the 1860’s”, *The Americas 56:1*, Washigton, DC.

- Myers, J. (1999), Una cuestión de identidades. La búsqueda de los orígenes de la Nación Argentina y sus aporías, en *Prismas nro 3*, Universidad Nacional de Quilmes.
- Navajas, M. J. (2009), “Polémicas y conflictos en torno a la Guerra del Paraguay: los discursos en la prensa de Tucumán, Argentina 1864-1869”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos, Coloquios*, disponible en la web en <http://nuevomundo.revues.org/49313>
- Pagliai, L. (2009), “Alberdi y el Brasil en los escritos del Ciclo de la Guerra del Paraguay: las funciones de una función en bloque”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos, Coloquios*, disponible en la web en <http://nuevomundo.revues.org/55609>
- Pothast-Jutkeit, B. y Whigham, T.L. (1998), “La Piedra Roseta paraguaya: nuevos conocimientos de causas relacionados con la demografía de la Guerra de la Triple Alianza, 1864-1870” en *Revista Paraguaya de Sociología*, Vol 35, nro 103.
- Quesada, E. (1901), “La política argentina en el Paraguay”, *Vida Moderna*, Montevideo, año II.
- Quiñonez, M.G. (2012), “Historias que nunca se escribieron. Las cautivas, la Guerra del Paraguay y la historia correntina”, en *Actas III Jornadas Internacionales de Historia del Paraguay*, Universidad de Montevideo, en prensa.
- Ramírez Braschi, D. (2003), “Análisis de expediente judicial por traición a la patria a Víctor Silveiro, miembro de la junta gubernativa correntina en 1865”, en *Duodécimo Congreso nacional y regional de Historia Argentina*, Academia Nacional de la Historia.
- Reali, M.L. (2009), “La revisión de la lectura clásica del conflicto en la visión de Luis Alberto de Herrera” en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, <http://nuevomundo.revues.org/49363>
- Renan, E. (1882), “¿Qué es una nación?” Conferencia dictada en la Sorbona, disponible en varios sitios web.
- Ruiz Moreno, I (1999), “Testimonios de Mitre sobre la Guerra contra López” en *Historia Paraguaya*, Asunción, Academia Paraguaya de la Historia, vol XXXIX, pp. 439-46.
- Sáenz Quesada, M. (2009), “Argentina y Brasil, la visión del otro. Distintas miradas de viajeros y dirigentes políticos argentinos sobre el país vecino desde 1840 hasta 1960”, en *Todo es Historia*, edición 502, año XLII.

Wasserman, F. (1997) "La *Generación de 1837* y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, nº 15.

----- (1998) "Formas de identidad política y representaciones de la nación en el discurso de la Generación de 1837", *Cuadernos del Instituto Ravignani nº 11*.

Whigham, T.L. (1982), "La fundición de hierro de Ybycui: el desarrollo industrial del Paraguay a medidados del siglo diecinueve", en *Revista Paraguaya de Sociología*, año 19, nro 55.

Zeballos, E. (1925), "El general Mitre, conferencia dedicada a la memoria del general Mitre" en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, Buenos Aires.